BIBLIOTECA DE LA NACION

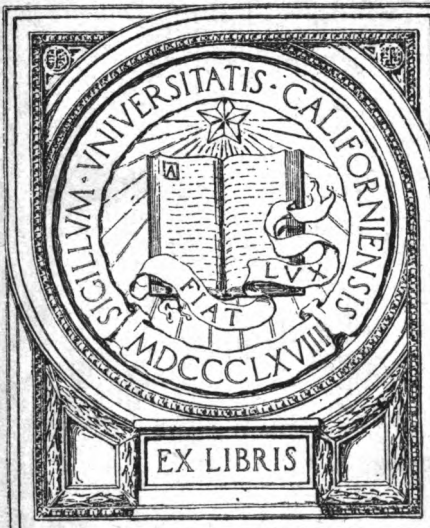
Bartolomé Mitre

HISTORIA DE BELGRANO

TOMO IV

VOLU 34 MEN

GIFT OF
Argentine Comm. P.P.I.E.



BIBLIOTECA DE LA NACION

ho 106

HISTORIA DE BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

TOMO IV

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

HISTORIA

DE

BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

SEXTA EDICIÓN

TOMO CUARTO

BUENOS AIRES
1913

F2845
M5
1913
v.1

INDICE DEL TOMO CUARTO

3624

CAPITULO XXXIX — Págs.

La Guerra social — 1 á 35

1819

Ojeada retrospectiva.—Nueva invasión á Salta y su retirada.—Combate de Acoyte.—Guerra de merodeo.—Combate de las Salinas.—Bustos con una división del ejército auxiliar de Córdoba.—Otra división con La Madrid y Paz lo refuerza.—Belgrano general en jefe del litoral.—Marcha de todo el ejército del Perú á Córdoba.—Vacilaciones de Belgrano.—Situación de Bustos después del Fraile Muerto.—López invade á Córdoba con los entrerrianos y correntinos.—Combate de la Herradura.—Primeras operaciones de Belgrano.—Actitud de San Martín en la guerra civil.—Mediación de Chile en ella.—Correspondencia entre San Martín y Belgrano sobre la guerra social.—Belgrano marcha sobre Santa Fe.—Sus nuevas vistas sobre la situación política y militar.—Estado de la guerra del litoral.—Armisticio del Rosario y San Lorenzo.—Consideraciones sobre la situación política y militar.—Influencia del armisticio en la política ulterior.—Actitud de San Martín en Mendoza.—Planes del gobierno sobre el Alto Perú.—La expedición á Lima acordada.—Ideas de Belgrano y del gobierno sobre el modo de sostener la guerra civil.—Miseria del ejército auxiliar.—Apuros pecuniarios del gobierno.—Negociaciones que siguieron al armisticio.—Actitud de López y Ramírez.—Ideas políticas y militares de Belgrano.—El ejército auxiliar retrocede á Córdoba.—Retiro de Pueyrredón.—Rondeau, Director Supremo.—Juicio sobre la administración Pueyrredón.

Págs.

CAPITULO XL

La Guerra social (continuación del anterior) 36 á 57

1819

La Constitución de 1819 y su jura.—Opinión de Belgrano acerca de ella.—Enfermedad mortal de Belgrano.—Situación del litoral.—Actitud de San Martín y del ejército de los Andes.—Estado de las relaciones de Buenos Aires y Santa Fe.—Actitud de López y Ramírez.—Retrato de don José Miguel Carrera.—Rómpense las hostilidades en el litoral.—Planes del gobierno para contrarrestar la anarquía.—El ejército auxiliar es llamado nuevamente á tomar parte en la guerra civil.—Irrupción de Santa Fe á la frontera de Buenos Aires.—El director Rondeau en campaña, al frente de un ejército de Buenos Aires.—Se ordena á San Martín marche á Buenos Aires.—Conducta de San Martín en esta emergencia.—Se decide á realizar la expedición al Perú.—Juicio acerca de esta conducta.—Carácter de la revolución argentina.—Tucumán se declara independiente.—Prisión de Belgrano.—Elementos de vida futura.—Bosquejo de la descomposición y de la transformación política y social.

CAPITULO XLI

El Año XX.—La Descomposición 58 á 85

1820

Situación general de la República á principios del año XX.—Situación de los ejércitos nacionales.—Estado del ejército auxiliar.—Emprende su marcha al litoral.—Conspiración en Córdoba.—El comandante Paz.—Sublevación de Arequito.—Digna conducta del general Cruz.—Consideraciones sobre la sublevación.—

Págs.

El ejército se divide en dos facciones.—Combate y parlamento con las montoneras.—Bustos se apodera de todo el ejército y retrocede á Córdoba.—Consecuencias inmediatas de la sublevación.—Conferencias de Bustos y don José Miguel Carrera.—Repercusión de la sublevación de Arequito en Córdoba.—Bustos se hace nombrar gobernador.—Política singular que adopta.—Situación de la división de los Andes en Cuyo.—San Martín regresa á Chile. — Sublevación del batallón número 1 en San Juan.—Su carácter y consecuencias.—Muerte de Sequeira y de los oficiales del número 1.—La provincia de Cuyo se federaliza.—El federalismo cunde en todas las provincias del interior.—San Martín y Bustos.—Bustos envía una parte del ejército al norte con el coronel Heredia.—La liga de los caudillos del litoral.—Prospecto de reconstrucción orgánica.

CAPITULO XLII

El Año XX.—La Catástrofe 86 á 131

1820

Pródromos del año XX.—Las dos faces de la guerra entre la América y la metrópoli.—Revista de las expediciones peninsulares contra la América.—La expedición preparada en Cádiz contra el Río de la Plata y sus peripecias.—Los agentes secretos del gobierno argentino en Cádiz y sus trabajos en 1820.—La revolución de Riego.—Continúa la historia de la diplomacia de la revolución.—Complemento de la misión de don Valentín Gómez. —Política del Congreso en relación al Brasil con motivo del proyecto del príncipe de Luca.—Nuevas instrucciones del gobierno sobre este proyecto, y su desenlace.—Alarmas de la época.—Actitud del Congreso.—Destierro de Pueyrredón y Tagle.—Nombramiento de un Director substituto.—Formación del ejército directorial.—El campo de Cepeda.—Apocamiento del espíritu militar.—Batalla de Cepeda.—Notable retirada de la infantería directorial al mando de don Juan R. Balcarce.—Impresión de la batalla de Cepeda en la capital.—El municipio de Buenos

Págs.

Aires se pone en armas.—Noticias sobre el general Soler.—Política pacífica de los federales.—Mutaciones en el gobierno general.—Bosquejo histórico sobre los Cabildos.—El Cabildo de Buenos Aires entra en tratados con los federales.—Ramírez desconoce sus poderes.—El general Soler intima la caída de las autoridades nacionales.—Disolución del Congreso y cese del Directorio.—El Cabildo reasume el mando de la provincia de Buenos Aires.—Efecto que produce el golpe de Estado de Soler.—Política interprovincial.—Conferencia de Ramírez y López con los comisionados del Cabildo.—Moderación de los caudillos federales.—Contradictoria actitud de Soler y causas que la explican.—Soler entra en negociaciones con Ramírez.—Soler, Ramírez y López ajustan un armisticio en Luján.—Mutación política en la capital y reaparición de la columna de Balcarce.—Actitud de Soler y Ramírez con motivo de estos sucesos.—Prospecto.

CAPITULO XLII

El Año XX.—La Transición 135 á 177

1820

Descomposición del régimen colonial.—Período de transición.—Ausencia de instituciones.—Constitución de hecho.—Situación política de Buenos Aires al desaparecer las autoridades generales.—Constitución del poder municipal.—Nueva organización parlamentaria dada á la provincia de Buenos Aires bajo el régimen federal.—Memorable Cabildo abierto en 16 de febrero.—Creación de una Junta de Representantes.—Estado de la opinión en Buenos Aires.—Sarratea gobernador.—Es autorizado por la Junta para negociar la paz.—Los tratados públicos y secretos del Pilar.—Buenos Aires provincia federada.—Situación de Buenos Aires.—Reaparición de la columna de Cepeda.—Sus operaciones.—Llega inesperadamente á la capital.—Ovación á Balcarce.—Actitud de los partidos.—Reaparición de Alvear en la escena política.—Revolución de 5 y 6 de marzo.—Deposición de

Págs.

Sarratea.—Balcarce gobernador.—Asambleas populares.—Sarratea se refugia en el campo de los federales.—Los federales se declaran contra la revolución y sitian la capital.—Tentativas de paz que se frustran.—Ultimátum de Ramírez.—Caída y fuga de Balcarce.—Consideraciones sobre la revolución de 6 de marzo.—Resultado negativo que ella produjo.

CAPITULO XLIV

El Año XX.—La Transformación 178 á 219

1820

La restauración de Sarratea.—Nueva proscripción de Alvear.—Proceso de alta traición contra el Directorio y el Congreso.—Juicio acerca de él.—Nuevas exigencias de los caudillos federales.—Política torcida de Sarratea.—Protege el armamento de don José Miguel Carrera contra Chile.—Nueva reaparición de Alvear.—Se apodera del mando militar y es expulsado otra vez por el pueblo.—Desavenencias entre el gobierno de Buenos Aires y los federales.—El ejército federal se retira de Buenos Aires.—Aislamiento de Sarratea en el gobierno.—El periódico titulado *El Año XX* y sus acusaciones contra Sarratea.—Correspondencia entre Sarratea y el general San Martín.—Juicio de imprenta y absolución del periódico *El Año XX*.—Se convoca á elecciones de representantes en toda la provincia.—Nuevo sistema electoral.—Estado del espíritu público.—Nuevas influencias electorales en la campaña.—Aparición de don Juan Manuel Rosas.—Ruptura entre Sarratea y Soler.—El partido directorial triunfa en las elecciones.—Sarratea interpone su veto contra cuatro diputados.—Discusión con este motivo en el Cabildo.—El Cabildo prevalece.—Polémica entre Sarratea y don Tomás Manuel Anchorena.—Solemne instalación de la Junta de Representantes.—Renuncia, arresto y fuga de Sarratea.—El presidente de la Junta es nombrado gobernador interino.—Desinteligencia entre el nuevo gobernador y Soler con motivo del mando de las armas.—La Junta

Págs.

nombra gobernador propietario á don Ildefonso Ramos Mejía, con el mando de las armas, y da una constitución provincial. —Soler renuncia el mando y promueve una sublevación contra el gobierno.—Sedición de la Villa de Luján.—El día de los TRES GOBERNADORES.—Muerte de Belgrano.—Su peregrinación desde Tucumán á Buenos Aires.—Sus últimos momentos, su entierro y sus funerales.—Retrato físico de Belgrano, sus hábitos é inclinaciones.

CAPITULO XLV

El Año XX.—La Pacificación 220 á 266

1820

Continúa la narración histórica.—Soler gobernador.—Circunstancias en que este hecho tiene lugar.—Nueva invasión de los federales contra Buenos Aires.—Batalla de la Cañada de la Cruz.—Caída de Soler.—El Cabildo inicia negociaciones de paz.—Pagola dictador militar, sus diferencias con el Cabildo y su deposición.—Dorrego nombrado gobernador.—Plan político de la nueva invasión federal.—Alvear se hace nombrar gobernador por una Junta de campaña.—Nuevo aspecto de la situación.—Ruptura de las negociaciones de paz.—Mérito que contrae Dorrego en esta ocasión.—La defensa de Buenos Aires se organiza.—Sitio de Buenos Aires por los federales, y operaciones de los sitiados.—Correspondencia entre Dorrego y López, y del Cabildo con Alvear y la Junta de campaña.—Los sitiados toman la ofensiva y rompen la línea sitiadora.—Nuevas tentativas de paz sin efecto.—Retirada de los federales.—Carrera vuelve sobre la ciudad y se retira. — Ultimátum del Cabildo. — Circular del Cabildo á las provincias.—Opinión de San Martín sobre la situación.—Ruptura de Artigas y Ramírez.—Dorrego en campaña con el ejército de Buenos Aires.—Alvear y Carrera se fortifican en San Nicolás de los Arroyos.—Operación sobre el Pergamino y acción de San Nicolás.—Negociaciones de paz, otra vez malogradas entre Do-

Págs.

rrego y López.—Batalla de Pavón.—Campaña de Dorrego en Santa Fe.—López sorprende á Obando en el Pergamino.—La expedición libertadora del Bajo Perú al mando de San Martín, zarpa de Valparaíso.—Derrota de Dorrego en el Gamonal y su retirada.—López se manifiesta dispuesto á la paz.—Efectos que produce el contraste del Gamonal en Buenos Aires.—Retrospecto histórico. — Don Martín Rodríguez es nombrado gobernador. — Manifiesto pacífico de la Junta de Buenos Aires á las provincias.—Revolución de 1.° de octubre.—Combate del 5 de octubre en las calles de Buenos Aires.—Actitud de Dorrego en esta emergencia.—Ultimo estallido de la anarquía del año XX.—Caída de Dorrego y sus causas.—Pacificación de Buenos Aires.—Prospecto de pacificación de la República.

CAPITULO XLVI

La Reorganización 267 á 306

1820-1821

Continúa la narración histórica.—Ruptura entre Artigas y Ramírez. — Guerra entre ambos caudillos. — Triunfo de Ramírez. — Sus proyectos de engrandecimiento. — Relaciones entre Córdoba y Buenos Aires.—Estado general de la República.—Situación de las provincias del norte.—Santiago del Estero provincia federal.—Bosquejo del futuro.—Mediación de Córdoba y Salta.—Paz y alianza entre Buenos Aires y Santa Fe.—Disolución de la liga de los caudillos del litoral.—Movimiento reorganizador.—Catástrofe del Salto.—Campaña contra los indios.—Llegada de una comisión regia de Fernando VII, proponiendo la paz.—Contestación de la Junta de Representantes á la comisión.—Fin del año XX.—Amenaza de una nueva guerra civil.—Correspondencia entre el gobierno de Buenos Aires y el de Entre Ríos.—Ramírez declara la guerra á Buenos Aires.—Ruptura entre López y Ramírez.—El Congreso empieza á reunirse en Córdoba.—Carrera invade las provincias de Córdoba y San Luis.—Primera campaña de Ca-

Págs.

rrera en el interior.—Ramírez invade Santa Fe, obtiene ventajas y es derrotado en Coronda.—Mérito de López en esta campaña.—Operaciones de la escuadrilla de Buenos Aires en el Paraná.—Reunión de Ramírez y Carrera, y sus operaciones en Córdoba.—Derrota y muerte de Ramírez.—Pacificación del litoral.—Incorporación de la Banda Oriental al Brasil y Portugal. — Fin de Carrera. — Muerte de Güemes. — Ultimas invasiones de los realistas á Salta.—Afianzamiento de la independencia argentina.—Entrada del ejército argentino-chileno á Lima.—Triunfo de la independencia americana.—Sinopsis de la revolución argentina.—Bosquejo de su organización política.—Inauguración del sistema representativo en Buenos Aires.

CAPITULO XLVII

EPÍLOGO

La Apoteosis y la estatua 307 á 312

1821-1873

Funerales de Belgrano.—Honores póstumos.—Banquete fúnebre á su memoria.—Alegoría de su inmortalidad.—Erección de su estatua ecuestre.—Discursos en tal ocasión.—Juicio histórico sobre Belgrano.

CAPITULO XXXIX

La Guerra social

1819

Ojeada retrospectiva.—Nueva invasión á Salta y su retirada.—Combate de Acoyte.—Guerra de merodeo.—Combate de las Salinas.—Bustos con una división del ejército auxiliar de Córdoba.—Otra división con La Madrid y Paz lo refuerza.—Belgrano general en jefe del litoral.—Marcha de todo el ejército del Perú á Córdoba.—Vacilaciones de Belgrano.—Situación de Bustos después del Fraile Muerto.—López invade á Córdoba con los entrerrianos y correntinos.—Combate de la Herradura.—Primeras operaciones de Belgrano.—Actitud de San Martín en la guerra civil.—Mediación de Chile en ella.—Correspondencia entre San Martín y Belgrano sobre la guerra social.—Belgrano marcha sobre Santa Fe.—Sus nuevas vistas sobre la situación política y militar.—Estado de la guerra del litoral.—Armisticio del Rosario y San Lorenzo.—Consideraciones sobre la situación política y militar.—Influencia del armisticio en la política ulterior.—Actitud de San Martín en Mendoza.—Planes del gobierno sobre el Alto Perú.—La expedición á Lima acordada.—Ideas de Belgrano y del gobierno sobre el modo de sostener la guerra civil.—Miseria del ejército auxiliar.—Apuros pecuniarios del gobierno.—Negociaciones que siguieron al armisticio.—Actitud de López y Ramírez.—Ideas políticas y militares de Belgrano.—El ejército auxiliar retrocede á Córdoba.—Retiro de Pueyrredón.—Rondeau, Director Supremo.—Juicio sobre la administración Pueyrredón.

Dijimos antes, que para dominar de más alto punto de vista los horizontes de la historia y hacer comprender mejor el encadenamiento de hechos que llevaron al ejército del Perú á complicarse y perderse en masa en la guerra civil, necesitábamos tomar al gobierno general como centro del movimiento colectivo. En consecuencia, fué traída la narración á la época de la declaratoria de la independencia argentina, en que el Director Pueyrredón se recibió del mando supremo de las Provincias Unidas, punto en que había quedado suspensa la exposición de los sucesos políticos y militares que simultáneamente tenían lugar en el norte

de la república. Bosquejados sobre esta base los antecedentes de la situación general en aquel momento solemne, trazóse la marcha de la administración pública con relación á ella, explicando su política interna y externa. Siguiendo los rumbos generales de nuestro plan, hemos explicado el desarrollo lógico y sucesivo de los acontecimientos, ligando siempre los efectos á sus causas, más ó menos inmediatas. Así, se ha completado el cuadro de las resistencias anárquicas con que el gobierno tuvo que luchar por la parte del oriente argentino, y sus complicaciones con la nación limítrofe al norte, que dieron por resultado la invasión brasílico-portuguesa á la Banda Oriental. Al historiar los múltiples trabajos de la política internacional con relación á la independencia argentina, los hemos ligado naturalmente con las acciones y reacciones de la política interna, que dieron por resultado la renovación de la guerra civil y la recrudescencia de las resistencias populares. La guerra del litoral, punto de partida de la conflagración general del país, ha sido en consecuencia narrada en todos sus pormenores con espíritu equitativo; y dando la parte de responsabilidad que á cada uno toca en la provocación de ella, quedan establecidos los fundamentos de nuestro criterio histórico. Después de haber recorrido este vasto círculo de acción, volvemos á encontrarnos en nuestro punto de partida, con el ejército auxiliar del Perú en marcha para intervenir en la guerra civil y la frontera del norte abandonada. Explicadas las causas que produjeron fatalmente este hecho, necesitamos traer ahora la narración al momento en que el general Belgrano obedeciendo á las órdenes del gobierno, se trasladó á un nuevo escenario. Para completar el cuadro histórico en su orden cronológico, nos ocuparemos rápidamente de los sucesos de la guerra de Salta y del interior de la república, desde el momento en que Belgrano fué llamado á salvar el orden público amenazado, hasta el día en que le encontramos en marcha con todo su ejército sobre Santa Fe, recibiendo el armisticio del Rosario, sometido á su aprobación.

Como se recordará, después de rechazada gloriosamente por Güemes la gran invasión de La Serna sobre Salta, la vanguardia española al mando de Olañeta, fuerte de 1.000 hombres, había vuelto á invadir por la quebrada de Humahuaca en agosto de 1817, y salido á su encuentro el comandante Arias, obligándolo á replegarse al pueblo del mismo nombre. Con tal motivo, Belgrano se proponía abrir operaciones parciales sobre la Quebrada, cuando al finalizar el mismo año recibió la orden de acudir con su ejército á tomar parte en la guerra civil. Explicado queda cómo el general destacó una división al mando del coronel Bustos sobre Córdoba, y las operaciones que en consecuencia tuvieron lugar hasta el combate del Fraile Muerto. Con estos antecedentes, volvamos á tomar el hilo de la narración por la parte del norte de la república.

El comandante Arias continuó con los valerosos gauchos salteños haciendo frente á la nueva invasión y obtuvo algunas ventajas parciales, á costa de pequeños reveses. La vanguardia realista, mientras tanto, se limitaba á ejecutar marchas y contramarchas desde Tilcara á Hornillos, sosteniendo continuas guerrillas. Fué en esta ocasión que se pasó á las filas argentinas el teniente coronel don Tomás Iriarte, argentino al servicio de los españoles, que había hecho su carrera en la Península y que desde entonces se incorporó á las filas independientes, figurando más adelante con cierta expectabilidad, aunque ninguna parte directa ni indirecta tomó en la guerra de la independencia. Artillero científico, hombre ilustrado y relacionado con los principales jefes españoles que abrigaban ideas liberales, en cuyas sociedades secretas estaba afiliado, los informes que suministró al general Belgrano fueron de alguna importancia, y habilitaron á éste para conocer y juzgar los planes del enemigo.

La correría de Olañeta no tenía más objeto que mantener la actividad de las hostilidades de vanguardia, preparando una nueva invasión hasta Tucumán, para el caso en que una reciente expedición que había sali-

do de Lima al mando del general Osorio con el intento de reconquistar á Chile, obtuviese el éxito que esperaban, vengando la derrota de Chacabuco. Conforme á este plan, la vanguardia de Olañeta fué reforzada por una división de cerca de 400 hombres del batallón Gerona y húsares de Fernando VII al mando del coronel don Jerónimo Valdés. Ambas fuerzas reunidas, con la ventaja que les daba el terreno y la superioridad de sus armas, arrollaron fácilmente desde Hornillos las partidas de gauchos que les disputaban el paso, y avanzaron hasta la ciudad de Jujuy, de la que se posesionaron el 14 de enero. Olañeta empleó todo el día 14 en saquear ordenadamente á Jujuy, y hacer algunas recogidas de ganados en los alrededores, emprendiendo en el mismo día su retirada. Las fuerzas de Güemes, mal de armas y caballos, no podían contrarrestar eficazmente al enemigo, pero así que inició su movimiento retrógrado, rodearon inmediatamente su campo, y lo sitiaron en él, teniendo lugar algunos choques de caballería y así lo acompañaron hasta la frontera de Yavi.

Ufanos los realistas con la calidad de sus tropas, desprendieron una columna de 200 hombres del regimiento Extremadura, que penetraron por la sierra de Santa Victoria. Una partida de 40 hombres se destacó del grueso de la columna. Cargada aquélla por 20 gauchos al mando del comandante José Antonio Ruíz, en Acoyte (11 de febrero de 1818), fué completamente derrotada, dejando en el campo 40 fusiles, 6 muertos y 18 prisioneros, entre ellos un oficial. La Serna, humillado por este pequeño contraste, volvió á proponer un canje de prisioneros, y Güemes al aceptarlo le dió una nueva lección de derecho de gentes, diciéndole: «Tengo noticias de que después del triunfo de mis armas en la jornada de Santa Victoria, se vengaron las tropas de V. S. con el enorme atentado de degollar con frente serena algunas inocentes mujeres. Lo tengo igualmente del castigo de azotes que ejecutaron en el capitán de naturales Torilay, y de otros muchos excesos y desafueros cometidos con impunidad. Sabe-

»V. S. que yo he hecho la guerra sin traspasar los lí-
»mites de ella y que he respetado á la humanidad do-
»liente. Esto mismo exijo de V. S., si no por justicia,
»al menos por reciprocidad.»

La victoria de Maipú, que tuvo lugar en el siguiente mes de abril (1818), frustró una vez más los planes de invasión de los realistas sobre Salta. Desde entonces, la guerra militar se convirtió en guerra de recíproco merodeo, haciendo uno y otro beligerante frecuentes incursiones. En este tiempo, Güemes arrebató más de 18.000 cabezas de ganado lanar y vacuno con el objeto de quitar al enemigo los recursos con que contaba para emprender nueva invasión. Una columna española al mando del coronel Vigil hizo una correría desde Tarija hasta Salinas, obligando á Uriondo á replegarse á la frontera. El comandante Rojas (Juan Antonio), salió en su auxilio al frente de una división de infernales y de gauchos que, unidos á algunos indios flecheros, cargaron sobre un reunión de 800 realistas (en su mayor parte indios) y los destrozaron (18 de mayo de 1818) matando 119 hombres, tomando 62 fusiles y quedando en su poder 73 heridos y prisioneros.

Orán se hizo por el momento teatro de nuevas operaciones cuyo principal objeto era siempre el merodeo. Por este tiempo (junio de 1818) apareció el famoso general Canterac, como jefe de estado mayor del ejército realista, dirigiendo en persona algunas de estas correrías, y unido al activo coronel don Jerónimo Valdés hizo experimentar á los patriotas algunos reveses. Pero los españoles habían desistido por entonces de todo proyecto de invasión formal. La derrota de Maipú en Chile los había anonadado, y el fracaso de la desastrosa campaña de 1817 sobre Salta enseñóles á ser prudentes. Tal era el estado de la guerra de la independencia en la frontera del norte, cuando el ejército del general Belgrano acantonado en Tucumán, recibió la orden de dar la espalda á los españoles, para volver sus armas contra los hermanos en rebelión.

En diciembre de 1818, marchó Bustos con 400 hombres á ocupar militarmente á Córdoba según queda ya explicado. A consecuencia del combate de Fraile Muerto, el gobierno ordenó que esta división fuese reforzada, en previsión de que fuerzas superiores de Santa Fe la atacaran. El coronel La Madrid con dos escuadrones de húsares, y el comandante don José María Paz con uno de dragones, formando un total de 300 hombres, marcharon á fines de 1818 á incorporarse con la columna de Bustos, que con este contingente se elevaba á 700 plazas de línea de las tres armas. El ejército acantonado en Tucumán, que á la sazón constaba de cerca de 3.500 hombres efectivos, quedó de este modo reducido á poco más de 2.500 hombres útiles, desprovistos hasta de los recursos necesarios para alimentarse, inhabilitados para la ofensiva, é impotentes para la defensiva que mantenía á espaldas de las belicosas guerrillas de Salta.

Apenas había pisado el territorio de Córdoba la columna de La Madrid que debía reforzar el cuerpo de Bustos, cuando el Directorio alarmado con la apurada situación de Balcarce después de la retirada de Santa Fe (diciembre de 1818) y las contradictorias exigencias de este general, de que ya se ha hablado en el capítulo anterior, ofició á Belgrano, que con una parte ó el todo del ejército auxiliar del Perú, marchase á tomar el mando de todas las fuerzas que operaban en el litoral. El gobierno general, que reconocía tardíamente las funestas consecuencias de la guerra social que con tanta ligereza había provocado, sin plan, sin recursos suficientes y hasta sin generales, había perdido la serenidad del espíritu, y no atinaba á dictar una medida acertada. Después de comprometer sucesivamente cuatro ejércitos en la contienda, haciendo derrotar uno tras otro cuatro generales en Entre Ríos y Santa Fe, había atraído cerca de la tercera parte del del Perú, llevando la guerra al territorio de Córdoba. En tan deplorable situación, creada exclusivamente por él, no encontraba otro remedio para salvarla, sino volver la espalda á los españoles en la fron-

tera norte de la república, autorizar á la vez el repaso del ejército de los Andes abandonando la empresa sobre Lima, y buscar en Europa un monarca como solución y remedio.

El gobierno en su oficio á Belgrano le manifestaba, que «había visto con dolor que el éxito de la expedi»ción por él emprendida, no correspondiera á sus es»peranzas, y que, lejos de ello, hubiese variado el li»sonjero aspecto de los negocios, amagando al Estado »con males de fatal trascendencia si no se aplicaba »instantáneamente el remedio.» Véase cuál era este remedio. «El gobierno (decía en ese oficio), ha medita»do con toda la detención y madurez que la importan»cia del asunto exige, y ha estimado el más oportuno, »que V. E. se ponga inmediatamente en marcha, ya »sea con la totalidad del ejército, ya con la parte de »él que considere conveniente, á tomar el mando en »jefe del ejército de operaciones de Santa Fe, en el »concepto de que el gobierno supremo está empeña»do, y se ha propuesto poner en acción los recursos del »poder nacional para concluir felizmente y en el me»nor tiempo que sea posible, esta guerra desastrosa, »que á su pesar amaga la vida del Estado, y desquicia »en sus fundamentos el honorable concepto y ventajo»sa opinión nacional adquirida á costa de innumera»bles sacrificios.» A estas melancólicas palabras, que revelaban el arrepentimiento y presagiaban los negros días cercanos, seguíase la recomendación perentoria de dar «el más breve é instantáneo cumplimiento á tan importante resolución.»

Belgrano contestó con resignación, que obedecería, aun cuando tenía la íntima convicción de su insuficiencia, y que marcharía con el todo del ejército, aun cuando ignoraba las fuerzas con que tenía que combatir. El gobierno le contestaba confiando en sus aptitudes, y manifestábale, que la totalidad de la fuerza enemiga con que iba á luchar ascendía á 1.600 hombres, inclusos 400 hombres de Corrientes y otros tantos de Entre Ríos. Se avisaba al mismo tiempo, que el ejército de operaciones de que debía recibirse, conta-

ba con 2.600 soldados en campaña. Así es cómo el gobierno, después de meditar con madurez sobre la situación militar, lanzaba contra 1.600 montoneros, cerca de 6.000 hombres de tropas organizadas, sin imprimirles dirección, comprometiendo su quinto ejército en la guerra social, iniciada por él con un maestro de carretas por general en jefe.

Bustos á su vez, contando con el apoyo de los escuadrones de La Madrid y Paz que iban en marcha, y reforzado con las milicias de Córdoba, escribía á Belgrano lleno de zozobras: que tenía órdenes para operar en combinación con el ejército de Viamonte, y que sabedor de que los santafecinos habían sido reforzados con nuevas tropas de Entre Ríos (lo que era cierto), consultaba lo que debía de hacer. Belgrano, á ciegas de todo, le daba por única instrucción, que si encontraba obstáculos invencibles para cumplir las órdenes del gobierno, y hubiese de ser atacado, se replegara con sus fuerzas y las de La Madrid sobre su ejército, que ya iba en marcha. «Con las fuerzas que »se hallan al frente de los anarquistas (agregaba), y »con las que yo llevo, no es posible atender á cubrirlo »todo:—la unión de las fuerzas es lo que nos ha de »salvar:—las fracciones de ellas no harán más que des»truirnos.—Así pienso hacer la guerra.—El gran asun»to es el dinero.» Por aquí se ve, que el gobierno no dominaba el conjunto de las operaciones; que Bustos vacilaba; que La Madrid no llevaba instrucciones precisas, y que Belgrano no tenía plan ni resolución hecha. El general lo fiaba todo á una reconcentración que no respondía á ninguna idea definida, y con iguales fuerzas, no se atrevía ni aun á conservar el terreno ocupado por su vanguardia. Bajo estos auspicios morales, la campaña se iniciaba por una derrota en la cabeza de los que mandaban.

El ejército se movió el 1.° de febrero (1819) dejando en Tucumán como 500 hombres de los diferentes cuerpos, divididos en piquetes, á cargo del coronel don Domingo Arévalo, de manera que Belgrano podía contar en todo, con un total de 5.500 hombres para operar

contra Santa Fe. En marcha, le alcanzaron nuevas órdenes perentorias del gobierno, á las que contestó que «obedecería ciegamente, pero que suspendería to»do movimiento sobre el enemigo hasta recibir nue»vas disposicions del gobierno «con planes é ideas que »disipasen toda confusión.» El gobierno le replicaba, haciéndole juiciosas reflexiones y lisonjeándose de que «aclaradas á su arribo á Córdoba las incertidumbres »que manifestaba, daría principio á sus operaciones »con la rapidez de que dependía el suceso.» Al llegar, las mismas dudas trabajaban al general. «Me he en»contrado sin los planes del gobierno que esperaba (es»cribía); me hallo con las manos atadas, no sé cómo »acertar á cumplir rápidamente las órdenes que ten»go, y espero por lo tanto órdenes é instrucciones.» El gobierno, al leer esta última comunicación, debió darlo todo por perdido, como en efecto lo estaba, aun triunfando militarmente. El ejército venía poseído de un mal espíritu, inoculado en tres años de estéril inacción y disciplina adusta, minado por vicios latentes; y su general moribundo no era ya el hombre de las inspiraciones de Tucumán y Salta, ni siquiera el de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, no obstante que luego había de reaccionar sobre sí mismo, agotando en este esfuerzo supremo los últimos latidos de su grande corazón.

Mientras tanto, Bustos se mantenía en Córdoba con su división. Después del combate de Fraile Muerto, habíase situado en la Villa de los Ranchos (por otro nombre del Rosario), sobre el Río Segundo abandonando su posición avanzada sobre el Tercero con lo que perdió más de 30 leguas de terreno. En los primeros días de enero de (1819) le llegó el refuerzo de La Madrid, que se situó en la Herradura sobre el Tercero, 36 leguas de Córdoba. Allí se efectuó la incorporación de ambas fuerzas, donde permanecieron estacionarias.

La Herradura, como su nombre lo indica, es un seno que forma el río en aquella parte. En la concavidad del arco se hallaba situado el campamento de Bus-

tos. Los flancos y la retaguardia estaban cubiertos por el río mismo, á la sazón á nado, y por un espeso bosque que se extendía arriba y abajo de la posición. El frente, que era bastante extenso y despejado, estaba cerrado por una palizada, revestida en parte con cueros de toro que figuraban una muralla con tres portones practicables en ella como para dar salida á una columna de caballería.

Según se dijo antes, don Estanislao López, á la cabeza de 1.500 hombres, se había corrido por su flanco derecho á principios de febrero, con el objeto de caer sobre Bustos, dejando á Viamonte entretenido con algunas partidas á su frente. El caudillo santafecino llevaba consigo á sus aliados de Entre Ríos y Corrientes, y entre ellos el regimiento de Campbell, inventor de una nueva táctica de combate. Esta consistía en una infantería montada y armada de fusil con bayoneta, que cargaba á gran galope como caballería, se dispersaba en guerrilla del mismo modo, echaba pie á tierra por parejas ó por grupos—cuidando uno de los caballos,—y rompía el fuego dentro del tiro de fusil. En caso de avance, se reconcentraba, y cargaba á pie ó á caballo, según obrase como infantería ó caballería, y en caso de retirada, saltaba rápidamente sobre sus caballos y se ponía fuera del alcance de su enemigo. Esta operación era protegida por escuadrones de verdadera caballería que servían de reserva. Esta táctica primitiva, que había surtido su efecto con las tropas argentinas, y que tan mal había probado al emplearla contra las tropas portuguesas, era la que los montoneros iban á ensayar en la Herradura.

El 18 de febrero se presentó López delante del campo de la Herradura. Bustos, casi sorprendido, mandó formar su infantería en orden sencillo sobre la palizada, improvisando una trinchera con los arneses de montura, á manera de las que forman los marinos con sus hamacas. Situó sus dos pequeñas piezas de artillería sobre la palizada, y estableció su caballería en segunda línea, en disposición de poder salir oportunamente por los portones, que por el momento fue-

ron cerrados con lazos de cuero. En esta actitud espero el ataque.

El combate se inició con fuertes guerrillas por parte de los montoneros que cubrían todo el frente que describía la cuerda del arco por donde únicamente era accesible la posición. Después de un fuerte tiroteo, los asaltantes iniciaron una carga simultánea, saltando á caballo su infantería, que se había desmontado para practicar su maniobra favorita. El núm. 2.° de infantería, rodilla en tierra y parapetado con sus monturas, rompió un nutrido fuego á discreción, consiguiendo rechazar al enemigo. Simultáneamente con el rechazo, salieron por los portones, cuyos lazos se cortaron al efecto, los tres escuadrones de Húsares y Dragones en aire de carga con La Madrid y Paz á su cabeza, manteniéndose uno de ellos en reserva. Los montoneros fueron acuchillados por el espacio de más de 1.000 varas, dejando en el campo como 30 cadáveres en este trayecto. A esta altura retrogradaron en orden los escuadrones triunfantes, porque los enemigos, superiores en número, volvían con nuevos bríos á la carga, siendo necesario que algunas compañías de infantería saliesen á proteger su regreso al campo de la Herradura. Esta severa lección, que enseñó á los vencidos á respetar la caballería del ejército auxiliar, produjo á la vez una profunda impresión en los vencedores. Los montoneros se habían batido con verdadero fanatismo; ninguno había pedido cuartel en la derrota, y todos habían muerto peleando individualmente con las armas en la mano. Esto indicaba que las tropas que iban á combatir, no serían vencidas tan fácilmente como se habían imaginado.

El enemigo, sin desamparar el campo, mantuvo el sitio de la Herradura. En la mañana del siguiente día 19, amagó nuevo ataque haciendo flamear una gran bandera colorada; pero sin intentar asalto. El objeto era sacar la caballería nacional á campo abierto, para caer sobre ella con fuerzas superiores. Esta repitió su maniobra del día anterior, haciendo replegar las

guerrillas enemigas, y se mantuvo con circunspección al amparo de los fuegos de su infantería.

López, dueño de la campaña, aunque escarmentado, se dirigió sobre la Villa de los Ranchos, al parecer con ánimo de hacer una incursión hasta la ciudad de Córdoba. Allí supo el avance de la vanguardia de Viamonte sobre Coronda, y fué entonces que contramarchando rápidamente, alcanzó á sorprender á Hortiguera en las Barrancas, según queda ya narrado. Bustos por su parte, inmediatamente de apercibirse de la operación de López (21 de febrero), marchó á cubrir la ciudad de Córdoba; pero, cuando llegó al punto amagado, ya los montoneros se habían retirado, y allí tuvo aviso que el ejército de Belgrano se hallaba á pocas jornadas. El 28 de febrero estaba todo el ejército auxiliar reunido en la Villa de los Ranchos.

Belgrano, lleno de incertidumbre, sin idea fija ni objetivo determinado, ignoraba completamente la situación del ejército de Viamonte sobre el litoral. Por unas comunicaciones interceptadas al enemigo, supo su avance sobre el Carcarañá, lo que le aconsejó hacer adelantar su vanguardia. Antes de que el general pusiera en ejecución este pensamiento, los montoneros se hicieron sentir en el Fuerte del Tío á 18 leguas de distancia, sorprendiendo el destacamento de milicias que lo guarnecía. Bustos fué destacado con 800 hombres de infantería y caballería, y llegó al punto atacado cuatro días después de abandonado por el enemigo. Siempre indeciso y sin plan, Belgrano escribía con motivo de esta expedición secundaria: «Según »fueren los resultados, así también se dispondrá lo »oportuno, aunque con el sentimiento de no haber re»cibido hasta ahora los planes é instruciones del go»bierno.» Hasta entonces, su intención era dirigirse directamente á la ciudad de Santa Fe por el camino del Quebracho Herrado, lo que habría sido una buena marcha estratégica; pero, escaso de caballos y falto de resolución, se resolvió al fin á tomar el camino del Tercero, que lo conduciría directamente al Rosario. Al efecto hizo adelantar una división hasta la Esquina de

Ballesteros, poniendo en movimiento las milicias de la frontera sur de Córdoba por la parte de la Carlota, con orden de abrir hostilidades sobre la línea de Santa Fe. En estas vacilaciones, movimientos falsos y disposiciones preliminares sin consecuencias, perdió 18 días. En este intervalo recibió las comunicaciones de Viamonte, que le anunciaba el desastre de Hortiguera en las Barrancas, su repliegue y su situación apurada en el Rosario. Fué entonces que escribió al general en jefe de Santa Fe, se sostuviera á todo trance, mientras él marchaba en su auxilio, abriendo en consecuencia su campaña el 17 de febrero.

En marcha sobre Santa Fe, escribió al gobierno dos días después: «Yo he concebido la importancia del »gran número, no tanto por lo que pueda temer al ene»migo, cuanto por la moral de mis compañeros de ar»mas, que se conservarían en las filas sabiendo que »han de vencer, y adquiriendo el concepto de desprecio »que deben merecer los anarquistas, toda vez que yo »consiga no tener el más pequeño contraste, conser»vando la unión, aunque mis movimientos sean len»tos.» Con este sistema de guerra negativo y esta enervante moral militar, que revelaba cuánto había bajado la del ejército auxiliar del Perú, ya se alcanza cuál podría ser el resultado de la campaña, emprendida contra una insurrección verdaderamente popular, que abrazaba una vasta extensión de territorio, interceptando todos los recursos del país, con largas correrías, y cuyos soldados se batían con el fanatismo que se ha visto. A pesar de esto, Belgrano era el único general que podía hacerle frente con éxito. Su autoridad moral se imponía al ejército, que emprendía sin entusiasmo esta guerra; á la vez inspiraba confianza á los pueblos y temor al enemigo. Los campesinos, aunque afectos en su gran mayoría á la montonera, veían en él una garantía de orden, pues sus tropas marchaban con una disciplina ejemplar, respetando todas las casas abandonadas y pagaban religiosamente lo que consumían.

Simultáneamente con la marcha del ejército auxi-

liar del Perú, inventaba San Martín la sublime comedia del repaso del ejército de los Andes, de que hemos dado noticia ya (enero de 1819). Contrariado el vencedor de Chacabuco y Maipú por el carácter crónico que tomaba la guerra civil, perturbando sus vastos planes y combinaciones, todo su anhelo era ponerle término de cualquier modo. Su pasión era la independencia americana, y su horror por las luchas intestinas había llegado á convertirse en una manía sistemática. Poseído de estos sentimientos, anunció desde Curimón (febrero de 1819) al Director O'Higgins, que «la guerra de anarquía en las Provincias Unidas »por la parte de Santa Fe, lo movía como ciudadano »interesado en la felicidad de la América, á tomar una »parte activa en ella, á fin de emplear medios conci»liatorios, interponiendo su crédito con el gobierno na»cional y el de Santa Fe.» A fines de febrero, hallábase en Mendoza ocupado de esto, y allí fué instruído de la bajada del ejército de Belgrano, que contrariaba sus planes ulteriores sobre el Bajo Perú. Con anticipación, había incitado á la logia de Lautaro de Chile á que comprometiese al gobierno de ultracordillera, á fin de que mediara oficiosamente en la guerra civil argentina. El Director O'Higgins, obedeciendo á su impulsión secreta, nombró al efecto una comisión compuesta del regidor don Salvador de la Cabareda y coronel don Luis de la Cruz, la cual fué oficial y confidencialmente recomendada por San Martín á su gobierno. El Director Pueyrredón, justamente ofendido de que se enviase una misión cerca de Artigas, antes de dirigirse á él, reconociendo por el hecho á los montoneros como beligerantes, á riesgo de ensoberbecerlos más, previno formalmente á los diputados chilenos: que suspendiesen todo paso en ejercicio de su comisión, y así se lo significó á San Martín, reprobando confidencialmente su avanzado proceder. Esto tenía lugar en el mes de marzo en que el ejército del Perú abría sus operaciones sobre Santa Fe.

En su impaciente anhelo por un arreglo inmediato, San Martín se dirigió confidencialmente á Artigas y

á don Estanislao López, incitándolos á la concordia y á reunir sus esfuerzos contra el enemigo común. A Artigas le decía, que la bajada del ejército del Perú, con el cual contaba para operar en combinación contra los españoles, había desbaratado sus planes militares. Hablándole de la expedición de Cádiz, que amenazaba al Río de la Plata, le manifestaba: «Bien poco »me importaría que fuesen 20.000 hombres, con tal »que estuviésemos unidos; pero en la situación actual »¿qué podemos hacer?» Respecto de su actitud ante la lucha civil, he aquí sus palabras: «No puedo ni de«bo analizar las causas de esta guerra entre herma»nos; sean cuales fueren, creo que debemos cortar to»da diferencia y dedicarnos á la destrucción de nues»tros crueles enemigos los españoles, quedándonos »tiempo para transar nuestras desavenencias como nos »acomode, sin que haya un tercero en discordia que »pueda aprovecharse de nuestras críticas circunstan»cias.» Anunciábale al mismo tiempo la marcha de la comisión mediadora de Chile, y terminaba por declararle: «Mi sable jamás se sacará de la vaina por opi»niones políticas, como éstas no sean en favor de los »españoles ó de su dependencia.»

La carta á López estaba concebida en el mismo sentido, aunque en términos más expresivos, como si adivinara que este caudillo estuviese mejor dispuesto á la paz. Manifestaba, en ella, tenerle por un patriota que inspiraba toda confianza, y le indicaba que no tendría inconveniente en celebrar una conferencia con él, en el lugar que le señalara.

Estas declaraciones avanzadas de San Martín, eran imprudentes, por no decir ligeras. La imparcialidad que afectaba, era un reproche indirecto á la autoridad nacional que sostenía la guerra. Su afirmación absoluta de no tomar parte en ninguna guerra civil, importaba debilitar la fuerza moral del gobierno, alejando de sus enemigos la amenaza del ejército de los Andes. Felizmente, las cartas fueron detenidas por Belgrano, que por el momento estaba en otras disposiciones. A la primera insinuación de un arreglo por parte de San

Martín, había contestado categóricamente: «A lo que entiendo, esta guerra no tiene transacción.» Y como de los conceptos de San Martín pudiese deducirse que ofrecía algún concurso de tropas para el caso que la tentativa de paz fracasara, Belgrano le decía: «No nece»sitamos más fuerzas que las que hay aquí: tengo tres »mil hombres con una batería de ocho piezas perfec»tamente servidas, y es excusado, según comprendo, »que vengan más. Los que están á mi frente son gen»te de desorden, y ellos correrán luego que vean »tropas.»

En tales circunstancias, fué Belgrano informado, que el ejército de los Andes debía repasar próximamente la cordillera. Este anuncio produjo en él la misma impresión que en San Martín la bajada del Perú. Esta doble retirada del frente del enemigo común, defraudaba las patrióticas aspiraciones de ambos. «Com»pañero y amigo muy querido (le escribía con tal moti»vo): si usted se conmovió con mi bajada, figúrese cuál »me habrá sucedido con la noticia de que su ejército »debía repasar los Andes. ¡Tanto más me admiraba »esto, cuanto el Director nada me dice de su movi»miento, que va á retardar la ejecución de los mejo»res planes, y quién sabe hasta qué punto puede per»judicar la causa en el interior y afirmar el yugo es»pañol! Pero lo dispone quien manda, y no hay más »que obedecer.»

Bajo estas impresiones, continuaba lentamente su marcha, concentrado en masa, cuando recibió comunicaciones de Güemes que le anunciaba una nueva invasión sobre Salta, que al parecer era formal. No era sino un simple reconocimiento. Al emprender su marcha desde Tucumán, Belgrano había hecho esparcir la voz que su ejército avanzaba con todas sus fuerzas sobre el Alto Perú. Alarmados los realistas, habían hecho penetrar una parte de su ejército por Humahuaca adelantando su vanguardia hasta Jujuy á las órdenes de Canterac y Olañeta. Allí supieron la bajada del ejército auxiliar, y retrogradaron á sus posiciones, sosteniendo frecuentes combates con los incansables gau-

chos salteños. Belgrano dispuso inmediatamente que las milicias de Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca acudiesen en sostén de Güemes, y consultó al gobierno sobre la conveniencia de desprender 1.000 hombres de su ejército á fin de cubrir la frontera del norte amenazada. El gobierno, que había tomado á pecho la terminación de la contienda civil por las armas, contestó terminantemente á esta consulta: «Urge por instantes terminar cuanto antes la presente »azarosa campaña, y se opone á su realización en»flaquecer sin una imperiosa necesidad la fuerza que »ha de llevarla á cabo.» Explicando en seguida su resolución, desenvolvía su nuevo plan de este modo: «Pa»cificada totalmente la presente contienda, y reunidos »el ejército del Perú y el de los Andes, llevarán sus »armas con las demás fuerzas que se disponen, á »desalojar á los realistas de todo el territorio de este »Estado.»

A medida que Belgrano adelantaba camino, iba entrando en posesión de sí mismo. Se daba cuenta más clara de su situación militar, consideraba de más alto punto la cuestión política y social, encarando con patriotismo y firmeza los deberes del país y del gobierno ante la guerra exterior. Sus anteriores vacilaciones, su falta de iniciativa, sus preocupaciones respecto de mucha fuerza y mucho dinero, se disipan y aunque sin brillo, su buen juicio iluminado por las últimas luces de una inteligencia que se extinguía con las fuerzas físicas, llega casi á tener la visión profética del genio. Véase la pintura que él mismo hace de su itinerario, desde la Villa de Ranchos hasta Candelaria: «Es urgente concluir esta desastrosa guerra por cual»quier modo. Todo es desolación y miseria: las casas »abandonadas, las familias fugitivas ó arrastradas, los »campos desiertos de ganados y caballos, todo, en fin, »invadido de hombres que se han destinado á una »guerra de las más terribles que pueden presentarse, »pues para ellos todos son enemigos con tal que tengan »ó no sean de su partido.»

Aunque tarde y á su pesar, reconocía que la insu-

rrección popular, brutal y viciosa como era, llevaba en sí misma una fuerza de penetración y de disolución, superior á las fuerzas represoras que podían contrarrestarla. Presentía que era un fenómeno social, que tenía su origen en el organismo propio; veía que contra las multitudes insurreccionadas, diseminadas en los espacios, eran impotentes los ejércitos, apenas dueños del terreno que pisaban; se daba con dolor y virilidad cuenta racional de todo esto, y he aquí cómo se expresaba: «Para esta guerra ni todo el ejército de Xerxes »es suficiente. El ejército que mando no puede acabar»la, es un imposible; podrá contener de algún modo; »pero ponerle fin, no lo alcanzo sino por un avenimien»to. No bien habíamos corrido á los que se nos pre»sentaron y pasamos el Desmochado, que ya volvieron »á situarse á nuestra retaguardia y por los costados. »Son hombres que no presentan acción ni tienen para »qué. Los campos son inmensos y su movilidad facilí»sima, lo que nosotros no podemos conseguir marchan»do con infantería como tal. Por otra parte, ¿de dón»de sacamos caballos para correr por todas partes y »con efecto? ¿de dónde los hombres constantes para »la multitud de trabajos consiguientes, y sin alicientes, »como tienen ellos? Hay mucha equivocación en los »conceptos: no existe tal facilidad de concluir esta »guerra; si los fautores de ella no quieren concluirla, »no se acaba jamás: se irán á los bosques, de allí vol»verán á salir, y tendremos que estar perpetuamente »en esto, viendo convertirse el país en puros salvajes.»

Su última palabra sobre la materia era ésta: «que »con 1.000 hombres de caballería y 500 infantes mon»tados, podrían resguardarse los caminos, aunque sin »concluir radicalmente la guerra civil, y que debía »aplicarse toda la energía de la Nación á hacer frente »á la guerra de la independencia en la frontera del »norte y en el Bajo Perú.» Y adelantándose á la objeción que podía hacérsele, que antes había opinado de distinto modo, hacía presente: «Estas reflexiones las habría hecho desde el principio, si me hubiesen dado los conocimientos que ahora tomo por mí mismo, y

»entonces no habría tenido la idea de la conclusión de »esta guerra que hoy ocupa al gobierno.»

No se ha escrito una página más juiciosa que ésta, ni más llena de verdad y enseñanza, sobre la guerra social que afligió á la República Argentina en aquella época calamitosa, en que las nuevas fuerzas populares surgían vivaces con toda la enérgica espontaneidad de una naturaleza agreste, y en que las fuerzas conservadoras y reparadoras, yacían enervadas. La mano de un moribundo la ha trazado. Uno de sus más ilustres discípulos, que después se elevó á la altura de los primeros generales americanos, marchaba en ese mismo día en que ella se escribía á la cabeza de uno de los escuadrones de vanguardia. Era éste el entonces teniente coronel don José María Paz. Al pisar el territorio de Santa Fe, los montoneros salieron á su encuentro, dispersándose en guerrillas que luego se perdían en el vasto horizonte de la pampa, arreando gruesos trozos de ganados y caballos. Perseguidos activamente hasta los Desmochados, la caballería del Perú triunfaba sobre ellos como en la Herradura, pero ni la fuga importaba la derrota del enemigo, ni los vencedores obtenían ventajas, que compensasen siquiera la pérdida de sus caballos. Como lo dice Belgrano, los fugitivos aparecían muy luego hostilizando la retaguardia de su ejército. Más de treinta años después, Paz, aleccionado por el estudio y la experiencia, ha procurado explicar los fenómenos militares de aquellos tiempos homéricos de la montonera, y no ha acertado á resolver en todos sus grados el problema magistralmente planteado por el maestro.

A pesar de hallarse el ejército á menos de dos jornadas del Rosario, Belgrano no tenía conocimiento exacto de la situación de Viamonte en el litoral, así como éste ignoraba la proximidad del auxiliar que debía salvarlo. Fué en estas circunstancias que López interceptó el chasque de San Martín y abrió con tal motivo comunicaciones con Viamonte, dando esto lugar al armisticio de 5 de abril, según se explicó antes. Belgrano se hallaba en la posta de la Candelaria á 14 leguas

del Rosario cuando le fué comunicado este convenio, que se apresuró á aprobar, trasladándose inmediatamente al Rosario acompañado de una pequeña escolta, con el objeto de entablar las negociaciones consiguientes.

Las conferencias diplomáticas se abrieron en San Lorenzo el 12 de abril, concurriendo como representante por parte del general Belgrano, don Ignacio Alvarez Thomas, jefe de estado mayor del ejército, y por parte de López y sus aliados, don Pedro Gómez y don Agustín Urtubey. Las bases que en definitiva acordaron fueron las siguientes: 1.ª Que continuase el armisticio acordado bajo la garantía de la buena fe y mutua correspondencia, evacuando los ejércitos y escuadra de la Nación la provincia de Santa Fe, y retirándose al norte del Salado las tropas auxiliares de ésta. 2.ª Que se comunicase este acuerdo á los pueblos hermanos disidentes al oriente del Paraná, á fin de que concurriesen por medio de diputados á la reapertura de las negociaciones definitivas en el término de un mes (el 8 de mayo subsiguiente). 3.ª Que las tropas que en favor de la Nación se mantenían aún en armas en Entre Ríos, se retirarían por agua á San Nicolás de los Arroyos. 4.ª Que la comunicación del litoral con el interior por el territorio de Santa Fe quedaría expedita, no pudiendo, sin embargo, exceder de 25 hombres el número de soldados que escoltase cada convoy. 5.ª Que se habilitarían las postas despobladas, quedando abiertas por parte de las Provincias Unidas todas las vías fluviales y terrestres. 6.ª Que en ambos territorios se perseguiría á los ladrones de caminos, prestándose las partes mutuo auxilio para el efecto, sin que esto autorizase la introducción de fuerzas militares en las respectivas jurisdicciones. 7.ª Que toda dificultad que ocurriese durante el armisticio se transaría por medios amistosos, agotando los medios pacíficos antes de recurrir á las armas. Belgrano aprobó igualmente este convenio, persuadido de que él, como lo decía, «afianzaría las »bases de la amistad y confraternidad, sobre las cua-

»les se fundaría el tratado de paz y concordia, tan de»seado para la prosperidad de la Nación.»

Con arreglo á lo pactado, Viamonte se replegó á San Nicolás (el 14 de abril) con su ejército, acompañado por la caballería entrerriana de Hereñú; y Belgrano retrogradó á la posta de Arequito con ánimo de situarse en la Cruz Alta (frontera de Santa Fe y Córdoba) y esperar allí el resultado de las negociaciones. En cuanto á López, cumplió igualmente lo convenido reconcentrándose al norte del Salado, donde licenció sus milicias y despidió á sus aliados de Entre Ríos y Corrientes, los cuales sublevándose saquearon una parte de la ciudad de Santa Fe antes de retirarse.

La paz parecía un hecho asegurado, y todos se felicitaban por ello, incluso el mismo López; pero muy especialmente el general San Martín, quien con tal motivo escribía á Belgrano desde Mendoza: «El pueblo ha »recibido con el mayor placer la noticia, esperanzados »todos en que se corte una guerra en que sólo se vier»te sangre americana.»

Esta paz no era, empero, sino una tregua pasajera en medio de la guerra civil. Las fuerzas vivas que debían impulsarla estaban en movimiento, y ellas, lejos de ser enfrenadas por la acción reguladora de la autoridad, preponderaban en el embrionario organismo social, y equilibraban cuando menos el poder militar que sostenía la armazón de la constitución política del Estado. No podían recibir imposiciones como vencidos los pueblos disidentes cuya resistencia no había sido quebrada; ni podía dominar tal situación un gobierno con sus resortes gastados y sin fuerza moral ante la opinión, que, habiéndose manifestado impotente en el curso de cinco años para dominar la anarquía por las armas ó la política, pactaba al fin una tregua sin medios para imponer condiciones. La ley histórica de que las fuerzas antagónicas deben probarse antes de subordinarse unas á otras, para que todas ellas concurran al gobierno de la sociedad, tenía que cumplirse. La voluntad de los hombres era impotente para contener el desenvolvimiento fatal de los sucesos, y extin-

guir en un día las pasiones encendidas que alimentaban el incendio latente. Los vientos sembrados debían dar su cosecha de tempestades.

Sin embargo, de esta paz momentánea debía resultar una modificación ó dislocamiento de las fuerzas vivas que intervenían directamente en la lucha, preparando nuevas acciones y reacciones, que influirán trascendentalmente en los destinos futuros de la nación. Desde luego la provincia de Santa Fe se emancipó algún tanto del predominio de la liga de los caudillos orientales; separó completamente su causa de la de Artigas y se asimiló más al organismo argentino. Aun cuando más adelante hubiese de unir otra vez sus armas con los enemigos de la unión nacional, sería más bien obedeciendo á una atracción, que sirviendo á un antagonismo incompatible con ella; y al fin, descompuestas en sus propios elementos las fuerzas de los caudillos, y en pugna unas con otras, Santa Fe vendría á ser la vanguardia de la Nación, que concurriría en su medida al triunfo de un orden relativo, dando tiempo á los elementos conservadores de Buenos Aires á rehacerse, organizarse, reaccionar, combatir y triunfar en definitiva, por su poder de cohesión, salvándose así la base de la organización futura. Tal es el resultado que la tregua preparaba, y á él contribuía López de buena fe con su política de equilibrio, obedeciendo en esto á sus intereses y sus instintos. Esta política había agrupado en torno de su poder personal, todas las voluntades de su provincia; y fuerte con este apoyo, mantenía su independencia ante el gobierno de la Nación lo mismo que ante los caudillos orientales. Así se elaboraba la vida en medio de la descomposición, y se depositaban en el seno fecundo del nuevo embrión político y social, los gérmenes de sus futuras metamorfosis.

El general San Martín, que por accidente había concurrido á este resultado con la complicada trama de que se ha dado noticia, se ocupaba en deshacerla metódicamente, cuando él se produjo. Aun cuando el armisticio sirviese perfectamente á sus propósitos, el

hábil artífice hubo de quedar envuelto por los últimos hilos de su propia red. Para ejercer presión sobre Chile, había empezado á hacer efectivo el repaso de una parte del ejército de los Andes. Colocado en Mendoza al frente de una división de las tres armas, y el resto del ejército situado al pie de la falda occidental de la Cordillera, se hallaba en actitud de reconcentrarlo según las circunstancias, llenando, mientras tanto, el doble objeto que ya hemos indicado. Impenetrable como siempre, parecía perseverar en la idea de su retirada al territorio argentino. El gobierno, cediendo sucesivamente á sus indicaciones, había ido modificando sus órdenes y contraórdenes. En la época á que hemos llegado, la orden vigente era: dejar 2.000 hombres del ejército argentino en Chile, tomar en reemplazo 2.000 reclutas chilenos, formar con ellos y sobre la base del resto un nuevo ejército, con el plan de abrir campaña por el norte en unión del ejército de Belgrano, luego que el litoral se pacificara.

Nuevos amagos de invasión realista por la parte de Salta, pusieron en alarma á Belgrano. Comprometido éste con su ejército en la empresa de consolidar la paz iniciada, no podía acudir á ocupar su antiguo puesto. Entonces el gobierno ordenó á San Martín que activase el repaso de la fuerza del ejército de los Andes, que debía formar el nuevo ejército, y que lo dirigiese hacia Tucumán, donde permanecería hasta tanto que, desembarazado de las atenciones que le rodeaban, pudiera contraerse al proyecto de expeler á los españoles de las provincias del Alto Perú. Como se le decía ser ésta una medida puramente preliminar, con el carácter de «precautoria» (sic) preveníaselè, que el general don Francisco Fernández de la Cruz, jefe de estado mayor del ejército auxiliar, debía marchar á situarse en Tucumán, con el objeto de irse recibiendo de las divisiones del ejército de los Andes que sucesivamente fueran llegando á aquel destino.

El general San Martín, que tal vez no veía claro en el desenlace de su gran tramoya americana, parecía aceptar estas absurdas combinaciones negativas,

hijas de la imprevisión y de la carencia de toda idea política ó militar. No podía ocultarse á su penetración, que asumir una actitud expectante en Chile, renunciando á la expedición sobre Lima; asumir la misma actitud en el interior, empleando para ello el ejército auxiliar, era hacer abandono de todas las posiciones conquistadas, desorganizar las grandes bases de poder militar creadas y conservadas con tantos afanes, dar seguridad á los españoles por parte del Pacífico, permitirles aglomerar sobre el Alto Perú todos los poderosos elementos que tenían en Lima, reducirse en fin en todas partes á la impotencia, y todo esto sin una idea clara, sin un plan definido, sin un propósito fijo.

Era que había llegado para el gobierno, aquel momento de postración moral de los poderes exhaustos, en que á la imposibilidad para obrar acompaña la ineptitud para pensar. Así cuando San Martín, asegurada la expedición á Lima por parte del gobierno de Chile, fué apremiado por el gobierno argentino para dirigir á Tucumán al menos la división que tenía en Mendoza, manifestó francamente: que tal medida, sin llenar los objetos que se tenían en vista, daría por único resultado la disolución de esa fuerza. Convencido al fin el gobierno de la importancia preferente de la expedición al Bajo Perú por el Pacífico, con el concurso eficaz de la alianza chilena, dió contraórdenes respecto del repaso del ejército de los Andes y de la marcha á Tucumán de la división de Mendoza, felicitándose de este desenlace preparado por la previsión de San Martín. Sin embargo, el general de los Andes mantuvo aún en el mismo punto la división de Mendoza, con el objeto de reunir mayores elementos para su expedición á Lima, y esta circunstancia hubo de volver á complicarlo en la guerra civil, en que seguramente se habría perdido su ejército como se perdió el de Belgrano, según se verá después.

Mientras tanto, Belgrano, en cumplimiento de lo pactado en el armisticio de San Lorenzo, se estableció en la Cruz Alta, límite de las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires. Desde allí hizo presente las

necesidades que le aquejaban: estaba desnudo y no tenía qué comer. Se le contestó que usase de la propiedad particular donde la encontrara. Repugnándole este medio, que era contrario á sus principios y al sistema administrativo que se había propuesto seguir, hizo algunas observaciones sobre el particular. El gobierno le replicó, en una extensa nota, que el Erario estaba exhausto, que no tenía más que darle, y que, aunque el medio le repugnaba también, no había otro, en lo que tenía razón. Con tal motivo le decía: «En »nuestros presentes conflictos, ¿cuál es el recurso que »se presenta para continuar la indispensable lucha á »que estamos comprometidos? ¿Despedir las tropas »porque el Erario carece de fondos para sostenerlas? »Esto es decir que, deponiendo las armas, pidamos el »tiránico yugo español.—Desengañémonos, señor ge»neral, es preciso vencer ó morir.» Ampliando esta proposición, le agregaba, que las propiedades sólo eran respetadas mientras la salvación general del Estado no reclamase su uso; que todas las clases sufrían de grado ó por fuerza los dolorosos sacrificios que la situación traía aparejados; y que, siendo notoria la impotencia del Erario para sufragar apenas el alimento de las tropas y los indispensables artículos de guerra, los hacendados, cuyas fortunas se trataba de salvar, tenían obligación de contribuir á su sostén. Esforzando su demostración con un ejemplo, terminaba diciéndole: «Los orientales nos han hecho ventajosamente la gue»rra, porque no pagan á sus tropas, ni satisfacen el »precio de los artículos que arrebatan para su subsis»tencia. Sin embargo, cuentan con los brazos de aquel »territorio, á los que obligan con el terrorismo á llenar »su objeto.»

El general Belgrano, contestando la nota del gobierno, le decía: «Demasiado convencido estoy, como lo »he estado desde el principio de nuestra gloriosa re»volución, que es preciso vencer ó morir para afianzar »nuestra independencia; pero también lo estoy de que »no es el terrorismo lo que puede cimentar el gobierno »que se desea, y en que nos hallamos constituídos.»

Repelido así decorosamente el reproche indirecto del gobierno y el ejemplo tan desgraciadamente aducido por él, explicaba las causas de la resistencia de este modo: «Tampoco deben los orientales al terrorismo la »gente que se les une, ni las victorias que los anarquis»tas han conseguido sobre las armas del orden. Aquélla »se les ha aumentado y les sigue, por la indisciplina de »nuestras tropas y los excesos horrorosos que han co»metido, haciendo odioso hasta el nombre de patria. »La menor parte ha tenido el terror en la agregación »de hombres y familias. Las victorias, menos.» Dándose cuenta equitativa de tan selváticas resistencias, formulaba su sistema en estos términos: «Un sistema en»teramente contrario debe ser el de nuestras fuerzas »al que observan los jefes del desorden, para atraernos »con los hechos la voluntad de unos hombres que no »discurren más allá de lo que ven. Adoptar este sis»tema en una guerra civil, que está fundada en los »resentimientos de los hechos de las fuerzas del orden, »que les han arrebatado sus propiedades tratándolos »con el mayor desprecio, es lo que exige la razón, la »justicia y la conveniencia pública.» Mostrando la conveniencia y posibilidad de establecer este sistema, patentizaba, que por procederse en las exacciones sin discernimiento, sin conocimientos y sin datos estadísticos, ellas recaían exclusivamente sobre los pobres, que por el hecho se convertían en otros tantos enemigos del gobierno y de los que tenían algo; y concluía diciendo: que él no había pedido sino lo absolutamente indispensable para vivir, y que si esto no era posible sino por los medios violentos que se le indicaban, que eran los mismos de los anarquistas, él se consideraba incapaz de ponerlos en práctica. Con alguna exageración, Belgrano no hacía sino desenvolver una gran verdad, y es, que ninguna causa justa puede triunfar sino por medios análogos á sus fines, sin desautorizarse y ponerse en contradicción consigo misma.

En medio de estas controversias que nada remediaban, el ejército se desorganizaba trabajado por la miseria. «La deserción está entablada (escribía Belgrano

»al gobierno) como consiguiente al estado de miseria, »desnudez y hambre que padecen estos mis compañeros »de armas.» Cuatro días después escribía el General en términos angustiosos, que causan profunda pena: «Consumo 50 reses diarias; no sé de dónde sacarlas, »porque se han agotado los depósitos. Se ha disminuí- »do la ración de carne; vivimos con el arroz traído de »Tucumán; vamos á echar mano de los bueyes. A con- »secuencia de esto la deserción se pronuncia. Estoy en »un desierto.» El gobernador intendente de Córdoba, don Manuel Antonio Castro, empeñado en llenar las necesidades más premiosas del ejército, imponía una contribución metódica de reses á la provincia, pero luchaba con dificultades para sistemar el servicio: «Los »paisanos conductores de reses de las diferentes pe- »danías para el ejército (escribía Belgrano) pierden »los recibos, ó los pitan, ó se los llevan á sus pagos.»

El gobierno, por su parte, hacía esfuerzos supremos para remediar estas miserias, pero sus recursos estaban agotados. Con grande trabajo pudo aprontar un vestuario para el ejército, y auxiliar su caja con 5.000 $ ofreciéndole 20.000 más muy luego. Mes y medio después escribía consternado á su general: «El »Erario se halla exhaustó y los recursos á que apela »no bastan. No puede por ahora proveer á su alivio, »pero tiene esperanzas de poder reunir dentro de tres »á cuatro días 15 á 20.000 pesos.» Al mes de esta promesa, aun no había sido cumplida, y el gobierno volvía á escribir lleno de congojas: «Puede V. E. conside- »rar cuáles serán las angustias del gobierno en vista »de las justísimas reclamaciones de ese valiente ejér- »cito, y la imposibilidad de proveerlo como lo desea y »y ofreció. Se han practicado las diligencias más ex- »quisitas para el cumplimiento de aquellas ofertas, y »lo han frustrado circunstancias imprevistas ó irre- »mediables. No obstante, se remite en el día un peque- »ño socorro pecuniario, que deberá emplearse exclusi- »vamente en el alimento.»

A sus informes de que la deserción se aumentaba cada vez más, que su fuerza se disminuía considera-

blemente, y que era indispensable fijárle un destino que previniese su total ruina, se le contestaba que tratara de remontarla para contrarrestar la expedición española que se anunciaba. A esto observaba él con cierta ironía desgarradora: «Ordena el Sr. Director »se eleven las tropas de línea al mayor número. ¿Cómo podré hacerlo con el ejército que mando, cuando »no puedo mantener los hombres que hoy lo compo»nen? Hablo con la circunspección que me caracteri»za: muchos días pasan que absolutamente no tengo »qué dar de comer, ni aun á los jefes. Es preciso pal»par esta miseria para formar concepto del grado de »heroicidad á que pueden ascender las pasiones hu»manas.» Así, en medio de estas congojas, se constituía el hecho de la nacionalidad y la independencia argentina, y era así, cómo sus hijos, devorados por la anarquía y la miseria, se preparaban á llevar la libertad al resto de la América del Sur desde Chile hasta el Ecuador.

Apartando los ojos de estas sublimes miserias, que caracterizan y realzan una época heroica, volvamos á tomar el hilo de las negociaciones entabladas á consecuencia del armisticio de San Lorenzo. Estas se prolongaban indefinidamente. Los negociadores nombrados por parte del gobierno nacional, habían acudido por dos veces á la cita, y por dos veces á nada se había podido arribar, ya por falta de instrucciones precisas, ya por inasistencia de los diputados de Santa Fe y Entre Ríos. Complicábase esta situación indefinida y peligrosa con sucesos que simultáneamente tenían lugar en el Entre Ríos, y con la actitud que en consecuencia asumía Ramírez. Habían quedado allí algunas montoneras en armas, que sostenían la bandera de la unión á las órdenes del ya conocido don Gervasio Correa. A pesar del armisticio, las hostilidades se habían roto de nuevo, en circunstancias que en Corrientes estallaba un nuevo levantamiento en combinación al parecer con los de Entre Ríos, y que algunas embarcaciones portuguesas se presentaban en la boca del Ibicuy. Ramírez, creyendo ver en esta simultaneidad

de movimientos un acuerdo entre el gobierno argentino y los portugueses, pidió á Santa Fe sus lanchones armados en guerra y con ellos organizó una escuadrilla, enseñoreándose de la navegación del Paraná desde Santa Fe hasta el Paraguay, interceptando la navegación y comercio del río, y asumió una actitud desconfiada y casi hostil. Los comisarios nacionales, que lo eran el Dr. don Julián Alvarez y el general Alvarez Thomas, reclamaron por estos actos que consideraban violatorios del armisticio, y exigieron de López pidiese la devolución de sus lanchones. López, explicando el hecho, se excusaba de pedir la devolución exigida por cuanto sus «insinuaciones cerca de Ramírez serían sin efecto y peligrosas.» Protestando á la vez de su fidelidad á lo pactado, les decía con arrogancia: «Por mi parte, á no conducirme por el honor »y la palabra de la fe que se merecen nuestros pac»tos, habría ya privado á ese gobierno de parte creci»da de sus fuerzas, sin que estuviese al alcance de sus »enemigos evitarlo, y al menos tendría presas más »preciosas que las que causan nuestro común dis»gusto.»

Al mismo tiempo, dirigía Ramírez á Belgrano una comunicación llena de contrasentidos, escrita en el estilo ridículamente hinchado, propio de los tinterillos que por tantos años han dirigido como instrumentos serviles las cancillerías de los caudillos, adornándolos con las plumas del grajo. En ella manifestaba su horror por la guerra y su odio contra los ambiciosos, y con tal motivo terminaba diciéndole: «Al ver á las ma»dres sin sus hijos, á las mujeres sin sus esposos, y el »luto que presentan todos los pueblos libres del sur, »mi corazón se cargaba en lágrimas de ternura, para »transportarme al momento en iras de venganza con»tra sus autores y, pues que V. E. quiere ser el iris de »la felicidad, yo dejo en sus manos el eco de la razón, »de la justicia, de la humanidad y de la sagrada pa»tria.» Belgrano, que observaba que para hacer efectivas tan solemnes protestas, nombraba Ramírez como negociador á uno de los enemigos más encarnizados

de la paz y de la unión nacional, adivinaba al través de esta jerigonza la actitud del enemigo implacable, y así escribía al gobierno: «La poca sinceridad »con que se expresa, el ataque de Correa después de »celebrada la tregua, y el nombramiento de don Eus»taquio Moldes para intervenir en las negociaciones, »son en mi concepto, una prueba del dolo con que »procede.»

No discurría lo mismo respecto de su antiguo sargento del Paraguay, á la sazón gobernador de Santa Fe. Cada vez se afirmaba más en el concepto que se había formado de que, por su parte, anhelaba con sinceridad la paz, y sobre esta creencia fundaba la posibilidad de un arreglo pacífico, que desviando los peligros del presente, preparase la solución de las dificultades en lo futuro. «No estoy distante de creer »(decía), que Santa Fe entrase por sí sola en aveni»miento, aunque lo repugnen los orientales; á lo me»nos así lo ha prometido López. Mucho habríamos »conseguido con sólo esto, pues sería suficiente para »mantener en nuestro territorio el orden interior, neu»tralizando los efectos de los anarquistas orientales, »quitando el punto de contacto con ellos y el apoyo »de los malvados que no faltan entre ellos y nosotros.» Aquí Belgrano, con una penetración singular, presentaba por el momento la única solución posible que el armisticio había preparado, y que el tiempo debía dar. Desligar á Santa Fe de la confederación oriental, romper así la liga de sus caudillos, y poner el Paraná por barrera de la guerra civil, para poder atender á la guerra de la independencia en las fronteras, tal era la cuestión, más bien política que militar, que él formulaba en términos tan precisos y con tan clara previsión.

Su creencia era, sin embargo, que había poca probabilidad de arribar á un arreglo. Pensaba que la prolongación del armisticio, conveniente en un sentido, era perjudicial en otro, y que la inacción equivalía á una derrota. He aquí sus palabras, que proyectan una luz siniestra sobre aquella situación: «Conociendo los

»perjuicios de esta inacción, veo que por este medio »adquieren los enemigos sobre nosotros, ventajas que »jamás podían prometerse del suceso de sus armas. »Los santafecinos conocen las desventajas de nuestra »actual situación, y no los supongo tan faltos de cálcu»lo, que no prevean los efectos que tendrá nuestra »permanencia por estas inmediaciones. Nada tendría »de extraño que, afectando deseos de paz y entorpeciéndola con diferentes pretextos, viesen que no podía»mos ofenderlos. El punto que ocupamos y todos los »demás de sus inmediaciones en más de 40 leguas son »tales, que basta prolongar en ella nuestra permanencia, para ser destruídos y reducir el ejército á un es»tado de nulidad completa.»

En vista de estas consideraciones, de lo asolado del país, falta de ganados y malos pastos para las caballadas, proponía que, sin romper el armisticio, y continuando las negociaciones, se trasladase el ejército á la Villa de los Ranchos (á 12 leguas de Córdoba), cubriendo la frontera de Buenos Aires con algunos piquetes de tropa veterana. Probablemente, con esto, Belgrano se proponía alejarse del teatro de la guerra y acercarse á Tucumán; pues para llenar los objetos que decía tener en vista, más militar era la posición que ocupaba, con todos sus inconvenientes, que la de los Ranchos con sus problemáticas ventajas. El ejército, situado á la altura de la Cruz Alta, cubría el interior, mantenía libres los caminos que conducen á él, protegía la frontera de Buenos Aires, estaba más cercano á la fuente de los recursos, dominaba la línea del Carcarañá y amagaba á Santa Fe haciendo presión para la conclusión de los tratados; y caso de volver á tomar la ofensiva, no tenía que volver á vencer los mismos inconvenientes que apuntaba.

La verdad es que la campaña del ejército auxiliar nada había resuelto, y el armisticio había dejado las cosas en el mismo ó peor estado que antes, salvo la predisposición de López para más adelante. Hacer ó no hacer la guerra era la disyuntiva, como lo había dicho él mismo, y en vez de resolverse por uno de es-

tos dos partidos, se colocaba en un término medio, que, haciendo imposible la paz, agregaba los inconvenientes de la guerra que se hacía inevitable, sin proveer á esta eventualidad. El gobierno, sin embargo, aceptó su indicación, y á principios de junio se ponía en marcha el ejército, estableciendo poco después el campamento general en la Capilla del Pilar á nueve leguas de Córdoba sobre el Río Segundo.

Al mismo tiempo que el ejército auxiliar retrogradaba hacia Córdoba, en Buenos Aires era nombrado Director interino del Estado el general don José Rondeau (junio de 1819). Pueyrredón, ausente por algún tiempo del gobierno por causas que nada tenían de común con la política, había reasumido el mando á principios de mayo, al solo objeto de activar la promulgación de la Constitución y retirarse en seguida á la vida privada. Entendía, y con razón, que era una dictadura revolucionaria la que se le había confiado, y que debía resignar sus poderes, una vez establecido el orden normal. Larga había sido la elaboración teórica de aquella obra. Iniciada en julio de 1818, fué sancionada á fines de abril de 1819. En otro capítulo hemos dado una idea de ella y no insistiremos sobre esta creación efímera, que no tuvo un solo día de vida real. Pueyrredón, que se sentía fatigado, y comprendiendo que su autoridad estaba gastada, hacía tiempo que abrigaba la idea de descargarse de un peso que consideraba ya superior á sus fuerzas, y aprovechó esta oportunidad para hacer su indeclinable renuncia. El Congreso la aceptó en términos honoríficos (9 de junio), y nombró á Rondeau para sucederle provisionalmente. La retirada de Pueyrredón, en nada alteraba la situación política. Los mismos hombres con las mismas ideas seguían gobernando, apoyados ó combatidos por las mismas fuerzas; y ni aun se alteraban en sus detalles los planes iniciados, porque el nuevo Director era miembro de la logia que secretamente influía en las altas deliberaciones. Rondeau era una de aquellas figuras simpáticas, sin significado propio, que la oligarquía gubernativa colocaba al frente de su de-

coración constitucional. Sin ambición y sin odios, respetado por sus virtudes, capaz de abnegación como ciudadano, valiente como soldado, fiel á sus amigos y dócil á sus consejos, no era el hombre de las circunstancias; pero era el único hombre negativo, que podía aceptar con candorosa serenidad las tremendas responsabilidades de una situación desesperada, porque para él el gobierno no era una simple cuestión de sumisión al deber.

El Director Pueyrredón abandonaba el gran escenario y se perdía para siempre en su penumbra, circundado por aquella sombra que acompaña á los mandatarios que resignan el poder en los tiempos difíciles. Había sido como gobernante el hombre de su partido, representando una autoridad impersonal, por cuanto la base de ella era parlamentaria, y su acción estuvo siempre subordinaba á un centro directivo.— Esto caracteriza políticamente su administración.— Armado de un poder dictatorial, contrapesado por una oligarquía inteligente y patriota, aunque desprovista de verdadero sentido político, sus actos llevaron el sello de la moderación, sin manifestar tendencia á la arbitrariedad caprichosa, y éste es un rasgo moral como magistrado.—Sin ser una personalidad marcada, ni tener en sí la potencia que domina los acontecimientos y les imprime dirección, fué el representante de los elementos conservadores, que, manteniendo el centralismo revolucionario necesario á la lucha de la independencia, retardaron la disolución política y crearon nuevas fuerzas morales y materiales para contrarrestar la acción disolvente de la revolución interna, lo que sin ser exclusivmente obra suya, corresponde á su época.

El Director Pueyrredón no cayó de su puesto, ni se retiró de él voluntariamente: acabó naturalmente por cansancio. Gobernante en representación de un sistema político y de un gran partido gubernamental y revolucionario, gastó su personalidad en el áspero roce de los acontecimientos, sin reparar las fuerzas gubernamentales por el movimiento transformador de la

opinión pública, principio de la vida que descuidó cultivar, al encerrarse en el círculo estrecho y sin luz de las influencias del compañerismo. A esto debió que la indiferencia pública le acompañase en su retirada, á la par de los denuestos de sus enemigos, y el cansancio de sus amigos desesperanzados, que como él se habían gastado en el roce, en el trabajo y en la lucha.

En su tiempo y por sus afanes, se consolidó la independencia argentina; adquirió mayor respetabilidad exterior la nueva nación; se echaron los fundamentos del gobierno parlamentario; se crearon los dos grandes ejércitos nacionales, que sostuvieron la bandera cívica de la República sin tendencias al pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta, se llevó á cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; se preparó la expedición del Perú, y los laureles de Chacabuco y Maipú orlaron el escudo de las Provincias Unidas. Estas son las luces que iluminan las páginas de su administración histórica.

Tuvo la desgracia, que bajo los auspicios de su diplomacia tenebrosa, se realizara la invasión lusobrasileña á la Banda Oriental. Las dificultades de aquellos tiempos, le obligaron á seguir una política internacional equívoca, que no respondía á un propósito deliberado. Buscó la solución de los grandes problemas políticos y sociales fuera de las condiciones geniales del país, reaccionando contra la ley de la democracia en el hecho de propiciar la idea de una monarquía imposible. Provocó impremeditadamente la guerra social, que debía acabar con el Directorio y su sistema, y en esta empresa malgastó las últimas fuerzas militares de la nación. Estas son las sombras del cuadro.

Nacido en medio de una tempestad, como se ha dicho, el Director Pueyrredón vivió combatido por la anarquía y luchando por la independencia nacional. Embraveció las resistencis populares y triunfó de los enemigos exteriores. Centralizó las fuerzas eficientes que concurrieron á su elevación, y las utilizó dando

impulso á la revolución americana. El resorte del gobierno se gastó sin romperse en sus manos, cuando las fuerzas vivas de la opinión le habían abandonado, y cuando el poder por él representado se descomponía en sus propios elementos, y amenazaba desplomarse sobre sus cimientos carcomidos.

Esto, que explica su elevación, su éxito, sus errores y su caída, explica también la doble evolución que durante su gobierno operó la revolución con respecto á la política interna y externa. Envuelto en sombras, tiznado por unos, calumniado por otros, no bien definido ante la moral y ante la historia, largos años han pasado antes que pudiese ser juzgado con imparcialidad, y por la primera vez se exhiben los documentos que lo acusan, lo absuelven y lo dignifican ante el juicio de los posteridad.

CAPITULO XL

La Guerra social (continuación del anterior)

1819

La Constitución de 1819 y su jura.—Opinión de Belgrano acerca de ella.—Enfermedad mortal de Belgrano.—Situación del litoral.—Actitud de San Martín y del ejército de los Andes.—Estado de las relaciones de Buenos Aires y Santa Fe.—Actitud de López y Ramírez.—Retrato de Don José Miguel Carrera.—Rómpense las hostilidades en el litoral.—Planes del gobierno para contrarrestar la anarquía.—El ejército auxiliar es llamado nuevamente á tomar parte en la guerra civil.—Irrupción de Santa Fe á la frontera de Buenos Aires.—El Director Rondeau en campaña, al frente de un ejército de Buenos Aires.—Se ordena á San Martín marche á Buenos Aires.—Conducta de San Martín en esta emergencia.—Se decide á realizar la expedición al Perú.—Juicio acerca de esta conducta.—Carácter de la revolución argentina.—Tucumán se declara independiente.—Prisión de Belgrano.—Elementos de vida futura.—Bosquejo de la descomposición y de la transformación política y social.

La Constitución que el Directorio de Pueyrredón legó como herencia á sus sucesores, en vez de un pacto de unión, fué una nueva bandera de discordia que se levantó en el campo de los principios y en el terreno de los hechos. Obra de sofistas bien intencionados, que soñaban con la monarquía, no pudiendo fundir en sus moldes convencionales los elementos sociales refractarios, creían eliminarlos no tomándolos en cuenta, y de aquí su ineficacia. Bosquejo de un centralismo rudimentario, sin órganos apropiados á su funcionamiento, en presencia de la masa informe de un federalismo rudimentario y anárquico, que era una negación del ideal y un desconocimiento del modelo, no satisfacían las exigencias teóricas ni prácticas, y de aquí que pugnase con los hechos, sin satisfacer las conciencias. Sin fuerza sólida que la sostuviese ni fuerza moral que la propiciara, era una fórmula vacía de sentido que no contenía los gérmenes de la vida presente ni futura. Sin embargo, ella fué jurada con entusias-

mo patriótico el 25 de mayo de 1819, así en Buenos Aires como en las provincias, con excepción de las de Entre Ríos, Santa Fe, Banda Oriental y Corrientes, y los ejércitos de los Andes y del Perú le prestaron homenaje.

Belgrano fué el primero que juró la nueva Constitución al frente de su ejército. Luego que hubo cumplido con este deber, decía hablando con uno de sus jefes: «Esta Constitución y la forma de gobierno adoptada »por ella, no es en mi opinión la que conviene al país; »pero habiéndola sancionado el Soberano Congreso »Constituyente, seré el primero en obedecerla y hacer»la obedecer.» Y refiriéndose á los vicios de la democracia semibárbara, agregaba con las reminiscencias de sus lecturas clásicas: «No tenemos ni las virtudes ni »la ilustración necesarias para ser una república: una »monarquía moderada es lo que nos hubiese conveni»do.» Y fijando su vista en el blasón argentino que tenía delante de sí, expresaba pintorescamente su idea con estas palabras: «No me gustan ese gorro y esa lanza »en nuestro escudo de armas: quisiera ver un cetro en»tre esas manos que son el símbolo de la unión de »nuestras provincias.» Estas eran las ideas candorosas de un hombre que creía como Rousseau, pensaba como Montesquieu y obraba como Franklin, aspirando á la libertad y al orden y subordinándolo todo al deber y eran también por otros móviles las de los mismos que habían formulado la Constitución del XIX.

Tiempo hacía que la salud del general Belgrano inspiraba serios cuidados á sus amigos. En la Cruz Alta había soportado los rigores de una estación fría y lluviosa, acongojado por la miseria de sus soldados. Una vez se alojó en su tienda de campaña, húmeda y desabrigada, el doctor Castro, gobernador de Córdoba. Observó que pasaba la noche en pervigilio y que su respiración era difícil y anhelosa. Sospechando lo grave de su enfermedad, le instó á que pasara á Córdoba á atenderse. El contestó con entereza y tranquilidad, que las circunstancias eran peligrosas, y que debía su vida á la paz y tranquilidad común. En la capilla del Pi-

lar fué visitado por el doctor don Francisco Rivero, quien reconoció los síntomas de una hidropesía avanzada. Renovando Castro con tal motivo sus instancias en nombre de sus jefes, le replicó con resignación grave: «Sé que estoy en peligro de muerte, pero la con»servación del ejército pende de mi presencia. Aquí »hay una capilla donde se entierran los soldados: tam»bién puede enterarse en ella al general.» Y añadió con melancólica sonrisa: «Me es agradable pensar que aquí »vendrán los paisanos á rezar por el descanso de mi »alma.» Allí soportó los dolores de su enfermedad y las miserias de sus compañeros de armas, alojado en un mal rancho, triste, pero sereno.

Al finalizar el mes de agosto, Belgrano, vencido por el mal, tomó la pluma con mano trémula y firmó su última nota: «Señor: No habiendo podido conseguir »en medio del sufrimiento de cuatro meses de enferme»dad un alivio conocido, y aconsejándome los facultati»vos la variación de temperamento, me veo en la nece»sidad, aunque dolorosa, de ocurrir á V. A. para que »me permita dejar el cargo por algún tiempo, hasta »que logre mi restablecimiento, etc., en la inteligencia »de que exige con urgencia mi salud esta medida, que »no dudo merezca la consideración de V. A. para que »me ponga en aptitud de repetir mis servicios.—Cuar»tel general en el Pilar, á 29 de agosto de 1819.—Ma»nuel Belgrano.—Señor don José Rondeau, Director »Supremo del Estado.» Aun permaneció algunos días más al frente del ejército, esperando la llegada de su mayor general don Francisco Fernández Cruz, á quien entregó el mando el 11 de septiembre, y se puso en marcha hacia el Tucumán en el siguiente día. Un día antes se había despedido de sus soldados, diciéndoles que iba á explorar el camino que los conduciría á combatir de nuevo á los enemigos de la patria. He aquí sus sentidas palabras: «Me es sensible separarme de »vuestra compañía, porque estoy persuadido de que »la muerte me sería menos dolorosa, auxiliado de vos»otros, recibiendo los últimos adioses de la amistad. »Pero es preciso vencer los males, y volver á vencer

»con vosotros á los enemigos de la patria que por to-
»das partes nos amenazan. Voy, pues, á reconocer el
»camino que habéis de llevar para que os sean menos
»penosas vuestras fatigas, en nuevas marchas que te-
»néis que hacer. Nada me queda que deciros, sino que
»sigáis conservando el justo renombre que merecéis
»por vuestras virtudes, cierto de que con ellas daréis
»glorias á la Nación, y corresponderéis al amor que os
»profesa tiernamente vuestro general.»

Al pasar por los suburbios de Córdoba, en cuya ciudad no entró, salió el gobernador con los jefes de la guarnición á despedirlo. Al separarse, una escolta de 25 hombres de caballería que había venido acompañándole desde el campamento, echó espontáneamente pie á tierra, y descubriéndose ante él, le dijeron sollozando: «¡Adiós, mi general! Dios nos lo vuelva con la salud y lo veamos pronto.» Esta acción, tan sencilla como patética, lo conmovió profundamente. Al llegar á la posta, escribió al doctor Castro, que había tenido un día de abatimiento. Esta fué la última ovación que el vencedor de Tucumán y Salta recibió en vida.

Desde la ciudad de Santiago del Estero decía al gobierno: «He llegado á este punto y sigo mi marcha. »La enfermedad se agrava manifestándose en la fa-»tiga que me aqueja y en la hinchazón de las piernas »y pies.» La letra irregular y confusa de estas líneas, revelaba un pulso alterado y débil. Eran los síntomas de la agonía que empezaba. El gobierno escribió al pie de aquellos fatídicos caracteres un decreto que le honra, manifestando el gran interés que le inspiraba su salud, autorizándolo á reclamar en su nombre todos cuantos auxilios gustase y estimase á tan «importantísimo objeto», sin excluir los pecuniarios, seguro de que cualquiera que fuese la suma, sería inmediatamente satisfecha por la Tesorería general con su aviso. Le dejaremos en marcha á su destino, donde le hemos de encontrar más tarde, para volver á ocuparnos de la vida múltiple de aquella época tempestuosa, precursora de la gran catástrofe que todos presentían.

Al mismo tiempo que Belgrano se ausentaba del ejér

cito, las hostilidades se rompían nuevamente en el litoral. Este acontecimiento sorprendió al gobierno nacional, que, confiado por demás en la fe de los tratados, estaba á la sazón rodeado de más serios cuidados. Según las últimas noticias, la expedición de Cádiz contra el Río de la Plata, debía dar la vela en todo el mes de septiembre. Si tal sucedía, la revolución argentina corría inminente riesgo de perderse en el estado de desorganización en que el país se encontraba. El gobierno, á la vez de dictar sus medidas para recibir la invasión, procuró estimular el espíritu público y comprometer el patriotismo de los disidentes, invocando la causa común de la independencia y el odio contra el antiguo yugo. Creía haberlo conseguido, y en tal confianza había dispuesto que el general Cruz con toda la infantería y artillería del ejército auxiliar, marchase á cubrir la frontera del norte en Tucumán, dejando en Córdoba la caballería únicamente. Al general San Martín, que se hallaba en Mendoza con la división del ejército de los Andes de que se habló antes, se le ordenó que con toda ella se pusiera en marcha en dirección á la capital, apersonándose en ella para combinar operaciones. Como se ve, el plan del gobierno era centralizar la sólida caballería de línea de sus dos grandes ejércitos, sin duda con el objeto de dominar con ella la anarquía y presentarse así más fuerte ante el enemigo exterior, haciendo frente á los realistas del Alto Perú por el norte, y mantener su alianza militar con Chile á fin de poder contar con su apoyo en caso necesario. San Martín, que tenía fijo su pensamiento en la expedición á Lima, y que definitivamente se había puesto de acuerdo con O'Higgins sobre ella, con plena autorización del gobierno argentino, creía que el medio más eficaz de contrarrestar la expedición, era llevar atrevidamente la guerra al Bajo Perú, pues según él, si así no se obraba, «todo se perdía y el país perecería de consunción.» En tal concepto, había remontado su caballería; se había provisto de elementos de movilidad y estaba resuelto á volver á repasar los Andes, cuando la orden del gobierno llegó á sus manos. Sea

que la inminencia del peligro lo decidiera, sea que con tal motivo procurase aumentar los elementos de que necesitaba para su grande empresa, ó lo que es más probable, que asumiendo por el momento una actitud expectante, se reservase según las circunstancias (lo que después se verá más claro), el hecho es, que contestó al gobierno, que se ponía en marcha desde San Luis con seis escuadrones de caballería de línea, y dos de milicias con 8 piezas volantes, que formaban un total de 2.000 hombres, dejando la infantería en San Luis por falta de cabalgaduras; y pidió al gobernador de Córdoba le preparase 4.000 caballos para su pronta marcha hasta la provincia de Buenos Aires hacia donde se dirigía. Los disturbios que sobrevinieron inmediatamente en el interior de la República, suministraron á San Martín un motivo plausible para suspender la marcha anunciada, y consultar al gobierno. Cuando éste reiteró sus órdenes con más instancia, teniendo en vista, no la expedición española que ya no inspiraba serios cuidados, sino la guerra civil, el general se encontraba en Chile, preparando su expedición al Perú. Allí recibió juntamente con la nota, la noticia de la caída del Director que la firmaba, y el anuncio de la disolución política y militar de la República que se producía en todos sus ámbitos sin que se salvase de ella ni aun la misma división del ejército de los Andes que había dejado en Mendoza, según se verá después.

Para no interrumpir el orden de todo lo que con la actitud de San Martín en esta emergencia se relaciona, hemos adelantado en globo los sucesos que á consecuencia de la ruptura de las hostilidades del litoral sobrevinieron. Volvamos á reanudar ahora el hilo de la narración, para dar noticia del estado de las negociaciones de paz pendientes, en el momento que tal hecho tuvo lugar.

Después de cinco meses de espera, sin arribar á ningún resultado, los comisarios de Buenos Aires, viéronse obligados á fijar un término perentorio para la reunión de los plenipotenciarios y ajuste de los trata-

dos, pasado el cual se retirarían, quedando las cosas en el estado de paz en que se hallaban, bajo la garantía de la buena fe del gobierno de Santa Fe, á quien se dirigieron. Este contestó excusándose por la demora, á la vez que declinaba su responsabilidad en términos vagos; pero aceptando explícitamente la continuación del armisticio, bajo la seguridad de la mutua confianza. Un mes después, se rompían las hostilidades por parte de Santa Fe. Va á verse cómo.

El gobernador López, como lo había manifestado, se inclinaba de buena fe á la paz, con tal que ella le asegurase el predominio en su provincia, y su independencia así de la capital como de los caudillos de la liga federal. Comprendiendo que no podía continuar la guerra sin el concurso de sus aliados, ni emanciparse de éstos sin el apoyo de Buenos Aires, optaba por una paz de hecho, que le dejara libertad para obrar según las circunstancias, como él mismo lo insinuaba en su nota á los comisarios. Sus compromisos lo empujaban del lado de los caudillos orientales, y las pasiones tumultuosas que representaba lo arrastraban en ese sentido. Aun cuando sus conveniencias estuvieran del lado de la paz, él no podía substraerse á estas influencias; y, por otra parte, á la vez que carecía de fuerzas para contrarrestar la preponderancia reconocida de Ramírez, el poder del gobierno nacional no le inspiraba confianza. Así es que, la actitud de Ramírez decidió de la suya. Este caudillo, que aspiraba al predominio del litoral, y que desde entonces se hace apellidar el «Supremo Entrerriano», lleno de ambiciones y soberbia, no se resignaba á una paz negativa, que no importase un triunfo y le proporcionara nuevos elementos militares que consolidasen su preponderancia. En este sentido había formulado ya algunas pretensiones, que López no podía aceptar ni rechazar, y que el gobierno nacional no podía admitir. Pretendía que éste le auxiliase con armas, municiones y elementos navales, con el objeto de hostilizar á los portugueses en la Banda Oriental, en calidad de confederado, sin reconocer la supremacía del gobierno, lo que era

lo mismo que exigir la entrega de las armas y de la bandera nacional sin condiciones, constituyéndose en el árbitro de la política internacional del Río de la Plata, y con la libertad de obedecer ó de no obedecer, según mejor le conviniera. Esto es lo que había retardado indefinidamente las negociaciones iniciadas en San Lorenzo.

Por este tiempo vivía en Montevideo un proscripto que había brillado como un meteoro pasajero en la revolución americana, y que, devorado por las furias de la ambición y de la venganza, se ocupaba en hacer la guerra por todos los medios posibles al gobierno argentino. Era éste el famoso don José Miguel Carrera, en cuyas ineptas manos se había perdido la revolución de Chile en 1814. Despechado al ver que la reconquista de su país se hubiese operado bajo los auspicios de un general que le era odioso, y de que imperara en él un partido opuesto al suyo, apoyado por la influencia argentina, había conspirado constantemente contra la situación de Chile y de las Provincias Unidas, con el objeto de reconquistar su antiguo poder personal. Perseguidos los suyos á consecuencia de esto, inmolados implacablemente sus hermanos en un patíbulo, proscripto él mismo después de haber sufrido prisiones, habíase asilado en Montevideo á la sombra de la bandera portuguesa que allí flameaba. Hombre de acción y de pensamiento, animado de pasiones vehementes, poseído de una ambición sensual y de un concepto exagerado de sí mismo; escritor que traducía con fuego sus sentimientos; orador locuaz y ardiente, aunque trivial; soldado brillante, pero pésimo general; político sin ideas trascendentales y desprovisto de sentido moral; caudillo teatral en el gobierno y en el campamento; flexible en las diversas situaciones á que lo condenaba su destino; con cierto poder de atracción respecto de sus inferiores; gallardo de presencia, fastuoso, y lleno de fatuidad y ligereza en las situaciones más solemnes de la vida, era una mala imitación del Alcibiades antiguo, sin su genio ni su grandeza histórica.

Carrera, como el célebre ateniense desterrado, quería probar á sus compatriotas que aun vivía, no por sus servicios sino por sus golpes, y con esta aspiración egoísta buscaba la puerta de la patria por todos los caminos. En Montevideo, reunióse con don Carlos María Alvear, héroe de su misma talla, con quien había militado en la guerra de España, y que habían representado el mismo papel en la revolución americana, cayendo del poder tan tristemente el uno como el otro. Con una imprenta traída por él de los Estados Unidos (á donde había ido á buscar recursos para reconquistar á Chile por su cuenta, mientras que San Martín lo reconquistaba fundando la gran alianza argentino-chilena que él execraba), se ocupaba en difundir sus panfletos y libelos contra el gobierno directorial por todo el Río de la Plata, cuando el estado dudoso de las relaciones entre Buenos Aires y los caudillos federales le hizo fijar su vista en Entre Ríos. Antes de esto había tratado de entenderse con Artigas; pero este caudillo suspicaz lo había rechazado con desconfianza. Entonces resolvió dirigirse al campamento de Ramírez, pensando encontrar en él y en López un instrumento de sus miras. En agosto de 1819 estaba en Entre Ríos, y soplaba en el corazón del «Supremo Entrerriano» el fuego de sus iras y sus venganzas.

Si Ramírez hubiese necesitado algún estímulo para decidirse por la guerra, era sin duda don José Miguel Carrera el hombre más adecuado para ello. Ramírez, que estaba decidido ya, empezó á reunir fuerzas en Entre Ríos (septiembre de 1819) y Carrera pasó á Santa Fe á persuadir á López de la necesidad y conveniencia de romper inmediatamente las hostilidades, enrolándose él desde luego en las filas de la montonera, en las cuales debía hacerse tan siniestramente famoso su nombre. López, indeciso hasta entonces, persuadido bajo la presión de Ramírez y de las exigencias de los suyos enorgullecidos por sus repetidos triunfos, aunque poseído de desconfianzas se dejó halagar tal vez por el estado de desorganización en que la Repú-

blica se encontraba, y decidióse también por la guerra. He aquí cómo rompió las hostilidades.

A mediados de octubre de 1819 transitaba por el territorio de Santa Fe un convoy de carretas, organizado á la manera de las caravanas árabes para hacer frente á los peligros del desierto que tenían que atravesar en él iba el general don Marcos Balcarce, con el objeto de activar la marcha del contingente militar del general San Martín, y el doctor Mariano Serrano que se dirigía al Tucumán en comisión política del gobierno, con otros personajes notables. Una tropa de santafecinos le salió al encuentro, aprisionó á Balcarce, á Serrano y demás, quienes, atados los brazos con tiras de cuero fresco, fueron conducidos á Santa Fe. Esta fué la declaración de guerra de la montonera.

Casi al mismo tiempo tenía lugar otro hecho análogo, pero con distinto resultado. Un convoy de seis carretas con artículos para el ejército auxiliar, había salido de la guardia del Salto (provincia de Buenos Aires), al cargo del mayor don Ignacio Inarra, oficial inteligente y bravo, custodiándolo una escolta de 26 hombres. El 4 de octubre llegaba á la Esquina, donde se encontró con una partida santafecina de 30 hombres, que le intimó rendición de orden del gobernador López, bajo la amenaza de ser pasados á cuchillo si no lo hacía. Inarra entró en parlamento para ganar tiempo, y cuando hubo tomado sus medidas, le dijo al oficial santafecino: «Paisano, yo no vengo á pelear con »usted; deje pasar el convoy y evitemos la efusión de »sangre», y siguió su marcha. Los montoneros desfilaron por su costado y le tomaron la vanguardia. El cubrió sus flancos, y al primer amago de carga que le trajeron, los atacó sable en mano, hiriendo á 5 de ellos, con la pérdida por su parte de un muerto, un herido y dos prisioneros. Acelerando entonces sus marchas, pudo Inarra salvar su convoy y llegar al campamento del general Cruz, el 12 de octubre, con el anuncio de que las hostilidades con Santa Fe estaban rotas.

En virtud de estas ocurrencias, el gobierno previno al general Cruz, que, suspendiendo la marcha de su

infantería al Tucumán, permaneciese con todas sus fuerzas en Córdoba, en disposición de abrir hostilidades contra Santa Fe, y obrase de acuerdo y en combinación con el general San Martín, á quien suponía con toda la caballería del ejército de los Andes en San Luis y en marcha hacia la capital, según las órdenes que se le habían impartido. A mediados de diciembre, el general Cruz á la cabeza de todo el ejército se puso en marcha hacia la provincia de Santa Fe, tomando la dirección del Río Tercero. Al mismo tiempo que este movimiento se verificaba, la ciudad de Córdoba se ponía en fermentación revolucionaria, y algunas montoneras se hacían sentir al norte de su territorio en combinación con las de Santa Fe, y sitiaban en los Ranchos al coronel Arenales, que había quedado ocupando su puesto de comandante de armas.

Al asalto de los convoyes se siguieron otras hostilidades más serias por parte de Santa Fe. López en persona, acompañado de Carrera, y á la cabeza de una columna ligera, como de 800 hombres de caballería, cayó inopinadamente sobre la frontera de Buenos Aires, y sorprendió en el Pergamino al coronel don Francisco Pico, que se ocupaba en reunir las milicias del punto. Pico, que era un oficial valiente, y de gran mérito, fué muerto; su fuerza deshecha ó prisionera; y López, después de hacer una correría por las inmediaciones, arrebatar caballos y ganados, y saquear todas las expediciones comerciales que encontró en los caminos, regresó á su territorio cargado de botín y dejando tras sí el espanto y la desolación en toda la extensión del Arroyo del Medio. Ramírez atravesaba al mismo tiempo el Paraná para unir sus fuerzas con las suyas, y llevar en combinación la guerra al territorio de Buenos Aires.

Por su parte, el Director contestando la guerra con la guerra, se ponía personalmente en campaña á la cabeza de un ejército improvisado, y establecía su cuartel general en Luján. Al ausentarse de la capital, expedía una proclama en que llamaba á todos á cumplir con sus deberes: «Ciudadanos de todas las provin-

»cias, decía en ella, todas las fuerzas del Estado van »á ser empeñadas en esta campaña.» Esta declaración respondía á la próxima marcha del ejército auxiliar, ya ordenada, y á la incorporación de la caballería de los Andes que se suponía en camino, con lo cual el Director creía poder reunir un ejército invencible de 8 á 10.000 hombres que asegurando el triunfo, comprimiese vigorosamente la anarquía, que se consideraba una simple cuestión militar. Así se iniciaba la gran guerra social del año XX.

Dijimos antes, que con el objeto de hacer frente á la expedición española que contra el Río de la Plata se preparaba en Cádiz, el gobierno había ordenado á San Martín, se trasladara á la capital con la división de los Andes que tenía en Mendoza, dejando el resto de su ejército en Chile. A fines de octubre, el general había contestado que se ponía en marcha con toda la caballería y algunos escuadrones de milicia, formando un total de 2.000 hombres, según se explicó ya. A fines de noviembre de 1819 (época á que hemos llegado) anunciaba al general del ejército auxiliar, que el 10 de diciembre á más tardar se pondría en marcha con dirección á Buenos Aires, siendo su ánimo tomar al efecto el camino de la frontera que conducía directamente al Pergamino. ¿Pensaba realmente el general San Martín dirigirse á Buenos Aires como lo anunciaba? Todos los documentos indican, que su pensamiento estaba fijo en el Perú, y que no veía la salvación de la revolución americana sino por ese camino. Días antes de dirigirse al gobierno en los términos que se ha visto, escribía al Director O'Higgins: «Ten»go orden de marchar á mi capital con toda mi ca»ballería é infantería; pero me parece imposible el »poderlo realizar por la flacura de los caballos. No »pierda momento en avisarme del resultado de Cochra»ne (expedición de la escuadra chilena al Perú), para »sin perder un momento marchar con toda la división »á ésa (Chile), excepto un escuadrón de Granaderos que »dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. »Va á cargar sobre mí una responsabilidad terrible,

»pero, si no se emprende la expedición al Perú, todo se »lo lleva el diablo. Tengo rendidos 2.000 caballos sobre- »salientes que marcharán á ésa con la división.» San Martín estaba, pues, decidido á llevar adelante su gran campaña continental. El anuncio seguro de la marcha de una expedición española contra el Río de la Plata, pudo tal vez suspender el curso de sus determinaciones (aun pensando que el medio más eficaz de contrarrestarla era atacar á Lima); pero, disipada en parte esa amenaza, y en presencia de la guerra civil que se encendía, se ve que ya no vaciló un momento.

Tres días después de anunciar al general Cruz su marcha hacia Buenos Aires (25 de noviembre de 1819), avisaba oficialmente al gobernador de San Luis, que en Tucumán había estallado un movimiento revolucionario, que las tropas del ejército del Perú acantonadas allí, se habían sublevado, que el general Belgrano se hallaba preso, y que este hecho debía tener sus ramificaciones en las demás provincias del interior. Comunicaciones que al mismo tiempo recibía de Córdoba, le confirmaban en su creencia de que la sublevación de Tucumán respondía á un plan general de revolución en el interior, la cual debía estallar hasta en la misma provincia de Cuyo así que el ejército verificase su salida de ella. Fundándose en estas consideraciones, San Martín avisó al Director, que suspendía la marcha proyectada y esperaba nuevas órdenes, á la vez que anunciaba que el mal estado de su salud (que en realidad era alarmante, hasta temerse por su vida) le obligaba á pasar á Chile á tomar los baños de Cauquenes, y que dejaba al mando de la división de los Andes en Mendoza, al coronel don Rudesindo Alvarado. Esta nota no debía recibirla el Director á quien iba dirigida. Los caminos estaban interceptados por las montoneras, y pocos días después el ejército auxiliar se disolvería en la anarquía, y el ejército Directorial de Buenos Aires desaparecería por la derrota, arrastrando ambos en su caída el orden de cosas que sostenían. En cuanto al general del ejército de los Andes y futuro libertador del Perú, sus baños [illegible] Cau-

quenes estaban en Lima. Allí debía ir á buscar la salud de la América meridional.

Esta conducta de San Martín en aquella época, ha sido juzgada de diversos modos. Ella ha contribuído á esparcir una sombra sobre su frente iluminada por la gloria, enajenándole por algún tiempo el amor de sus conciudadanos. Como será la última vez que su gran figura aparezca en estas páginas, pues sus hechos posteriores corresponden á otro libro, consignaremos aquí el juicio definitivo de la posteridad con relación al punto que nos ha ocupado.

Es un punto que tiene el consenso universal, que San Martín salvó la revolución americana con su atrevida resolución de expedicionar al Perú, después de haber reconquistado á Chile y asegurado su independencia, dominando al Pacífico. Sobre esto no hay dos opiniones.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud América, como las Provincias Unidas del Río de la Plata constituían la base de su independencia y el nervio de la insurrección continental. La campaña de San Martín á Chile, tenía por objetivo á Lima; y las jornadas de Chacabuco y Maipú, no habían sido sino las dos grandes etapas de su itinerario sudamericano. Dominado el mar Pacífico por las escuadras independientes con arreglo á este plan, la expedición al Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. San Martín, al realizarla, hirió al poder colonial en el corazón, obedeciendo á la impulsión inicial de la revolución argentina. Una nueva república se incorporó al movimiento revolucionario, y desde entonces, encerrados los últimos ejércitos republicanos y realistas en las fronteras del Perú, su territorio se convirtió en palenque cerrado, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo combate, la causa de la emancipación del nuevo mundo. Esto por lo que respecta á sus deberes para con la América.

Esta gran concepción, que había preparado pacientemente en el curso de tres años de labores y que ejecutó bajo su responsabilidad, dió gloria á su patria

y la salvó de un oprobio. En medio de una época aciaga, en que las Provincias Unidas se hallaban en completa desorganización, y carecían hasta de gobierno para dominar ó siquiera moderar la anarquía interna, salvó sus últimas armas de perderse estérilmente en el campo de la guerra civil, y mostró que la República Argentina, representada por un puñado de sus hijos fieles á la tradición revolucionaria, aun tenía fuerza y poder para irradiar su acción y su espíritu en el exterior, llevando la libertad al resto de la América del Sur—y aun á Colombia,—en unión con las armas chilenas. Esta es una gloria argentina, de que San Martín fué el fautor.

Considerado como ciudadano y como soldado, que debía sus servicios á su patria ante todo, sus servicios y la obediencia á su gobierno, es posible que, antes como ahora, las opiniones se dividan aún, en presencia de los acontecimientos sobrevinientes, que recién empiezan á caer bajo el análisis del historiador, provisto de nuevos documentos. Sería, empero, muy pobre criterio histórico aquél que atribuyera el resultado definitivo de la guerra social, en que las provincias argentinas estaban empeñadas entonces, á la ausencia de los 2.000 argentinos (gran parte de ellos chilenos que vestían su uniforme) que con San Martín libertaron el Bajo Perú, en unión con otros 2.000 chilenos, que iban á combatir contra 23.000 españoles, que amenazaban á la República por su frontera norte. Sin el concurso del contingente argentino, y sobre todo, de su general, la expedición á Lima era irrealizable. Sin necesidad de él podía el gobierno general salvarse, si es que no estaba irremisiblemente perdido, desde que contaba con 10.000 cívicos en la capital de Buenos Aires y más de 5.000 hombres de las tres armas en campaña, contra 1.500 montoneros escasos y mal armados que lo atacaban. Con el duplo y triple de quella fuerza, el gobierno general no había podido ejecutar una sola campaña feliz contra las provincias disidentes, que proclamaban la federación de hecho. Derrotado en el empeño una vez por todas en

la Banda Oriental, una en Salta, tres en Entre Ríos, y cuatro veces consecutivas en Santa Fe, no había podido dominar militarmente ni siquiera á la última, aun contando con el concurso de los 3.000 veteranos del ejército del Perú que dirigió sobre ella. Si Belgrano no hubiese obedecido, es probable se hubiera atribuído á su ausencia el resultado de la campaña. Pero Belgrano obedeció, y el ejército del Perú se perdió miserablemente sin combatir, é hizo más desastrosa la derrota proporcionando á la anarquía fuerzas militares con que antes no contaba. Lo mismo se habría perdido el ejército de los Andes, como se perdió muy luego la parte de él que repasó la Cordillera á territorio argentino, salvándose el resto utilizado por la desobediencia de San Martín. Los dos ejemplos son dignos de la admiración de la posteridad, no obstante sus opuestos resultados; pero no pueden medirse por el cartabón ordinario.

Dado caso que la presencia del ejército de los Andes, interviniendo en la guerra civil, hubiera podido influir en el éxito de las batallas, es seguro que se habría gastado, aun triunfando en una lucha cuyo resultado debía ser la ruina del país y el aniquilamiento de sus fuerzs militares, políticas y sociales. Ni una ni dos batallas ganadas, podían inocular nueva vida al gobierno nacional, enervado como la opinión que lo sostenía, y que en aquellos momentos buscaban su punto de apoyo fuera del país mismo, apelando á combinaciones monarquistas, que importaban una inconsistente intervención extraña aceptada por el desaliento. Ni las armas podían extirpar las raíces que alimentaban la lucha, ni privar á las fuerzas explosivas de la democracia semibárbara de la ventaja del número, del espacio y del tiempo que indudablemente estaba de su parte, además de la razón de ser que la asistía como hecho vivaz, aunque selvático. La lucha encerrada en el círculo vicioso de las acciones militares y de las reacciones populares, habría sido tal vez más larga, sin duda más dolorosa, pero no habría normalizado la cuestión política y social, que sólo el tiempo y la

gravitación de las grandes masas debía y podía resolver.

Aun para obtener este resultado incoherente, había que romper desde luego la alianza americana con Chile, en el hecho de separar sus fuerzas unidas y renunciar á la expedición del Perú. Entonces la República Argentina quedaba sola, con sus fronteras abiertas por la parte del norte (Salta) y el desorden en su seno. Los realistas del Perú que contaban á la sazón con más de 23.000 hombres de buenas tropas, libres del cuidado de una invasión por el Pacífico, habrían concentrado todas sus fuerzas sobre el Alto Perú, habrían podido dirigir un ejército de 10.000 hombres sobre las Provincias Argentinas, que en el estado de desorganización en que se encontrarían, no hubieran podido oponer una resistencia eficiente. Las provincias del interior sublevadas en masa contra el gobierno general á imitación de Tucumán y Córdoba, y los ejércitos aislados en la capital luchando brazo á brazo con las provincias del litoral, tal es la situación que habrían encontrado los españoles al invadir nuevamente las fronteras del norte.

Los sucesos que se produjeron en aquella época de desorganización y transformación radical, y los fenómenos políticos y sociales que se manifestaron obedeciendo á la lógica del bien y del mal, reconocen causas más complejas que la ausencia de 2.000 veteranos con sables afilados en los campos de la guerra civil. Dos mil soldados más ó menos, no podían modificar de un sablazo la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo y del espacio á que obedece el desenvolvimiento gradual de las naciones, sea que obren guiadas por sus instintos brutales ó que busquen su equilibrio en sus propios elementos orgánicos.

La revolución argentina, obedeciendo á su impulsión inicial, había gastado todas sus fuerzas en la propaganda americana; y utilizando las últimas que le quedaban en realizar la expedición á Lima, asegurando el triunfo de la causa continental, y su propia indepen

dencia de la España, quedando en pugna dentro de sus fronteras con sus arduos problemas de organización interna, que hacía años la trabajaban. Ejecutada esta peligrosa y decisiva evolución en el transcurso de diez años de ímprobos trabajos, la nueva Nación, dueña de sus propios destinos, tenía que criar nuevas fuerzas conservadoras y reparadoras con que hacer frente á la acción disolvente de la revolución interna, que al echar por tierra el orden viejo, amenazaba atacar el gobierno de la sociedad en su esencia, barbarizándola y aniquilando los principios vitales del organismo nacional.

Así, pues, las Provincias Unidas del Río de la Plata, al cumplir para con la América la misión redentora que ella únicamente podía llenar, y coronarla, enviando al Perú su último ejército con el más grande de sus generales, completaba históricamente el programa de la revolución argentina. Y sólo de este modo las armas libertadoras de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile, se darían la mano con las armas de Colombia mandadas por Bolívar en la línea de Ecuador, y la emancipación de Sud América quedaría asegurada. Tal fué la misión encomendada á San Martín en honor y en bien de la América y del pueblo argentino, cuando él echó sobre sus hombros la «terrible responsabilidad» de su desobediencia ante la historia.

Tocábale todavía al pueblo argentino llevar á término otra tarea menos brillante, pero más difícil y fecunda, y era constituir su nacionalidad, darle formas coherentes, armonizar los instintos geniales con las aspiraciones de la razón, disciplinar su democracia semibárbara, buscando dentro de sí mismo sus elementos orgánicos. Esta evolución la veremos prepararse, cuando asistamos á la catástrofe política y social, cuyos antecedentes y causas hemos procurado explicar en el curso de este libro, continuando ahora la exposición de los hechos en que este criterio histórico se funda.

La conmoción que había tenido lugar en Tucumán,

y que había decidido de la actitud de San Martín, era uno de tantos efectos de estas causas. Producto de las pasiones, de los intereses y de las ideas que la revolución había puesto en movimiento y la anarquía extraviado, ella obedecía á un instinto de organización instintiva sobre bases nuevas, que la lanzaba por vías desconocidas y obscuras, á la vez que respondía al sentimiento de la independencia municipal, que entrañaba en germen la federación. Asumiendo formas incoherentes, mezclada á ambiciones bastardas y deshonrada por indignos actos de violencia, esa conmoción respondía en efecto á un plan de insurrección de las provincias, contra el centralismo representado por el gobierno general establecido en Buenos Aires. Va á verse cómo tuvo lugar el hecho.

Hallábase el general Belgrano en Tucumán postrado en su lecho, cuando, á las once de la noche del 11 de noviembre, se sublevó la guarnición compuesta de piquetes del ejército del Perú, que allí existía. Encabezaba el movimiento un capitán del núm. 9, llamado Abraham González, hombre vulgar, gran charlatán y de malas costumbres, nacido en la Banda Oriental. No era simplemente un motín militar: era una revolución local que tenía sus raíces en la misma provincia, su foco en Córdoba, sus ramificaciones en Catamarca, Santiago del Estero, La Rioja y Cuyo, y sus conexiones en el mismo ejército auxiliar del Perú, que se componía de la misma masa de la población de estas localidades. González obraba de acuerdo con don Bernabé Araoz, coronel de la milicia provincial, á quien conocemos ya por el papel notable que desempeñó en los preliminares de la batalla de Tucumán. Hombre de limitados alcances políticos, estaba saturado de las pasiones locales, y era muy considerado por sus comprovincianos de la campaña, así por su fortuna y sus servicios, como por su larga parentela que formaba una especie de familia Fabia. Ambicioso vulgar, disimulado y devoto á la par que manso de carácter, enemigo de Güemes, amigo aparente de Belgrano y admirador de San Martín, abrigaba secretos odios

contra el ejército auxiliar que consideraba como extranjero, y estaba resentido con el gobierno por su remoción del puesto de gobernador intendente de Tucumán, que á la sazón desempeñaba su sucesor el coronel don Feliciano de la Motta y Botelho, decidido sostenedor de la unión. Así, aun cuando Abraham González fuera el que diese la cara, contaba con fuerzas populares que lo apoyasen y estaba de acuerdo con casi todos los oficiales de la guarnición, y aun con algunos jefes que participaban de sus mismas ideas. La tropa, mal atendida y desmoralizada, estaba dispuesta á seguir el ejemplo de sus oficiales.

Ejecutado el movimiento sin resistencia, el coronel Arévalo, jefe de las tropas, fué preso al intentar contenerlo; y herido de un bayonetazo el gobernador de la Motta Botelho. En seguida. se dirigió González en persona al alojamiento de Belgrano, que se hallaba postrado en cama. El general velaba como de costumbre, á esas altas horas de la noche. Al ver invadida su habitación por tropa armada, se dirigió al oficial diciéndole: «¿Qué quieren de mí? Si es necesario mi »vida para asegurar el orden público, aquí está mi pe»cho; quítenmela.» González por toda contestación ordenó que se le remachase en el acto una barra de grillos, en circunstancias que sus piernas hinchadas no podían soportar el contacto de las ropas. El doctor Joseph Redhead, un sabio y un filántropo, que era su amigo y su médico de cabecera, se opuso enérgicamente á este acto de barbarie, y consiguió evitar al general esta afrenta y á los revolucionarios un oprobio eterno. Un centinela de vista quedó á la puerta del aposento del vencedor de Tucumán, escarnecido en su lecho de agonía en el teatro mismo de sus antiguas glorias.

En la madrugada siguiente se proclamó González comandante general de armas, y convocando al pueblo á toque de la campana municipal, obligó al Cabildo á nombrar á don Bernabé Aráoz gobernador de la provincia independiente de Tucumán, disponiendo que de todo se diese cuenta al Congreso Nacional y al Direc-

tor Supremo. Aun cuando, como se explicó antes, las ideas mal digeridas de federación y de independencia local fermentaban desde el año XIII en las clases ilustradas de Tucumán, por lo general ellas eran afectas al gobierno de la unión, y las que no, se mostraban indiferentes en medio del cansancio público. No así la masa del pueblo, que participaba de las pasiones anárquicas de la época. Araoz, apoyándose en esta fuerza se recibió del gobierno á la cabeza de algunos campesinos que había reunido, y su primer acto fué nombrar coronel á Abraham González. Poco después, el mayor don Felipe Heredia (tucumano), que también había tomado parte en el movimiento, se dirigía á Córdoba á la cabeza de una fuerza de caballería, con el objeto de apoyar la revolución que simultáneamente debía estallar allí, contando con las conexiones que tenía en el ejército y en las demás provincias.

El gobernador Araoz, á pesar de proclamarse independiente y pasar á las provincias del interior una circular, incitándolas á seguir su ejemplo, no se declaró abiertamente aliado de la anarquía litoral, ni en guerra con las fuerzas nacionales. Por el contrario, ofició al general Cruz adjuntándole el Acta, por la cual se reconocía la autoridad del Congreso y del Director, protestando que sólo había aceptado el puesto en el interés de la tranquilidad pública, ofreciéndole su cooperación en todo lo relativo al servicio público. Hizo poner en libertad á Belgrano, á quien dispensó algunas consideraciones. Escribió al mismo tiempo al general San Martín, protestándole que la variación de gobierno sólo había tenido por objeto salvar al país amagado por el enemigo común, y que su provincia, aunque aniquilada por cuatro años de permanencia del ejército auxiliar en ella, estaba dispuesta á sacrificarse por la causa de la independencia americana.

Así comenzó la desorganización política en el interior de la República. El resto de las provincias mediterráneas, imitando el ejemplo de Tucumán y de las del litoral, no debían tardar en erigirse anárquica-

mente en estados soberanos é independientes, bien que reconociendo el vínculo de la unidad territorial. Puesto en pugna el centralismo gubernamental con el localismo popular, en guerra ó aliadas unas provincias con otras y sus caudillos locales entre sí, se formarían sucesivamente nuevas provincias federales según el mismo tipo, borrando las antiguas circunscripciones administrativas, y agrupándose según ciertas afinidades, que parecían obedecer á una ley desconocida, pero fatal. En el seno de este caos, existirían latentes los gérmenes de una vida futura; en lo más recio de esta tempestad, las masas insurreccionadas no perderían los grandes rumbos; en medio de esta descomposición política y social, prevalecería un principio de conservación del organismo, anterior y superior á las fuerzas disolventes de la anarquía. Y así es cómo, agitados los pueblos por pasiones tumultuarias, gobernados arbitrariamente por caudillos de su elección ó que se imponían por la violencia, entregados á sus instintos disciplinados de independencia individual, autonomía provincial y federación nacional, esas nuevas soberanías de hecho, inspirándose en un sentimiento de patriotismo nativo, trazarían con líneas de sangre el mapa de la futura confederación argentina, y bosquejarían toscamente los contornos de su constitución política. En estos moldes groseros se vaciarían los miembros de la soberanía articulada de una nación nueva y de una democracia genial, coherente por el territorio, por la raza, por la índole, por la historia y hasta por la solidaridad del dolor. Entregada á la espontaneidad selvática de sus instintos, sin ley y sin credo, esta democracia nativa se habría resuelto en la barbarie y el bandolerismo. Contrarrestada, equilibrada, penetrada por la acción civilizadora y transformadora de la sociedad misma, en cuyo medio se dilataba, la fuerza destructora dirigida se convertirá en fuerza vital, y el hecho brutal modificado, en ley definitiva de la sociabilidad. Esta es la última evolución de la revolución argentina, cuyos primeros pasos hemos señalado, y cuyo desenvolvimiento vamos á seguir.

CAPITULO XLI

El Año XX.—La Descomposición

1820

Situación general de la república á principios del año XX.—Situación de los ejércitos nacionales.—Estado del ejército auxiliar.—Emprende su marcha al litoral.—Conspiración en Córdoba.—El comandante Paz.—Sublevación de Arequito.—Digna conducta del general Cruz.—Consideraciones sobre la sublevación.—El ejército se divide en dos fracciones.—Combate y parlamento con las montoneras.—Bustos se apodera de todo el ejército y retrocede á Córdoba.—Consecuencias inmediatas de la sublevación.—Conferencias de Bustos y Don José Miguel Carrera.—Repercusión de la sublevación de Arequito en Córdoba.—Bustos se hace nombrar gobernador.—Política singular que adopta.—Situación de la división de los Andes en Cuyo.—San Martín regresa á Chile.—Sublevación del batallón número 1 en San Juan.—Su carácter y consecuencias.—Muerte de Sequeira y de los oficiales del núm. 1.—La provincia de Cuyo se federaliza.—El federalismo cunde en todas las provincias del interior.—San Martín y Bustos.—Bustos envía una parte del ejército al norte con el coronel Heredia.—La liga de los caudillos del litoral.—Prospecto de reconstrucción orgánica.

Al comenzar el año XX, el gobierno y la asociación política de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se hallaban en completa descomposición. El centralismo gubernamental de la revolución, fundado sobre los cimientos del antiguo régimen colonial, fallaba por su base. Después de haber dado la señal de la revolución, formulado su programa político, presidido su propaganda por todo el virreinato, expulsado al enemigo del territorio argentino, llevado sus armas, ya victoriosas, ya vencidas, al Alto Perú, reconquistado á Chile, declarado la independencia nacional á la faz del mundo, constituído un gobierno propio, preparado los elementos para emancipar de la dominación española el resto de la América del Sur, luchando al mismo tiempo contra las resistencias internas, el gobierno central

había gastado y malgastado sus fuerzas en diez años de ímprobos y gloriosos trabajos, y las fuerzas explosivas que la revolución llevaba en su seno iban á estallar como un volcán, y á hacer volar el viejo edificio, sepultando bajo sus ruinas á los nuevos reformadores civiles. Es que, como queda dicho, y explicado ya, precisamente porque la revolución argentina era una verdadera revolución radical y no una simple mutación ó evolución normal, tenía por condición de vida y de progreso, destruir lo viejo y crear lo nuevo dentro de sus propios elementos orgánicos; y tal resultado no podía alcanzarse sino concurriendo la sociedad entera, y haciendo concurrir todas las fuerzas sociales, con toda su incoherencia y todos sus peligrosos extravíos. No era una mera revolución defensiva, que reivindicase derechos tradicionales como la Inglaterra; no era un simple cambio de gobierno con una Constitución anterior, como la de los Estados Unidos—eran dos revoluciones gemelas,—la una política y la otra social,—que alimentadas por la misma madre, habían alcanzado su desarrollo en el espacio de diez años, ambas con su objetivo y persiguiendo cada una su ideal que habían procurado hacer prevalecer por medios análogos á sus fines.

El gobierno central, después de conquistar la independencia, se había mostrado inhábil para constituir la república democrática y hacer concurrir las fuerzas populares al sostén de la autoridad que nace de la ley, libremente consentida. Los pensadores que dirigían la política gubernamental, se habían mostrado destituídos de sentido político para resolver los arduos problemas de organización interna que la revolución entrañaba. La masa popular mal preparada para la vida libre, había exagerado la revolución política y social, obedeciendo á sus instintos de disgregación, de individualismo, de particularismo y de independencia local, convirtiendo en fuerzas sus pasiones, y removiendo profundamente el suelo en que debía germinar la nueva semilla que llevaba en su propia naturaleza. De aquí la anarquía, hija del desequilibrio social y

del choque consiguiente de las fuerzas encontradas. En presencia de este antagonismo, los políticos que con el centralismo colonial habían triunfado de la metrópoli, y que armados de él se veían impotentes para contrarrestar la insurrección de las masas, buscaron la solución de los obscuros problemas de la situación, fuera de las condiciones generales de la nueva nación, y se enajenaron la voluntad de la opinión que conscientemente contrariaban. De aquí el duelo á muerte entre el federalismo y el centralismo, entre la democracia semibárbara y el principio conservador de la autoridad, entre el antiguo régimen apuntalado y el espíritu nuevo sin credo y sin disciplina.

Decimos sin credo, porque, como se ha visto, la masa popular obedecía á un instinto más bien que á una creencia, aun cuando invocara una palabra que simbolizaba un principio de gobierno futuro, que sólo la inteligencia podía vivificar, una vez producido el hecho de la disgregación. Esta palabra era Federación. Pronunciada por la primera vez por Moreno, el numen de la revolución de mayo en 1810, los diputados nombrados para formar el primer Congreso Nacional la renegaron falseando su mandato. Repetida por el Paraguay por espíritu de localismo y aceptada solemnemente en un tratado público, la segregación de esta provincia fué el primer golpe dado á la antigua unidad política y territorial del orden colonial. Adoptada sin comprenderla por Artigas y los suyos, se convirtió en sinónimo de barbarie, tiranía, antinacionalismo, guerra y liga de caudillos contra pueblos y gobiernos. Invocada por las provincias, que á ejemplo del Paraguay y de la Banda Oriental, aspiraban á la independencia local, empero sin romper el vínculo del territorio, dió significado á un hecho, clasificó un embrión y agrupó en torno suyo algunos principios de cohesión nacional en el presente y de reconstrucción para lo futuro.

A esta palabra simbólica, que traducía un hecho y significaba una verdadera revolución anárquica y orgánica á la vez, no se habían opuesto sino las armas co-

mo fuerza y la monarquía como idea. En esta lucha, el gobierno central había gastado y malgastado cinco años y cinco ejércitos, y triunfante en todas partes con la bandera de la independencia, había sido constantemente vencido por agua y por tierra en la lucha contra las provincias federales del litoral. A las provincias del litoral se había agregado la de Tucumán, que levantaba una bandera simpática á los pueblos del interior, moralmente insurreccionados ya. Esa bandera había sido levantada antes por Salta, con las mismas tendencias, aunque con otros propósitos; Córdoba la había enarbolado por dos veces; Santiago del Estero, una; y todos los pueblos estaban dispuestos á seguirla, obedeciendo á los intereses, instintos y pasiones que por varias veces hemos analizado en este libro bajo distintas faces. En el mismo Buenos Aires se había levantado con otros propósitos en 1816, según se ha visto, renunciando al rango de capital, con el objeto de desarmar los celos de las demás provincias, que no veían en ella sino la continuación de la autoridad de los antiguos virreyes bajo otra forma.

El gobierno central por su parte, no invocaba sino la Constitución unitaria que había confeccionado, prescindiendo de un elemento vital, la que había jurado en público y á que no había sido fiel en secreto, pretendiendo, sin embargo, que imperase como ley suprema, y que la fuerza de los ejércitos se encargase de imponerla. Para sostener esta política no contaba con más base que la del recinto de la ciudad de Buenos Aires, que había sido la ciudadela de la independencia, el nervio de la autoridad, y que era, como lo sería siempre, el núcleo indisoluble de la nacionalidad argentina. En tal situación, la cuestión tenía que resolverse por la fuerza. O el gobierno central dominaba por las armas y sofocaba el patriotismo local en todas las provincias rebeladas contra su ley; ó las masas triunfaban, y entonces, el espíritu federal prevalecía, corriendo el riesgo de resolverse en el aislamiento de los pueblos, en la barbarie social y en el olvido de las reglas de todo gobierno regular. Antes de darse

por vencidas las fuerzas antagónicas puestas en acción, tenían que probarse; y antes de amalgamarse por recíprocas acciones y reacciones, la sociedad experimentaría las dolorosas convulsiones de una nueva revolución, hasta que el hecho se convirtiese en derecho, la civilización penetrase á la barbarie, la inteligencia diese formas al embrión popular, y los intereses, los instintos, las pasiones y los principios encontrasen su equilibrio por la gravitación de las masas y las voluntades dentro de su círculo magnético. Movidos por estos impulsos fatales, todos se aprestaban á la batalla, mientras el volcán que iba á producir la gran catástrofe rugía en las entrañas del suelo patrio, y mientras desconocidos elementos de vida nueva se elaboraban en el seno atormentado de la sociedad.

La República estaba dividida en dos campos. De un lado las provincias del litoral militarmente coaligadas, con sus poderosos caudillos á la cabeza. Artigas, á la sazón ocupado en su irrupción sobre las fronteras del Brasil (enero de 1820), obraba de acuerdo con ello, y amenazaba al Congreso, exigiendo la caída del Directorio. Las fuerzas de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, se reconcentraban sobre la frontera de Buenos Aires, próximas á entrar en campaña. El gobierno nacional, por su parte, reunía un ejército compuesto de elementos de la provincia de Buenos Aires, y con el Director Supremo á la cabeza, marchaba á defender la frontera amagada. Al mismo tiempo ordenaba que se le incorporaran, la división del ejército de los Andes acantonada en Mendoza y el ejército auxiliar, que pocos días después debían desaparecer en medio de la anarquía general. Esto por lo que respecta á las fuerzas beligerantes, próximas á chocarse.

Por lo que respecta á las fuerzas morales y á las que indirectamente obraban en uno ú otro sentido, he aquí su disposición. El ejército auxiliar, hondamente trabajado por el estado del país, se hallaba completamente desmoralizado. Las provincias del interior, moralmente insurreccionadas y profundamente conmovidas por la revolución de Tucumán á fines del año ante-

rior, esperaban el resultado de la batalla para tomar su actitud, y en este sentido se hacían trabajos preparatorios. Salta, igualmente trabajada por la anarquía dentro de sus propios elementos, cubría siempre las fronteras abandonadas del norte, que sus valerosos gauchos habían hecho inmunes. Los realistas del Alto Perú, alarmados por la parte del Pacífico, por la actitud que mantenía el ejército de los Andes y la escuadra de Chile, sin plan militar respecto de las Provincias Unidas, se mantenían á la expectativa. La división del ejército de los Andes acantonada en Cuyo, destinada á perderse en su mayor parte en la anarquía, que todo lo penetraba, se disponía á repasar otra vez la Cordillera para emprender la expedición del Bajo Perú, donde debía librarse la batalla final de la independencia americana.

La pasión ardiente, la soberbia por los triunfos pasados, la confianza en el éxito, y hasta la conciencia de su razón instintiva, estaban de parte de la coalición del litoral. El odio, la indiferencia ó el desprecio contra el gobierno central, eran los únicos sentimientos que agitaban á las provincias del interior. Los ejércitos que debían sostener la autoridad central estaban desmoralizados, así en el interior como en el litoral, y el mismo gobierno nacional, sin política, sin nervio y sin inspiraciones, marchaban sin rumbo en medio de las tinieblas. En el mismo centro de Buenos Aires, existía un partido que simpatizaba con la causa federal de los caudillos del litoral y la anarquía de toda la República. Tal era la situación general de la República al empezar el año XX.

El plan del gobierno general, de reconcentrar todos los ejércitos de la República en la provincia de Buenos Aires, para combatir contra mil montoneros abandonando para ello las fronteras y renunciando á la expedición del Perú, era absurdo y cobarde, política y militarmente considerado. Esto equivalía á entregar las provincias del norte á los realistas del Alto Perú, romper la alianza con Chile, desertar la guerra americana, y librar todo el resto del territorio argentino á los

caudillos y á la anarquía, dando pábulo á la conflagración general. Si tal reconcentración se hubiese realizado, preservando por ella á la provincia de Buenos Aires de los males de la guerra y la anarquía, este resultado negativo habría importado la disolución nacional de hecho, el aislamiento del poder general y el divorcio con los intereses de las demás provincias. Aun triunfando en una batalla, la cuestión no se decidía. Había que emprender en seguida una guerra de conquista y de ocupación militar contra todo el país insurreccionado, en que los ejércitos se gastarían estérilmente, si es que no concurrían al desorden. Todas estas consecuencias, si bien no rigurosamente lógicas y necesarias, eran fatales, dados los antecedentes, la situación general del país y el estado de los espíritus. Esta proyectada reconcentración no debía, empero, verificarse. El ejército de los Andes iba á emprender la campaña del Perú en unión con el ejército chileno, y su retaguardia situada en Cuyo iba á ser envuelta por la anarquía, según se verá después. El ejército auxiliar del Perú obedecía á la orden del gobierno, y se ponía en marcha, pero no debía llegar á su destino.

El ejército auxiliar era un cuerpo sin alma, agitado por los estremecimientos de la época. Trabajado por una larga serie de desgracias militares, embotado su espíritu militar por tres años de inacción estéril, sujeto á una disciplina severa y casi monástica, sin los estímulos del peligro y de la gloria, impago, hambriento muchas veces, y compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas, la anarquía lo había penetrado. Alimentado además por la pasión de la guerra de la independencia, obligado á dar la espalda al único enemigo que odiaba, llamando á combatir contra nuevos enemigos que no conocía ó que eran sus hermanos, y de cuyas tendencias populares participaba, su moral se había relajado. La ausencia del general Belgrano, querido y respetado por todos, había desatado los vínculos que ligaban á los jefes superiores con la masa de los soldados, y una nueva influencia se había in-

terpuesto entre el mando oficial y la obediencia militar. Una parte de los jefes principales y la mayoría de los oficiales, obedeciendo á diversos móviles, miraban con repugnancia la guerra civil, y sin estar precisamente de acuerdo con la causa de los montoneros, eran desafectos al gobierno central y resistían la marcha á Buenos Aires.

A la cabeza de los descontentos estaba don Juan Bautista Bustos, hecho general después de los combates del Fraile Muerto y la Herradura, y que á la sazón desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor. Impregnado del espíritu localista de Córdoba, de acuerdo con los que conspiraban contra el gobierno central y poseído de una ambición sórdida, hacía tiempo que había concebido el único plan que sus instintos egoístas podían sugerirle. Consistía éste en apoderarse del ejército, desconocer la autoridad central, establecer en Córdoba un fuerte poder militar, hacer la paz con todo el mundo y constituirse en el árbitro de la situación, quedándose quieto en el centro de su provincia natal. Era su brazo derecho para esta empresa, el coronel don Alejandro Heredia, que aspiraba á hacer otro tanto en Tucumán, de donde era nativo, constituyéndose así en el interior de la República una nueva liga de caudillos militares, que contrapesase el poder de la liga de los caudillos gauchos del litoral, y estableciera sobre esta base la paz de la República en beneficio propio. La historia, entregando al desprecio de la posteridad estas ambiciones bastardas, no tiene para qué ocuparse de los hombres que las abrigaban, y que obraban según su naturaleza y el bajo nivel de sus almas. No así respecto de otros que cooperaban á estos proyectos, creyendo tal vez poder dirigir el movimiento en el sentido de cortar la guerra civil, para dar en tierra con el gobierno general, y continuar de nuevo la guerra de la independencia, trasladando el poder del litoral al interior. Entre éstos se contaba el entonces comandante don José María Paz, el único verdaderamente responsable ante la historia, precisamente porque con más inteligencia que todos y con

grande elevación moral, como lo mostró después en el curso de una gloriosa carrera, es el único cuya falta no es disculpable ni explicable por los móviles que impulsaban á Bustos y á Heredia. Con estas influencias se contaba para sublevar el ejército auxiliar, á que debía seguir ó preceder la revolución de Córdoba, declarando á la provincia un estado federal, y substrayéndola á la obediencia del gobierno central.

El general Cruz, estimado y respetado de todos, con su clara inteligencia y su noble carácter, era un hombre sensato y frío, que, revestido del mando oficial, no ejercía una verdadera autoridad moral sobre su ejército. Lo apoyaban, sin embargo, en el mando, los más notables jefes del ejército, como lo eran los coroneles don Cornelio Zelaya, don Francisco Antonio Pinto (chileno), don Bruno Morón (mendocino), don Gregorio Araoz de La Madrid, don Benito Martínez, don José León Domínguez, don Blas José Pico y don Manuel Ramírez. Respetados por sus compañeros de armas, queridos por su tropa, no ejercían todos sobre los cuerpos que mandaban aquel ascendiente que identifica al jefe con el soldado, precisamente porque eran hombres de orden y de disciplina, que obedecían pasivamente á la consigna del deber.

Tal era el estado del ejército auxiliar, cuando á mediados de diciembre (12 de 1819) rompió la marcha de su campamento del Pilar sobre el Río Segundo, en dirección á la frontera de Buenos Aires, camino de Santa Fe. Inmediatamente, el partido artiguista de Córdoba se puso en movimiento. La guarnición veterana que había quedado en la ciudad al mando de Sayós, se puso á órdenes de los conspiradores. Algunas montoneras se levantaron en la provincia y sitiaron en la Villa de los Ranchos al coronel Arenales, que había quedado de comandante general de armas. El comandante don Felipe Heredia, desprendido desde Tucumán con un destacamento de caballería, según se dijo antes, avanzaba á marchas forzadas sobre Córdoba con el objeto de apoyar el pronunciamiento federal, que debía coincidir con la sublevación del ejército. El ge-

neral Cruz, que estaba al cabo de muchos de estos trabajos, se limitó á destacar desde la altura del Fraile Muerto al comandante Paz con un escuadrón en apoyo de Arenales, y siguió su marcha. A él no podía ocultársele, que, al obedecer la orden del gobierno, entregaba al interior á la anarquía, y procuraba salvar el ejército, si era posible, de la disolución que lo amenazaba.

En los primeros días de enero (1820) el ejército auxiliar pisaba la jurisdicción de Santa Fe. El día 7 continuaba su marcha siguiendo la margen derecha del Tercero, y se dirigía á acampar en la posta de Arequito, lugar destinado á adquirir una infausta celebridad en la historia argentina. Al llegar á la altura de la Esquina, punto donde el Tercero toma el nombre de Carcarañá, el ejército que hasta entonces había marchado con rumbo al sudeste, se inclinó hacia el nordeste, como si se dirigiera al Rosario, pero en realidad siguiendo la nueva dirección del río. Entonces pudo percibirse, como á media legua á retaguardia, un escuadrón de caballería que, á buen trote, procuraba alcanzar la columna en marcha. Era el comandante Paz, que regresaba de su expedición, resuelto á tomar parte en la sublevación del ejército, de antemano preparada. Al pasar por el costado de los diferentes cuerpos, varios oficiales se desprendían de las filas y le comunicaban que todo estaba preparado, y que aquella misma noche debía estallar la revolución encabezada por el general Bustos. Cuando el comandante Paz, se incorporó á su regimiento de Dragones que llevaba la cabeza de la columna, la señal de alarma estaba dada ya entre los conjurados.

El general Cruz manifestó disgusto al ver al comandante Paz de regreso, sea porque creyera que no había desempeñado bien su comisión, volviéndose del camino, sea que lo considerase el alma de lo que se tramaba en el ejército; pero parece más probable, que previendo lo que necesariamente debía suceder en Córdoba, prefería que se apoderase de la situación un

hombre como Paz, que daba más garantías que Bustos y Heredia, á la causa del orden.

El ejército acampó ese mismo día (7 de enero) en la posta de Arequito sobre la margen del Carcarañá. Allí conferenció el comandante Paz con el general Bustos, pudo cerciorarse de que en efecto todo estaba preparado para dar el golpe. Se contaba para ello con el regimiento núm. 2 de infantería, antiguo cuerpo de Bustos, sobre el cual había conservado su imperio; con el batallón núm. 10, mandado por el coronel Pinto, cuyo segundo jefe y oficiales estaban complotados; con el regimiento de Húsares de La Madrid, que á pesar de su popularidad entre la tropa era traicionado por sus subalternos; y por último, con el regimiento de Dragones mandado por Zelaya, al cual pertenecía Paz, quien respondía de arrastrarlo en masa. Estos cuerpos componían más de la mitad de la fuerza total del ejército, y aseguraban el triunfo á los conjurados, los que, por otra parte, estaban seguros que no encontrarían resistencia seria de parte de los cuerpos no complotados.

En el día anterior, una partida de Dragones había sido acuchillada por otra de montoneros. Este pequeño contraste produjo una profunda impresión en el ejército, y era el tema de las conversaciones en los fogones de los soldados. En varios puntos del campamento se notaban algunos grupos misteriosos, que hablaban en la obscuridad y en voz baja: eran los oficiales conjurados que se transmitían sus impresiones y acordaban sus medidas para asegurar la ejecución de su proyecto. La noche pasó, empero, sin novedad.

El día había pasado en la mayor tranquilidad, en medio de un calor sofocante. Los montoneros, que no podían disputar el paso al ejército auxiliar, se habían limitado hasta entonces á mantener algunas partidas de observación á la distancia. Ni siquiera un «bombero» enemigo se divisó en todo el horizonte. Al obscurecer, el general Bustos arregló el servicio de modo que quedase dividido el regimiento de Húsares de La

Madrid, en cuya decisión no se tenía plena confianza, por el ascendiente del jefe sobre el primer escuadrón. En seguida todos parecieron entregarse al descanso.

A la media noche, el regimiento de Dragones que ocupaba la derecha, montó silenciosamente á caballo, encabezado por el comandante Paz, arrestando á su jefe el coronel Zelaya, quien fué entregado á una guardia del mismo cuerpo. Simultáneamente tomaban las armas los regimientos de infantería núm. 2 y el batallón núm. 10, que ocupaban el centro de la línea á órdenes de los coroneles Pinto y Morón, los que fueron arrestados como Zelaya. Los Húsares ocupaban la izquierda, y uno de sus escuadrones montó al mismo tiempo á caballo, no atreviéndose á intentarlo el otro que bajo las inmediatas órdenes de La Madrid estaba de servicio. Los cuerpos sublevados no hicieron más movimiento, que marchar á su frente como unas mil varas, formar allí en batalla y esperar á que amaneciera. Bustos, perezoso y socarrón, como de costumbre, no hizo ningún movimiento que pudiera comprometerle. Cuando tuvo noticia de que los cuerpos sublevados se ponían en marcha para ocupar su nueva línea en actitud de combate, mandó atar los caballos de su carretón, y dirigiéndose á la tienda del general Cruz, le dijo al pasar sin moverse de la cama: «Compañero, levántese, que en el ejército hay gran movimiento,» y siguió á ponerse medio dormido á la cabeza de la revolución. Este rasgo pinta al hombre.

Inmediatamente, el general Cruz mandó convocar á los jefes de los cuerpos que no habían tomado parte en el movimiento, con el objeto de acordar medidas. Reuniéronse en junta los coroneles Pico, Domínguez, Martínez, Ramírez y La Madrid. Todos, con excepción de La Madrid, fueron de opinión de permanecer en alarma hasta que aclarase el día. El general aceptó este prudente consejo.

Al rayar la aurora del día 8, viéronse dos líneas en actitud de combate, formada una frente de otra. De una parte estaba el general Bustos sobre la casa de posta, con los batallones de infantería ya señalados, el

regimiento de Dragones y el escuadrón de Húsares de La Madrid, formando un total como de 1.500 á 1.600 hombres. Del otro lado, dando la espalda al río, estaban el general Curz con la artillería que mandaba Ramírez, los regimientos 3.° y 9.° de infantería á órdenes de Pico y Domínguez, una parte del núm. 2 que se conservó fiel, y los 160 Húsares que habían permanecido firmes al lado de La Madrid; componiendo un total de 1.300 á 1.400 hombres.

Las fuerzas estaban casi equilibradas, lo que prueba que el ejército, á pesar del estado de desmoralización en que se encontraba, habría podido llegar casi intacto al territorio de Buenos Aires, si todos los jefes hubiesen sido fieles á la bandera de la disciplina. Si esto no despejaba la situación política y militar de la época, si aun así se hubiesen producido otros sucesos no menos calamitosos, ésta es una cuestión histórica de otro orden, que sólo interesa á la crítica, de que nos hemos ocupado ya bajo otro punto de vista, y que examinaremos más adelante en presencia de los resultados. Lo que está fuera de cuestión es que la sublevación de Arequito fué á la vez que un crimen militar, un escándalo político, no obstante todo lo que haya podido decir alguno de sus autores para explicarla ó disculparla. Ella arrebató á la Nación el único ejército regular con que contaba, ya fuera para mantener el orden interior, ya para hacer frente al enemigo exterior en las fronteras, pactó con la anarquía á que dió alientos, aunque no se alió con ella; dejó desarmado al gobierno nacional, entregando la República á los vaivenes de la anarquía; introdujo un nuevo principio de desorden, dando por base á los mandones locales el militarismo, y aun cuando después concurrió por la fuerza de las cosas el restablecimiento de un orden relativo, ella no entrañaba ningún principio de bien, ni obedecía á una idea política y militar de vasta trascendencia como la de San Martín al alejarse de la guerra civil, ni tenía un plan de conducta, ni hombres de corazón y cabeza que la pudiesen dirigir en un sentido patriótico, y por eso la posteri-

dad la ha condenado, en presencia de sus tristes resultados, después de escuchar la acusación y la defensa.

Aun cuando esas tremendas responsabilidades y estas amargas reflexiones no se hallasen presentes en la mente de los actores del sombrío drama que tenía lugar en el Carcarañá, debió ser un momento bien melancólico para unos y otros, aquél en que, con las primeras luces de la aurora del día 8 de enero de 1820, se vieron dos líneas de batalla una frente de la otra en actitud de combate, sin bandera y sin credo la una, sin nervio y sin esperanzas la otra. Pero aun en aquel momento de prueba, se reveló el temple que el general Belgrano, presente aún en espíritu, había sabido dar á sus soldados. Unos y otros permanecían firmes y silenciosos en sus puestos: todos obedecían la voz de su jefe y oficiales: ningún sentimiento de odio recíproco los agitaba, y ninguno de esos desórdenes que acompañan á los motines militares tuvo lugar. Era aquello una descomposición elemental que se operaba, por la acción disolvente del medio en que actuaban.

En presencia de aquella línea que no manifestaba disposiciones hostiles, el general Cruz, no encontrando inspiraciones dentro de sí mismo para resolver la situación, se resolvió al fin á definirla. Con la imperturbable frialdad que le era habitual, llamó á un ayudante y le dijo en alta voz: «Vaya usted y pregunte »qué movimiento es ése, de orden de quién lo han »ejecutado, y prevenga á esos cuerpos que vuelvan á »ocupar sus puestos.» El ayudante volvió pocos momentos después con la contestación de «que aquellos cuer»pos declaraban que no seguirían haciendo la guerra »civil y que se separaban del ejército.» Este fué todo el programa de la sublevación de Arequito.

El general Cruz no pensó desde aquel momento sino en salvar el resto del ejército que aun se mantenía en torno de su antigua bandera, y seguir impertérrito su marcha hacia Buenos Aires. En consecuencia, entró en negociación con los sublevados, para que le entregasen los jefes que se hallaban presos, y le devolviesen

la parte de las caballadas y boyadas que necesitaba para el efecto, y de que durante la noche se habían apoderado. Los sublevados se avinieron á la devolución, con la condición, según parece, de que les entregara la mitad del parque y comisaría correspondiente á la parte del ejército que se separaba. En esto se empleó toda la mañana. A las doce del día, el general Cruz mandó uncir los bueyes de las carretas, y poco después se puso en marcha á tambor batiente y banderas desplegadas, llevando la vanguardia el 2.° escuadrón de Húsares, aumentado con 20 hombres que se le habían incorporado en la mañana, en todo 180 jinetes.

A poco andar, algunas partidas de montoneros se presentaron por el frente de la columna en marcha; pero fueron fácilmente arrolladas por la pequeña vanguardia de La Madrid, inmediatamente sostenida por la infantería. A las dos leguas, las partidas enemigas empezaron á engrosarse, y sus movimientos y audacia anunciaban la proximidad de alguna fuerza superior. En circunstancias en que La Madrid se ocupaba en sostener una fuerte guerrilla, recibió orden del general Cruz para contramarchar inmediatamente, porque, según el ayudante que la impartía, los sublevados con su caballería venían picando la retaguardia del ejército. La Madrid, con los ojos anegados en nobles lágrimas, acudió á cubrir la retaguardia.

La columna que picaba la retaguardia del general Cruz, se componía de toda la caballería sublevada mandada por el coronel Heredia y el comandante Paz, que pasaba de 500 hombres, y aunque su actitud no era de carga, avanzaba rápidamente á trote largo. El general Cruz hizo alto, y mandó un parlamentario pidiendo explicaciones de aquel movimiento. Heredia le contestó que «iba á exigir la parte del convoy que le correspondía, y sin la que no se volvería.» A la vez que esto tenía lugar en la retaguardia, las partidas de montoneros se engrosaban por la vanguardia, y todo anunciaba un próximo conflicto. En vista de esto, el general reunió nuevamente á sus jefes en junta de

guerra y les manifestó, que siendo imposible en la situación en que se encontraban continuar la marcha hasta Buenos Aires, había resuelto entregar el parque que se le exigía, para salvar el resto del ejército, con lo que todos se conformaron á excepción del fogoso La Madrid. En consecuencia, se emprendió la contramarcha. En la noche abandonaron su campo y se reunieron á los revolucionarios, los restos del número 2, una gran parte del 3 y del 9 y algunos trozos de artilleros.

Al amanecer dèl día 9 se sintió en el campo del general Cruz un fuerte tiroteo acompañado de algunas detonaciones de artillería. La caballería sublevada montó inmediatamente y se dirigió al punto de donde partía el fuego, que cada vez se hacía más vivo. Con las primeras luces del alba pudieron verse los últimos restos del antiguo ejército de Tucumán y Salta, fieles á su vieja bandera, circundados en medio de la pampa desierta por una nube como de 400 montoneros, que en presencia de sus antiguos compañeros de armas las hostilizaban con fuertes guerrillas, que eran contrarrestadas con fuegos de infantería y artillería. Ante este doloroso espectáculo, el coronel Heredia intimó á los montoneros, que desistiesen de toda hostilidad, porque de lo contrario los cargaría, declarándoles á la vez que estaban en paz, y que en prueba de ello el ejército se abstenía por su parte de toda hostilidad contra Santa Fe; y así quedó convenido. El general Cruz, colocado bajo la protección de los sublevados, se resignó á hacer á Bustos la entrega del mando y de los cuerpos que le habían quedado, y así se verificó en el mismo día.

En honor de la verdad histórica, debe declararse, que la sublevación de Arequito ninguna connivencia tenía con la montonera, aun cuando no repudiaba sus propósitos políticos. Su objeto imediato era substraerse á la guerra civil y hacer la paz, satisfaciendo las exigencias descentralizadoras de la anarquía, sacrificando al gobierno nacional. El objeto secreto de Bustos y de los que estaban en sus planes, era apoderarse de la situación, estableciendo su base de poder en Córdo-

ba, y apoyándose en el federalismo, hacer servir á todos los partidos á sus fines políticos y personales, sin subordinarse á la liga de los caudillos del litoral, ni romper del todo con Buenos Aires.

La paz quedó ajustada de hecho, visitándose recíprocamente las fuerzas de Bustos con las santafecinas que tenía al frente; pero sin fraternizar verdaderamente, porque la de Bustos guardaba cierta reserva, y los santafecinos no deponían su ceño adusto en presencia de sus enemigos del día anterior. Llenado este objeto inmediato, el ejército sublevado evacuó el territorio de Santa Fe y se dirigió hacia Córdoba por el camino que había traído, remontando el Carcarañá y el Tercero.

En la posta de la Herradura se presentó en el campamento de Bustos el famoso don José Miguel Carrera, acompañado de don Cosme Maciel, secretario del gobierno de Santa Fe, y de una bulliciosa comitiva, que más parecía una comparsa de teatro que una escolta militar. El objeto de esta misión era comprometer al ejército sublevado en la guerra de la montonera; y los caudillos del litoral habían contado para ello con el irresistible poder de persuasión de que le suponían dotado. La conferencia que con tal motivo tuvo lugar entre Bustos y Carrera, es característica. Carrera, con su habitual locuacidad incipiciente y falta de sentido práctico, habló largamente de los negocios de Chile del punto de vista de su ambición personal; se desató en insultos contra la administración directorial; desahogó su odio contra San Martín y O'Higgins; y en este sentido proclamó á Bustos como uno de los héroes de la América del Sur, destinado á dar en tierra con los tiranos que oprimían á los pueblos, cambiando para el efecto la situación de Chile como se iba á cambiar la de la República Argentina; sin recordar en todo esto los intereses argentinos y la guerra de la independencia, ni los propósitos y sentimientos que la más vulgar penetración debía suponer en Bustos. Este opuso á la charla del inhábil diplomático de la montonera, la sorna que le era habitual, y guardando para sí su se-

creto bajo un exterior glacial y atento, contestó, encerrándose en la neutralidad, con generalidades y propuestas pacíficas que en nada lo comprometían, ni daban siquiera ocasión á la insistencia. El comandante Paz que presenció algunas de las conferencias, decía á sus compañeros de armas, heridos como él por aquel olvido de los intereses argentinos y de los verdaderos intereses americanos, que no era Carrera el hombre que les habían pintado como un genio, y que bien se se veía que no conocía ni el terreno que pisaba. Carrera se retiró descontento, y las relaciones entre Bustos y los jefes de la montonera, aunque pacíficas, no fueron desde entonces muy cordiales. El ejército continuó su marcha hacia Córdoba.

El movimiento de Arequito tuvo su inmediata repercusión en Córdoba. Su gobernador intendente, el doctor Castro, abandonó el mando. El partido artiguista de la localidad, que conspiraba de acuerdo con Bustos, contando servirse de él como de un instrumento pasivo, se apoderó de la situación, declaró á la provincia en estado federal independiente, y en consecuencia procedió á nombrar gobernador (19 de enero de 1820), recayendo la elección popular en don José Xavier Díaz (á quien ya conocemos), el que se apresuró á comunicarlo á las demás provincias, dando al movimiento de Arequito su significado político en el sentido de la federación y contrario al gobierno general que calificaba de opresor. Esto contrariaba los planes de Bustos, cuyo objetivo principal era el gobierno de Córdoba con su ejército, en medio de aclamaciones y y flores; maniobró de modo que el partido caído, que era anti-artiguista, se sobrepusiera en las elecciones; se hizo nombrar por este medio gobernador de Córdoba, y dueño del poder con un ejército á sus órdenes para sostenerlo, empezó á desenvolver una política que dejó sorprendidos á todos.

Los que creían de buena fe que las armas nacionales iban á volver á hacer frente al enemigo exterior en la frontera, comprendieron que no habían hecho sino elevar un nuevo mandón, y entregarle para su custodia

las bayonetas de la Nación. Los caudillos del litoral, que habían contado hacerle entrar en su liga manejándolo por sus parciales, comprendieron que era una nueva potencia la que se levantaba. López, que aspiraba á sacudir el yugo de Ramírez, identificando su causa con la fuerza de Buenos Aires, entrevió en él un aliado para alcanzar estos fines. Las provincias del interior vieron en él un punto de apoyo para emanciparse federalmente, á la vez que las entidades del partido caído se sorprendían de no encontrar en él un enemigo. Muchos creyeron ver en él un pacificador, y en realidad, á lo que él aspiraba era á vivir cómodamente en paz con todo el mundo, mientras sus guardias pretorianas le velaban el sueño.

Con arreglo á este plan, en que se combinaban el egoísmo y el quietismo, con capa de patriotismo imparcial, Bustos dirigió á todas las provincias una circular incitándolas á reunir un Congreso, é insinuando el establecimiento de algún poder provisional que esperaba recayese en él. Se ponía en comunicación con San Martín y O'Higgins brindándoles su cooperación en la guerra de la independencia, y se propiciaba el concurso de Güemes ofreciéndole una parte de su caballería para cubrir la frontera y cambiar la situación del norte, de acuerdo con el coronel Heredia, destinado á apoderarse del gobierno de Tucumán. Estrechaba sus relaciones con López, y se aseguraba su concurso ofreciéndole la reciprocidad. Anulaba al mismo tiempo el partido artiguista en Córdoba, que había pretendido excluirlo del gobierno; y disfrazaba su inerte despotismo, dándose así en su propia provincia el apoyo de un partido civil, que prestaba á sus armas una bandera local, y que él levantaba como bandera nacional. Consecuente con esta línea de conducta, adoptó desde entonces el equívoco lema de «Ejército Liberal». Esta política dió á Bustos una verdadera expectabilidad ante la República, y sin dignificar su causa personal, lo ha salvado de presentarse ante la historia con el insolente cinismo de que en casos análogos han hecho ostentación otros caudillos de su escuela.

La sublevación de Arequito que asumía estas formas políticas, había tenido lugar casi simultáneamente con otro motín militar, que al fin debía resolverse en el bandolerismo, concurriendo, sin embargo, á la obra de descomposición que hacía su camino. El 9 de enero de 1820, casi el mismo día y á la misma hora en que la revolución de Arequito se consumaba en la margen del Carcarañá, se sublevaba al pie de los Andes en la ciudad de San Juan el batallón número 1 de Cazadores, fuerte de cerca de 1.000 plazas, sin que mediara acuerdo previo, y sin concordancia en sus propósitos. Era que el principio disolvente flotaba en la atmósfera, y que todas las fuerzas concurrían á la catástrofe política y social, que no estaba en la mano del gobierno central prevenir. Los mismos medios de que se valía para apuntalar su autoridad bamboleante, se volvían contra ella, como sucedía con la guarnición veterana de Tucumán, con el ejército auxiliar del Perú, y ahora con la división del ejército de los Andes acantonada en Mendoza, con la cual había creído contar para contrarrestar la guerra civil; como se habría vuelto todo el ejército á que pertenecía, si San Martín no lo hubiese salvado con su previsión, lanzándolo á la expedición del Perú.

Dijimos antes, que el general San Martín, resuelto á no tomar parte en la guerra civil y á expedicionar al Perú de acuerdo con el gobierno de Chile, había repasado la Cordillera enfermo, dejando en Mendoza, á cargo del coronel Alvarado, la división del ejército de los Andes de que se dió noticia ya. Esta división, que al principio sólo era de 1.100 hombres, se había remontado hasta el número de 2.200, merced á la recluta hecha por el general San Martín en las provincias de Cuyo, teniendo en vista la expedición española que amenazaba al Río de la Plata, y en todo caso, la grande empresa que meditaba por la parte del Pacífico. Al efecto, había dado al batallón número 1 una organización que respondía á ambos objetos, y principalmente al de la expedición al Perú. Este batallón, instruído en el arma de infantería ligera, tenía adscrip-

tas algunas compañías destinadas á hacer el servicio de cazadores-dragones, de modo que el cuerpo se bastase á sí mismo en ambas armas. El grueso de este batallón, fuerte como de 1.000 plazas, como queda dicho, estaba acantonado en San Juan. En Mendoza estaban los cazadores montados, y en San Luis el regimiento de Granaderos á caballo. Esta distribución de fuerzas, tenía por objeto preservar á la provincia de Cuyo del contagio de la anarquía, mientras llegaba el momento de repasar los Andes, para unirse á sus compañeros del occidente de la Cordillera con nuevos contingentes de soldados y caballos. En previsión de esta eventualidad inminente, había aceptado la idea que le fué sugerida, de celebrar una convención por medio de los delegados de los pueblos de su dependencia (Mendoza, San Juan y San Luis) á fin de formar una liga ofensiva y defensiva, para resistir á toda incitación ó invasión armada por parte de los gobiernos ó caudillos de las provincias anarquizadas.

El batallón número 1, acantonado en San Juan, estaba mandado por el teniente coronel don Severo García de Sequeira (salteño), oficial benemérito y de grandes esperanzas, pero implacablemente duro con la tropa, á la par que tolerante con las faltas de los oficiales. Este sistema, al dar demasiada tensión á los resortes de la disciplina, los había roto, y la anarquía que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, había inoculado al cuerpo su mal espíritu. Existía agregado al batallón un capitán llamado don Mariano Mendizábal, natural de Buenos Aires, el cual por su mala conducta había sido separado de las filas. Valiente, corrompido y bullanguero, había asistido á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución. Mendizábal, complotado con el teniente Morillo, porteño, y el de igual clase don Francisco del Corro, salteño, y de acuerdo con algunos vecinos de San Juan, federalistas y enemigos de la autoridad local, se propusieron sublevar el batallón, sin más plan por el momento que apoderarse del mando de las armas. Explotando el disgusto de la

tropa, las pasiones locales, la idea de que el general San Martín estaba en desacuerdo con el gobierno, y de que sublevándose no irían á Chile, excitando á la vez sus apetitos brutales, los oficiales complotados adelantaron sus trabajos, y á principios del mes de enero de 1820 todo estaba pronto para dar el golpe. Un sordo rumor presagiaba la conmoción, pero el comandante Sequeira, fiado en su coraje y en el ascendiente que creía tener, despreció los avisos que en tal sentido le dió el teniente gobernador don José Ignacio La Rosa, hombre de mérito por sus servicios, su inteligencia y patriotismo.

En la madrugada del 9 de enero se amotinó silenciosamente el batallón número 1 dirigido por sus sargentos, prendiendo á sus jefes y oficiales. En seguida se dirigió á la plaza en número como de 800 hombres, dejando en el cuartel una compañía de custodia. Un grupo de los amotinados se destacó con el objeto de atacar la guardia de prevención de uno de los cuarteles cívicos de la ciudad. Mandábala el teniente don Bernardo Navarro, el cual á la intimación de rendirse contestó haciendo fuego, y trabóse luego un combate á la bayoneta, en que Navarro cayó traspasado de heridas, muriendo á su lado algunos de sus soldados. Cuando los fusilazos que produjo este choque, despertaron á la población alarmada, ya la revolución estaba triunfante en todas partes, y preso el teniente gobernador La Rosa. Mendizábal, Corro y Morillo, al frente de la tropa sublevada, ocupaban la plaza principal, dando «vivas á la federación y mueras al tirano.» Mendizábal, en medio del tumulto, y rodeado de algunos vecinos que asumían la responsabilidad del movimiento, impartía sus órdenes á caballo. La mayoría de la población, amedrentada ante el aspecto de la soldadesca ebria, se había concentrado en sus hogares.

Mientras tanto, el comandante Sequeira y los oficiales presos en el cuartel, hacían esfuerzos por organizar una contrarrevolución, ganándose la guardia que los custodiaba y algunos soldados sueltos que se habían concentrado en él. Descubiertos en su tentativa,

la misma tropa que había prometido apoyarlos, corrió á las armas al primer grito dado por Corro, resultando gravemente herido en esta ocasión el ayudante don Nicolás Vega (después general), y maltratados los jefes y oficiales cuya vida estuvo en peligro. Esto mostró que el motín no era efecto de una sorpresa, sino un movimiento que tenía su origen en las mismas pasiones de los soldados.

Sin embargo que la revolución fuese decididamente hostil á la influencia del general San Martín, y federalista en sus tendencias, se sometía, al menos ostensiblemente, á la autoridad del gobierno central. De este modo, consiguieron que el Directorio, en medio de los conflictos que lo rodeaban le diese oficialmente su aprobación. La verdad es que al movimiento no había presidido ningún pensamiento político, y que entre sus promotores ó coadjutores no había una sola cabeza capaz de darle dirección. Aspirando los esporos políticos que flotaban en la atmósfera ardiente que respiraban, diéronle por instinto el carácter de revolución federal, obedeciendo á la impulsión descentralizadora de la época. En consecuencia, se declaró por una asamblea popular, convocada por el Cabildo: que San Juan era «un pueblo independiente», pero que formaba parte integrante de la Nación Argentina, que se obligaba á obedecer las decisiones del Congreso de las «provincias federadas» que se reuniesen, reasumiendo mientras tanto su soberanía, y elevando su teniente gobernador á la categoría de gobernador, título con que Mendizábal se había apoderado del mando.

La soldadesca sublevada se entregó á la más desenfrenada licencia. Sus caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí. Mendizabal procuró deshacerse de Corro como de un estorbo. La tropa se pronunció en favor de Corro. Mendizábal, alarmado, ofreció al coronel Alvarado hacerle entrega del batallón. Al mismo tiempo, temeroso de una reacción, dispuso que el comandante Sequeira, el mayor don Lucio Salvadores, de Buenos Aires, el capitán don Camilo Benavente, de Chile, y el de la misma clase don Juan

Bautista Bosso, italiano, que había militado con Napoleón, fuesen conducidos á Tucumán por el camino de La Rioja. Corro, incitado por los mismos vecinos de San Juan, depuso á Mendizábal y lo constituyó en prisión. Mendizábal intentó de nuevo derribar á Corro, pero fracasó en su empresa y fué remitido preso á La Rioja.

El coronel Alvarado intentó sofocar el motín, y al efecto se adelantó hasta San Juan al frente de dos escuadrones de cazadores á caballo, con dos piezas de artillería, contando sin duda que á su aproximación la tropa reaccionaría. Tres leguas antes de llegar á la ciudad, pudo convencerse que la tropa sublevada estaba dispuesta á resistirle, por lo cual se decidió á retrogradar, cediendo á las instancias del Cabildo, que le suplicó no pasara adelante, para evitar un conflicto al vecindario y una muerte segura á los oficiales presos. Creyendo notar que su misma tropa estaba poseída de un mal espíritu, se apresuró á reconcentrar el regimiento de Granaderos á caballo destacado en San Luis, con el cual, el de Cazadores á caballo y algunos cazadores dragones del 1.°, repasó inmediatamente al occidente de los Andes, y entregó la provincia de Cuyo á la anarquía, llevando á San Martín un contingente como de 1.000 hombres, más importante que por su número, por ser la única caballería con que contaba para la expedición al Perú.

El contagio de la anarquía se extendió pronto á San Luis y Mendoza, que á ejemplo de los demás pueblos se constituyeron en provincias autonómicas, deponiendo la primera á su teniente gobernador Dupuy y renunciando el gobernador intendente de la segunda, nombrándose gobernadores por el voto popular. El general San Martín procuró salvar de este naufragio los restos del número 1.°, y envió un comisionado para reducirlo á la obediencia, ofreciéndole amnistía; pero escolló en la tentativa. Dueño Corro de la situación, procuró ponerse de acuerdo con los caudillos del litoral y marchó sobre Mendoza; pero esta provincia, armándose, lo obligó á retrogradar sin combatir, y su horda se disolvió

más tarde en el bandolerismo, dejando libre á San Juan de su brutal tiranía.

En medio de estas peripecias, eran inmolados en un paraje solitario del Valle Fértil, como á 60 leguas al norte de San Juan, el comandante Sequeira y sus compañeros de infortunio. Estos oficiales, que habían logrado evadirse en el camino de San Juan á La Rioja, fueron alcanzados en ese punto por una partida despachada por Corro en su persecución, al mando de un sargento español llamado Catalino Biendichó, perteneciente á los sublevados de la fragata Trinidad, quien los ultimó con sus manos bárbaramente á sablazos, en obediencia á las órdenes de Corro, según se dijo entonces públicamente, aunque sólo consta por la tradición oral. Sus cadáveres fueron arrojados á una acequia que entre unas peñas corría á la inmediación del sitio del sacrificio. Junto con Sequeira murieron de este modo, Salvadores, Benavente y Bosso, jóvenes todos ellos, llenos de servicios y animados de heroicas esperanzas.

Este sacudimiento produjo una verdadera revolución política y social en las provincias de Cuyo. Las tres circunscripciones, que la formaban Mendoza, San Juan y San Luis, constituídas en estados federales de hecho, reasumieron su soberanía local, reconociendo empero la unidad nacional preexistente. Obligados á crear nuevos medios de gobierno, los encontraron dentro de su régimen municipal, elevando sus Cabildos á la Categoría de cuerpos legislativos, ejecutores de sus propias deliberaciones. En la necesidad de proveer á la defensa de su territorio, se armaron, y cada una de ellas tuvo su ejército local. Para garantirse del contagio de la anarquía y hacer frente á la liga de los caudillos del litoral, formaron entre sí una liga política, constituyendo una especie de dieta federal compuesta de un diputado por cada provincia, á que dieron el nombre de Convención, reconociendo por centro á Mendoza. En sus relaciones con las demás provincias, incluso las del litoral, adoptaron la política pacífica de Bustos, con el cual contemporizaron, prestán-

dose á concurrir al Congreso Nacional promovido por éste. Así se iba restableciendo el equilibrio social, por la gravitación de los intereses políticos y por sus afinidades recíprocas.

La Rioja, siguiendo el ejemplo de las demás provincias, depuso á su gobernador intendente, y se declaró estado independiente federándose con San Luis. Bustos se apresuró á reconocer este hecho, y pudo contar con un nuevo aliado. Tucumán se plegó desde luego al movimiento de Arequito, y contestó á su circular, enviando sus respectivos diputados al Congreso. Güemes entró también en relaciones con Bustos, de quien era amigo, y aceptó la idea de reunir un Congreso, pero, repugnando siempre toda liga con los caudillos del litoral, se inclinaba más á Buenos Aires en el fondo. Las circunscripciones administrativas de Santiago del Estero y Catamarca, tenencias de gobierno de Tucumán, como lo eran San Luis y San Juan de Mendoza, y La Rioja de Córdoba, aspiraban á emanciparse de su capital, y constituirse á ejemplo de las demás en provincias federales independientes, reconociendo como ellas el vínculo indisoluble de la nacionalidad argentina, y no estaba lejano el día en que lo realizarían. Jujuy, que se diseñaba ya como un particularismo político, alimentado por el espíritu municipal, esperaba únicamente la oportunidad para hacer lo mismo. De este modo, y en medio de esta tempestad, se levantaban ocho nebulosas federales en el horizonte de la patria, señalando una nueva constelación del sombrío cielo argentino, gobernadas por misteriosas leyes de atracción que sólo el tiempo debía revelar.

El general San Martín, se ponía igualmente en comunicación con Bustos y comisionaba á su secretario don Dionisio Vizcarra, á fin de que concurriera militarmente por la frontera norte, á la expedición al Perú, que á la sazón preparaba, y que muy luego debía dar la vela para asegurar la independencia del continente americano. Bustos, por cumplir con San Martín, satisfacer el anhelo de sus subordinados que an-

siaban tomar parte en la guerra de la independencia, y librarse de un compañero importuno, despachó al coronel don Alejandro Heredia al frente de los regimientos de Húsares y Dragones, que eran como 400 hombres, en su mayor parte nativos de las provincias del norte. Esta fuerza, destinada á obrar de acuerdo con Güemes en el sentido de las indicaciones de San Martín, tenía por objeto cambiar el orden político de Tucumán, á la vez de propiciarse la buena voluntad de Salta. De aquí debían nacer nuevas guerras entre los mismos caudillos, que entregarían á las provincias aisladas y aniquiladas á la tiranía de sus caudillos vitalicios, hijos naturales de una federación semibárbara, que sólo el tiempo, el trabajo, el dolor, y sobre todo, la inoculación de un nuevo elemento civilizador, debía vivificar.

La liga de los caudillos del litoral, levantaba en la línea del Arroyo del Medio el pendón de guerra sin tregua contra los poderes públicos de la Nación, que bamboleaban sobre sus bases minadas. Las pasiones anárquicas, cada vez más bravías, no satisfechas ya con el triunfo en su territorio, se desbordaban sobre la capital, amenazando echar por tierra todas las instituciones del nuevo centralismo gubernamental, en nombre de la federación de hecho que proclamaban.

De este choque y de esta descomposición resurgirá á su tiempo un nuevo principio de vida, que fijará perpetuamente los contornos de la Nación Argentina, le dará su fisonomía propia, y le inoculará un nuevo espíritu de cohesión. La guerra acercará las dos partes divididas, las pasiones y los intereses se confundirán al chocarse, los caudillos del litoral argentino romperán sus violentas ataduras con el artiguismo antinacional y segregatista, y de este modo, las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, volverán á ingresar de hecho á la comunión argentina, identificadas para siempre á sus destinos buenos ó malos, hasta constituirse de hecho y de derecho según su genialidad.

El gobierno central, aislado y atrincherado en Buenos Aires, defenderá á la vez que la causa de las instituciones existentes, el último recinto de la civilización argentina que poseyese en aquella época, elementos de gobierno regular y morigerador. Las instituciones nacionales caerán, pero Buenos Aires salvará su independencia municipal, su constitución orgánica, sus fuerzas conservadoras y reparadoras, su poder expansivo, y se convertirá en el núcleo en torno del cual se condensarán las nebulosas del cielo argentino que hemos señalado antes, regulando su marcha por la suya, en obediencia á las leyes de la atracción del tiempo.

Buenos Aires se convertirá en un estado federal é independiente, bajo otras reglas que las del caudillaje brutal, y dará el tipo de la nueva federación, nacida de las entrañas de la anarquía, semibárbara, y amamantadas por la civilización. Esta doble transformación, verdaderamente mitológica, que tendrá lugar al consumarse la gran catástrofe del año XX, será la última evolución de la revolución interna del pueblo argentino, que completará la de la independencia, y á una y otra asistiremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO XLII

El Año XX.—La Catástrofe

1820

Pródromos del año XX.—Las dos faces de la guerra entre la América y la metrópoli.—Revista de las expediciones peninsulares contra la América.—La expedición preparada en Cádiz contra el Río de la Plata, y sus peripecias.—Los agentes secretos del gobierno argentino en Cádiz y sus trabajos en 1820.—La revolución de Riego.—Continúa la historia de la diplomacia de la revolución.—Complemento de la misión de Don Valentín Gómez.—Política del Congreso en relación al Brasil con motivo del proyecto del príncipe de Luca.—Nuevas instrucciones del gobierno sobre este proyecto, y su desenlace.—Alarmas de la época.—Actitud del Congreso.—Destierro de Pueyrredón y Tagle.—Nombramiento de un Director substituto.—Formación del ejército directorial.—El campo de Cepeda.—Apocamiento del espíritu militar.—Batalla de Cepeda.—Notable retirada de la infantería directorial al mando de Don Juan R. Balcarce.—Impresión de la batalla de Cepeda en la capital.—El municipio de Buenos Aires se pone en armas.—Noticias sobre el general Soler.—Política pacífica de los federales.—Mutaciones en el gobierno general.—Bosquejo histórico sobre los Cabildos.—El Cabildo de Buenos Aires entra en tratados con los federales.—Ramírez desconoce sus poderes.—El general Soler intima la caída de las autoridades nacionales.—Disolución del Congreso y cese del Directorio.—El Cabildo reasume el mando de la provincia de Buenos Aires.—Efecto que produce el golpe de Estado de Soler.—Política interprovincial.—Conferencia de Ramírez y López con los comisionados del Cabildo.—Moderación de los caudillos federales.—Contradictoria actitud de Soler y causas que la explican.—Soler entra en negociaciones con Ramírez.—Soler, Ramírez y López ajustan un armisticio en Luján.—Mutación política en la capital y reaparición de la columna de Balcarce.—Actitud de Soler y Ramírez con motivo de estos sucesos.—Prospecto.

Volvamos á reanudar el hilo de la narración, desde el momento en que, rotas las hostilidades con Santa Fe, el Director Rondeau se ponía en campaña al frente del ejército de la capital, anunciando «que todas las fuerzas del Estado iban á empeñarse en la lucha.» Según se explicó ya, el objeto del gobierno nacional era reunir en el territorio de la provincia de Buenos Aires,

una masa militar de ocho á diez mil hombres, concentrando los ejércitos de los Andes y del Alto Perú sobre la base del de la capital. Moralmente considerada esta operación, era una cobardía, en presencia de menos de 2.000 montoneros, mal armados y sin recursos. Militarmente juzgada, era una imprevisión entregar todo el resto del país al enemigo, circunscribiéndose á un solo punto, que por sí mismo estaba garantido. Políticamente, era la abdicación del poder, abandonar á la anarquía todo el territorio que las armas no podían proteger, y en el cual su acción disolvente debía dilatarse naturalmente. Del punto de vista de la revolución americana, era una verdadera deserción desguarnecer las fronteras del norte, donde el ejército auxiliar hacía frente al ejército realista del Alto Perú, renunciando á la alianza con Chile y á la expedición al Bajo Perú, que debía dar el golpe final al poder español en Sud América; y lo era mucho más aún, si se toman en cuenta las tenebrosas maniobras diplomáticas á que tal combinación respondía.

Hemos visto que la concentración de los ejércitos nacionales en Buenos Aires respondía, por una parte, á la necesidad de hacer frente á la guerra civil, y, por la otra, al amago de la expedición española, que desde Cádiz se preparaba hacía tres años. Como varias veces nos hemos referido á esta expedición incidentalmente, ha llegado el caso de condensar cuanto á ella se refiere, complementando á la vez los proyectos de monarquía con que se ligaba, y dejar así explorados á la luz de documentos fidedignos, estos puntos obscuros de la historia de la independencia argentina.

La lucha de la emancipación americana en los primeros cinco años (desde 1810 hasta 1814), había sido una verdadera guerra civil, alimentada por las misma poblaciones, pues la metrópoli, ocupada en esa época por los ejércitos de Napoleón, apenas era parte pasiva. Restituído el rey Fernando VII al trono de las Españas, la lucha cambió de faz. La revolución se había hecho invocando el nombre de Fernando VII, única autoridad legal que reconocían las Américas, según la

teoría revolucionaria explicada antes, que convertía la soberanía del monarca en soberanía del pueblo, de donde derivaban las colonias el derecho de gobernarse á sí mismas durante el cautiverio del rey. Fué entonces, cuando las Provincias Unidas buscaron un acomodamiento con el monarca, diputando al efecto á Belgrano y Rivadavia, como los Estados Unidos enviaron á Franklin á Inglaterra, antes de romper definitivamente con la metrópoli y declarar su independencia. Los tristes resultados que esta política contemporizadora dió, han sido extensamente narrados en los capítulos anteriores. Desde entonces, el rey de España, cuyo primer paso fué abolir la Constitución que el pueblo español se había dado en su ausencia, pretendió ser tan absoluto en América como en la Península. De este modo, la insurrección americana, que antes había sido una guerra civil, tomó el carácter de una guerra oficial, á que la Nación Española no podía asociarse con su pasión, y que sólo respondía á las prerrogativas tradicionales de la corona, por la misma Nación desconocidas. La primera tentativa que en este sentido hizo Fernando VII, fué la expedición de diez mil hombres al mando de Morillo, destinada en su origen al Río de la Plata, y que, dirigida en 1815 contra Venezuela, fué á estrellarse allí contra Colombia, acaudillada por Bolívar, quien debía dar cuenta de ella en una lucha tan encarnizada como inmortal.

Por este mismo tiempo, las provincias Unidas proclamaban su independencia á la faz del mundo y reconquistaban á Chile y amagaban al Perú, después de haber expulsado á los españoles de Montevideo, dejándoles por único refugio el virreinato del Alto Perú en la América meridional. Convencido entonces el gobierno español, de que había sido un error no dirigir la expedición de Morillo al Río de la Plata, y que en esta región era donde residía el nervio de la insurrección sudamericana, contrajo todos sus esfuerzos á preparar otra expedición militar que la sojuzgase por la fuerza de las armas. La invasión brasílico-portuguesa y las cuestiones que con tal motivo sobrevinieron en

Europa, vinieron á cruzar los planes del gobierno español, imposibilitado por esta complicación de tomar pie en la margen oriental del Río de la Plata, lo cual hacía que la expedición fuese irrealizable. En esta expectativa se pasó todo el año de 1817.

En la imposibilidad de invadir inmediatamente el Río de la Plata, el gobierno español se decidió á despachar una expedición á Lima, con el objeto de sostener la guerra, mientras se ponía en condiciones de hacer esfuerzos mayores. Esta expedición dió la vela en Cádiz el 21 de mayo de 1818. Componíanla 11 transportes, convoyados por la fragata «María Isabel», uno de los buques de guerra que la Rusia había cedido á la España para reconquistar sus colonias. Los transportes traían á su bordo dos batallones del regimiento de Cantabria, un regimiento de caballería y tres compañías de artillería y zapadores, en todo como 2.800 hombres, conduciendo un armamento de 8.000 fusiles.

Por fortuna, arribó á Buenos Aires el 25 de julio, con 56 días de navegación el bergantín «Lady Warren», conductor de avisos oportunos de los agentes secretos del gobierno argentino en aquel puerto (de quienes se hablará después). El capitán de este buque dió noticia de haber dejado la expedición en los días 21 á 25 de junio á los dos grados latitud norte, comprobando su informe con la exhibición de su diario de viaje. En consecuencia, el gobierno argentino dispuso la salida de dos bergantines armados en guerra, con el objeto de explorar las costas hasta el Pacífico, y así lo previno al general San Martín, á fin de que el gobierno de Chile, que á la sazón formaba su escuadra en Valparaíso, tomase sus medidas, procurando interceptar la expedición.

Un mes después (el 26 de agosto de 1818), arribaba al puerto de la ensenada de Barragán, una fragata con 180 hombres de tropa y 500 fusiles á su bordo. Era la «Trinidad», uno de los transportes de la expedición española.

Este buque se había separado del convoy el 25 de

julio á los cinco grados norte. A esta altura se había sublevado la tropa de la fragata, encabezada por los sargentos Remigio Martínez, Francisco Quintana y el cabo José Quintana, que desde Cádiz venían complotados al efecto, habiéndose puesto de acuerdo con sus compañeros durante el viaje. A pesar de la resistencia que opusieron los oficiales apoyados por una parte de la tripulación y tropa, que amenazaban dar fuego á la santabárbara, los sublevados se hicieron dueños del buque, y dieron orden al capitán de poner la proa á Buenos Aires. Por este medio, el gobierno argentino tomó conocimiento del plan de señales y punto de reunión del convoy, que se apresuró á transmitir á Chile por la vía terestre. Un mes después (el 28 de octubre de 1818), la «María Isabel», fragata de 44 cañones, era apresada por la escuadra chilena de Talcahuano, y sucesivamente caían en su poder cuatro transportes de la expedición con 800 hombres de desembarco, quedando desde entonces la marina independiente imperando en las aguas del Pacífico.

Este contraste causó profunda impresión en España, haciendo más impopular la guerra contra las colonias. A pesar de esto, el gobierno español, empeñado en la empresa de dominar la insurrección por las armas, aprestó una nueva expedición de 6 navíos y 6 fragatas, con 6.000 hombres de desembarco, que sucesivamente fué elevando hasta 6 navíos, 13 fragatas, 3 corbetas, 10 bergantines, 3 goletas, 29 barcas cañoneras y 40 transportes con 20.000 hombres de tropas de desembarco de las tres armas. Confióse el mando al conde de la Bisbal, más conocido en la historia bajo el nombre del general don José O'Donnell, y se señaló por centro de ella el puerto de Cádiz. Fué en tal ocasión que el gobierno argentino, seriamente alarmado por esta amenaza, ordenó que el ejército de los Andes repasase la Cordillera, con el objeto de hacerle frente, siguiendo en esto las insinuaciones del general San Martín, que á la sazón tenía en vista su campaña al Bajo Perú, como el mejor medio de contrarrestar la expedición anunciada.

Desde entonces, toda la política interna y externa de las Provincias Unidas, giró alrededor del fantasma de la expedición española. Las relaciones con la vecina Corte del Brasil, la conducta con Artigas en presencia de la invasión de la Banda Oriental por las armas portuguesas, la alianza con Chile, la diplomacia con las cortes europeas, el repaso del ejército de los Andes, todo se subordinó á esta primordial atención, como se ha explicado ya; y como se ha visto, hasta el armisticio en medio de la guerra civil con Santa Fe, fué determinado por las comunicaciones del gobierno de Chile y del general San Martín, que con esta expedición se relacionaba.

El gobierno argentino tenía sus agentes en Cádiz, que le instruían con puntualidad de todo lo relativo á la expedición, y que además se ocupaban en cuanto les era posible transmitir otras noticias importantes y obrar sobre el espíritu de los oficiales expedicionarios. Uno de ellos era un corresponsal oficioso, llamado don Juan Lagosta, argentino, que hacía años residía en aquella ciudad, estudiando las ciencias médicas. Sus correspondencias revelan un hombre de espíritu cultivado, ardiente patriota y activo catequizador, aunque algo visionario en sus planes. El otro era don Andrés Arguibel, natural de Buenos Aires, establecido en la plaza de Cádiz, que se comunicaba directamente con Pueyrredón. Este fué quien tan oportunamente comunicó la salida de la expedición de que formaba parte la «Trinidad», y cooperó á otros trabajos de mayor importancia. El más caracterizado de estos agentes era don Tomás Antonio Lezica, comerciante argentino, que gozaba de gran crédito en Cádiz, y que de acuerdo con Arguibel se ocupaba en transmitir noticias y sondear las disposiciones del ejército expedicionario. En agosto de 1819, el Directorio le autorizó para librar contra el tesoro por el importe de los gastos que impendiese en su comisión. Lezica y Arguibel, al procurar conocer las disposiciones del ejército acantonado en la Isla de León, pudieron cerciorarse de lo impopular que era en él la guerra de América, el des-

contento de que estaba animado contra el gobierno absoluto de Fernando VII, los proyectos de sus principales jefes para insurreccionarlo y proclamar la Constitución del año XII, y penetraron en la organización de sus juntas secretas donde se elaboraba la gran revolución liberal española, que debía cambiar la faz de la madre patria. Comunicadas estas noticias al gobierno, por intermedio de su hermano don Ambrosio Lezica, en Buenos Aires, fué autorizado á adelantar sus trabajos en el sentido de iniciar relaciones con los jefes de la revolución, ofrecerles recursos en nombre de la Nación, y promover por todos los medios el espíritu de insurrección que ya cundía por toda la Península.

Por aislados y poco eficientes que estos trabajos fueran, el hecho es, que la República Argentina contribuyó al resultado en la medida de sus facultades, y que los agentes que la representaron en aquella ocasión se hicieron acreedores á la gratitud nacional.

La aglomeración del ejército expedicionario en la Isla de León, Cádiz y sus inmediaciones, fué ocasión de que los liberales españoles se comunicasen sus ideas y se pusieran de acuerdo para producir un movimiento. Desde 1814, hasta 1818, cinco insurrecciones con las mismas tendencias habían estallado en la Península, encabezadas por Mina, Porlier, Lacy, Richard, Vidal, Beltrán de Lis y otros, que habían expiado su patriotismo en un cadalso ó se hallaban en el destierro. Los jefes militares de la conjuración se organizaron en sociedades secretas, tomando las formas de la masonería política, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos revolucionarios. Creíase que el mismo O'Donell estaba iniciado en ellos, y que se hallaba dispuesto á ponerse á la cabeza del ejército con tal objeto. Próximo á estallar el movimiento, el general O'Donell, después de conferenciar con el ministro de Marina, que lo era el ex virrey de Buenos Aires don Baltasar Hidalgo de Cisneros, se decidió á sofocar la conspiración, eficazmente ayudado para ello por el general nuizo Sársfield, que se había interiorizado en

los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles, que por el servicio que iban á prestar quedarían exentas de marchar á América, y á la cabeza de ellas rindió á los cuerpos complotados, arrestó á sus jefes y desbarató la conjuración, desbaratándose al mismo tiempo la expedición. Poco después, se introdujo la fiebre amarilla en el ejército de Cádiz, y desde entonces las Provincias Unidas pudieron creer que el peligro estaba conjurado. Fué en esta ocasión cuando el general San Martín, que había repasado la Cordillera con parte del ejército, indicó al gobierno la conveniencia de volver á reconcentrarlo en Chile, para llevar adelante la campaña del Bajo Perú, ya definitivamente acordada.

Sin embargo, poco tiempo después, volvieron á renacer las alarmas, con motivo de anunciarse que el rey de España estaba empeñado en llevar á todo trance á cabo la expedición. Al efecto, fué nombrado general en jefe de ella, el teniente general don Félix Callejas, antiguo virrey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Diseminados los cuerpos expedicionarios, con motivo de la fiebre amarilla, el batallón de Asturias se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan. Mandábalo el comandante don Rafael del Riego.

El 1.° de enero de 1820, dió Riego el grito que lo ha inmortalizado, proclamando al frente de las banderas la Constitución española del año XII, abriendo para su patria la era de la libertad, á la vez que cerraba por el hecho la guerra de la América con su antigua metrópoli. Pero al mismo tiempo que la amenaza de la expedición española se disipaba como una nube en el horizonte lejano, la tempestad estallaba con más violencia en el horizonte de la patria, sublevándose simultáneamente las provincias y los ejércitos, y aislando al gobierno central en la capital de Buenos Aires.

El Director Rondeau, cuya elevación coincidió con la sublevación del ejército de Cádiz, se había hecho cargo

de una situación perdida y la enervación de las fuerzas que debían contrarrestarla. Recibió además como herencia, el plan de política internacional trazado durante la administración de Pueyrredón, del cual eran ejecutores García en el Brasil, Rivadavia en Inglaterra y don Valentín Gómez en Francia, siendo su director el ministro Tagle en el gobierno. Este plan, inspirado por la impotencia para dominar la anarquía; aconsejado como un medio de interesar á las potencias europeas en el reconocimiento de la independencia, á fin de poner así término á la lucha con la España; y desenvuelto bajo la presión de la amenaza de la expedición de Cádiz, ha sido ya extensamente explicado, y narrados todos sus incidentes á la luz de nuevos é irrecusables documentos. Pero ésta es la ocasión de complementar la historia de cuanto á tan importante punto se relaciona, estudiando bajo todas sus faces la situación de que se recibió Rondeau, á la vez que explicar mejor las causas que produjeron la catástrofe en que cayó el gobierno general.

Ya se ha dado noticia en otro capítulo de la misión de don José Valentín Gómez á Francia, con el objeto de buscar un soberano para el Río de la Plata, á trueque del reconocimiento de su independencia; de la propuesta del gobierno francés para reconocer al príncipe de Luca como tal, enlazándolo con una princesa del Brasil; de la aprobación dada por el Congreso á este proyecto, así como del cómico desenlace que tan triste negociación tuvo.

La propuesta transmitida por el enviado argentino en París llegó al Río de la Plata cuando el general Rondeau se hallaba en el gobierno, según se dijo antes. Pero, como la política era la misma, y los mismos hombres la dirigían, el nuevo Director continuó con el mismo ministerio de Pueyrredón, y el doctor Tagle era siempre el director de la política externa. Como se recordará, las comunicaciones del enviado fueron conducidas por don Mariano Gutiérrez Moreno, emisario del ministro de Chile en Londres que lo era don José de Irizarri. Gutiérrez Moreno conferenció con Rondeau,

le comunicó que era portador de iguales proposiciones del ministro Irizarri para Chile, y que Gómez y Rivadavia le habían encargado verbalmente, encareciera al gobierno argentino no dejase escapar una ocasión tan favorable. Con estos datos, el Director Rondeau, de acuerdo con la logia de que era miembro como se sabe, pasó el proyecto al Congreso en octubre de 1819, recomendando su consideración con preferencia á otro negocio, porque según él «de la resolución que se tomase »podía depender la expedición española proyectada »contra el Río de la Plata.» Como se ve, aun cuando el objeto ulterior era el establecimiento de una monarquía, que resolviera las cuestiones de la independencia y la de la Banda Oriental con el Brasil (según antes se explicó), el objeto inmediato era alejar la expedición española del Río de la Plata y de Chile, dejando á la España en libertad para dirigir sus fuerzas contra el Perú, Méjico y Venezuela, á la sazón insurreccionadas, y de cuyos enviados en Europa se había prescindido estudiosamente. Esta siniestra faz americana de la cuestión; el hecho evidente de que el sistema monárquico contrariaba la opinión pública y embravecía más las resistencias de las masas; la circunstancia de que el proyecto era incompatible con la Constitución republicana recientemente jurada, todo contribuía á dar ante el país á estas maniobras tenebrosas, el carácter de la traición. El Congreso, sin embargo, aprobó el proyecto en los términos que antes se dijo. Aunque la discusión tuvo lugar en sesiones secretas, el misterio traspiró, y abultados los hechos por la pasión á la vez que exaltado el espíritu público, la alarma cundió por todas partes, perdiendo así el gobierno central el apoyo de la opinión cívica que lo abandonó para siempre. Al mismo tiempo que esto tenía lugar (noviembre de 1819), la guerra de Santa Fe estallaba de nuevo, y el Director Rondeau se ponía en campaña, procurando hacer converger hacia Buenos Aires todos los ejércitos de la República.

En el interés de sacar desde luego todas las ventajas posibles de esta combinación, y vincular á las rela-

ciones con el Brasil, el Congreso, teniendo á la vista las comunicaciones de García, así como las de Gómez, resolvió (el 22 de noviembre de 1819), que se previniese al primero por vía de instrucción: 1.° Que, estando decidida la Corte del Brasil á abandonar la plaza de Montevideo y á una neutralidad entre la España y las Provincias Unidas, le exigiese un tratado público en tal sentido. 2.° Que el Brasil se obligase á no dar á la España puertos ni auxilios con que directamente pudiese ésta hacer la guerra contra las Provincias Unidas y facilitarle el triunfo. 3.° «Que, siendo más »difícil al gobierno argentino hacer frente al gran ar»mamento de la España sin una unidad de acción si»multánea entre las provincias, él (el Brasil) procurase »poner fin á esa división intestina de los orientales, »que han sido los tormentos del gobierno y la calami»dad del Estado; y que para lograrlo se hace muy pre»ciso que S. M. fidelísima mande retirar á las fronte»ras de su territorio todas las tropas que ocupan la »Banda Oriental y septentrional de este río (de la »Plata), porque, siendo la resistencia de este gobierno »á romper con S. M. F., como la invasión de aque»llos territorios el pretexto de que se ha valido Ar»tigas para trasladar á esta banda el teatro de la gue»rra, es de esperar que, faltando esa invasión, sea más »dócil á las ventajas de la unión, y cesen las pasiones »que siempre nacen de una organización nueva.» 4.° Que, acordada la evacuación de la plaza de Montevideo por las tropas portuguesas, se insista en que con la posible anticipación, se verifique, á fin de que su abandono no ceda inmediatamente en beneficio de la España, y perjuicio de la defensa general de las Provincias Unidas. 5.° Que se instruyese á García del «tratado» (sic) remitido por Gómez desde París, á fin de que con esta noticia pudiera recoger el fruto que daban las circunstancias. 6.° Por último, prevenírase abrir relaciones con el Cabildo de Montevideo, á efecto de que, verificada la evacuación de la plaza, se obrara de acuerdo con él en todo lo relativo á la

defensa y seguridad común contra los esfuerzos de la España.

Estas instrucciones, inexplicables después del voto del Congreso aceptando la candidatura del príncipe de Luca como soberano del Río de la Plata (aunque condicionalmente), revelaban más candor que habilidad ó malicia. Con una monarquía en perspectiva, suponían, que por este medio iban á aplacar las furias de la anarquía, embravecidas precisamente por estas maniobras reaccionarias. Dando por conseguido el establecimiento de una monarquía, que enlazara al príncipe de Luca con una princesa del Brasil, y se resolviese de este modo la cuestión de la Banda Oriental, pretendía que el Portugal abandonara sin condiciones una conquista que era la única garantía de lo que buscaba. En presencia de las provincias que se sublevaban y de los ejércitos anárquicos que amenazaban las fronteras de su último refugio, al Congreso no se le ocurriría otra cosa, sino dirigir una homilía al Brasil, para que le entregara la Banda Oriental, y lo propiciase de este modo con sus enemigos internos. En verdad que jamás el Congreso dió una prueba más evidente de su falta de tacto y sentido político, por no decir de sentido común.

Mientras tanto, Gómez en París empezaba á comprender que se había comprometido en una intriga sin seriedad, que debía dar por único resultado hacer infecunda su misión, desconsiderándola. Habiendo tenido lugar, con posterioridad á sus comunicaciones sobre el proyecto del príncipe de Luca, un cambio parcial en el Gabinete francés, saliendo el ministro Dessolles, con quien había conferenciado sobre el particular, pasaron como dos meses antes que se volviera á agitar el asunto. Ultimamente, solicitó una conferencia del nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Gouvion de Saint-Cyr, la que fué concedida á los doce días. Tuvo lugar el 2 de septiembre, y en ella expuso el enviado argentino: «Que, habiendo llegado de Londres un suje»to respetable investido de plenos poderes del gobierno »de Chile, juzgaba necesaria su intervención en el ne-

»gocio que se le había propuesto relativo á S. A. S. el »duque de Luca.» El ministro francés respondió: «Que »nada podía hacerse en el presente, no habiendo con»testado los ministros de las grandes pontencias.»

Mes y medio después, pasados cuatro meses de iniciada la negociación, Gómez daba cuenta de otra conferencia, en que el ministro francés le había significado (el 19 de octubre) «que nada podía obtenerse del go»bierno español; que el emperador Alejandro había »contestado fríamente, y los demás ministros media»dores con indiferencia, porque calculaban sobre la »oposición que podía encontrar el proyecto en el go»bierno británico.»

Como la oposición por parte del gobierno británico era un punto previsto por las primeras instrucciones dadas por el Congreso con tal motivo, parecería que esto hubiese sido un cálculo á fin de ganar tiempo, y paralizar la expedición española, sin dar ulterioridad al proyecto. Pero la nota con que el ministro Tagle contestó las comunicaciones de Gómez, muestra que el gobierno argentino lo había acogido seriamente, y que á pesar de no ser ya una amenaza la expedición de Cádiz, persistía en realizar el proyecto, considerándolo como el único medio de resolver las dificultades internas y externas de la situación. He aquí las palabras textuales del ministro Tagle: «El diputado García acu»sa recibo conforme con lo que sobre la materia mani»festó el ministro de Estado de esa Corte (Francia) »en la conferencia verbal de que informó V. S. en »su comunicación oficial. Aunque todo ello, y las »ofertas y compromisos de la Corte del Brasil, con»curren simultáneamente á disipar recelos, espera»mos sin embargo, para tranquilizarnos enteramente, »los posteriores avisos del diputado García, y el resul»tado de los pasos que ofrece en este negocio. El gran »proyecto del duque de Luca... y las instrucciones que »se acompañaron, fijan la pauta. Es ya visto que sólo »por este medio podremos arribar al fin deseado de »nuestra independencia. De otro modo es imposible, »según el espíritu que anima á los que no conocen ó

»rehusan conocer nuestros verdaderos intereses. Por lo »tanto, debe fijarse sus miras en este importante ne»gocio, y no desistir de promoverlo, aunque con delica»deza y pulso, no obstante las indicaciones opuestas »que ha hecho el ministro de Estado (de Francia), y á »pesar de que hayan las demás potencias mirado con »frialdad este proyecto. Puede prepararse, si no éste, »otro equivalente, y quizás de iguales ó mayores ven»tajas. Sobre todo sólo por este arbitrio podrá con»ciliarse la felicidad del país.» Esta nota se escribía ocho días después de las sublevaciones de Arequito y San Juan, y mes y medio antes de que el gobierno Directorial se desplomara sobre sus cimientos minados, en medio de una gran catástrofe política y social. Los hombres que afrontaban la situación, no tenían, como se ve, ni el instinto de la salvación.

El mismo día (14 de noviembre) que el ministro Tagle escribía esta nota, el enviado García oficiaba á su gobierno desde el Janeiro, comunicándole «que »el conde de Palmella (autorizado por el Brasil y de »acuerdo con Gómez) había propuesto el nombramiento »de un monarca para América, proposición que los mi»nistros de la conferencia habían aceptado, dando cuen»ta á sus soberanos, aunque nadie creía que la España »admitiese el partido.»

Aun no habían llegado á Francia las nuevas instrucciones de Tagle, y ya el Gabinete francés experimentaba una nueva modificación más radical (27 de noviembre de 1819). Decazes asumía la presidencia, y su primer acto era repudiar toda responsabilidad en la negociación. Es de advertir que Gómez, con arreglo á sus instrucciones, había aprobado la propuesta «ad referendum», y que ignorando que el gobierno á quien se dirigía hubiese caído, le decía: «haber insistido so»bre el particular, recordando sus antecedentes, y que »el ministro Dupasquier (de R. E.) le había con»testado»: «Que las esperanzas habían sido defrauda»das, y se hacía necesario desistir de todo cuanto so »había proyectado.» Con cuyo motivo agregaba él: «Dije al ministro que me consideraba libre de todo

»compromiso, y él se manifestó convenido, quedando »así concluído un negocio de que yo jamás pude for- »mar una idea lisonjera.» Así fué enterrada la monarquía del príncipe de Luca, último soberano imaginario del Rio de la Plata.

Cuando se ponen en paralelo los trágicos sucesos que en aquella época se desenvolvían á la luz del día, con estas maniobras subterráneas que se preparaban en la obscuridad; con estos planes que parecen intrigas de comedia; con estos documentos oficiales sin seriedad ni propósitos, se creería ver una escena grotesca inventada á designio, para producir el contraste de lo burlesco y lo patético en el gran drama de la historia. ¡ Y sin embargo, ésa es la historia verdadera, y tales son los documentos que la comprueban!

Al mismo tiempo que el Director Rondeau se ponía en campaña, las desconfianzas crecían, propagándose voces alarmantes. Unos decían, que el Congreso había acordado secretamente entregar el país á un rey extranjero, sacrificando la independencia nacional. Otros (y éstos eran los más) propalaban que la salida de las tropas de la capital tenía por objeto entregarla á merced de los portugueses, con quienes se suponían inteligencias traidoras. El Congreso, para disipar estos rumores, expedía un manifiesto, desmintiendo formalmente el primero, en que decía casuísticamente respecto del segundo: «Si por desgracia receláis de que »nuestra independencia, obra de vuestras manos, la- »brada en los momentos más críticos de la Nación, »no está bien segura en el depósito de nuestros conse- »jos, pronto vais á elegir á los que con mejores títulos »á vuestra confianza penetren el sigilo de nuestro ar- »chivo y de nuestras secretas comunicaciones, y bus- »quen ese documento de vuestra esclavitud y de nues- »tro oprobio. Pero, si os resignáis en lealtad, os res- »pondemos con nuestro honor: «que no hay tratado »existente con la Corte del Brasil.» El tiempo, rompiendo el sigilo, ha disipado las calumnias de que los Directoriales eran objeto; ha revelado, que si no había un tratado secreto con el Brasil, existía uno negociado,

cuyas principales cláusulas estaban en vigencia por medio de un recíproco compromiso internacional; y que, en esa misma época, se formulaba otro proyecto de tratado para establecer una monarquía en el Río de la Plata, punto sobre el cual el Congreso guardaba silencio.

A estos rumores alarmantes que minaban el crédito de la administración, se agregaban las alarmas reales de la próxima guerra con los caudillos, y el desgobierno que todo ello producía. El Director, al salir á campaña, había llevado consigo parte de su ministerio, y continuaba despachando los asuntos de Estado desde su cuartel general. En Buenos Aires no había quedado más autoridad nacional que la del Congreso, y los ministros de Gobierno y Hacienda que servían de intermediarios entre él y las autoridades locales. En realidad, la única autoridad de la situación era el Cabildo de Buenos Aires, dueño de la opinión, de las armas de la ciudad, y con base propia de poder. Esta situación anómala se diseñó más cuando, con motivo de la noticia de la sublevación de Arequito, la población se puso en alarma y exigió por el órgano de su gobernador intendente que se dictasen medidas prontas y eficaces. El Congreso, cediendo á esta impulsión, «autorizó plenamente al gobernador intendente de Buenos Aires »para obrar según las circunstancias y tomar medidas »conducentes á la seguridad y tranquilidad interior, »y exigir auxilios para salir del conflicto.» A pesar de esto, la inquietud iba creciendo á medida que los peligros se acercaban. Al empezar el año XX, la capital se hallaba en verdadera efervescencia. Los enemigos de la situación conspiraban activamente; y los amigos despechados atribuían á los vicios de la administración pasada, á los errores del Congreso y á la falta de nervio de Rondeau, los males que sufrían. Este movimiento insurreccional de los ánimos, llegó al extremo de que, á fines de enero, se trató formalmente en destituir al Director Supremo, pensamiento que se abandonó para dar lugar á otra combinación, que importaba una revolución.

El ex Director Pueyrredón, sostenido por los restos de un partido personal desorganizado, era el blanco de la animadversión de amigos y enemigos. Hacíasele responsable de todo lo malo que sucedía; atribuíasele influir en las deliberaciones secretas del Congreso; se decía que continuaba pesando sobre el gobierno nacional, y todo esto lo constituía en el cabro emisario que cargaba con los pecados de todos. La opinión general le era abiertamente adversa. A fines de enero, empezó á levantarse contra él una grita general. En los cuarteles de los cuerpos cívicos de la ciudad, empezó á susurrarse que su expatriación era una necesidad pública. El instigador secreto de todos estos manejos era don Manuel de Sarratea, quien, resentido con Pueyrredón y previendo el próximo triunfo de los caudillos, procuraba propiciarse la buena voluntad de éstos, á la vez que explotaba las pasiones de la inquieta capital, preparándose así á asumir la posición de intermediario, como se verá después.

Estas amenazas llegaron á oídos de Pueyrredón en la noche del 30 de enero. Para prevenir el golpe, se dirigió al Congreso solicitando su ostracismo temporario, en el interés de la concordia pública. El Congreso le comunicaba, al día siguiente, haber resuelto «que con»venía á la tranquilidad pública que saliese del país »el ministro Tagle y el brigadier Pueyrredón, hasta »que, mejoradas las circunstancias, pudiesen restituirse »á su hogar.» ¡Tres días después, Pueyrredón se hallaba asilado bajo el pabellón portugués en Montevideo!

En el mismo día en que el destierro de Pueyrredón y Tagle se decretaba, el Congreso dominado por el espíritu local de la capital, y dando por pretexto el retardo del regreso del Director Rondeau, nombraba Director substituto del Estado al ciudadano don Juan Pedro Aguirre, alcalde de primer voto y presidente del Cabildo de Buenos Aires. Desde este momento la autoridad nacional desapareció de hecho, y fué reemplazada por la acción y la influencia municipal. El alcalde de Aguirre, era un hombre de más carácter que

inteligencia, en cuya enérgica fibra vibraba al unísono el odio á la montonera y un ardiente patriotismo local, siendo en el fondo más porteño ó metropolitano, que argentino. Era, pues, el hombre del Cabildo y de la situación, que por el momento prestaba el concurso de las fuerzas de Buenos Aires al sostén del gobierno central, asumiendo una verdadera dictadura municipal. Esto sucedía veinticuatro horas antes de que el ejército Directorial fuese completamente derrotado por los caudillos coaligados de la federación, como va á verse.

El general Rondeau, bien secundado por las autoridades militares de la ciudad y campaña, había conseguido reunir un ejército bastante respetable. De la capital sacó una batería de artillería, el batallón veterano de Aguerridos, y el 3.° de los tercios cívicos, compuesto casi en su totalidad de hombres de color. Sobre la base de los Dragones de la Patria, Blandengues y Voluntarios de la frontera, formó una columna de caballería, engrosada con los contingentes de milicias que en la línea del Arroyo del Medio reunieron el general San Martín, Rodríguez y el coronel don Gregorio Perdriel; y en los departamentos del centro, el general don Juan Ramón Balcarce, nombrado segundo jefe del ejército. Ambas columnas formaban un total como de 2.000 hombres.

Los caudillos del litoral, por su parte, libres de la atención del ejército del Alto Perú, después de la sublevación de Arequito, habían aglomerado sus fuerzas en Santa Fe, á inmediaciones del Arroyo del Medio. Corrientes y Misiones concurrían con el contingente de la división de Campbell, fuerte como de 300 á 400 hombres. López había levantado como 500 á 600 hombres sobre la base de sus Dragones, que formaban su guardia sagrada. Ramírez había pasado el Paraná con cerca de 600 á 700 hombres. En todo como 1.600 hombres escasos, cuyo mando en jefe tomó Ramírez.

En tal situación, el Director Rondeau, que al principio se había reconcentrado sobre San Nicolás de los Arroyos, hizo una marcha de flanco remontando la co-

rriente del Arroyo del Medio y se situó con su ejército en la Cañada de Cepeda. Es ésta una de las pocas posiciones militares que presenta la campaña norte de Buenos Aires en su vasta planicie, apenas accidentada por ligeras hondonadas, por donde corren las aguas pluviales y arroyos de lento curso, con rarísimos relieves del terreno que no merecen ni el nombre de colinas. La Cañada de Cepeda, bastante profunda y pantanosa, se derrama en el Arroyo del Medio, y tiene por tributarios arroyuelos que bajan á ella perpendicularmente, abrazando un vasto perímetro, en cuyo centro se levantan algunas lomadas que dominan los aproches de aquel arroyo en dos leguas de extensión. Tiene además la ventaja de conservar sus pastos naturales y aguadas aun en medio de las más grandes sequías, y de ofrecer buenos puntos de abrigo para las caballadas de un ejército. Colocado en esta posición, Rondeau tomaba un campo favorable para una batalla defensiva, á la vez que amparaba toda la línea del Arroyo del Medio, y cubría inmediatamente el Pergamino, que era la juntura de la coraza en la frontera interprovincial.

Las operaciones de la campaña se iniciaron por meros reconocimientos de vanguardia, en que la caballería porteña llevó la peor parte. Habiendo los montoneros amagado hacer una irrupción sobre el Pergamino, el Director dispuso saliese á su encuentro una división ligera de caballería y de cazadores de infantería montados. Esta columna bandeó el Arroyo del Medio en persecución de los invasores el 4 de enero; y fué rechazada en el territorio santafecino por una fuerza superior de caballería. Vióse en consecuencia obligada á emprender su retirada en dispersión, sufriendo algunas pérdidas; y á no ser oportunamente protegida por nuevos refuerzos, tal vez no se habría salvado. El espíritu militar estaba tan apocado entonces, que este contraste, en el que ni siquiera se peleó, fué relatado como un gran triunfo en pomposos partes y ensalzado en los periódicos, publicándose en ellos con recomendación, los nombres de todos los jefes y oficiales que desde

comandante hasta alférez habían concurrido á la jornada. Todo esto presagiaba una derrota.

En esta expectativa inerte, tristemente interrumpida por la noticia de la sublevación del ejército del Perú con el cual se contaba, y por las agitaciones de la capital que repercutían en el campamento, se pasó el mes de enero. El espíritu de las tropas directoriales decaía más de día en día. Los federales (que así llamaremos en adelante á los montoneros) se mostraban cada vez más resueltos y soberbios, y ansiaban que llegara el momento de pasar el Rubicón Argentino (el Arroyo del Medio), para dar en tierra con el patriciado republicano. La República Argentina iba también á tener su Farsalia.

El ejército federal, en número como de 1.500 hombres escasos, se había reconcentrado sobre el Arroyo de Pavón, á 7 leguas del Arroyo del Medio. Componíanlo los Dragones y las milicias de Santa Fe, unidos á una horda de indios de la frontera del Chaco; la división de Campbell, compuesta de sus indios guaraníes y algunos correntinos; y, por último, el contingente de Entre Ríos, en que figuraba como apéndice una escolta de aventureros de todas las naciones, que con el pomposo nombre de División Chilena acompañaba á don José Miguel Carrera, el cual á su vez acompañaba al general en jefe Ramírez, en calidad de edecán, secretario y consejero político y militar.

En la mañana del 31 de enero (el mismo día en que Pueyrredón era desterrado por el Congreso), Ramírez levantaba su campo de Pavón, y pocas horas después los ejércitos beligerantes se encontraban á la vista sobre la línea del Arroyo del Medio. Inmediatamente se comprometieron algunas guerrillas, á que se siguió una suspensión de hostilidades de hecho, en que tuvieron lugar algunas conferencias. Ramírez, que aun no había reconcentrado toda su fuerza, manifestó á uno de los jefes de las avanzadas directoriales, que estaba en disposición de abrir negociaciones, abertura que no tuvo consecuencia. Así se pasó el día, que fué sumamente caluroso. En la tarde, Ramírez había re-

unido todas sus fuerzas, que apenas alcanzaban á 1.300 hombres. Como la noche estuviera cercana y los caballos se hallaban fatigados, los caudillos federales acordaron en junta de guerra diferir el ataque para la madrugada siguiente.

En la noche se sintió un gran movimiento en el campo directorial. Los federales creyeron que sus enemigos intentaban retirarse. En consecuencia, se interpusieron entre la Cañada de Cepeda y San Nicolás. En esta disposición, amenazaron un ataque, consiguiendo arrebatar á Rondeau la mayor parte de su caballada, de la que únicamente salvó la que tenía encerrada en un corral portátil, formado de postes y lazos. Rondeau, que se había colocado á la defensiva, en actitud de no esquivar la batalla, tomaba mientras tanto sus disposiciones en medio de la obscuridad. Estableció su línea dando frente al oriente, con la Cañada de Cepeda á vanguardia. Apoyó su izquierda sobre un recodo saliente de la cañada y allí colocó un escuadrón de caballería al mando del comandante don Pedro Castellanos. Al centro se formó la infantería porteña, fuerte como de 800 á 900 hombres, á las órdenes del general don Juan Ramón Balcarce, teniendo por segundo al coronel de Aguerridos don Mariano Benito Rolón, mandando el tercer tercio de cívicos, el comandante don Nicolás Cabrera, hombre de color, valiente y muy popular entre los soldados de su misma raza. Al centro de los batallones se estableció la artillería, y, á retaguardia, las carretas en línea. El grueso de la caballería, formando una masa como de 1.000 hombres, á las inmediatas órdenes del Director Supremo, se situó desplegada sobre la derecha, donde el terreno era más despejado. En esta disposición se pasó la noche sin más novedad.

Amaneció el día 1.° de febrero, y Ramírez, acompañado de Carrera, se adelantó á reconocer el terreno. Comprendiendo, desde luego, que un ataque de frente, con la desventaja de tener que vencer un obstáculo, presentaba inconvenientes, resolvió en el acto ponerse á retaguardia del ejército directorial atravesando la ca-

ñada fuera del alcance de sus fuegos, y así lo verificó con rapidez. Rondeau apenas tuvo tiempo para dár media vuelta, quedando por este movimiento su línea formada en orden inverso, con el grueso de la caballería á la izquierda y las carretas á vanguardia de la artillería, que formaban una especie de baluarte.

A las ocho y media de la mañana se levantó una bandera colorada en el centro del ejército federal. A esta señal, se oyeron los clarines de los Dragones de Santa Fe, los timbales de los guaraníes de Misiones y las bocinas de los indios del Chaco, sonando la carga de los montoneros, en medio de gritos salvajes que atronaban el aire. López y Campbell, á la cabeza de la columna, cargaron sable en mano y á carrera tendida sobre la caballería directorial, que los esperaba á pie firme. La infantería y la artillería directorial, con una compañía de cazadores desplegada sobre su izquierda, abrió fuegos diagonales con el intento de contener la carga; pero fueron ineficaces. La caballería porteña, al amago de la carga, se dispersó sin combatir, envolvió en su derrota al Director Supremo, y fué perseguida por más de cinco leguas en todas direcciones sufriendo considerables pérdidas entre muertos y prisioneros.

Casi simultáneamente, los entrerrianos bajo la dirección de Ramírez, amagaban un ataque sobre la derecha de la infantería, arrollando fácilmente al escuadrón que cubría su costado, con muerte de su comandante Castellanos. Los batallones porteños formaron en el acto dos cuadros á derecha é izquierda de la artillería, y rompieron un fuego nutrido, que obligó á los federales á ponerse fuera del alcance de sus proyectiles. Como el terreno estaba cubierto de pajonales y pastos resecos por los ardores de la estación, éstos se incendiaron con los tacos, y el campo de batalla quedó muy luego envuelto en humo y rojas llamaradas, activando la quemazón una ventolina del oeste que á la sazón soplaba. En este trance, Balcarce, valiente, proclamista y activo como en el día que acaudillaba la caballería gaucha en Tucumán, y Rolón, callado y metódico co-

mo un veterano suizo, dispusieron todo para la retirada; y arrastrando toda su artillería y parte de sus carretas de municiones, acompañados por 150 dispersos, de la caballería, descendieron al fondo de la cañada, donde permanecieron como tres horas. Allí formaron en columna cerrada, cubriendo sus flancos y retaguardia con líneas de tiradores á pie, y en esta disposición se movieron con rumbo al oriente, débilmente hostilizados por los federales. A corta distancia del campo de batalla, hicieron alto á la orilla de una pequeña laguna, donde después de un ligero refrigerio se dispusieron á continuar su marcha. A este tiempo se presentó como parlamentario el comandante Urdininea (el mismo que antes hemos presentado como segundo de Güemes), el cual había quedado prisionero de los federales. Urdininea era portador de una intimación de rendición, dirigida á Rolón, firmada por Ramírez, que había redactado don José Miguel Carrera. En ella le decía: «Quedan tendidos en el campo de »Marte, cantidad considerable de soldados y oficiales, »entre ellos el general Balcarce y casi todos los jefes »de caballería. Si en el término de dos horas no se »rinde á discreción, será pasado con todo ese resto de »tropa á cuchillo.» El pretendido muerto contestó verbalmente: «¿Cómo se tiene la ridiculez de intimar la »rendición de las armas, cuando me encuentro dueño »del campo de la acción, y cuando ninguna tropa ene»miga se ha atrevido á aproximarse á mi posición? Dí»gales usted que obren como quieran y que no los te»mo, porque me considero muy superior á ellos en »todo.» Al mediodía, la columna en retirada rompió de nuevo la marcha á banderas desplegadas, batiendo los tambores, sin que los federales triunfantes se atrevieran á hacer efectiva la intimación. Al día siguiente, al ponerse el sol, llegaba á San Nicolás de los Arroyos en buen orden y en número de 900 hombres, después de una marcha fatigosa de 16 leguas en que hubo de dejar algunos rezagados.

San Nicolás estaba fortificado y guarnecido por un batallón de cazadores al mando del coronel don Celes-

tino Vidal. Allí también se hallaba fondeada la escuadrilla de Buenos Aires, que permitía á la columna en retirada dirigirse inmediatamente á la capital por el camino más breve y más seguro. Dejando á Balcarce y sus compañeros en San Nicolás poseídos de la legítima satisfacción de haber salvado el honor de las armas, y tal vez la situación, veamos lo que al mismo tiempo ocurría en la capital.

La noticia del desastre de Cepeda llegó á Buenos Aires al día siguiente (2 de febrero). El pánico se había esparcido por toda la población. Creíase perdido todo el ejército, muerta ó prisionera toda la infantería, y no se consideraba posible la resistencia. La Fortaleza (donde estaba la casa de gobierno) fué invadida por gentes de todas clases, y, delante del mismo Director substituto, muchos empezaron á murmurar del general Rondeau, acusándole de los males que sufrían. Entonces, el general don Hilarión de la Quintana que hacía poco había regresado de la campaña de Chile, después de distinguirse en ella, levantó la voz y dijo: «Pido permiso para montar á caballo y salir á saludar »al general Rondeau, mi antiguo jefe, mi compañero »y mi amigo.» El substituto Aguirre aplaudió esta noble manifestación de sentimientos, y dispuso que saliera el coche de gobierno con un ministro á recibir al desgraciado Director derrotado.

Al día siguiente, 3 de febrero, se promulgaba á son de cajas de guerra, y se fijaba en el frente de los edificios públicos, un bando del Director substituto, en que llamaba al pueblo á las armas para defenderse, y lanzaba un anatema contra los federales, aunque sin cerrar del todo las vías de un avenimiento pacífico. En ese documento, que ha alcanzado cierta celebridad histórica, se decía: «Un peligro nos amenaza. Las fuer»zas que comandaba en persona el Supremo Director, »acaban de ser batidas. Conocéis el orgullo y aspiracio»nes de los disidentes, y debéis estar ciertos que en »breves días los tendréis á las inmediaciones de esta »ciudad, objeto de sus venganzas, víctima decretada »en los consejos de su irritación. Los pretendidos fede-

»rales, lo que solicitan es humillaros. Ninguna otra »gloria les satisface, que imponer su planta osada so- »bre vuestra noble cerviz. ¿Y consentirán en este opro- »bio los hijos de Buenos Aires? No, compatriotas. Es »preciso hacer esfuerzos para conservar ileso nuestro »honor. Muerte con gloria es preferible á vida con ig- »nominia. Un enemigo fratricida quiere imponeros la »dura ley que cree justificada en su arrogancia y sus »triunfos. El gobierno desea libertaros de sus furias. »A vosotros toca secundar sus miras.» En consecuencia, se disponía por el mismo bando, que se formase un campo volante á las órdenes del general don Miguel Estanislao Soler; que los tercios cívicos y los demás batallones de ciudadanos movilizados acudiesen á los puestos que se les designaban en distintos puntos de la ciudad; que los carreteros, carretilleros, carniceros y abastecedores se reuniesen á caballo para ser revistados y organizados como cuerpos de caballería; que los alcaldes de barrio tomasen razón exacta de todos los caballos y monturas que existiesen en la ciudad; que el Cabildo hiciese acopio de víveres y forrajes; que los inválidos ó los que no tuviesen puesto fijo, acudieran á la fortaleza; y, por último, que se cerrasen los tribunales y talleres y nadie se ocupase sino de la defensa del recinto sagrado de la gran ciudad. Toda esta ostentación de medidas respondía á este concepto del mismo bando: «En medio de esto, el gobierno no dista de »celebrar una paz, pero, para hacerla con honra, es »preciso tomar una actitud imponente.»

En el mismo día, el Congreso autorizaba al Director substituto «para poner en un respetable pie de defensa »la ciudad y provincia de Buenos Aires, proporcionán- »dose ó sacando á este efecto el dinero necesario por los »medios que dicte la suprema ley de la salvación de »la patria, recomendándole especialmente proponer la »inmediata suspensión de hostilidades á fin de sellar »la unión de los pueblos, sobre bases de eterna justi- »cia.» Después de esto, el Congreso se declaraba en receso. Como se ve, todo gravitaba hacia la paz, sobre la base de la resistencia. Los poderes públicos de la

Nación atrincherados en el recinto de Buenos Aires, abdicaban la suprema magistratura del Estado en el Alcalde presidente del municipio; el cual, á su vez, olvidando su papel de Director substituto, únicamente invocaba los intereses provinciales, procurando inflamar el patriotismo local.

El 4 se supo en la capital que la infantería y artillería del ejército directorial se había salvado, y que San Nicolás y la escuadrilla se sostenían por el gobierno. Esta noticia reanimó el espíritu de los ciudadanos, y desde entonces todos pensaron más formalmente en la resistencia, como medio de alcanzar una paz honrosa, salvando á la provincia de Buenos Aires del conflicto en que se hallaba comprometida. En este punto, todas las autoridades y todos los partidos estaban de acuerdo: Director, Congreso, Cabildo, tercios cívicos, Directoriales, opositores, porteños puros, y ya hasta los que secretamente simpatizaban con los federales, todos eran arrastrados por este movimiento uniforme de la opinión, aunque animados por distintos intereses y pasiones, según se irá viendo.

Todo el Municipio se puso en armas. Los tercios cívicos acudieron decididos á ocupar sus puestos. El primer tercio, en que formaba toda la clase media y lo que se llamaba gente decente, fué destinado á la custodia de la ciudad, juntamente con el batallón de Argentinos, compuesto de hombres libres de color, tomando el mando de esta columna el gobernador intendente don Eustaquio Díaz Vélez. El segundo tercio cívico, compuesto de la plebe criolla, que había dado su contingente á los ejércitos de la revolución; sublevádose en 1814 hallándose bajo las órdenes de Belgrano, por no dejarse cortar la trenza que les servía de distintivo; derribado á Alvear en 1815; sostenido en 1816 la autoridad del Congreso de Tucumán; y que, como los trastaverinos romanos, tenía su barrio bajo la denominación de «compadritos» del barrio del alto, cuerpo aguerrido, inquieto y entusiasta, formaba la base de la división volante puesta á órdenes de Soler, agregándosele toda la fuerza veterana de la guarnición, la ca-

ballería de los suburbios y las milicias de los partidos inmediatos. Tres días después, el municipio de Buenos Aires tenía más de 3.000 hombres armados y organizados en campaña, y otros tantos en la ciudad debiéndose este resultado en parte á la actividad del alcalde Aguirre, y sobre todo, á la buena voluntad de los ciudadanos.

El cuerpo volante á órdenes del general Soler, tomó la denominación de «Ejército exterior», nombrándose jefe de estado mayor de él al general don Hilarión de la Quintana. Su jefe, al asumir el mando, lo proclamó en términos tibios y equívocos, como su denominación, en que acababa, sin embargo, por decirle: «Quiera el cielo protegernos para que la victoria os corone.» El día 4, se situó con sus fuerzas á la altura de Morón y poco después estableció su cuartel general en el puente de Márquez, á 7 leguas de la ciudad.

Como es ésta la primera vez que el nombre del general Soler aparece en nuestras páginas, necesitamos detenernos ante él, por cuanto luego le veremos representar un papel notable en los sucesos de la época.

El general Soler tenía á la sazón 36 años de edad. Había empezado su carrera militar durante la época colonial, asistiendo como combatiente á las invasiones inglesas. La revolución de mayo, en la cual tomó parte, le encontró en la clase de alférez. Elevado muy luego al rango de mayor y sucesivamente al de comandante y coronel, se distinguió por su valor en la campaña á la Banda Oriental en 1811; y á la cabeza del regimiento núm. 6 de infantería, fijó su reputación militar, decidiendo en 1812 con una valerosa carga á la bayoneta, la batalla del Cerrito, frente á los muros de Montevideo. En el famoso paso de los Andes, á la cabeza de la vanguardia del ejército de San Martín, y en la batalla de Chacabuco al frente de la columna flanqueadora que contribuyó á decidir, según las combinaciones del general en jefe, se acreditó como jefe de división. Soberbio y mal avenido con la disciplina, hacía cerca de tres años que vegetaba en el retiro, frecuentando los cafés, cultivando la popularidad pa-

sajera de las calles, rodeado de un círculo de militares dispersos de los ejércitos de la independencia, que se habían concentrado en Buenos Aires, y con afinidades políticas con el antiguo partido saavedrista, al que estaba ligado por vínculos de parentesco. De pocas letras, muy desaplicado, poseído de pasiones intemperantes y con un carácter iracundo y dominador, era sin embargo un excelente táctico de infantería y poseía verdaderos talentos de organizador militar, bien que careciese de las dotes del mando en jefe. Enemigo de Rondeau, y por consecuencia del gobierno derrotado; enemigo de San Martín, y por lo tanto del partido de Pueyrredón; enemigo de los montoneros, que lo habían derrotado en la Banda Oriental en 1814, no tenía, sin embargo, un carácter definido en política. Hombre sin equilibrio moral y de principios fluctuantes, poseído de ambiciones sensuales que obedecían á sus pasiones, ó á las impresiones del momento, no era el héroe de la causa cuya bandera se le había confiado, ni estaba destinado á imponerse á la situación, como se verá muy luego.

Por su parte, los federales ponían en juego su diplomacia para sacar el fruto de la victoria alcanzada por sus armas. Desde el campo de batalla, Ramírez se dirigía el Cabildo de Buenos Aires, haciendo una abertura pacífica en el sentido de la federación y de la caída de las autoridades nacionales, adjuntando á la vez la nota conminatoria de Artigas al Congreso, de que ya se ha hecho mención. Tres días después, don Estanislao López escribía al Cabildo en el mismo sentido, dándole á elegir entre la paz y la guerra: «Des»aparezcan de entre nosotros, decía, el Congreso y Di»rectorio de Buenos Aires, para que libre á aquel pue»blo benemérito de la horrorosa opresión á que se ha»lla reducido, elija un gobierno que, poniéndolo á cu»bierto de los males que lo devoran, pueda acordar con »los de las otras provincias cuanto conduzca al bien »de todas. De lo contrario, la guerra continuará con »más empeño, y no escucharemos proposiciones que nos »separen un ápice de los principios que he manifesta-

»do. En vano será que se hagan reformas por la ad»ministración, que se anuncien Constituciones, que se »admita un sistema federal: todo es inútil, si no es la »obra del pueblo en completa libertad.»

A este «ultimátum» se siguió muy luego una proclama á los ciudadanos del pueblo de Buenos Aires, firmada por López y Ramírez, invitándolos «á elegir sin »recelo el gobierno provisorio que les conviniese, sepa»rando antes el influjo venenoso de los hombres de la »expirante administración nacional.» Y señalándolos con el dedo del vencedor, agregaban: «Conocéis bien »á los criminales y á los que secretamente compro»metidos con ellos, aparentan sentimientos contrarios. »Marchamos sobre la capital, no para talar vuestra »campaña, multar vuestras personas, ni para mezclar»nos en vuestras deliberaciones, sino para castigar »á los tiranos, cuando fueren tan necios, que os »hagan pretender el mando con que casi os han vuelto »á la esclavitud. Apenas nos anunciéis que os gober»náis libremente, nos retiraremos á nuestras provin»cias, á celebrar los triunfos de la Nación, y á tocar »los resortes de nuestro poder, para que no se dilate »el día grande en que reunidos los pueblos bajo la di»rección de un gobierno paternal establecido por la »voluntad general, podamos asegurar que hemos con»cluído la difícil obra de nuestra regeneración políti»ca. Ya que sabéis con evidencia el voto de los pue»blos, no queráis oponeros á sus justos decretos. Te»med nuestra justicia si queréis insistir en vuestros »proyectos: imitando el ejemplo de vuestros virtuosos »compañeros en Córdoba, Tucumán, San Juan, etc., »seguid los consejos de vuestros camaradas, haced »cuanto conduzca á la felicidad nacional.»

Esta notable proclama, que ha pasado desapercibida por los historiadores, es un documento capital que nos da la clave de la época. Vese en él cuánto habían progresado las ideas políticas y el sentimiento nacional. No respira aquel odio ciego del artiguismo contra Buenos Aires, ni aquella tendencia antinacional y disolvente del caudillo oriental, empeñado en la destruc-

ción, sin ningún propósito de organización futura. Cualquiera que sea la sinceridad con que en él se invoquen los principios, que tan mal comprendían y practicaban, vese que los caudillos reconocen una patria indisoluble, que buscan un gobierno para todos, que respetan un interés general y qué se inspiran en un sentimiento verdaderamente argentino, lo que indica que están resueltos á romper con las tradiciones segregatistas del artiguismo, como inmediatamente sucedió. A la vez, vese que los caudillos á pesar de su ruidosa victoria en Cepeda, se detenían ante la actitud del pueblo de Buenos Aires en armas, y animado de espíritu público, comprendiendo la imposibilidad de imponerle la ley del vencedor. Por lo tanto, se contentaban con insistir en echar por tierra el gobierno nacional, despojar á la capital de su rango político, uniformar la provincia en el sistema federal de hecho, tal como ellos lo entendían y practicaban, y sacar de esta moderación forzada todas las ventajas materiales posibles á fin de consolidarse en sus respectivas provincias, con acción é influencia sobre las demás.

Las autoridades nacionales, cuya desaparición se exigía, se habían en cierto modo anticipado á este voto, abdicando el poder legal de la Nación en las autoridades municipales de Buenos Aires. El Congreso se había declarado en receso, y el Director Supremo, fugitivo del campo de batalla, llegaba á la capital, dispuesto á resignar el mando en manos del alcalde Aguirre. Pero la noticia de la salvación de la columna de Balcarce, vino á producir un cambio de ideas. Desde ese momento, los directoriales se halagaron con la esperanza de poder salvar su posición, apoyándose en el espíritu público de Buenos Aires, ya fuesen pactando con los federales la paz, ya haciendo cuestión de guerra su subsistencia. El Director Rondeau, instigado en este sentido por sus amigos políticos, volvió á reasumir el mando, que Aguirre le entregó sin oposición. Esta aparición del poder directorial, caduco de hecho, debió hacer el efecto de un espectro iluminado por los fuegos de la tempestad que ardía en el horizonte. De

su paso por el gobierno no ha quedado más señal que una proclama, en que, traduciendo aquella aspiración, confundía la causa de la Nación con la de la provincia. Sin acertar, empero, á levantar la bandera caída del centralismo, ni á entregarse, como lo había hecho antes el Congreso, en brazos de la provincia, donde procuraba atrincherarse, decía, refiriéndose á la columna de Balcarce: «Vuestros hermanos de armas existen cubiertos de gloria. Su valor con vuestras virtudes, os »mantienen aún en el estado de respetabilidad nece»saria á fijar vuestra suerte de un modo decoroso. Es»pero el momento en que un sistema conciliador una »las partes de este gran todo, sin comprometer el deco»ro de la provincia.»

Mientras tanto, la única autoridad con voz y acción eficiente, la única que fuese reconocida por amigos y enemigos, era el Cabildo de Buenos Aires, compuesto de hombres buenos del común, que por efecto de circunstancias extraordinarias asumían una representación política, elevándose á la categoría del primer poder del Estado con el consentimiento de todos. Esta es la ocasión de explicar este fenómeno, que por tantas veces hemos visto repetirse en la historia argentina, y sin lo cual no se comprendería el palpitante drama á que vamos á asistir, en que ese Cabildo desempeñará el papel de protagonista histórico, siempre presente en la escena revolucionaria, trasformándose la sociedad política bajo sus auspicios civiles.

Hemos dicho antes, que los Cabildos fueron la única institución de la antigua Constitución española, que la madre patria legó á sus colonias americanas. Transplantados al nuevo mundo, en circunstancias en que las libertades comunales eran sofocadas en España por el despotismo de Carlos V y Felipe II, los Cabildos americanos no tuvieron su antiguo significado ni su importancia política; pero, en razón de la distancia y las necesidades elementales del gobierno, los reyes absolutos les concedieron más franquicias reales que á los que por el mismo tiempo funcionaban en la Península. A esto, y ser la única institución popular, debieron la

importancia que gradualmente fueron adquiriendo hasta identificarse con la nueva sociabilidad. Con la tradición histórica de las arrogantes comunidades de Toledo y Aragón en el pasado, con la ficción de una elección popular por título, y el nombre de república esculpido en sus blasones cívicos, esas corporaciones ejercían funciones de propio gobierno, en cuanto á la gestión de los intereses comunes y á la administración de la justicia ordinaria. Representantes del pueblo en teoría, tenían el derecho de convocarlo á son de campana; reunirlo en congreso para deliberar como en las democracias de la antigüedad sobre sus propios negocios; levantar tropas comunales; crear contribuciones; poner en posesión á los gobernadores nombrados por la corona y recibirles el juramento; y, en ocasiones solemnes, erigirse legalmente en poderes independientes, invocando sus fueros y los derechos de los ciudadanos del Municipio.

En el Río de la Plata, esta institución echó raíces más profundas que en el resto de la América. Bajo sus auspicios se planteó la primitiva colonización y se inoculó en la naciente sociabilidad el espíritu comunal que le dió consistencia, según se explicó antes. De su seno nació aquella protesta, que proclamó á voz en cuello «que la autoridad del pueblo era superior á la del rey», como se vió cuando la revolución de los comuneros del Paraguay. Así, cuando las armas inglesas se posesionaron de Buenos Aires, la única autoridad que quedó en pie, fué la del Cabildo, que asumió con el reconocimiento de los mismos conquistadores el gobierno político; lo mismo que sucedió más tarde en Montevideo, cuando las armas portuguesas se apoderaron de la Banda Oriental. Se ha visto cómo, en seguida de las invasiones inglesas, el Cabildo de Buenos Aires asumió el carácter de una verdadera asamblea política, después de haber presidido á la defensa del Municipio, contribuyendo á la deposición de un virrey y dictando nuevas reglas de gobierno. Se ha visto que la revolución de mayo tuvo por base legal sus mismos fueros, por teatro el salón de sus sesiones, y que desde

su tribuna se proclamó en aquella época la Constitución de 1810, dictada á toda una nación por un solo Municipio, dando origen á una nueva asociación política, que de hecho se declaraba independiente de la metrópoli. Se ha visto que, sobre la base de la representación de los Cabildos, se constituyeron las primeras asambleas deliberantes de la revolución, y que de su seno partieron en varias ocasiones las protestas contra el centralismo, en las instrucciones dadas á sus diputados. En virtud de estas tradiciones y en razón de la importancia de la ciudad que representaba, el Cabildo de Buenos Aires había llegado á ser, ó á creerse, un Cabildo de Cabildos, autorizado como en 1810 para estatuir sobre asuntos nacionales. Así le hemos visto en 1815 presidir una revolución en calidad de «Cabildo gobernador»; reunir un ejército en su calidad de «Cabildo brigadier», es decir, general en jefe de los tercios cívicos de la ciudad; levantar la horca á la puerta de las Casas Consistoriales, como señor de horca y cuchillo, como acababa de establecer distribución gratuita de víveres á los pobres, como señor de olla y pendón. Por último, en 1816, le hemos visto contener una revolución, derribar un gobierno, apoyar la autoridad del Congreso y dar base al gobierno general, salvando una situación, y salvando así la revolución de la independencia en riesgo de perderse. Esta situación, fundada entonces, y cuya historia hemos hecho ya, es la que en 1820 se desmoronaba, y cuya caída sólo era contenida por la mano debilitada del Cabildo de Buenos Aires.

El Cabildo, dueño por procuración de esta angustiosa situación, participaba como su alcalde Aguirre, que era su más alta expresión, de los sentimientos que éste había expresado tan enérgicamente en su bando de 3 de febrero. Poseído como la masa de la población de un patriotismo local, que organizaba la resistencia para salvar la paz, el honor y los derechos de Buenos Aires, era á la vez propicio á las autoridades nacionales, que se albergaban en el recinto del Municipio; pero sin hacerse solidario de su pasado, y más bien

repudiándolo, ni identificar su causa con la suya. Así, lo primero que hacía al iniciar negociaciones diplomáticas, era contestar un oficio de Artigas que le había sido dirigido con anterioridad, diciéndole: «Con efec»to, este pueblo ha sido la primera víctima que se ha »sacrificado en el altar de la ambición y la arbitra»riedad, y al concurso funesto de tan fatales causas, »es que debemos atribuir ese tropel de males y horro»res civiles que nos han cercado por todas partes. Mas »un nuevo orden de cosas ha sucedido. Buenos Aires, »inmovible en sus antiguos principios liberales, mar»cha hacia la paz, por la que ansían los pueblos todos.» En seguida, desenterraba de su archivo una nota de Ramírez, que hacía un mes había recibido y relegado al olvido, en la cual, anunciando que se ponía en campaña, decíale: «Con la misma serenidad que supimos »castigar á los Balcárceres, Díaz Vélez, Viamontes y »Belgranos, esperamos á los Rondeaux, San Martines »y Cruces.» El Cabildo, acusando recibo de esta nota, á la que los hechos habían despojado de su carácter provocativo y jactancioso, tomaba por pie de su contestación el oficio escrito por el mismo general desde el campo de batalla, haciendo aberturas de paz, á la que servía de apéndice el «ultimátum» de López de que se ha hablado ya. En ella se limitaba á decir, que había acordado nombrar una diputación que se acercase á él, á fin de «arreglar y acordar todas las bases »de un tratado definitivo de paz, alejando para siem»pre del horizonte de las provincias los horrores de »una guerra civil.» Al proceder así el Cabildo de Buenos Aires, obraba con plena autorización del gobierno nacional, que, después de haber abdicado el mando en la Municipalidad, abdicaba hasta el decoro, en la imposibilidad de ejercer el poder que por una veleidad había reasumido.

El Congreso, que se había puesto en receso ante la derrota y vuelto á reabrir sus sesiones con la noticia de la salvación de la infantería de Cepeda, contestaba al Cabildo (7 de enero) que, instruído del tenor de las comunicaciones de Ramírez y de las contestaciones,

tenía la satisfacción de declarar que ellas eran conformes á sus sentimientos, así como las medidas de que se ocupaba en consecuencia de la nota del jefe de los orientales don José Artigas (que le intimaba su disolución); y que esperaba que el Cabildo que tenía tanta parte «en el brillante renacimiento» y «progresos de la causa del país», secundaría las miras de pacificación que lo animaban decididamente por la más pronta terminación de la funesta guerra civil, y que podía estar «altamente» persuadido, tendrían la mejor acogida en el Congreso cuantas medidas quisiera proponer en obsequio de tan sagrado é interesante objeto.

En consecuencia, el Cabildo nombró una comisión compuesta del alcalde mayor don Juan Pedro Aguirre, el Dr. don Vicente Anastasio Echevarría y los cabildantes don Joaquín Suárez y don Julián Viola, á efecto de acercarse á Ramírez y arreglar una transacción, participándolo al Director Rondeau, que como queda dicho había reasumido nominalmente el mando supremo. Esta comunicación al Director, tenía por objeto recabar de él, que impartiera sus órdenes, para en el caso de que el ejército federal prometiese una cesación de hostilidades, se ordenara otro tanto á los generales Soler y Balcarce y demás jefes de mar y tierra. A la vez se decía á Ramírez, que los diputados llevaban plenos poderes y que se garantía el cumplimiento de cuanto ellos acordaren con relación al orden, tranquilidad y armonía de los pueblos, para componer los elementos de la asociación á que aspiraban las provincias, y que jamás el cumplimiento de lo que se pactara quedaría sujeto á dudas ni ambigüedades.

Ramírez, al recibir la comunicación del Cabildo y ver figurar entre los comisionados el nombre del alcalde Aguirre, que había calificado á los federales de enemigos fratricidas, contestó iracundo: «Que las protes»tas de paz del Cabildo eran desmentidas por algunos »individuos de su corporación, que sostenían los inte»reses de individuos criminales, siendo un comproban»te de ello el bando del Director substituto, en el que,

»con el descaro de los complotados contra la libertad »nacional, atribuían sus delitos á los que por ella tra»bajaban,» señalando como uno de los cómplices al mismo Aguirre. «Convencido de estas verdades (decía »por último), advierto que es inútil toda tentativa para »entrar en tratados con el ejército de mi mando, siem»pre que las proposiciones no me sean hechas por el »gobierno provisorio de la Provincia, elegido por el »pueblo, libre de toda opresión.» Este lenguaje arrogante, tan en armonía con el carácter de Ramírez, y que contrastaba con el de la proclama anterior, era, sin embargo, el resultado de las maniobras secretas que tenían lugar en el seno de Buenos Aires.

Los partidos en que estaba dividido y subdividido el Municipio, uniformes en cuanto á salvar el conflicto por medio de la paz, aspiraban todos á apoderarse del mando, descomponiéndose en fracciones. Los políticos antidirectoriales, á cuya retaguardia estaba Sarratea como el timón á popa, buscaban su punto de apoyo en la fuerza de los federales; y en la imposibilidad de hacerles intervenir directamente, trabajaban sobre sus caudillos para que se mostraran intransigentes, de modo de crear una nueva situación por medio de su influencia. Los mismos cuerpos cívicos, extraviados en su patriotismo local, empezaban á mirar con enojo á las autoridades nacionales que habían producido aquella triste situción, y que la complicaban sin ofrecerles esperanzas de mejor suerte. El ejército exterior á órdenes de Soler, que era la vanguardia de la ciudad, donde se había condensado el militarismo y residía el nervio de la resistencia, participaba de estas influencias deletéreas, que eran explotadas por las ambiciones del día y los odios de la víspera. Ramírez, bien aconsejado por sus partidarios secretos en la capital, y por los que se proponían explotar su influencia, comprendió con su sagacidad natural, que el pueblo de Buenos Aires, á pesar de sus millares de soldados, estaba moralmente derrotado y que sus mismos enemigos le proporcionarían, sin combatir, un triunfo mayor y más fácil que él se había imaginado. De aquí su negativa á tratar

con el Cabildo, cuya representación legal había reconocido antes; y acentuando su negativa con el sarcasmo del más insultante desprecio, le dirigía estas palabras: «Me acerco para estrechar mis relaciones con »el benemérito brigadier Soler; con él únicamente me »entenderé mientras exista la actual administración, «cuyas ramificaciones conocemos.»

Ahora se verá cómo Soler y Ramírez, enemigos el día antes, eran el 12 de febrero amigos, y casi aliados contra los directoriales y hasta contra el mismo Cabildo. El general Soler, á quien el pueblo había confiado su guarda y su bandera, dándole el puesto de honor en la vanguardia, era enemigo de Rondeau desde el sitio de Montevideo; lo era de San Martín después de la campaña de Chile y por lo tanto de Pueyrredón, que lo había tenido arrumbado; lo era igualmente de los miembros del Cabildo por sus conexiones personales, y todo esto lo colocaba entre los descontentos. Por otro lado, los hombres políticos del antiguo partido saavedrista, con los cuales estaba más en contacto, y cuyas sordas maniobras eran dirigidas por Sarratea, lo inducían á constituirse en su campeón, mientras que los militares que le rodeaban lo impulsaban á hacerse el árbitro de la situación. Obedeciendo á estas influencias y á sus impacientes ambiciones, Soler se decidió á resolver la situación en provecho propio y de su círculo, contando para ello con el ascendiente que había adquirido sobre el segundo tercio cívico y que lo aclamaba como su caudillo. Al efecto, y como paso previo, se puso al habla con Ramírez, pidiéndole suspendiese sus marchas, á fin de evitar toda inútil efusión de sangre, mientras se ajustaba la paz.

El día 10 de febrero reuníanse en el cuartel general de Soler, situado en el puente de Márquez, todos los jefes y oficiales del ejército exterior. Esta junta de guerra, no tenía por objeto defender á la capital ni contener la marcha de los vencedores, sino volver las armas contra los poderes existentes y entregar al enemigo el escudo de la resistencia, inhabilitándose hasta para alcanzar una paz decorosa. Díjose en ella: que

los enemigos victoriosos estaban ya en el Salto, que sus avanzadas llegaban hasta las inmediaciones de Luján, que las subsistencia del Congreso y del Directorio eran los únicos obstáculos que se oponían á la paz, y que al ejército tocaba removerlos. De acuerdo todos los jefes en estos considerandos, resolvieron autorizar á Soler para que dirigiera una intimación al Cabildo en tal sentido. La intimación, de antemano redactada por el secretario militar de Soler, decía así: «¿Para cuándo guarda V. E. su poder? ¿Hasta qué »grado piensa llevar su sufrimiento? Las provincias »se han separado, y de consiguiente ¿á quién represen»ta el Congreso? Los enemigos no quieren tratar con »autoridad que dependa de él. Sólo V. E. se presenta »en este conflicto como iris de la paz: este ejército »reunido hoy, me ha facultado para hacer á V. E. la »presente comunicación, él ha jurado sostener su reso»lución, reducida á que se disuelva el Congreso, se qui»te al Director, y se separen de sus destinos cuantos »empleados emanen de esta autoridad, íntimamente li»gados á esa facción indigna, degradante, de Pueyrre»dón, Tagle y sus secuaces. Esta resolución he comu»nicado al general Ramírez hoy mismo, invitándole á »tratar sobre estos principios.» En seguida firmó el general en jefe, su jefe de estado mayor, y sucesivamente todos los jefes de cuerpo y oficiales con mando.

No satisfecho Soler con haber levantado el pendón de la demagogia militar, quiso levantar Cabildo contra Cabildo, revistiendo la insolencia del acto con los caracteres de una burla sangrienta, según va á verse. La pobre Villa de Luján, situada nueve leguas á vanguardia del ejército, y que, según los mismos jefes, iba luego á ser ocupada por el enemigo, tenía también su Cabildo. Soler le comunicó la resolución adoptada por su ejército, invitándolo en consecuencia «á expresar libremente sus sentimientos sobre ella.» El Cabildo de Luján se reunió el día 11, con asistencia del sargento mayor don Manuel Correa, jefe de vanguardia y diputado por el ejército, quien leyó en alta voz la intimación hecha al Cabildo de Buenos Aires. El presi-

dente de la corporación, haciéndose el intérprete de la opinión de los pocos vecinos presentes, se adhirió en un todo á las exigencias formuladas por los jefes, y conformes todos, firmaron el acta 25 individuos, incluso los cabildantes, el mayor Correa, el teniente cura y el escribano. Esta acta fué en el mismo día comunicada por Soler al Cabildo de Buenos Aires, manifestando que ella estaba «en conformidad con el sentimiento de la Provincia.»

El pronunciamiento del ejército exterior indignó y entristeció al pueblo de Buenos Aires, avergonzando hasta á los mismos antidirectoriales. Estaba en la conciencia de todos, que las autoridades nacionales, con sus ejércitos perdidos, con las provincias sublevadas y sin el apoyo eficiente de la opinión, eran la sombra de una sombra; pero que no correspondía á Buenos Aires, en cuyo seno se albergaban, dar el último puntapié á los fundadores de la independencia y á los salvadores de la revolución americana, cualesquiera que fuesen sus errores y aun sus faltas. Y si esas autoridades estaban fatalmente destinadas á ser sacrificadas como víctimas propiciatorias de la paz, pensaban los mismos porteños, animados de un espíritu de localismo, que no era por cierto á los soldados á quienes se había confiado la guarda y la bandera de la ciudad amenazada, á los que correspondía emplear sus armas para allanar el camino del enemigo, entendiéndose con éste, y tratando peor que á enemigos á los propios amigos. El patriotismo sensato veía en ese acto brutal, la amenaza de un despotismo militar, sin ley, sin freno y sin pudor. Los mismos que aceptaban las consecuencias del escándalo, no se atrevían á defenderlo. Los más hábiles, como Sarratea, lo explotaban en provecho propio, y procuraban propiciarse la opinión urbana del Municipio levantando el espíritu civil; halagaban á los caudillos con la perspectiva del establecimiento de un gobierno más manso y menos militar que el de Soler; y atrayéndose hasta la buena voluntad de los vencidos, ofrecíanles no perseguirlos. Soler, divorciado de la opinión del pueblo de Buenos Aires,

quedó perdido desde ese día; y á pesar de ser el dueño de la fuerza, no pudo serlo ya en adelante de la confianza de sus conciudadanos.

El Cabildo, que por sí mismo no representaba ninguna política, cualesquiera que fueran las afinidades de sus miembros, se prestó á ser el instrumento de la caída de los poderes nacionales, eclipsándose por el momento el alcalde Aguirre, por prudencia ó por decoro propio. El día 11 envió una comisión al Congreso y al Director, intimándoles su disolución y su cese en el nombre del «Ejército exterior» y en el interés de la salud pública. El Congreso contestó dignamente que «cedía á la intimación, sin que entendiese que obraba »autoritativamente, por cuanto en su calidad de representantes de los pueblos argentinos, que habían celebrado el pacto de unión con los representantes legítimos del pueblo de Buenos Aires, la voluntad de éste »para romper este pacto debiera ser manifestada del »mismo modo.» El general Rondeau contestó modestamente «que se adhería á la voluntad general que le »había sido manifestada, deseoso de propender por su »parte al bien de sus conciudadanos, y que depositaba la suprema autoridad del Estado en manos del »Cabildo.» Así acabó el memorable Congreso de Tucumán y el Directorio que surgió de su seno, cuya historia ha sido hecha y cuyos actos han sido juzgados ya en las antecedentes páginas de este libro.

La Municipalidad tomó en el mismo día el título de «Cabildo gobernador», publicando una proclama, en que explicaba la variación en el sentido de la paz; y expidió un bando en que declaraba «reasumido en la »corporación el mando universal de la ciudad y Provincia, á efecto de mantener el orden y expedir todas »las órdenes conducentes al mayor bien y felicidad de »ella ínterin que en unión con las demás provincias se »establecían las nuevas bases de asociación conforme »á su decidida y manifestada intención.»

Consumado el sacrificio y verificada la transición, volvió á reaparecer el alcalde Aguirre al frente del Cabildo, en calidad de presidente. Su primer acto de

gobierno fué asentir oficialmente á todas las exigencias de Soler, y nombrarle comandante general de las fuerzas de mar y tierra de la Provincia, delegando en él una especie de dictadura militar. Al mismo tiempo (el día 12), y por vía de apéndice á este nombramiento, dictaba una disposición memorable, en la que, con motivo de fijar la forma de la elección del futuro gobernador de Buenos Aires, se depositaba el germen de los futuros destinos del gobierno representativo de la República Argentina. De ella nos ocuparemos á su tiempo.

El resultado de todo esto fué, que la odiosidad de la eliminación de los obstáculos para la paz de hecho, pesó exclusivamente sobre Soler; y que el Cabildo, al hacerse cargo de la situación, ganó en autoridad moral, agrupándose en torno suyo todas las fuerzas cívicas del Municipio y provincia, por lo mismo que era un poder impersonal, que condensaba legalmente todas las aspiraciones vagas de la opinión, y todas las pasiones vivaces de la localidad, sin romper el vínculo histórico de la tradición política.

En cuanto á la política interprovincial, el Cabildo la definió netamente abdicando en representación de Buenos Aires el rango de capital de la República y declaraba disuelto el pacto político, pero reconociendo la indisolubilidad del vínculo nacional, y librando al común acuerdo su organización en lo futuro. Con motivo de contestar al gobernador de Mendoza, que avisaba haber reasumido el mando á consecuencia de los últimos desórdenes de que se ha dado ya noticia, decíale: «Todas las provincias de la Unión están en »estado de hacer por sí mismas lo que más convenga »á sus intereses y régimen interior.» Y dirigiéndose en igual fecha y con igual motivo á los gobiernos de Córdoba, Salta, Tucumán y al Cabildo de Cuyo, que había proclamado la federación de hecho, les manifestaba «haber reasumido el mando de la provincia de Buenos »Aires, hasta tanto que la voluntad general de todos »los pueblos decida la forma de gobierno que haya de »establecerse.»

Así, en el espacio de doce días que van corridos del mes de febrero, tenemos un ex Director condenado al ostracismo por sus propios amigos; una revolución latente que parece sofocarse y se opera al mismo tiempo; una gran batalla perdida; dos Directores que se suceden; un espíritu de resistencia cívica que surge; una nueva política de paz que inauguran los caudillos federales; un motín que estalla con formas de demagogia militar; una reacción del espíritu público que restablece el equilibrio; un Congreso Nacional disuelto y un Director Supremo depuesto; un gobierno que se constituye dentro del organismo municipal; una capital que abdica; una provincia federal que nace; una dictadura militar que se decreta; un nuevo derecho público que se inicia, y una entidad civil que en representación de los instintos conservadores y de la aspiración á lo mejor, domina por procuración los hombres y las cosas de aquellos días agitados en que los acontecimientos se suceden con rapidez vertiginosa.

En medio de este movimiento tumultuario en sus formas, empero complejo y lógico en cuanto á sus causas, los caudillos federales habían comprendido desde luego una sola cosa, y era que la victoria de Cepeda no les daba el dominio de Buenos Aires, y que sólo poniendo en juego sus propios elementos podrían influir de algún modo sobre sus destinos. Con su grosera percepción de los hechos, con arreglo á su bajo criterio, Ramírez creyó, sin embargo, que el motín de Soler en el puente de Márquez importaba una alianza con la federación. Así se había explicado también el motín de Arequito, al contar á Bustos como un nuevo aliado, comprendiendo tarde que era una nueva entidad que se levantaba, análoga, pero distinta, y en el fondo antagónica á su política. Sin embargo, el resultado respecto de Soler, tal vez habría sido una liga de los caudillos federales, con el nuevo caudillo levantado por el militarismo en Buenos Aires, si éste no hubiese tropezado con la resistencia cívica que le impuso respeto, y con la autoridad moral del Cabildo, ante la cual tuvo que inclinarse, aun violentándolo. Soler, al

tratar de congraciarse con los caudillos federales derribando al Congreso y al Director, creyó darse un doble punto de apoyo, y el resultado fué que, no pudiendo imponerse moralmente á Buenos Aires, los caudillos estimaron en menos su alianza y buscaron fuera de él otras combinaciones, como más adelante se verá. Mientras tanto, Ramírez al contestar sus comunicaciones en que le daba cuenta de su pronunciamiento, adjuntándole el acta del Cabildo de Luján, aplacaba sus iras en un sentido, como cediendo á su interposición; y en otro sentido le hablaba con toda la intemperancia del lenguaje que sólo se permiten los hombres poseídos de odios comunes, que se estimulan recíprocamente á la venganza. «Sea enhorabuena el Cabildo (le decía) »el órgano por donde se haga entender á ese pueblo, »que puede sin el recelo de las bayonetas expresar su »voluntad; pero absténganse de mezclarse directa ni »indirectamente en sus deliberaciones.» Y dando como un hecho la mancomunidad de propósitos, agregaba: «Dificultades terribles van á oponerse á las santas in»tenciones de V. S., si unidas nuestras fuerzas no se »dedican á proteger la causa de los libres: se acerca »á V. S. el ejército federal, no para prodigar la sangre »americana, sí para estrechar en sus brazos á los dig»nos ciudadanos que obedecen sus órdenes, y para ob»tener la satisfacción de hablar con V. S., de cuya en»trevista resultará la pronta conclusión de tantas in»quietudes.» Véase cuáles eran las «santas intenciones» á que se refería Ramírez: «Pero, señor brigadier, »pongamos fuertes diques al torrente de intrigas con »que la expirante criminal administración amenaza aún »la libertad del pueblo; ella tiene los medios de se»ducir á los incautos y persuadir á los inocentes, va»liéndose de los infinitos logistas que no abandonarán »sus intereses personales mientras no sean aterrados »por un ejemplar castigo en los primeros delincuen»tes: muchas de las primeras autoridades de las cor»poraciones son los mejores agentes de aquellos mons»truos; y si V. S. lo creyese, vuelva los ojos sobre el »bando del Director substituto... en el que presenta

»al ejército federal animado de los sentimientos infer»nales, que sólo caben en corazones tan corrompidos »como los de esa gavilla de malvados.» Esto se publicaba oficialmente, autorizado con la firma del general en jefe del ejército de Buenos Aires, antes de haberse acordado siquiera una suspensión de hostilidades.

El Cabildo resolvió entonces que la comisión de antemano nombrada (el 8 de febrero) con el objeto de negociar la paz con Ramírez, y que los sucesos de los días anteriores habían paralizado, continuase en su desempeño. Pero, como las circunstancias habían variado, creyó prudente eliminar de ella al alcalde Aguirre, cuyo solo nombre excitaba las iras del general vencedor, y así se lo avisaron á éste, partiendo el día 12 los comisionados Echevarría, Viola y Suárez únicamente. Esta comisión hizo una larga peregrinación por la campaña, sin poder dar con el cuartel general de Ramírez, que, habiendo abierto relaciones con Soler, esquivaba entenderse con ella. Producido el movimiento del puente de Márquez, contestó á sus comunicaciones negándose á oirlos, declaróles que «no admitiría pro»posición alguna de avenimiento mientras sus pode»res no emanasen de autoridades libremente elegidas »por el pueblo de Buenos Aires.»

Después de la nota de la misma fecha (12 de febrero) dirigida á Soler, esto importaba poner por condición previa la desaparición del personal del Cabildo de Buenos Aires, á fin de que la elección de nuevo gobierno se efectuara bajo la influencia de sus amigos de la ciudad. Pero, como desapareciendo el Cabildo, tal como estaba compuesto, todo el poder quedaba centralizado en manos de Soler, y esto no conviniese á los partidarios de Sarratea, que se proponían servirse de todos los partidos para elevarse; como Ramírez estaba persuadido que su triunfo no podía darle más que la caída de las autoridades nacionales verificada por Soler, y se contentaba con dejar establecido en Buenos Aires un gobierno amigo, que era lo más á que podía aspirar á falta de una alianza de caudillaje; y como el Cabildo estaba resignado á desaparecer, y á lo que

aspiraba únicamente era á salvar á Buenos Aires preparando una paz honrosa, y entregar la situación á un gobierno que inspirase confianza á los federales, no fué difícil persuadir á Ramírez que debía aceptar á los comisionados del Cabildo, al menos para oirlos. La conferencia tuvo en consecuencia lugar el 15 de febrero, en una estancia inmediata á San Antonio de Areco. Los dos caudillos federales, excusando entrar á ocuparse de los arreglos de paz á que eran invitados, aunque abundaron en protestas cordiales de fraternidad, negáronse á recibir sus credenciales, declarando con firmeza, que luego que el pueblo de Buenos Aires eligiese libremente su gobierno, «depurando las ramificaciones de la antigua administración,» podría nombrarse por parte de él nueva comisión que ajustara los tratados con ellos. De este modo, se hacía depender la paz y el éxito de la negociación que debía ajustarla, del resultado de la elección del gobernante en Buenos Aires, sobre la cual influían indirectamente, haciendo imposible toda candidatura que les fuera hostil. Para asegurar este resultado y ejercer mayor presión, López y Ramírez avanzaron hasta el pueblo del Pilar á 14 leguas de la ciudad, donde establecieron su cuartel general. No puede desconocerse, que los caudillos federales maniobraban con habilidad, procedían con moderación, y que su conducta al librarse al voto del pueblo de Buenos Aires, aunque ejerciendo presión en nombre de su victoria, era más digna que la del general en jefe del ejército porteño anticipándose á las exigencias del enemigo, y pretendiendo imponerse por la fuerza de las bayonetas que el pueblo le había confiado para su defensa.

El general Soler, que sentía pesar sobre su cabeza la reprobación pública; que comprendió que no podía contar con el apoyo de Ramírez sino uniendo sus fuerzas con los federales, y poniéndose en cierto modo bajo su dependencia, y que en el fondo deseaba conciliar sus ambiciones con su fidelidad á la causa de Buenos Aires, dió una especie de manifiesto indirecto, para propiciarse la opinión civil, en que asumía la ac-

titud de campeón de las libertades del pueblo. Ante la expectativa de la elección de gobernador, se dirigió al Cabildo en una nota trivial, pero significativa, disculpándose y haciendo su profesión de fe. Decíale en ella: «que mientras no se le notificara la cesación de »hostilidades, creía de necesidad permanecer en cam»paña con el ejército, á fin de que pudiera conservarse »el orden en la capital tal vez en riesgo (agregaba), »por la cavilosidad y mala fe de algunos mal intencio»nados, que dirían que su presencia los obliga á to»mar partidos, que ni él ni el ejército eran capaces »de indicar.» En consecuencia, pedía humildemente órdenes é instrucciones, protestaba de su obediencia y declaraba con franqueza (son sus palabras), «que sien»do un joven sin relaciones y sin mayor experien»cia en negocios tan trascendentales y delicados como »los que se manejaban, no quisiera tomar providen»cias que desdijesen del plan y conducta que el Ca»bildo se hubiese propuesto.»

Al mismo tiempo que Soler firmaba esta nota de contrición, se ponía al habla con Ramírez por intermedio de don Francisco Martínez, persona relacionada con el caudillo entrerriano, quien hacía entender á éste, que el general porteño estaba dispuesto á hacer causa común con él y satisfacer todas sus exigencias. Esta variación en su conducta, tenía por origen el movimiento que se había acentuado en la capital, en el sentido de no dejarse imponer por la demagogia militar, y de resistir á la imposición de los caudillos federales, sosteniendo á su autoridad municipal, y eliminando en consecuencia la candidatura pretoriana del general porteño.

Apoyado en el ejército que le obedecía, se decidió, pues, á hacer presión sobre el pueblo por medio de Ramírez, quien alarmado á su vez por el giro que tomaba la agitación cívica de la ciudad, y empezando á dudar de la lealtad de Sarratea, aceptó sin vacilar las aberturas que se le hicieron. En consecuencia, Soler expidió (16 de febrero) una breve proclama al ejército, diciendo: «Soldados: muy pronto aseguraréis la

»paz deseada... Así me lo ofrece el general Ramírez, »quien quiere tratar conmigo; á cuyo fin aguardo ins»trucciones.» Las instrucciones que aguardaban eran de mera forma, pues estaba resuelto á obrar por sí con independencia del Cabildo, á quien dos días antes ofrecía ilimitada obediencia. Limitóse, pues, á participarle que se había puesto en comunicación con Ramírez, y sin esperar contestación, dió la proclama que se ha visto. Este paso avanzado fué interpretado en Buenos Aires como un principio de sedición, no faltando quien le diese el carácter de traición. Soler se apresuró á dirigirse al Cabildo, pidiéndole hiciese pública su resolución de ir á conferenciar con Ramírez para negociar «una paz honrosa», terminando por decir: «La »paz se hará, y no por modo que algunos indignos »quieren persuadir: confíe V. E. en mi honor: nada »recele de quien deja en esa capital una hija á quien »ama sobre todo bien temporal.»

El 17 de febrero por la mañana, salía Soler de su cuartel general del puente de Márquez á la cabeza de seis soldados; y tres horas después, entraba á la Villa de Luján donde le esperaban López y Ramírez. De la conferencia que se siguió entre los tres caudillos, resultó el ajuste de un armisticio por el término de seis días «con el objeto de concluir un tratado definitivo, »con la condición de que no deje en empleo ningún in»dividuo de la administración depuesta, empeñando »las partes contratantes su honor, el de las fuerzas de »su mando y pueblos de que eran representantes en »cumplimiento del pacto celebrado.» Al canjear este documento, López y Ramírez creyeron sin duda, que se echaban al bolsillo la capitulación de Buenos Aires; y Soler debió persuadirse que recibía con él su despacho de gobernador. Pero he aquí que una nueva peripecia dramática, peculiar de aquellos días borrascosos, vino á desbaratar los planes de aquellos tres omnipotentes dueños de la fuerza, que se proclamaban á sí mismos árbitros de la voluntad de los pueblos.

No bien seca la tinta con que se escribiera el armisticio, Ramírez recibía comunicaciones de su reta-

guardia, en que le participaban, que la escuadrilla de Buenos Aires había aparecido en el puerto de Zárate, y que la columna de don Juan R. Balcarce había desembarcado allí y roto el fuego sobre una avanzada federal. Al mismo tiempo, Soler recibía oficios de Buenos Aires, anunciándole que el pueblo se había reunido en torno del Cabildo; que una junta de representantes nacida del sufragio popular se había erigido en el día anterior; que en ese mismo día había procedido á nombrar un nuevo gobernador, y que el pueblo, el Cabildo y la Junta, perseverando en sus propósitos pacíficos, estaban resueltos á ponerse en estado de defensa antes de aceptar condiciones humillantes. Ramírez, alarmado y Soler despechado, se separaron, jurándose amistad y alianza, y corrieron á ponerse á la cabeza de sus respectivos ejércitos.

El primero, creyendo ver una reacción directorial en lo que había pasado en la capital, protestó al día siguiente (18 de febrero) contra el voto de la capital, reiterando sus anteriores amenazas y exigiendo en términos imperiosos la inmediata destitución del Cabildo. Soler dirigía, en el mismo día 18, desde su campamento del Puente de Márquez, una nota enderezada á la nueva Junta de Representantes (de la que luego se hablará más particularmente), haciendo la apología de «los virtuosos ciudadanos López y Ramírez»; constituyéndose en el órgano de sus exigencias, y reclamaba en nombre de ellos la disolución del Cabildo, en quien los caudillos federales no tenían confianza, decía, pidiendo que se intimara á Balcarce el cese de toda hostilidad en cumplimiento del armisticio por él celebrado, cuya aprobación esperaba (agregaba), en virtud del imperio de las circunstancias; desatábase á la vez en denuestos contra la comisión de paz del Cabildo, que, según él, «había sido desairada por sospechosa é ilegítima;» y terminaba por declarar que el ejército participaba de sus sentimientos, y que él miraba con alto aprecio y respeto á la nueva Junta.

En el mismo día dirigióse Ramírez á Soler, proclamándolo como el salvador de la patria; diciéndole que

el cielo lo había destinado para consumar la grande obra de la pacificación, derribando á los que «proponían á pregón la venta de la patria.»

A la vez le participaba, como si hablara á un aliado y no á un beligerante, que iba á situar sus fuerzas sobre la costa del Paraná, para observar los movimientos de la columna de Balcarce, cuya aparición repentina inspiraba recelos á ambos.

En el capítulo siguiente se explicará lo que había pasado en la capital, y cuáles habían sido las operaciones de la columna salvada del campo de batalla de Cepeda, después de su llegada á San Nicolás de los Arroyos.

Hemos asistido á la disolución del pacto nacional fundado en el centralismo, á la caída de los poderes generales y á la descomposición de todos los antiguos elementos de gobierno, consumándose así la gran catástrofe política y social, que se venía preparando.

Vamos á asistir ahora á la transición de un sistema á otro, á la transformación de la República dentro de sus propios elementos, á la inauguración de una nueva y rudimentaria forma política, que lanzando á la sociedad por caminos desconocidos, preparará su renacimiento al través de largos trabajos y grandes dolores.

CAPITULO XLIII

El Año XX.—La Transición

1820

Descomposición del régimen colonial.—Período de transición.—Ausencia de instituciones.—Constitución de hecho.—Situación política de Buenos Aires al desaparecer las autoridades generales.—Constitución del poder municipal.—Nueva organización parlamentaria dada á la provincia de Buenos Aires bajo el régimen federal.—Memorable Cabildo abierto de 16 de Febrero.—Creación de una Junta de Representantes.—Estado de la opinión en Buenos Aires.—Sarratea gobernador.—Es autorizado por la Junta para negociar la paz.—Los tratados públicos y secretos del Pilar.—Buenos Aires provincia federada.—Situación de Buenos Aires.—Reaparición de la columna de Cepeda.—Sus operaciones.—Llega inesperadamente á la capital.—Ovación á Balcarce.—Actitud de los partidos.—Reaparición de Alvear en la escena política.—Revolución de 5 y 6 de Marzo.—Deposición de Sarratea.—Balcarce gobernador.—Asambleas populares.—Sarratea se refugia en el campo de los federales.—Los federales se declaran contra la revolución y sitian la capital.—Tentativas de paz que se frustran.—Ultimátum de Ramírez.—Caída y fuga de Balcarce.—Consideraciones sobre la revolución de 6 de Marzo.—Resultado negativo que ella produjo.

La caída estrepitosa del Congreso y del Directorio al despojar al gobierno general de las Provincias Unidas del ropaje prestado con que se vestía, dejó desnudo el esqueleto del régimen colonial, cuyas carnes habían sido devoradas por los fuegos de diez años de revolución. Toda forma de autoridad legal desapareció. Ninguna institución coherente permaneció en pie. Ningún principio de derecho público sobrenadó en medio de aquel gran naufragio. Sólo quedó una nación independiente en el hecho; una Constitución geográfica y social, anterior y superior á las leyes escritas; un pueblo políticamente desorganizado, regido por sus instintos y por tradiciones históricas ó reglas consuetudinarias; una asociación política en embrión; una fe-

deración rudimental, y fuerzas excéntricas que coincidían empero en puntos determinados y obedecían á leyes persistentes, revelando un principio de vida robusta, que necesitaba nuevos órganos apropiados á sus nuevas necesidades, para desenvolverse en lo futuro. Era el período de la transición orgánica.

En medio de aquella gran catástrofe política y social, pudo verse lo que ya todos presentían: la carencia de instituciones vivaces, y el atraso de la ciencia política del gobierno libre. Las Provincias Unidas carecían de un núcleo de autoridad indisoluble y de una constitución articulada: los elementos sociales estaban en desequilibrio, y la república que estaba en la conciencia de todos, no poseía ningún mecanismo de propio gobierno. El centralismo gubernamental de la revolución se había implantado en el tronco decrépito del régimen colonial, y sus raíces se habían secado. Las primeras autoridades que presidieron al movimiento revolucionario, no hicieron sino continuar á los antiguos virreyes, vinculando á su ejercicio la potestad absoluta de los lejanos reyes. Las asambleas deliberantes que se sucedieron, no hicieron sino formular en leyes los grandes propósitos y los principios generales de la revolución, en nombre de una soberanía teórica cuyo ejercicio no residía en el pueblo mismo. El gobierno parlamentario no era sino una subdivisión de funciones provisorias, en que el Director continuaba al virrey, y el Congreso ejercía la antigua potestad real y tomaba parte en el mecanismo ejecutivo, de modo que el poder no era sino una dictadura revolucionaria, sin el contrapeso siquiera del sufragio popular.

Los diversos sistemas electorales ensayados, basados sobre la representación de los cabildos ó sobre combinaciones empíricas, que tendían á conciliar el derecho tradicional con el hecho nuevo, habían sido ineficaces para poner al pueblo en posesión del propio gobierno. Las Constituciones dictadas, provisionales unas, extravagantes otras, ninguna de ellas basada en una constitución orgánica preexistente, habían sido

ineficaces, y la última en el orden cronológico—ideada en teoría, para una situación transitoria, prescindiendo del medio en que debía funcionar, sin tomar en cuenta los elementos resistentes que pensaba disciplinar,—había sido calculada teniendo en vista un centralismo vigoroso, para domar en lo presente la anarquía y preparar el advenimiento de una monarquía imposible, á fin de dar estabilidad al gobierno en lo futuro. Así derribadas las autoridades que en el nombre y en el interés de la revolución habían ejercido el poder general—continuando en realidad la autoridad colonial,—con la desaparición de las formas que había asumido, el centralismo desapareció también. Quedaron únicamente los principios elementales de la asociación política representados por las provincias; los instintos de la democracia genial, como fuerza constitutiva; los caudillos de las multitudes, como hecho brutal; las municipalidades, como derecho tradicional de las localidades; y, como vínculo de la nacionalidad, un espíritu de cohesión, que tenía su origen en la configuración del territorio, en la índole de los pueblos, en la mancomunidad de intereses y sentimientos, en acciones y reacciones recíprocas que obedecían á las leyes físicas y morales de la atracción.

En medio de este cataclismo, todas las masas desagregadas gravitaban naturalmente en el sentido de la descentralización, ó sea la federación de hecho. Empero, su propia cohesión relativa, la acción parcial de las mismas fuerzas excéntricas, el espíritu municipal que preparaba la ausencia reguladora del gobierno, el instinto conservador de las agrupaciones sociales, y esas atracciones latentes de que hemos hablado, tendiendo á la unificación de las partes en un todo nacional, ponderaban este conjunto desordenado, y establecían un equilibrio estable, que impedía que la desagregación se convirtiera en disolución política y social. Así se ha visto, que las provincias al aislarse en el federalismo ó proveer á la falta de autoridades tutelares, se reconocían parte de un todo, y que, del mismo modo, Buenos Aires, á la desapari-

ción de los poderes nacionales, se encontraba de hecho constituída en provincia federal, reconociendo como las demás la ley común del territorio y la unidad política á que todos se subordinaban, aun combatiéndose. Pero como Buenos Aires era un centro de vida orgánica, y una verdadera democracia cívica con opinión robusta; como no estaba despotizado por caudillos personales, y poseía fuerzas populares para hacer valer sus derechos; como estaba saturado de un enérgico patriotismo local, que se alimentaba en la tradición histórica y el espíritu municipal, resultaba de aquí que la federación que en el Paraguay se convertía en tiranía, en las provincias orientales en semibarbarie ó bandolerismo, y en otras, en aislamiento inerte ó descomposición social, en Buenos Aires se transformaba en principio de vida fecunda, que encontraba dentro de su propio organismo, como provincia federal, los medios de proveer á sus necesidades y de influir sobre las demás en las condiciones del nuevo orden de cosas. Reconcentrado el espíritu público en torno de la autoridad moral de su Cabildo, armando su guardia cívica en defensa de los fueros del gran Municipio, y disciplinando las fuerzas explosivas que encerraba en su seno, á la vez que nivelaba las ambiciones bastardas que la atormentaban, Buenos Aires al ingresar así á la comunión federal, se preparaba á ser el tipo y el modelo de las provincias que en adelante se constituyeran bajo la misma forma, no sólo en el hecho, sino también con arreglo á derecho. Esta es la peligrosa y complicada evolución ó sea el período de la transición, á cuyos primeros pasos vamos á asistir.

Aun cuando la institución municipal no hubiese caducado de derecho y todos se inclinasen ante su sanción moral, en el hecho era una autoridad ficticia, una mera forma del antiguo régimen con atributos revolucionarios que señalaba la transición entre dos sistemas, y que, no siendo en realidad ni institución política ni resorte gubernativo, mal podía responder á las exigencias de la nueva situación. El mismo Cabildo lo re-

conocía, así es que, al recibir de manos del Congreso y del Director caído el depósito de la suprema autoridad de la Nación, sólo asumió la de la provincia de Buenos Aires en calidad de Cabildo gobernador. Investido por el imperio de las circunstancias de una verdadera dictadura, carecía de vigor, de temperamento para ejercerla, porque la situación era superior á sus fuerzas y á sus medios. Sin poder de iniciativa, los acontecimientos lo sorprendían y se doblegaba bajo su peso. Sin fuerza de resistencia, daba sanción á los hechos que no podía contrarrestar. Bajo la presión encontrada de la agresión y de la anarquía interna, no tenía ni libertad de acción, y su influencia era nula en uno y otro sentido. Sin embargo, bastaba que hubiera quedado en pie como institución, para que de su seno pudiesen brotar nuevas instituciones, adecuadas á las nuevas necesidades de la situación que legalmente presidía con el consentimiento de todos.

Dijimos antes, que por vía de apéndice á su primer acto de gobierno al nombrar autoridades civiles y militares, el Cabildo había dictado una disposición memorable, que encerraba el germen de los futuros destinos del gobierno representativo en la República Argentina. Comprendiendo la necesidad y la conveniencia de dotar á la provincia de Buenos Aires de autoridades regulares, y usando en el sentido más benéfico de la plenitud de facultades que de hecho ejercía, dictó una verdadera ley orgánica, dando un gobernador constitucional á la nueva provincia federal, y formuló un nuevo sistema electoral, aunque calcado sobre las antiguas prácticas, hecho que revela un gran adelanto en las ideas políticas.

Por el mismo bando que constituía una especie de dictadura militar en la persona de Soler, se dispuso (el 12 de febrero) que en los días 18 y 19 concurriesen todos los ciudadanos á prestar sus sufragios por doce electores, á fin de que éstos nombrasen el gobernador provincial. Como no existía ninguna ley electoral para el caso, se declaró que la elección se practicaría en el orden de las elecciones municipales, divi-

diendo la ciudad en cuatro secciones presididas por un regidor cada una de ellas, en consorcio con los alcaldes de barrio. Para evitar los abusos que se habían notado en las anteriores elecciones, se prevenía que sólo se admitiese el voto de las personas conocidas en sus respectivas secciones. Por último se estatuía, que no pudiendo votar simultáneamente la campaña, por la premura de las circunstancias, este acto complementario tendría lugar el día 1.° de marzo, á fin de que, integrada la junta electoral, procediese á llenar su cometido. Este bando, que inauguraba una nueva época y preparaba la paz, rompiendo con la tradición de los Cabildos abiertos y los Cabildos gobernadores y legisladores, fué saludado con salvas de artillería, repiques de campanas y aclamaciones populares. El Cabildo de Luján, único que después del de Buenos Aires existiese en la provincia, le prestó su asentimiento.

Antes de que llegasen los días prefijados para la elección mediaron los sucesos del 12 al 17, de que hemos dado cuenta ya. El rechazo de la comisión pacificadora por los federales, la actitud asumida por Soler, las imposiciones del enemigo por una parte y las del militarismo por otra, empezaron á poner nuevamente en ebullición el espíritu público de la ciudad. El 16, llegó á Buenos Aires la comisión de paz rechazada por Ramírez y López en los términos ya dichos. En vista de las exigencias de los caudillos, el Cabildo resolvió anticipar el acto de la elección en otra forma, á fin de definir y regularizar la situación. Al efecto fué convocado el pueblo para el mismo día á las 5 de la tarde en las casas del ayuntamiento.

Al mismo tiempo circuló una breve proclama, concebida en términos expresivos. «Ciudadanos (decía), »vuestros votos nos elevaron á presidir nuestros destinos: el orden de los sucesos los restituye á vuestras »manos: una tácita aprobación de cuanto ha obrado »el Cabildo, parecía sancionarlo como legítimo; mas »ahora las circunstancias os exigen un voto expreso »acerca de nuestra autoridad. El ayuntamiento no la »reviste sino en calidad de depósito. Si merece vuestra

»confianza, prorrogadla; en caso contrario, reasumidla » y depositadla en quienes os parezca mejor. Ciudada»nos, ¿debe nuestra existencia ser la prenda de vuestra »felicidad? Nos será siempre caro servir de vínculo á »vuestra gloria.»

A la hora indicada se reunió en Cabildo abierto lo más selecto del vecindario comunal en número como de 300 personas, bajo la presidencia de la municipalidad, y se anunció, que conforme á la citación hecha por conducto de los alcaldes de barrio, el objeto era elegir un gobierno de provincia, que siendo la obra »de un voto libre, reuniese la confianza pública que »demandaban las circunstancias y los tratados que se »preparaban con el ejército federal.» En seguida, el alcalde Aguirre expuso que había llegado la comisión enviada al general Ramírez para abrir negociaciones, invitando al Dr. Echevarría impusiese al pueblo de su resultado. Después de darse lectura de las comunicaciones de Ramírez y Soler, el Dr. Echevarría informó á la Asamblea que los generales López y Ramírez no habían reconocido la legitimidad de sus poderes, porque la negaban al cuerpo capitular que los había conferido, por considerarla emanación de la anterior administración, exigiendo en consecuencia se subsanase este defecto, ó bien ratificándolos el pueblo en un Cabildo abierto, ó bien nombrando una nueva comisión acreditada por un gobierno libremente elegido por los ciudadanos. Puesta así la cuestión, el alcalde Aguirre manifestó, que debiendo tratarse de la remoción ó prorrogación del Cabildo, éste debía retirarse dejando al pueblo en libertad para expresar su voto, y así se hizo.

Inmediatamente fué nombrado el mismo alcalde para presidir la Asamblea popular, y al fijar éste la proposición de que el objeto de la convocatoria era elegir un gobierno que reasumiera la confianza pública, y una comisión que dictase un reglamento constitutivo, el pueblo allí presente se levantó en masa y nombró á Aguirre gobernador por aclamación. Esta explosión de entusiasmo puso de manifiesto el estado de la opi-

nión. Ella significaba que el pueblo deseaba la paz, pero que protestaba contra las imposiciones, sosteniendo á sus autoridades municipales, vilipendiadas por el enemigo y amenazadas por las bayonetas del ejército exterior. Aguirre manifestó prudentemente, que tal nombramiento importaba un serio obstáculo á la consecución de la paz, y que por lo tanto era inadmisible. Varios ciudadanos apoyándolo, declararon que merecía el puesto, aun cuando estaban convencidos de su inconveniencia. Revocado este nombramiento, se procedió á fijar el modo de verificar la elección de gobernador.

Don Victorio García de Zúñiga tuvo la inspiración del momento. Propuso que el voto fuera individual; que cada ciudadano votase únicamente por dos personas; que los doce candidatos que resultasen con mayor número de sufragios fuesen proclamados en el acto «representantes» del pueblo. A la vez indicó, que las atribuciones de los electos, constituídos en «junta representativa», debían ser: 1.° Nombrar un gobierno que pusiese á la provincia en estado respetable de «defensa y ofensa». 2.° Resolver sobre el cese ó continuación del Ayuntamiento cuya legitimidad era desconocida por los generales federales. 3.° Proponer al nuevo gobierno que se estableciese, las medidas conducentes al logro de una pacificación honrosa y estable. 4.° Ampliar sin restricción alguna las facultades de la «Junta de representantes», á fin de poder expedirse libremente en cuanto pudiese interesar á la salud pública. Así fué cómo se inauguró el derecho representativo bajo los auspicios de la federación de hecho, y cómo se inventó bajo la presión de la necesidad de un nuevo sistema electoral, que entrañaba el voto proporcional del porvenir.

En el acto se instalaron tres mesas receptoras de votos, nombrándose otros tantos inspectores de cada una de ellas. A altas horas se verificó el escrutinio, y fueron proclamados como representantes los doce ciudadanos que habían obtenido mayor número de sufragios, los cuales, con rarísima excepción, pertenecían al

partido directorial. Del escrutinio resultaba, que 222 electores habían sufragado, es decir, «dos menos» de los que en el memorable Cabildo abierto de 1810 proclamaron la revolución argentina. Esta era la opinión del pueblo de Buenos Aires, expresada por la mayoría de su vecindario responsable. Al tiempo de proclamarse el resultado, el pueblo llenaba la plaza pública, adhiriéndose á él y para apoyarlo, se reunía en los cuarteles el primer tercio cívico, compuesto, como se ha dicho, de la gente decente y de la clase media del municipio.

Al día siguiente (17 de febrero) se instaló la «Junta de representantes del pueblo», y en virtud de las facultades delegadas procedió al nombramiento de gobernador. El candidato popular era don Juan Pedro Aguirre; pero su nombramiento era imposible desde que lo rechazaba el ejército federal, que no le perdonaba su famoso bando de 3 de febrero. Después de él, la Junta tenía que optar entre Soler y Sarratea. Soler era el dueño de una parte de la fuerza y el representante del militarismo; pero había ofendido al pueblo con su actitud insolente, y sus condescendencias respecto de los caudillos federales lo inhabilitaban para constituirse en el campeón de los derechos de la provincia. Sarratea era el candidato del miedo de unos, del egoísmo de otros y de la prudencia de todos. Este personaje equívoco, por sus conexiones secretas con los caudillos federales, por la composición de su círculo reclutado en todos los partidos militantes, por la flexibilidad de su carácter, por las seguridades que personalmente había dado á los moderados del partido directorial caído que no aspiraban á una restauración, ofrecía garantías de paz y de conciliación, á la vez que representaba la opinión civil del municipio, que transigía con los hechos reservándose el poder moderador atribuído á la Junta. En consecuencia, Sarratea fué proclamado gobernador provisional de la provincia de Buenos Aires, hasta tanto que pudiera reunirse el voto de la campaña, debiendo desempeñar interinamente sus funciones el alcalde Aguirre. El diario oficial, al pu-

blicar este nombramiento lo acompañaba con este significativo comentario: «Los representantes están al »alcance del espíritu de dignidad que llena los corazo»nes de los ciudadanos: saben que aspiran á una paz »honrosa, pero que detestan una vergonzosa humilla»ción. Tales elementos serán puestos en movimiento, »si se llegara á tocar el inesperado extremo de la mala fe »en el ejército federal. Las glorias del gran pueblo de »Buenos Aires, ¿serán eclipsadas por la degradación? »¡El mundo deberá arrepentirse de su concepto, para »situarnos en adelante entre los míseros esclavos y »seres abatidos capaces de sucumbir al arbitrio de »quien le venda protección y le calce cadenas? No »creemos que tales sean los sentimientos del ejército »federal, pero la prevención es muy compatible con la »prudencia y la confianza nacional.»

Estas fueron las noticias que habían alarmado á Ramírez y Soler en la noche del 17, después de firmar el armisticio de que se ha dado cuenta, y que dieron origen á la actitud asumida por ambos el día 18. Sarratea, que se hallaba en una casa de campo á seis leguas de la ciudad, se recibió del mando al día siguiente, y ofreció á Soler conservarlo en el mando de las armas, prometiendo á Ramírez arreglar todo según sus deseos, con lo que consiguió neutralizar al uno y amansar las iras del otro, encaminando las cosas del mejor modo posible. La Junta de representantes le confirió nuevos poderes para que asociado á un regidor negociara la paz, dándole instrucciones reservadas al efecto. El 19 de febrero publicó su primer acto el nuevo gobierno, expidiendo un indulto de desertores, á que servían de lema estas desatinadas palabras: «El »santo de la patria debe ser en adelante Libertad, y »su contraseña, Perecieron la fuerza y la opresión.»

En el mismo día, la Junta tomando en consideración las renuncias interpuestas por los municipales, cediendo á las exigencias de Ramírez y en homenaje á la paz, procedió al nombramiento de un nuevo Cabildo, compuesto en su mayor parte de amigos de Soler. De este modo todos los partidos quedaron representados

en el gobierno: los Directoriales por la Junta; Soler por el Cabildo, y Sarratea sirviendo de punto de unión á los moderados del partido caído, á los opositores de la administración caduca y á las exigencias de los federales triunfantes. Con esta garantía, Soler hizo pleito homenaje ante el Cabildo en nombre del ejército exterior, estableciendo su cuartel general en San José de Flores, y regresó á la ciudad el segundo tercio cívico que constituía su base militar.

A las 11 de la noche del día 21, el gobernador Sarratea publicó una proclama anunciando que se trasladaba al campo federal con el objeto de arreglar la paz, en la seguridad que se haría pronto, sobre bases sólidas y honrosas, pues los jefes federales se hallaban animados de iguales sentimientos, y demostrarían con sus hechos que no habían tenido el intento de humillar á la provincia de Buenos Aires, sino ayudarla «á sacu»dir el yugo que gravitaba sobre la cerviz de la Na»ción entera.» Terminaba por recomendar á los ciudadanos que desechasen desconfianzas y se entregaran á la satisfacción de producir intentos enteramente fraternales. El general don Hilarión de la Quintana quedó de gobernador delegado.

A los tres días, las salvas de artillería anunciaban casi á un mismo tiempo en Buenos Aires y en el campo federal del Pilar, que la paz estaba firmada. Ramírez saludando con tal motivo al «heroico pueblo de Buenos Aires» en la persona de Soler, le decía: «Permitan los »cielos que la libertad civil de nuestras provincias sea »acompañada de completa felicidad.» El gobernador delegado la anunciaba en estos concisos y enfáticos términos: «Están cumplidos vuestros votos, ciudadanos; »vuestra dignidad, incólume; vuestros derechos, asegu»rados. Sólo os falta para el lleno de gloria que am»bicionáis, «La unión». Esta llegó descendida del cie»lo. Bendecidla.» Soler, generalísimo de las fuerzas de mar y tierra de Buenos Aires, prorrumpía en este grito: «¡Gloria inmortal á los dignos jefes de las »legiones federales, Ramírez y López, que acaban de »firmar la paz!» El pueblo en general aceptaba con re-

signación las condiciones de la paz, como una imposición de la necesidad.

La Convención, que ha pasado á la historia con la denominación de «Tratados del Pilar», es la piedra fundamental de la reconstrucción argentina bajo la forma federal. Hasta entonces, la federación había sido un instinto de disgregación, un síntoma de descomposición, con tendencias anárquicas y antinacionales, sin propósitos políticos y sin principios confesados. Prescindiendo de la irregularidad de que la representación problemática de una ciudad y dos caudillos absolutos, estatuyen sobre lo que únicamente á la soberanía nacional competía, esa Convención revela un plan de organización futura, traza rumbos generales, establece nuevas relaciones políticas entre los pueblos, y fija reglas generales de derecho público con propósitos coherentes. Es un nuevo pacto político con arreglo á un nuevo sistema de gobierno, que, de hecho, tiende á convertirse en derecho.

Dos grandes principios dominan ese tratado: la nacionalidad y la federación. Las partes contratantes, interpretando el voto de la Nación, se reconocen partes integrantes de la comunidad argentina, y al firmar la paz, sellan nuevamente su unión, considerando el aislamiento como un accidente pasajero. Admiten la federación simplemente como un hecho, y libran su resolución á lo que en definitiva declaren los diputados de los pueblos libremente elegidos, sometiéndose de antemano á sus deliberaciones. Al efecto, convienen en la convocatoria de un Congreso de las tres provincias contratantes, popularmente elegido y fijan su reunión para los sesenta días después de las ratificaciones, comprometiéndose cada una de ellas á invitar y suplicar á las demás provincias hermanas á fin de que concurran á él, con el propósito de organizar un gobierno central y acordar cuanto pudiese convenir al bien general (Art. 1). A la vez, se establecen como principios generales: que la navegación de los ríos es común, que su reglamentación, así como el deslinde de los territorios provinciales, compete al Congreso nacio-

nal; no admitiendo la supremacía de una provincia respecto de otras (Arts. IV y VI).

Para acentuar mejor esta tendencia, esencialmente argentina, la bandera del artiguismo antinacional y disolvente era arriada; el título de Protector de los pueblos libres, dado al jefe de la liga federal de los caudillos del litoral, desaparecía; Artigas quedaba apenas mencionado como capitán general de la provincia de la Banda Oriental, ocupada toda ella por las armas extranjeras, invitándole á incorporarse á la Nación Argentina federada en igualdad de condiciones (Art. X).

Casi al mismo tiempo y á la misma hora en que esto se estipulaba, Artigas, expulsado por los portugueses y por sus propios soldados, se refugiaba derrotado en territorio argentino; daba sus instrucciones á Ramírez en el sentido de dejar reducido á Buenos Aires á la más completa impotencia; abría comunicaciones con Córdoba creyéndose el omnipotente caudillo del año XV; y escribía al que creía su teniente, en el concepto de reabrir la guerra: «Si el gobierno de »Buenos Aires queda en actitud de redoblar las ma»quinaciones, nuevos trabajos nos esperan.» A la vez que en las márgenes del Uruguay se lanzaba este grito salvaje, los caudillos argentinos, mejor inspirados, estipulaban una amnistía recíproca sin restricciones, echando un velo sobre el pasado (Art. V).

Como única satisfacción de la guerra provocada por las autoridades nacionales (y derribadas por las mismas fuerzas de Buenos Aires) se pedía el juicio público de ellas; en lo cual no hacían sino imitar el ejemplo de los partidos de principios, que desde el año de 1812 hasta 1815 se habían perseguido implacablemente unos á otros, procesándose mutuamente con menos motivo y con más crueldad que los mismos montoneros, según ha podido verse en el curso de esta hisria (Art. VII).

Sin estipular nada precisamente respecto de las relaciones con el Brasil, se hacía un llamamiento á la generosidad de Buenos Aires en los siguientes térmi-

nos: «Los gobiernos de Santa Fe y Entre Ríos por sí, »y á nombre de sus provincias, recuerdan á la heroica »provincia de Buenos Aires, cuna de la libertad de la »Nación, el estado difícil y peligroso á que se ven re»ducidos aquellos pueblos hermanos por la invasión »con que los amenaza una potencia extranjera, que »con respetables fuerzas oprime la provincia de la »Banda Oriental. Dejan á la reflexión de unos ciuda»danos tan interesados en la independencia y felicidad »nacional, el calcular los sacrificios que costará á los »de aquellas provincias atacadas, el resistir un ejér»cito imponente, careciendo de recursos, y aguardan »de su generosidad y patriotismo auxilio proporcionado »á lo arduo de la empresa, ciertos de alcanzar cuanto »quepa en la esfera de lo posible» (Art. III).

Como complemento práctico de todo esto, se estipula la inmediata suspensión de hostilidades y el retiro de las fuerzas de Santa Fe y Entre Ríos á sus respectivas provincias, 48 horas después de ratificados los tratados por la Junta de Buenos Aires, sin más garantía que el canje del instrumento público que perfeccionaba la paz (Arts. II y X).

La Convención del 23 de febrero de 1820, fué ratificada el 24 del mismo por la Junta de representantes de Buenos Aires y solemnemente promulgada el mismo día, con iluminación de las calles por tres noches consecutivas y un Tedéum, en acción de gracias al Todopoderoso. El pueblo lo que por su parte celebraba, era quedar en paz y verse cuanto antes libre de la presencia del ejército federal que ocupaba y talaba su territorio.

Tales fueron los tratados públicos del Pilar, con arreglo á los cuales Buenos Aires se declaró provincia federal de hecho, aceptando por imposición la forma que en 1816 había querido establecer por un movimiento propio renunciando al rango de capital, para desarmar los celos de las provincias hermanas.

Estos tratados tuvieron su complemento en algunas estipulaciones secretas, que sin alterarlos esencialmente, modificaban algunas de sus cláusulas, ampliaban

otras, y determinaban prácticamente el alcance de algunas proposiciones simplemente indicadas. Ellas se referían principalmente á los auxilios bélicos prometidos por Buenos Aires en términos generales, y á la actitud respecto á la invasión portuguesa en la Banda Oriental, cuestiones que se complicaban con la de los caudillos federales respecto de Artigas y la de Carrera con relación á Chile. En consecuencia, López y Ramírez recibieron secretamente 18.000 $ en dinero efectivo, 800 fusiles y otros tantos sables, además de algunas municiones y varios artículos bélicos.

Hasta aquí, esto no era sino el pago de los gastos de la guerra y el precio de la paz, armando al mismo tiempo á Ramírez para hacer frente á Artigas en la atrevida actitud que asumía frente á frente de su antiguo jefe. No sucedía lo mismo respecto de enviar el armamento embarcado en la escuadrilla, poniendo ésa á disposición de Ramírez, lo que importaba hacer á éste dueño absoluto de la navegación de los ríos, complicar las relaciones con los portugueses en la Banda Oriental y desarmarse entregándose á discreción. Pero lo más indigno fué el compromiso que contrajo secretamente Sarratea, de habilitar á don José Miguel Carrera, con armas y hombres, para hacer la guerra á la República aliada de Chile y combatir al general San Martín, que se preparaba á llevar el ejército argentino-chileno al Perú, pagando con esta doble traición la parte que el proscripto chileno había tenido en el ajuste de los tratados públicos del Pilar.

Estas transacciones, impuestas unas, imprevisoras otras, y vergonzosas por el móvil que las dictaba, que era propiciarse el apoyo de los caudillos para sostenerse en el gobierno de Buenos Aires, aun contra la opinión de la provincia, trascendieron muy luego en el público. Un sordo rumor de descontento empezó á circular; las iras del orgulloso municipio, no bien apagadas, volvieron á encenderse, y Sarratea fué considerado desde ese momento como un instrumento de López y Ramírez, y un enemigo de la causa del pueblo porteño.

Un hecho, que en otras circunstancias habría sido una prenda de paz, vino á divorciar completamente al gobernador de la opinión. El 25 entró Sarratea á la capital, acompañado de López y Ramírez, trayendo éstos sus respectivas escoltas, cuyo aspecto agreste fué mirado por la población como un insulto premeditado, que su gobernante no había tenido energía ó habilidad para prevenir. Para colmo de vilipendio, los montoneros vencedores ataron sus caballos á las rejas de la pirámide de Mayo, que se levantaba en medio de la plaza de la Victoria, el fórum de los porteños, mientras los caudillos federales recibían los honores de la hospitalidad en las Casas Consistoriales de la ciudad. Los caudillos, como avergonzados ú ofendidos por la helada recepción que se les dispensó, apenas recibieron algunas visitas privadas, y se apresuraron á ir á respirar de nuevo el aire libre de los campos.

Al día siguiente entró el resto del ejército exterior á la ciudad, fué proclamado en la plaza por Soler, que protestó que derramaría su sangre en obsequio de la libertad, con cuyo motivo el diario oficial decía que «había probado de antemano su proposición.» El general Soler, que así era elogiado por la prensa, recibía al mismo tiempo una comunicación de Bustos, en que le felicitaba por el derrocamiento de las autoridades nacionales (comunicado directamente por él á Córdoba), imitando el ejemplo de Arequito. Invitábale con tal motivo á una alianza, anunciándole que había invitado á las provincias á la convocatoria de un nuevo Congreso, y que esperaba que la de Buenos Aires ocupase un lugar distinguido en la nueva liga, continuando la obra iniciada por el pronunciamiento del puente de Márquez.

Tal era el estado de la capital el 26 de febrero cuando se supo que la columna del general don Juan R. Balcarce, salvada en Cepeda, se hallaba en el puerto de Campana, y su jefe en amistosa correspondencia con el general Ramírez. Esta columna, que habíamos perdido de vista desde su llegada á San Nicolás de los Arroyos, y que hemos visto reaparecer en

Zárate el 17 de febrero, poniendo en alarma á Soler y Ramírez, al mismo tiempo que se firmaba el armisticio de Luján, había sido por el espacio de cerca de un mes, el punto de mira de amigos y enemigos. De la actitud que tomara iba á depender la paz ó la guerra. Vamos, pues, á seguirla en sus marchas y operaciones.

Balcarce, reconcentrado en San Nicolás á la cabeza de más de 1.200 hombres de línea, se dirigió al Director Supremo manifestando que sus soldados estaban prontos á sacrificarse por la integridad y seguridad de la provincia, y por la dignidad y decoro de las autoridades constituídas; y que en tal sentido obrarían contra los que invadiesen, así como «contra los aspi»rantes que fuesen capaces de poner á Buenos Aires y »su campaña en la más distante opresión para que no »expresara de un modo solemne y libre su voluntad »general, siempre que el estado público lo exigiese.» Esta invocación en primer lugar á los intereses de la provincia, el modo vago de referirse á las autoridades nacionales, los circunloquios para designar con precisión al enemigo, y el camino de retirada que se reservaba á todo evento con arreglo á las exigencias de la política, muestran que el espíritu de Balcarce fluctuaba. No obstante esto, su decisión era someterse al Director, para defender á Buenos Aires, y en tal sentido le decía: «Hago este anuncio para que use de él como crea más conveniente á la salvación de la provincia.»

El 14 tuvo conocimiento de lo que había ocurrido en la capital. Ante la caída del Directorio y del Congreso, la reasunción del mando por el Cabildo, el pronunciamiento de Soler y los trabajos que se anunciaban en el sentido de la paz, el general proclamó á sus «compatriotas y compañeros» en el mismo sentido que antes se había manifestado al Director, constituyéndose en el campeón de Buenos Aires, en términos más enérgicos, pero en las mismas reservas que antes. «Marcho de este punto (decía) á salvar la provincia »de la anarquía, y sostener las autoridades constituí»das, ó las que por libre y espontánea voluntad de los

»habitantes se establezcan.» A la vez prometía «res»petar la concordia y unión con los pueblos hermanos »y hacer uso de todo el rigor de las armas, contra »los que imprudentemente le hiciesen pública oposi»ción, poniendo á la patria en conflicto.» Con tal motivo llamaba á los hombres honrados «á defender una causa tan privilegiada», y terminaba anunciándoles «que participarían de sus triunfos é inmortalizarían su memoria.»

Estas manifestaciones de Balcarce, inmediatamente publicadas por la «Gaceta», eran interpretadas en diverso sentido, alentando á unos, tranquilizando á otros y manteniendo fijas sobre su actitud las miradas de todo el país. Los directoriales veían en él un restaurador del orden nacional; los porteños, un salvador de sus derechos provinciales; los ambiciosos ó los pacíficos, deducían de sus mismos conceptos que venía á aceptar los hechos consumados ó que se consumasen, como que todo esto se contenía en sus actos y proclamas.

En el fondo, Balcarce pertenecía en cuerpo y alma al orden de cosas vencido en Cepeda, cuyo único laurel levantaba con orgullo en sus manos. Era porteño de raza, y como tal estaba dispuesto á sacrificarse por su provincia. Consideraba á los federales como enemigos, así en la paz como en la guerra, y en tal concepto procedía. Empero, su cabeza no estaba al nivel de la expectabilidad que le había dado su reciente hazaña, y no es extraño que fluctuara, cuando otros más inteligentes ó con más medios que él se extraviaban, traicionaban, ó se dejaban arrastrar por sus pasiones egoístas ó cobardes. Esta justicia debe hacerse á este hombre bueno y bravo, de cortos alcances políticos y de mediana inteligencia militar, á quien alternativamente hemos juzgado con aprecio, con benevolencia ó con severidad, reconociendo siempre en él al patriota bien intencionado, no obstante su candorosa jactancia y su genial aturdimiento. Por esta vez, empero, si don Juan Ramón Balcarce no era el hombre de la situación, fué merecidamente el único héroe de Buenos

Aires. Al frente de un puñado de hombres salvados del campo de la derrota, aislado en un extremo del territorio, sin consejeros y con noticias confusas de lo que pasaba, él tuvo la inspiración del momento. Resolvió dirigirse á Buenos Aires. En consecuencia, su primer cuidado fué conservar como base de operaciones la ciudad de San Nicolás, dejándola guarnecida por el batallón de cazadores al mando del coronel Vidal, lo que revelaba su propósito de sostener el territorio contra los invasores. En seguida, y después de dar la proclama de que nos hemos ocupado ya, se embarcó en la escuadrilla y se lanzó aguas abajo del Paraná, á la cabeza de cerca de mil hombres decididos, cuyo entusiasmo había sabido alimentar, manteniendo sobre ellos su dominio moral.

La expedición descendía lentamente el río, haciendo desembarcos en la costa con el objeto de proporcionarse víveres. El 17 se hallaba á inmediaciones del puerto de Zárate, y fué en tales circunstancias que una de las partidas de Balcarce se encontró con una partida de los federales, cambiándose algunos tiros sin consecuencia. Este fué el hecho que alarmó á Soler y los caudillos federales, que en el mismo día firmaban el armisticio de Luján. Puesto de acuerdo Soler con López y Ramírez para obrar militarmente contra Balcarce, en caso que éste avanzase en actitud hostil, según ya se explicó, el primero de ellos, invocando facultades omnímodas que no tenía, ordenó al general expedicionario con fecha 18, por medio de triplicados oficios, que detuviera su marcha, que se abstuviese de toda hostilidad, y que se estacionara en el punto en que se hallaba, caso de no retrogradar al punto de partida.

La noticia de la marcha de la columna de Cepeda, había puesto en conmoción la capital; las esperanzas y los temores revivían con su aproximación. El gobierno lleno de inquietudes se apresuró á instruir á Balcarce de la situación, conjurándole en el interés de la paz pública, observase el armisticio. En el mismo día hacía decir en la «Gaceta» que «el general

»Balcarce marchaba sin tener noticia del estado de las »negociaciones, y que jefe tan digno no haría sino se»cundarlas por su parte, así que llegasen á sus manos »las comunicaciones que se le habían dirigido.» Los que en otro sentido tenían puestas sus esperanzas en la columna expedicionaria, se apresuraban por su parte á despachar emisarios cerca del General, con el objeto de incitarle á que adelantase sus marchas y se hiciera dueño de la situación.

El día 20, á las siete de la noche, recibió Balcarce á inmediaciones del puerto de Zárate uno de los triplicados de Soler. En el acto contestó: que era la primer noticia que tenía del armisticio, y que deseaba la conclusión de un tratado que alejase la guerra, asegurando que él no era hombre de contrariar la paz. Agregaba que no le era posible retrogradar á San Nicolás ni estacionarse donde se encontraba por falta de víveres; terminando por declarar, que «conforme á las »circunstancias en que se hallase su tropa se absten»dría de cometer hostilidades contra los federales.» Esta comunicación de Balcarce, tan reservada como era, tranquilizó un tanto á los hombres del gobierno. La ansiedad pública era tal, que ella fué publicada en hoja suelta á las 11 de la noche, juntamente con una proclama del gobernador delegado Quintana, haciéndose por la primera vez oficialmente el elogio «de la gloriosa retirada de Cepeda.»

Balcarce se encerró en una defensiva expectante, que estando á sus palabras de obrar conforme á las circunstancias, no dejaba de tener algo de amenazador, siendo como era dueño del camino de las aguas. Los emisarios despachados por sus amigos desde la capital, le prevenían proceder con toda cautela, pues á pesar de todas las manifestaciones públicas, se le tenía por sospechoso. El 22, recibió aviso de que debía ser atacado en su posición violando el armisticio, y que para el efecto el mismo gobierno de Buenos Aires había proporcionado artillería al ejército federal, lo que sin embargo no tuvo efecto. El 23 se celebraron los tratados del Pilar, y el 24 fueron comunicados á Bal-

carce. Este, sea que obedeciera á una impresión del momento al conocer las condiciones públicas de la paz; sea que siguiese las instrucciones de sus amigos; ó como él mismo lo ha dicho, que, ocultando sus verdaderos sentimientos, procurase salvar sus tropas de la posición embarazosa en que se encontraban, ello es que, en la misma fecha escribía á Ramírez una carta exageradamente entusiasta. En ella decía, excediendo en alabanzas la de Soler: «¡Viva el general Ra»mírez! ¡Viva otra vez! y ¡Viva mil veces eterno en »nuestra memoria!» En seguida aplaudía el tratado, le expresaba que á Ramírez se debería la libertad común, pues era «un genio benéfico que los elevaba de la muerte á la vida y de la infamia á la gloria,» enviándole en consecuencia «los brazos y la amistad de su ejército,» y terminando con estas palabras: «Ven»ga usted ó correré yo á manifestar y ratificar lo mis»mo que acabo de significar, y que sostendré con igual »constancia que he obrado en nuestra fatal discordia »interior.» Si este lenguaje fué un ardid de guerra, él produjo todos los resultados que por el momento podían desearse, pues desde entonces la actitud de la columna de Cepeda dejó de ser un cuidado para Sarratea, Soler y los federales.

Pero la expedición estacionada en Zárate era siempre el punto de mira de los patriotas locales. Considerando como una humillación los tratados impuestos del Pilar, ofendidos por el modo cómo empezaban á ejecutarse sus artículos secretos, descontentos con Soler que tan mal los había defendido, sin confianza en Sarratea, veían en la columna de Cepeda la base para rehacer su poder político y militar. Este estado de la opinión debía naturalmente obrar sobre las decisiones de Balcarce, empeñosamente instado por sus amigos de la capital á fin de que acudiese con sus fuerzas á dar consistencia al sentimiento público. En consecuencia Balcarce de acuerdo con sus jefes se decidió á continuar secretamente su viaje aguas abajo, y en la mañana del 1.° de marzo desembarcó en los Olivos á tres leguas de Buenos Aires. Desde allí dirigió una no-

ta a la Junta de representantes firmada por los principales jefes, que era un verdadero manifiesto de paz ó de guerra. Explicaba en ella los medios de que se había valido para salvar su columna, burlando las asechanzas de los federales complotados con el gobierno contra él, y reclamaba contra el no cumplimiento de los tratados del Pilar, en términos explícitos: «Ha »corrido el término de la ejecución de los tratados; »existe en el territorio el ejército federal contra lo es»tipulado, comete iguales violencias que siendo ene»migo aún; ocupa los mismos puntos, ó poco menos »inmediatos, y está á nuestra observación. ¿Podrá »nuestra seguridad ser respetada? ¿Nosotros podemos »fiarnos de las promesas con tan vehementes indicios? »V. E. puede persuadirnos, pero nosotros interesamos »tan honorable cuerpo en esclarecimiento de lo expues»to, y honor de la provincia.»

Esta nota fué la primera noticia que se tuvo de la llegada de la expedición. La ciudad revivió desde aquel momento como por encanto. El entusiasmo de sus habitantes estalló como una llamarada súbita. El pueblo quería conceder los honores del triunfo á los soldados que habían salvado del campo de batalla su honor y su bandera. La alarma de Sarratea, las indecisiones de Soler, la prudencia de las corporaciones, las resistencias ó los celos, todo cedió ante esta manifestación espontánea del sentimiento público. La Junta, de acuerdo con el Cabildo y el gobernador, le diputó una comisión compuesta de un Representante y un Regidor, manifestándole de oficio, que todas las autoridades estaban satisfechas de su mérito y conducta, inculcando especialmente en que el gobernador participaba de estos sentimientos. Decíale además «que »las incertidumbres en que á la distancia se había vis»to con el ejército de su mando y los recelos que le »habían ocurrido, no podían tener otro origen que tor»cidas ideas esparcidas por los enemigos de la con»cordia; terminando por significarle, que la garantía de este acuerdo debía bastarle, pues cualquier otra

no sería digna ni de sus representantes, ni honrosa para él y su ejército.

A las seis de la tarde del mismo día, subía la columna de Cepeda la barranca del Retiro, en circunstancias que la diputación nombrada iba á su encuentro. Balcarce, que marchaba á su cabeza, impuesto de las seguridades que se le daban, protestó que su ánimo no era perturbar el orden, y siguió en columna á son de músicas y banderas desplegadas por la calle que entonces llevaba el nombre de Victoria (hoy Florida). El pueblo salió á su encuentro y le vitoreó con entusiasmo en todo su tránsito. Al penetrar á la plaza de la Victoria, las campanas de la ciudad se echaron á vuelo, la artillería de la Fortaleza hizo una salva en su honor, y la multitud pobló el aire con sus aclamaciones, disputándose el honor de ir á saludar al General al pie de su caballo.

Balcarce formó su tropa en columna cerrada frente á la pirámide de Mayo, donde pocos días antes habían atado sus caballos los vencedores de Cepeda, y la arengó en alta voz, en medio de ¡vivas! que interrumpían su discurso. Díjole: que en el campo de batalla les había prometido morir con ellos ó traerlos al seno de sus familias llenos de honor: que el cielo le había permitido cumplir su promesa, para que recibieran el parabién afectuoso de sus esposas y sus hijos, como el único premio digno de sus virtudes cívicas y sus gloriosos esfuerzos. En seguida subió á la sala capitular, acompañado de su estado mayor, donde fué recibido por la Junta de Representantes y el Cabildo. Poco después llegó el gobernador Sarratea, y en nombre del pueblo y de las autoridades, lo felicitó por la gloriosa campaña que acababa de hacer, confirmando la concurrencia esta felicitación con un inmenso aplauso. De allí fué conducido en triunfo hasta su casa.

Si Balcarce hubiese sido un hombre de criterio político, ésta habría sido para él la ocasión de contribuir eficazmente á dar carácter á aquella situación confusa. Tenía de su parte la popularidad y la fuerza, y podía contar con el apoyo legal de la Junta de Re-

presentantes, compuesta casi en su totalidad de hombres de su partido. Desgraciadamente, el general era un corazón sin cabeza. Sus sentimientos lo ponían del lado de la causa local de Buenos Aires; sus antecedentes lo vinculaban á la administración nacional caída; sus pasiones lo alejaban de los hombres que se habían apoderado del gobierno y compartían con él la fuerza; y sus amigos le aconsejaban mal, explotando sus debilidades y sus vagas ambiciones. Esta falta de equilibrio político, lo colocaban en una posición falsa. Enemigo de los federales por instinto, se ponía en pugna con ellos, sin estar resuelto ni preparado á la lucha. Apoyándose principalmente en los elementos personales de la administración caída, se comprometía ostensiblemente en un plan de restauración, que él mismo consideraba imposible, en el hecho de circunscribirse al círculo de los intereses provinciales. Receloso de Soler, prevenido contra Sarratea, confiando por demás en las impresiones pasajeras de un pueblo entusiasta, pero desorganizado, que comprometía la paz sin querer la guerra, y cuyas fuerzas cívicas se disipaban en la atmósfera del agitado municipio, el general Balcarce flotaba sin rumbo en medio de corrientes encontradas. Con más claridad de vistas, pudo haber apoyado condicionalmente á Sarratea, imponiéndole quizá una política patriótica, y contenido á Soler, utilizando su influencia; y de este modo, oponer la acción compacta de Buenos Aires á las pretensiones dominadoras de los caudillos, sin comprometer la paz, ni malgastar las fuerzas cívicas.

Pero sea que las pasiones ó los intereses ocupasen el lugar de la razón; sea que los sucesos obedecieran á un impulso propio, que no podía ser contrariado por voluntades aisladas, hay que reconocer que una ley histórica gobernaba este desorden. Balcarce, en pugna con Sarratea y con los federales, y alejado de Soler, preparaba inconscientemente la renovación del antiguo partido nacional, en condiciones vitales, demostrando prácticamente á la vez, la imposibilidad de una restauración del sistema directorial. Sarratea, buscando su

punto de apoyo en los caudillos, perdía su base natural de gobierno, y se encargaba de patentizar la impotencia de fuerzas extrañas para influir en el régimen interno de Buenos Aires. Soler, obrando por su cuenta, alternativamente divorciado ó aliado con el porteñismo ó el federalismo, desacreditaba el caudillaje militar como elemento de orden y de transformación política y social. Era que las fuerzas en movimiento no se habían aún modificado por el instantáneo choque, ni las pasiones de los combatientes confundido lo bastante, ni complicádose los intereses á punto de buscarles una solución por acciones y reacciones recíprocas. Por eso, el resultado parcial que Balcarce pudo haber alcanzado procediendo con más método y prudencia, si bien hubiera salvado por el momento á Buenos Aires de nuevos desórdenes, habría dejado las cosas en el mismo estado, sin resolver las grandes cuestiones nacionales. Buenos Aires habría quedado más compacto, pero más aislado; la liga de caudillos, con más fuerza que antes, no se habría deshecho; el poder civilizador de unos no habría penetrado la fuerza semibárbara de los otros; y el espíritu nacional, con las tendencias distintas más bien que opuestas, que cada parte llevaba en sí, no se habría mancomunado por la lucha, dilatándose por el vínculo de los mismo combatientes en todo el territorio argentino. Dada la descomposición del viejo régimen, y el embrión democrático representado por la masa social, ésta era la ley histórica que tenía que cumplirse, para que la transformación se operase en torno del organismo de Buenos Aires, al mismo tiempo que se transformaba, asimilándose fuerzas nuevas, para ser á su vez el tipo de una nueva sociabilidad política.

Mientras tanto, las fuerzas en movimiento seguían su trabajo de descomposición. Sarratea intrigaba contra Balcarce para desarmarlo, Soler buscaba el apoyo de la fuerza de Balcarce, para sobreponerse á Sarratea; Balcarce, empujado por sus amigos políticos, conspiraba contra Sarratea, sin uniformarse con Soler;

y los federales, recelosos, resentidos y no bien satisfechos, se disponían á provocar de nuevo la lucha.

El anuncio de la reaparición del general Alvear en la política militante, vino á introducir un nuevo elemento de perturbación. El odio hacia Alvear era la pasión dominante de Buenos Aires: bastaba pronunciar su nombre para que todos los cívicos acudiesen á las armas en su contra. Este personaje, cuyo retrato hemos hecho bajo diversas faces, y al cual no pueden negarse cualidades notables, había merecido su caída y no era digno de levantarse. Poseído de una ambición personal y sin escrúpulos, impávido y lleno de imaginación, creía en las improvisaciones y todo lo fiaba á los golpes teatrales, sin tomarse el trabajo de madurar sus planes, ni siquiera de esperar las oportunidades propicias. Era en toda la extensión de la palabra un calavera político, como él mismo se encargó de demostrarlo con sus acciones. Amigo de Carrera desde España, y principalmente desde 1814, y su colaborador durante su permanencia en Montevideo, contaba con esta influencia para propiciarse la voluntad de los caudillos federales. Enemigo de Soler, que había contribuído á su caída en 1815, creía que éste sería un título para poderse entender con Sarratea, con quien tenía puntos de contacto. Amigo particular de Balcarce, contaba con su sencillez para ponerlo de su parte. Contando con un núcleo de jefes y oficiales dispersos, que constituían todo su partido, ésta era su base de acción para apoderarse del ejército. La caída de la administración directorial y la amnistía del tratado del Pilar, creyó que le abría las puertas de la patria después de cinco años de proscripción; pero conociendo la animadversión popular que contra él existía, resolvió penetrar incógnito á Buenos Aires. Fué la prensa la primera que dió contra él la señal de alarma, declarándolo como tirano, fuera de toda ley de amnistía, precisamente en el día en que la columna de Cepeda era recibida en triunfo. Pronto se tuvo la certidumbre de que Alvear se hallaba oculto en la ciudad, aumentando con esto la agitación, que fué creciendo sorda-

mente en los días 2 y 3, empero no se diseñase un propósito claro en la opinión.

La alarma cundió en el campo de los federales, que aun no habían empezado á ejecutar su retirada. Ramírez debió ver una amenaza en la actitud de Balcarce, y dirigió á Sarratea reclamaciones en este sentido. Balcarce por su parte, ofendido de que López y Ramírez lo hubiesen incluído en sus partes entre los generales vencidos en Cepeda, eligió este momento para hacer su propio elogio, en un papel jactancioso que publicó el día 4. Empezaba diciendo: «Yo he merecido vuestros elogios y vivas, y aun me creo ofendido,» y seguía enumerando sus hazañas desde 1806 hasta la retirada de Cepeda, declarando que jamás había sido vencido. Después de explicar por qué había llamado «caudillo» y no general á Ramírez, y enrostrarle que hubiese pretendido atacarlo en medio del armisticio, terminaba con estas significativas palabras: «Creedme siempre »con el carácter necesario para morir por la defensa de »vuestros derechos, de vuestra dignidad, y del decoro »con que os habéis distinguido desde el célebre 25 de »Mayo de 1810 hasta estas últimas ocurrencias.» Esta era una verdadera declaración de guerra, reabriendo puerilmente en nombre de la susceptibilidad personal, las cuestiones que habían sido zanjadas por la convención del Pilar, y que de buena ó mala gana el mismo Balcarce había aceptado con aplauso.

Al día siguiente á las doce (5 de marzo), la Junta de Representantes, contando con el apoyo del Cabildo, de Soler y de Balcarce, asumió ante el gobierno una actitud agresiva, dirigiéndole dos oficios conminatorios cuya publicación inmediata dispuso. Por el primero de ellos, denunciaba la presencia de Alvear en la ciudad, y fulminaba contra él anatemas, ordenando su prisión y destierro y poniéndolo fuera de la protección de las leyes. Por el otro, y con referencia al Cabildo «de acuerdo con los generales Soler, Balcarce y Quintana,» hacía cargos al gobernador Sarratea por haber hecho y estar preparándose á hacer entregas de artículos bélicos al ejército federal cuando éste no había

evacuado aún el territorio de la provincia «lo que inspiraba sospechas de fines siniestros;» previniéndole en seguida, que para precaver «las fatales consecuencias que podían originarse de esta alarma» suspendiese todo envío de armamento, hasta que restituídas á sus respectivos territorios las fuerzas de Santa Fe y Entre Ríos las pudieran emplear únicamente contra la invasión extranjera, conforme á los tratados del Pilar. Sarratea comprendió que ésta era la señal de una revolución, y se ocultó en el acto, procurando ponerse de acuerdo con López y Ramírez para obrar según las circunstancias.

El batallón de Aguerridos acuartelado en el Retiro, que era la base de la columna de Cepeda, permaneció todo el día sobre las armas. En la tarde se vió entrar en el cuartel á su jefe el coronel Rolón, acompañando al general Balcarce, y poco después á don Carlos Alvear con un oficial de la guarnición. Desde este momento crecieron las alarmas y nadie pudo atinar á qué punto se encaminaban los sucesos, y probablemente Balcarce menos que ninguno. Había proclamado una campaña de restauración sobre la base de la paz y aceptado la situación que encontró hecha. Se había lanzado á conspirar contra el gobierno, sin plan y sin decisión fija, de acuerdo con la Junta de Representantes, con el Cabildo y con Soler, y se ponía de acuerdo con Alvear, enemigo irreconciliable de éstos y de todo el pueblo de Buenos Aires, del cual se constituía en campeón. Había roto con los federales sin los medios de hacer la guerra, en nombre de un pueril amor propio; y después de autorizar con su nombre las comunicaciones á Sarratea, protegía con sus armas al general Alvear, el amigo de Carrera, de los federales y de Sarratea, rompiendo por el hecho su alianza con Soler, y se enajenaba el apoyo de la Junta de Representantes y del Cabildo, es decir, la concurrencia de la fuerza por una parte y la de la legalidad por otra. Bajo estos auspicios, la revolución que se preparaba debía dar por resultado una derrota vergonzosa, sin el concur-

so de la opinión, y sin la gloria del sacrificio deliberado.

La noche se pasó en alarma. En la mañana del 6, estalló pacíficamente la revolución, apoyándola Balcarce pasivamente con su tropa acuartelada y el general Alvear bajo su protección. Esta revolución municipal, vaciada en el molde clásico de la del 25 de Mayo, tenía por teatro la plaza pública, por centro el Cabildo y por agente la parte activa del pueblo peticionando ó decidiendo por sí mismo en representación de todo el pueblo, con el apoyo pasivo de la fuerza militar. Por esta vez un nuevo elemento se había incorporado á las filas populares. Era la nueva generación que se había criado y educado en el transcurso de diez años de revolución, que hacía su aparición en el campo de la política. Inteligente y activa, nutrida de ideas democráticas, aunque sin sentido práctico; animada de pasiones fogosas que buscaban alimento; antifederal por repulsión á la barbarie, y centralista por instinto patriótico; radicalmente porteño por su composición y sus tendencias civilizadoras, sus simpatías estaban del lado de los que en primera línea habían representado la revolución de la independencia, bien que persiguiendo vagamente otro ideal. Este elemento nuevo, destinado á renovar el viejo partido directorial, era el núcleo de un nuevo partido unitario, que debía renovar la lucha en otro terreno y con otra táctica política. Sin aspirar á la dominación de la república por el centralismo gubernamental, evolucionaba en el campo del Municipio de Buenos Aires, á fin de organizar unitariamente la provincia, creando así sin saberlo, el tipo de Estado federal, que á su tiempo se impondría como forma coherente á las demás provincias, después de recibir de ellas la imposición del hecho bajo cuyo imperio procedían, pretendiendo destruirlo. Allí se veían jóvenes abogados, publicistas, políticos noveles y poetas que reemplazaban á los antiguos cantores de la revolución de Mayo, acaudillando los grupos populares, que desde muy temprano empezaron á invadir la plaza de la Victoria en la maña-

na del 6 de enero. El elemento viejo apenas estaba representado por el Dr. don Pedro Medrano, remedo de hombre político; por el Dr. Echevarría, el negociador desairado de la paz con Ramírez, que se había declarado contra los federales, rompiendo con ellos abiertamente; el fraile dominico Ignacio Grela, orador de púlpito y barricadas, agitador bullicioso de la plebe y partidario de Balcarce, echándose de menos la presencia de los prohombres del antiguo partido directorial, que se mantenían en la sombra.

Reunida una parte del Cabildo, recibió de manos de una diputación popular, tres ejemplares de una presentación de un mismo tenor, subscripta por 165 ciudadanos. En ella se condenaban los movimientos de 11 y 18 de febrero, que habían dado por resultado la caída del Congreso, del Directorio y la del Cabildo anterior, expresando «que no querían renovar el do»lor del pueblo refiriéndolos, aun cuando reconocían »que «la caducidad de las antiguas autoridades esta»ba evidenciada;» pero que habiéndose ofendido la »dignidad de las provincias en el modo como fueron »depuestas, correspondía al pueblo resolver sobre este »punto.» Declaraban que la administración de Sarratea no les inspiraba confianza, por el hecho de haber entregado armas al ejército federal, manifestando que era de interés público su cese inmediato, á fin de que el mando recayese en persona que reuniese el voto público, y con prudencia salvase el honor, sin comprometer en lo substancial la paz ajustada con Entre Ríos y Santa Fe. Para deliberar por sí sobre estos puntos, los firmantes pedían que se les franqueara la sala capitular, protestando que veneraban la autoridad del Cabildo.

Concedida la petición, la sala fué invadida por una multitud, á cuyo frente se veían á Medrano, el P. Grela y á Echevarría. Como el local era estrecho y apenas cabían en él cien personas de pie, el resto de la concurrencia permaneció en las galerías y las escaleras, apoyando su actitud algunos grupos que llenaban la plaza. Abierta la sesión pública bajo la presidencia

del Cabildo, dióse lectura de la petición, y puesta á discusión, nadie la contradijo. Entonces se vió adelantarse al general Soler, quien manifestó dos órdenes libradas por el gobernador Sarratea mandando entregar secretamente á Ramírez varias cantidades de armamento y municiones. Bajo el peso de esta acusación y la autoridad del que la hacía, pronunció el pueblo la deposición de Sarratea. Siguióse una discusión desordenada, en que algunos manifestaron la conveniencia de restablecer las antiguas autoridades nacionales. Al fin se acordó proceder inmediatamente al nombramiento de un gobernador, perfeccionándose la elección, no por la Junta de representantes que se hallaba incompleta, sino por el voto individual de todos los ciudadanos, convocados al efecto por el Cabildo. A las cuatro de la tarde se cerró el escrutinio, y resultando electo por mayoría el general don Juan Ramón Balcarce, prestó en el acto juramento en presencia del pueblo que lo aclamaba.

Al disolverse la reunión popular, estaba también deshecha la revolución. Los elementos incoherentes, reunidos por un momento en el pretorio municipal contra Sarratea y los federales, no habían podido amalgamarse. Soler alarmado con la presencia de Alvear al lado de Balcarce, comprendiendo que era antipático á los revolucionarios y que en la nueva situación no tendría cabida, se decidió á sostener la autoridad de Sarratea, á cuya deposición acababa de contribuir. Los cívicos, que eran partidarios de Buenos Aires, pero no de las autoridades caídas, se desmoralizaron al solo anuncio de que se pensara en una restauración, y la separación de Soler acabó de desorganizarlos moralmente. Los mismos directoriales no se atrevían á asumir la responsabilidad de una aventura tan peligrosa como incierta, y la Junta de Representantes, compuesta en mayoría por ellos, fué la primera que desertó el campo de la acción. El espíritu público, un momento excitado por los bríos de una juventud tan entusiasta como inexperta, desmayó, y los notables del municipio se escondieron en sus casas. Los jefes

militares y las tropas de línea apenas sujetas por el vínculo de la disciplina, participaron de estas influencias deletéreas. La descomposición fué instantánea: Balcarce quedó solo, y lo que es peor, mal rodeado y mal aconsejado, sin tener en su cabeza recursos con que hacer frente á la difícil situación que él mismo se había creado.

El mismo día, Balcarce comunicó su nombramiento á los generales federales. López le contestó, que lo desconocía como parto de un movimiento tumultuoso de la facción de los tiranos, que se disponía á sofocar inmediatamente con sus armas. Quejóse de esta contestación á Ramírez, quien le respondió en términos iracundos, diciéndole que «por la ambición de ser go»bernador envolvía en sangre á su patria con una in»discreción admirable, porque así convenía á los inte»reses de una facción execrable que pretendía entroni»zarse de nuevo; y que, en consecuencia, sólo reconocía »la autoridad del digno gobernador Sarratea, quien »desde su mismo cuartel dictaba sus órdenes que eran »obedecidas con regocijo general.»

En la noche, el Cabildo expidió una circular á los alcaldes de barrio, convocando á un Cabildo abierto.

El pueblo que concurrió á la sala capitular el día 7, fué una masa de gente desconocida que obedecía al llamado sin saber de lo que se trataba. En vista de esto, el Cabildo expidió á las dos de la tarde, un bando convocando «al pueblo soberano á una reunión que debía verificarse á las 5 de la tarde en el templo» de San Ignacio, «para continuar las discusiones pendientes del día.» Reunidos los ciudadanos á la hora señalada, fué llamado el gobernador Balcarce á su seno, á fin de dar explicaciones sobre los rumores que circulaban, respecto de quebrantamiento de los tratados de paz firmados con los gobernadores de Entre Ríos y Santa Fe. Esta moción indicaba, que el único sentimiento que prevalecía en la asamblea, era el temor de la guerra. Interrogado Balcarce sobre este punto, contestó: que estaba dispuesto á sostener aquellos tratados por su parte, y que sólo existía el temor de que los federales

no los cumpliesen. Con este motivo se trabó una discusión grotesca y tumultuosa, en que todos hablaban y nadie se entendía. Entonces subió al púlpito, que hacía las veces de tribuna, un hombre desconocido y habló en estos términos: «No he asistido á ninguna de las »reuniones anteriores y no conozco el objeto de la pre»sente. He procurado informarme por el bando que dice »se ha publicado á las dos de la tarde, pero no he po»dido encontrarlo. Por lo que he oído, tampoco he podi»do descubrir el objeto de esta reunión. Si se trata »de consultar al pueblo, ya sea sobre el punto que mo»tiva esta reunión, que muchos de los presentes ignoran »como yo; ya sea sobre cualquier otro que obligue »á consultarlo en adelante, el modo más seguro es »nombrar diputados de barrio, quienes con instruccio»nes de sus comitentes puedan resolver conforme al »voto público en unión con la municipalidad.» Esta proposición anónima, que hacía la caricatura de la asamblea y que nada resolvía, fué aceptada unánimemente diciéndose que en el ínter, «el gobernador guar»dase é hiciese cumplir religiosamente el tenor literal »de los tratados de paz firmados por los gobernadores »de las tres provincias.»

El día 8 se supo que Sarratea había expedido circulares á toda la campaña mandando reunir las milicias «para marchar contra la facción realista y Buenos Aires»; que Soler había establecido su cuartel general en Santos Lugares, y que muchos cívicos de la ciudad y jefes del ejército se le habían reunido con sus armas; que el ejército federal se movía sobre la ciudad, y que una parte de la caballería veterana de la plaza estaba con el enemigo.

Balcarce, con el ánimo fuerte, pero con la cabeza perdida, no acertaba á dictar una sola disposición. Aconsejado por el doctor Medrano, que tenía la manía de peroraciones gerundianas expidió sucesivamente cuatro proclamas extravagantes, que produjeron un efecto desastroso en la opinión. La primera de ellas era una especie de homilía pacífica, salpicada de medias promesas y anatemas contra propios y extraños, cuya

tendencia manifiesta parecía ser amansar y atemorizar á la vez á los caudillos federales. «Me desvelo (decía »en ella) por la salud del país, y tal vez logre co»rresponder á vuestro honor. Conservaré religiosamente »la paz firmada con los gobernadores de Santa Fe y »Entre Ríos, pero jamás comprometeré la dignidad y »honor de la provincia. Respetaré en el hombre to»dos sus derechos, pero no disimularé al que maquine »contra la tranquilidad pública. El ciudadano honrado »viva tranquilo; mas el perturbador y osado debe »temblar.—Si las fundadas esperanzas de que no será »alterada la paz fuesen defraudadas, el país se esforza»rá en mantener su honor, y todos nos sacrificaremos »en tan ilustre lucha, pero aguardando todo de la »probidad y justificación de los jefes contratantes.»— Horas después anunciaba en otra proclama, que Ramírez unido á Sarratea, Soler y otros jefes, intentaban hollar é infamar al pueblo de Buenos Aires, levantando la campaña, y concitaba á los ciudadanos á rechazar el ultraje, convocándolos al efecto á una reunión popular, en que daría sus informes y recibiría sus aspiraciones. Por la tercera proclama anunciaba á los mismos ciudadanos que podían vivir seguros, porque: «Si el »gran pueblo pudiese ser amagado de ataque en sus »atributos (dignidad y honor), el gobierno y demás »militares honrados y patriotas, marcharían al des»agravio ó al sepulcro.» La cuarta proclama tenía por objeto desautorizar los rumores de que se hubiese entronizado «la facción de Pueyrredón», asegurando que el gobierno «no pertenecía á otro partido que el de la patria.» Por último expedía una pomposa orden del día, en que se ensalzaban á 34 desertores que de la caballería veterana habían regresado á la ciudad, mandando premiar con cuatro pesos á los soldados y con cinco pesos á los sargentos. Con tal motivo se echaron á vuelo las campanas en celebridad de la guerra, y en la noche tuvo lugar una procesión popular á los gritos de «¡Muera Sarratea! ¡Muera Soler! ¡Mueran los federales!»

Simultáneamente, con la expedición de estas extra-

vagantes proclamas que esparcían la desmoralización en toda la ciudad, el gobernador Balcarce se dirigió al Cabildo, ordenando que para el día siguiente (9 de marzo) á las siete de la mañana, fuese convocado «el pueblo en masa», para exponerle asuntos de la mayor importancia. El Cabildo observó, que el pueblo reunido el día anterior en San Ignacio, había determinado nombrar diputados de barrio para deliberar en representación suya sobre todo lo conducente á la salud pública, y que, en consecuencia, estaban dadas las órdenes para que la elección tuviese lugar el día indicado á las cuatro de la tarde; por lo cual y por ser la voluntad manifiesta del pueblo no ser consultado en otra forma, creía el Cabildo más prudente esperar que la Junta de representantes estuviera constituída, á fin de someter todo á su decisión. El gobernador Balcarce insistió en la convocación popular, «por serle urgente »(decía), se le nombrase substituto para poder salir »á campaña al frente de sus tropas, y que hacía res»ponsable al Cabildo de las consecuencias de la de»mora.» Al mismo tiempo se dirigía á la corporación á efecto de que invitase al vecindario á erogar una contribución voluntaria para satisfacer urgencias que no admitían demora. El Cabildo contestó ambas notas, que en cumplimiento de lo ordenado iba á convocar al pueblo, excusándose de exigir el donativo.

En la mañana del 9 se abrieron nuevamente las puertas del Cabildo para dar entrada al pueblo de antemano convocado. Pocos momentos después, se presentó el gobernador, y exhibió una circular de Sarratea interceptada, en la que se decía que el nombramiento de Balcarce era obra de la fuerza militar, en vista de lo cual pedía al pueblo deliberase sobre lo expuesto y le indicara cómo debía proceder en tan críticas circunstancias. El «pueblo» declaró una, dos, tres y cuatro veces, que rechazaba el insulto; que lo había nombrado por su libre voluntad y que renovaba las «omnímodas facultades» que le había conferido en los días 6 y 7, para que sin consulta alguna obrase en su favor, defendiendo su honor y su libertad. Balcarce,

aceptando las facultades interrogó al pueblo, si en virtud de ellas podía castigar á los ciudadanos que turbaban el orden, y el pueblo contestó, que «Sí», afirmando su voto con un grito general de: «¡Viva la patria!» Entonces Balcarce llevando la mano al puño de su espada con ademán teatral, cual convenía á un dictador aclamado por 200 personas, protestó que no reservaría ni la vida para cumplir la voluntad del pueblo, y sostener el honor de la provincia.

Hasta ese momento no se había dictado ninguna medida, ni convocado la milicia, ni dado siquiera organización á la fuerza de línea diseminada en la ciudad. Para resarcir el tiempo perdido, el gobernador empezó á expedir disposiciones tan inconexas, que vinieron á revelar que la situación estaba perdida, hasta en la conciencia del que las firmaba. En el acto de salir del Cabildo, dictó un bando invocando la autorización del «pueblo soberano» en que mandaba: que todo ciudadano penetrado de sentimientos patrióticos, se reuniese al ejército en el siguiente día, á pie ó á caballo. Por otro artículo se disponía que «para cortar en su raíz el »origen pernicioso de los males, se erigiese un tribunal »de vigilancia para toda clase de personas, procediendo »y castigando á los delincuentes según la gravedad »de sus crímenes.» El efecto de este bando fué más desastroso aún que el de las proclamas anteriores. Todos comprendían que no había fuerza para combatir, ni cabeza para dirigir, ni espíritu público para sostener una situación perdida desde el primer momento.

Este bando fué seguido de otra proclama que acabó por desconcertar la opinión. Manifestaba en ella el gobernador, «que se estremecía con la guerra que los amenazaba»; protestaba que había querido y buscaba la paz, rechazando la agresión de los caudillos federales en términos tales que importaban la confesión anticipada de una derrota. «En medio de todo, »decía, el gobierno cuidará de repeler el ataque, y «de continuarlo si fuese posible», porque así lo ins»pira la naturaleza, el honor y la dignidad. Al efecto, »va á tomar las posiciones que juzgue más convenien-

»tes; pero es indispensable... que los ciudadanos que »amen el orden y crédito del gran pueblo, se acer»quen á las cajas generales con los empréstitos volun»tarios en dinero, que puedan hacer, y que los que »tengan caballo y montura se me presenten, para to»mar razón y usar de ello en el caso preciso.»

El 10 la ciudad estaba circundada por las tropas federales y las del gobernador Sarratea. Ramírez con sus entrerrianos estaba en la Chacarita; Soler en los Santos Lugares con casi todo el 2.° tercio cívico que se le había reunido; el coronel Pagola en Miserere con las milicias de la Costa; los hermanos Escalada con los regimientos de Quinteros, sobre Maldonado; el comandante Oliden con las milicias de campaña, en marcha; López con sus santafecinos se disponía á seguirlos; y las partidas de los sitiadores asomaban por las bocacalles de los suburbios en actitud de combate. Para conjurar estos peligros, expidió el gobernador Balcarce un nuevo bando fechado á las 10 de la mañana, que decía: «Yo salgo al frente del cuerpo de »Aguerridos á cumplir la palabra que empeñé al gran »pueblo. El decidido y patriota de honor, puede se»guirme, reuniéndoseme en la plaza de la Victoria, »donde voy á formar las tropas para partir.» Nadie acudió al llamamiento, y Balcarce no salió.

Vanos fueron los empeños que se hicieron en la noche del 10 para acuartelar el primer y tercer tercio con cuya adhesión se contaba. El pánico y la desmoralización habían cundido. En la mañana del 11, el estado mayor de la plaza desertó en corporación, arrastrando más de 100 hombres de infantería y caballería. El regimiento de Granaderos de Terrada se sublevó más tarde en masa, con sus oficiales á la cabeza, y á tambor batiente y banderas desplegadas, salió por la calle del Correo (hoy Perú) á incorporarse á los sitiadores, invitando á los ciudadanos que encontraban á su paso, á hacer otro tanto.

Estos contrastes, efectos consiguientes de una descomposición gubernamental y social, y que para mayor desgracia revestían accidentes cómicos, debieron

destemplar el ánimo fuerte del gobernador Balcarce. Al fin llegó á comprender que estaba perdido, y se decidió á abrir negociaciones con los sitiadores. El Cabildo, con más previsión se había anticipado en este sentido, acordando nombrar una comisión de su seno que se acercase á Soler y los generales federales, á fin de tentar un arreglo pacífico; «pero reflexionando (son »sus palabras) que este paso oficioso y anticipado po»dría causar celos y ser un fundamento de desconfian»zas para los jefes de afuera con respecto á la impar»cialidad del Cabildo, cuya conducta no debía des»merecer ingiriéndose en miras particulares, para po»der presentarse en el último caso como el iris de paz »y por su representación popular sirviese de concilia»dor ó imparcial mediador, resolvió diferir este paso »para cuando se considerase más oportuno según el »curso de los sucesos.» Este acuerdo tuvo lugar el día 8 de marzo.

El 9 dirigió el gobernador Balcarce un oficio al Cabildo, incitándole á acreditar una diputación cerca del enemigo «la que tal vez, decía, pudiese sere»nar los desastres públicos, en la inteligencia que las »bases y toda la negociación debía reducirse á la ob»servancia de los tratados, con las modificaciones in»dicadas por el pueblo en su representación del 6, »cuando éste las explicase.» El Cabildo contestó que iba á proceder de conformidad, pero al solo efecto «de averiguar los motivos y fines del avance del ejér»cito federal sobre la capital y de las fuerzas que se »le reunían.» Balcarce aprobó esta determinación, agregando que á su juicio podría la misión hacerse «extensiva á la reclamación de los tratados vigentes, »sin perjuicio de cualquiera conciliación que pudiese »hacerse, no ofendiendo la dignidad del gran pueblo »ni lo estipulado en los pactos, no descuidando mien»tras tanto el gobierno ponerse en una actitud impo»nente para obrar.»

El Cabildo nombró en consecuencia una comisión compuesta de los regidores don Tomás Isasi y don Ventura Zavaleta, asociados al doctor Esteban Agus-

tín Gascón, facultándola ampliamente «para acercar»se á los generales del ejército federal y demás jefes »á fin de acordar un medio de conciliación.» Los comisionados conferenciaron el día 9 con Ramírez y Soler, á quienes encontraron en Santos Lugares, acordando con ellos una suspensión de hostilidades de hecho, mientras llegaba el gobernador Sarratea para abrir formalmente las negociaciones. Las hostilidades se rompieron parcialmente por el choque de algunas partidas, y casi simultáneamente reclamaron de esta violación ante el Cabildo, Ramírez y Balcarce. Merced á la prudencia de la corporación, las conferencias volvieron á abrirse.

En tal situación, el gobernador Balcarce, aconsejado por Alvear, resolvió diputar á éste, asociado con don Miguel Irigoyen cerca de Ramírez, con el objeto de abrir una negociación directa sobre la base de que él y Sarratea «consignasen el mando en la soberanía del pueblo.» Como era de esperarse, tal proposición no fué tomada en consideración.

Los comisionados del Cabildo, por su parte, regresaron y expusieron «que después de largas discusiones »con el general Ramírez, había éste formulado su «ultimátum», diciendo: «que no saldría de la provin»cia de Buenos Aires, mientras no fuesen repuestos »en sus respectivos cargos, Soler como general de ar»mas, y Sarratea como único gobernador legítimo, pro»poniendo que al efecto reasumiese el Cabildo el man»do para entregarlo á Sarratea; y en caso que éste »renunciara, podría el pueblo libre de toda facción, »elegir persona de su satisfacción»: y que á la vez el mismo Ramírez había declarado: «que cumpliéndose »el tratado de 23 de febrero en todas sus partes, en»tregándosele los 1.000 fusiles que faltaban según lo »pactado, y á más 500 vestuarios y algún dinero, pro»metía retirarse y evacuar toda la provincia, como »ya lo había hecho parte de su tropa.»

Balcarce rechazó por su parte estas proposiciones, y se decidió á hacer un nuevo llamamiento al pueblo. En consecuencia expidió su último bando, disponiendo

que á la señal de tres cañonazos de alarma en la Fortaleza, se le incorporasen en la plaza todos los ciudadanos á pie ó á caballo, declarando traidor al que así no lo hiciera; que se cerrasen todas las casas de comercio, dando libertad á los esclavos que acudieran á tomar las armas, y por último, mandando iluminar la ciudad durante toda la noche. Este bando fué promulgado por las calles y nadie acudió al nuevo llamamiento. Al reconcentrar en la plaza las fuerzas diseminadas en los cuarteles, los artilleros desertaron en su mayor parte, y de los tercios cívicos apenas pudieron reunirse 100 hombres, que muy luego se dispersaron.

En la noche, el general Balcarce desesperanzado, se encerró en la Fortaleza con los Aguerridos, al mando del coronel Rolón; un piquete de libertos argentinos, y los cívicos del primer tercio, que daban la guardia de gobierno ese día. Acompañábale en aquel melancólico trance, el general Alvear, que tan singular papel había representado en las anteriores peripecias, manteniéndose en la obscuridad á la espera del momento oportuno para entrar en escena, apareciendo de improviso como negociador de paz y eclipsándose de nuevo para presentarse noblemente como cortesano de la desgracia.

Reunidos en el salón de gobierno, Balcarce, Alvear y Rolón, esperaban tristes y silenciosos las luces del nuevo día, para saber cuál sería su destino. Tal vez se halagaban con la esperanza de alcanzar un arreglo, contando con la fidelidad de sus últimos soldados; pero á este respecto no abrigaban mucha confianza. El coronel Rolón, que había notado síntomas de insubordinación, se dirigió á la antesala, donde se encontraban reunidos varios oficiales, y ordenó al capitán don Gabriel Velasco (oriental) que bajase á observar la tropa. Eran las diez de la noche. Velasco, acompañado de los capitanes don Sixto Quesada y don Francisco Bauzá, bajaron á la plaza de armas, y al aproximarse al cuerpo de guardia, sintieron algunos tiros. Al acudir los tres oficiales al punto de donde ha-

bían salido, sonó una descarga y el capitán Bauzá cayó herido.

Esta fué la única sangre que corrió en la revolución del 6 de marzo. Al mismo tiempo el batallón de Aguerridos sublevado en masa, forzaba la puerta principal, invadía desordenadamente la plaza del 25 de Mayo, y se precipitaba á las calles dando gritos y disparando fusilazos al aire. La ciudad, mientras tanto, yacía sumida en la obscuridad y el silencio. El ayudante Manterola subió apresuradamente las escaleras de los salones de gobierno, para anunciar estas novedades. Entonces Balcarce y Alvear se dirigieron al foso del sur, al cual descendieron por medio de una escala. Balcarce, acompañado por el capitán don Manuel Oribe, se encaminó á su casa para pasar al destierro. Alvear, acompañado de Velasco, fué á ocultarse de nuevo, para preparar una nueva tramoya teatral.

Así acabó la revolución del 6 de marzo, si tal nombre puede darse á este movimiento confuso, sin plan, sin principios, sin nervio y hasta sin choque de fuerzas encontradas. Producto de una coalición de ambiciones heterogéneas en su origen, tomó luego el carácter de una reacción abortada, que ni aun coraje tuvo para levantar francamente su bandera. Impulsada momentáneamente por pasiones pasajeras, sus fuegos fatuos se disiparon luego en el vacío; y antes de que nadie la combatiera, la revolución estaba muerta. La descomposición que se siguió fué lógica. Sin resolución para operar una restauración imposible, sin fuerzas para sostener una reivindicación de derechos, sin ideas para una reconstrucción interna, tales eran sin embargo sus propósitos confusos, que ni siquiera fueron confesados. La situación que de aquí resultó, careciendo de sentido político y de criterio moral, fué entregada al acaso, y desertada al fin por sus mismos sostenedores. El único que no flaqueó en medio de su aturdimiento, fué el general Balcarce. Sin una sola inteligencia á su lado que le aconsejara bien, sin un solo hombre que le acompañase á morir, sostuvo has-

ta el fin su papel, invocando la dignidad y los derechos del pueblo que lo había aclamado, que lo abandonaba, y que él no era capaz de dirigir política ni militarmente, como se ha visto.

Este movimiento extemporáneo y confuso respondía, sin embargo, á pasiones que fermentaban latentes en el seno de la sociedad. Buenos Aires aspiraba á reasumir su personalidad política, á rehacerse dentro de sus propios elementos orgánicos, á neutralizar la influencia de los caudillos, y á influir en los destinos nacionales, constituyéndose nuevamente bajo otra forma en el núcleo de la sociabilidad argentina. En este sentido la revolución de 6 de marzo, fué un síntoma, y por eso no fué del todo estéril en sentido negativo. Eligió mal su momento, sus medios y sus hombres, ó más bien dicho, no encontró medios, ni hombres que la representasen y la dirigiesen. El pueblo de Buenos Aires, que aspiraba á todo esto, no estaba valientemente resuelto á la lucha; quería la paz, sin pelear, y estaba vencido antes que sus enemigos lo atacasen. Pero esta circunstancia, vergonzosa en un sentido, le ahorró malgastar inútilmente las fuerzas de que necesitaba para rehacerse más adelante. Las divisiones intestinas que lo habían trabajado, lo inhabilitaban para todo propósito coherente, para toda acción eficiente. La descomposición del antiguo régimen colonial, y del sistema centralista implantado en él, era el único principio que por el momento obraba activamente en su seno. Para transformarse, necesitaba primero descomponerse, y eliminar los elementos que obstaban á su desarrollo futuro. Necesitaba del tiempo y de la paz, para reorganizarse y robustecerse. Por eso la guerra era instintivamente antipática á todos. Sólo en la cabeza vacía de Balcarce, pudo entrar la idea de reabrir la lucha contra el enemigo triunfante, y contra una parte del mismo pueblo, restaurando influencias personales, sin los medios y sin la voluntad para restaurar las cosas, halagándose con la idea de la paz, cundo no podía hacerla respetar por las armas. Paz por paz, la de Sarratea era mejor,

porque daba el mismo resultado, sin exponer nada, mientras los federales ocupasen en armas el territorio de la provincia, y las fuerzas propias no se hubiesen rehecho. Así es que, Sarratea tenía que triunfar, como triunfó, concurriendo á ello la descomposición política, más bien que la acción militar.

La manifestación y la derrota de la revolución de marzo, tuvo de bueno en el sentido negativo, que sin pérdida de fuerzas, demostró prácticamente la imposibilidad de una restauración directorial, y dió nueva dirección al patriotismo local y al espíritu nacional. Todos pudieron comprender, que para combatir y vencer, era indispensable consolidarse, organizarse y purificarse. Rehechas las fuerzas morales, con su opinión pública compacta y sus cívicos organizados, Buenos Aires era invencible, y ahorrarse una derrota era preparar el triunfo futuro. Aun cuando todas estas previsiones no estuviesen presentes en el espíritu de los contemporáneos al tiempo de operarse la transición histórica que hemos señalado, tal fué el resultado negativo que en suma produjo la revolución de marzo.

CAPITULO XLIV

El Año XX.—La Transformación

1820

La restauración de Sarratea.—Nueva proscripción de Alvear.—Proceso de alta traición contra el Directorio y el Congreso.—Juicio acerca de él.—Nuevas exigencias de los caudillos federales.—Política torcida de Sarratea.—Protege el armamento de Don José Miguel Carrera contra Chile.—Nueva reaparición de Alvear.—Se apodera del mando militar y es expulsado otra vez por el pueblo.—Desavenencias entre el gobierno de Buenos Aires y los federales.—El ejército federal se retira de Buenos Aires.—Aislamiento de Sarratea en el gobierno.—El periódico titulado *El Año XX* y sus acusaciones contra Sarratea.—Correspondencia entre Sarratea y el general San Martín.—Juicio de imprenta y absolución del periódico *El Año XX*.—Se convoca á elecciones de representantes en toda la Provincia.—Nuevo sistema electoral.—Estado del espíritu público.—Nuevas influencias electorales en la campaña.—Aparición de Don Juan Manuel Rosas.—Ruptura entre Sarratea y Soler.—El partido directorial triunfa en las elecciones.—Sarratea interpone su veto contra cuatro diputados.—Discusión con este motivo en el Cabildo.—El Cabildo prevalece.—Polémica entre Sarratea y Don Tomás Manuel Anchorena.—Solemne instalación de la Junta de Representantes.—Renuncia, arresto y fuga de Sarratea.—El presidente de la Junta es nombrado gobernador interino.—Desinteligencia entre el nuevo gobernador y Soler con motivo del mando de las armas.—La Junta nombra gobernador propietario á Don Ildefonso Ramos Mejía, con el mando de las armas, y da una Constitución provincial.—Soler renuncia el mando y promueve una sublevación contra el gobierno.—Sedición de la Villa de Luján.—El día de los TRES GOBERNADORES.—Muerte de Belgrano.—Su peregrinación desde Tucumán á Buenos Aires.—Sus últimos momentos, su entierro y sus funerales.—Retrato físico de Belgrano, sus hábitos é inclinaciones.

Volvamos ahora á tomar el hilo de la narración que dejamos pendiente en el momento en que, las fuerzas que guarnecían la Fortaleza se sublevaban, y huían Balcarce y Alvear. El Cabildo, reunido en permanencia, que había pasado la noche en vela, recibió al amanecer un oficio de Ramírez, en que participaba habérsele presentado las tropas substraídas á la obediencia de Balcarce, y que se hallaba en las orillas de la ciudad esperando para entrar, que el Ayuntamiento lo instruyese del estado de la población. Los capitu

lares, que durante la noche habían dado noticia de todo al gobernador Sarratea, por conducto del sargento mayor don Lucio V. Mansilla, portador de un mensaje verbal de Ramírez, mandaron archivar el oficio y cerraron el acuerdo en las primeras horas de la mañana.

Poco después, las tropas de la división de Soler ocuparon la ciudad. Inmediatamente empezó á esparcirse el rumor de que Alvear se hallaba aún en ella, y á esta noticia todos los cívicos se pusieron en agitación, reuniéndose tumultuosamente muchos de ellos en la plaza principal. Alvear, que creía poder contar con la protección de su amigo don José Miguel Carrera, se dirigió al Cabildo, y al pisar sus umbrales, fué atacado por cuatro hombres, que puñal en mano intentaron matarlo. Felizmente, los capitulares que habían terminado su acuerdo, y aun se hallaban reunidos, pudieron interponerse y substraerlo á las iras populares, constituyéndose en garantes de su persona, y comprometiéndose á hacerlo salir del país. Una diputación municipal se encargó de ponerlo á bordo, y la tranquilidad quedó nuevamente restablecida.

La restauración de Sarratea se inició con nuevas persecuciones por parte del gobierno, y nuevas exigencias por parte de los caudillos federales. Su primera palabra fué un grito de odio y de venganza. Su primera medida gubernativa fué la fulminación de un auto, mandando enjuiciar como traidores á la patria á los miembros del Congreso y del Directorio caído. El 13, expidió un manifiesto virulento, haciendo el proceso histórico de los que en el espacio de «diez años» habían dirigido la revolución. Decíales que «la »habían prolongado de intento con sus bajezas y trai»ciones;» los denunciaba como pérfidos liberticidas, facción frenética y ambiciosos bajos, que no pudiendo perpetuarse sino por la intriga, habían preparado por la intriga el imperio ominoso de tiranos extranjeros. Agregaba «que habían sido apeados del go»bierno, por sus crímenes, enriqueciéndose con el trá»fico y sórdidas especulaciones sobre los intereses pú-

»blico,» calificándolos como «los hombres más viles de la sociedad.» Terminaba por exaltar la «virtudes» de los caudillos federales, anticipando que «los auxi»lios que se les dieren, no serían empleados contra »Buenos Aires, sino en la libertad de las provincias.» Después del manifiesto de la revolución de 5 y 6 de abril de 1811, de infausta memoria, jamás las páginas de un documento público se habían visto manchadas con más torpes epítetos.

En el mismo día se reunía en sesión el Cabildo, y protestaba indirectamente contra esta intemperancia de lenguaje, y estos cobardes insultos, dirigidos á hombres inofensivos, beneméritos y desgraciados. Los Capitulares por acuerdo unánime consignaron en el acta sus deseos «de que se suavizaran las providencias que exigiese el restablecimiento del orden;» dispusieron su publicación «para que á todos constasen sus verdaderos sentimientos.»

Al día siguiente, Sarratea expedía un auto inquisitorial, mandando por autoridad propia formar proceso al Directorio y al Congreso caído, invocando para ello el artículo 7.° del tratado del Pilar, y constituyendo en prisión á los acusados. Al mismo tiempo, se erigía en juez absoluto y fallaba de antemano la causa, haciendo esta brutal declaración: «El gobierno se »ha visto obligado á descargar sobre estos crimina»les los primeros golpes de su poder: y aunque la »magnitud y publicidad de sus crímenes, parece que »lo autorizaban para principiar por su castigo y aca»bar por el proceso que lo justificase, es necesario »que nuestra conducta con ellos... pueda inspirar se»guridad en el imperio de las leyes, que fuera hasta »ahora desconocida y hollada por el poder arbitrario »de estos desnaturalizados.»

El proceso, bien que ilegal en su forma, é inicuo en el fondo, pudo haber encontrado su justificación en la conciencia pública, si un severo sentimiento de patriotismo lo hubiese dictado. El Directorio y el Congreso, eran políticamente responsables ante el país, del uso que habían hecho de su poder. Antes que la

forma de gobierno hubiese sido fijada por una Constitución republicana, los planes teóricos respecto del establecimiento de una monarquía, y las negociaciones iniciadas en tal sentido, bien pudieron considerarse bajo la salvaguardia de la libertad de pensar, aun cuando sus autores tuvieran la conciencia de que contrariaban la voluntad de la universalidad de sus representados, y por esto se envolviesen en el misterio, como ellos mismos lo reconocían. Pero una vez jurada públicamente una Constitución republicana, la ley dictada en violación de ella, aceptando, aunque condicionalmente, un monarca para el país, á la vez que el concurso de poderes extraños sin el consentimiento de los ciudadanos, era un acto que revestía el carácter de la traición política y del perjuicio á los principios proclamados por la revolución. Por otra parte, su política tenebrosa, antes y después de la invasión portuguesa á la Banda Oriental, si no traidora, había sido más que equívoca; y por lo menos, su diplomacia la había alentado ó consentido, según ha podido verse, combinando este hecho con el plan de monarquía.

Había, pues, suficiente motivo y razón para pedir cuenta de su conducta gubernativa al Directorio y al Congreso. Pero, dadas las dificultades de aquellos tiempos borrascosos; teniendo presente que los acusados habían sido los promotores y los sostenedores de la revolución; que ellos habían declarado la independencia y afirmádola con grandes trabajos é inmortales victorias, y que optando por la forma monárquica ante la amenaza de la gran expedición española y los peligros de la anarquía interior, buscaban por este camino, la independencia, la libertad y la paz de la patria, se ve bien, que si su fe republicana había flaqueado, esos planes inconsistentes, siendo lamentables errores, no merecían el nombre de crímenes, ni envolvían una traición á los intereses primordiales del país. La prueba de ello es, que habiendo exhibido en estas páginas, documentos más acusadores aún que los que figuran en el proceso de alta traición que en

aquel tiempo se les formó, la historia ha podido con presencia de ellos, formular un juicio tranquilo, absolviéndoles de culpa y pena, y hacerlos tan sólo moralmente responsables ante la conciencia de la posteridad.

Considerando el proceso bajo su faz legal y política, él era monstruoso. No correspondía á los que habían echado por tierra la Constitución nacional que invocaban, acusar los poderes caídos por infracciones á ella, que aun no se habían convertido en hechos; ni eran tres beligerantes los que tenían facultad para estatuir sobre la materia, en nombre de la nación; ni mucho menos competía al mandatario transitorio de una sola provincia, obrando administrativamente y sin sujeción á ninguna regla, dictar el auto cabeza de proceso, ni prejuzgar en la causa, condenando de antemano á los acusados en términos infamantes y brutales. Y si ponemos históricamente en parangón á los acusados con los acusadores, veremos, que ciertamente no tenían títulos para juzgar á las autoridades públicas que habían salvado la revolución argentina, los caudillos que habían desertado los campos de batalla en que se combatía por la independencia, y no habían concurrido ni siquiera á los congresos para constituir la nacionalidad. Y si se tiene además en cuenta, que la condición del artículo 7.° del tratado del Pilar, que se invocaba, había sido una imposición de guerra; que no era un espíritu justiciero, sino un sentimiento de venganza el que promovía el proceso; y que Sarratea, promotor anteriormente de planes análogos, obraba así, bajo la presión de los caudillos federales, se comprenderá por qué la medida fué impopular, aun entre los mismos que acusaban y condenaban al Director y á los congresales, y cómo ella acabó por divorciar enteramente al gobernador Sarratea con la opinión pública de Buenos Aires.

Los caudillos federales no limitaron á estas persecuciones sus nuevas exigencias. El día 14 presentó Sarratea al Cabildo un oficio original de Ramírez, en que le insinuaba, que entre los tres gobiernos signatarios

del tratado del Pilar «se había acordado «secreta»mente» por separado, para no inspirar alarma al go»bierno portugués, que se darían al ejército federal »por remuneración de sus servicios é indemnización »de gastos, por los auxilios prestados para deponer la »facción realista (los directoriales), la cantidad de »1.500 fusiles, otros tantos sables, 24 quintales de pól»vora y 50 de plomo, cuya entrega total habían impe»dido los mencionado realistas, apoderándose violen»tamente del mando.» Haciendo mérito en seguida de los servicios prestados por el ejército federal, pedía que se duplicase el número de armas y municiones acordado, y que á más se le entregase un vestuario y una cantidad de dinero, todo á la mayor brevedad, «pues no esperaban más para retirarse.» Reunido inmediatamente el Cabildo, con el gobernador y ocho miembros de la Junta de Representantes—que sólo se prestaron á concurrir como consejeros privados,— acordó se entregasen á los federales los nuevos auxilios pedidos, con la condición de previa evacuación del territorio de la provincia.

El gobernador así restaurado, atado por sus compromisos con Ramírez, sin punto de apoyo en la opinión de Buenos Aires, y á merced de Soler, á quien había tenido que entregar á discreción la plenitud del poder militar por mar y tierra, despojándose hasta de la dirección del ministerio de la guerra, no podía mantenerse en su puesto sino apoyado en fuerzas extrañas. El lo comprendía bien, así es que no se afanaba por hacer efectiva la evacuación de la provincia por las tropas federales. Por el contrario, sus condescendencias eran cada día mayores, al extremo de traicionar la causa de la independencia americana, por complacer á López y Ramírez. No sólo hizo entrega de nuevas cantidades de armamento con destino á los generales de la federación, sino que también armó y equipó la titulada división chilena de don José Miguel Carrera, autorizándolo á levantar bandera de enganche á dos leguas de la ciudad, y extraer soldados de sus cuarteles, con el objeto declarado de ir á com-

batir contra Chile, aliado de la República Argentina, y contra el ejército argentino que en esos momentos se preparaba á emprender su expedición al Bajo Perú á órdenes del general San Martín.

Estas cobardes y criminales complacencias respondían á otros propósitos más ó menos siniestros. Carrera era enemigo de Soler, que le pagaba con el mismo odio, y abogaba cerca de los caudillos federales, para entregar el mando de las armas en Buenos Aires, á su antiguo amigo y compañero el general Alvear. Sarratea, ó por debilidad, ó halagado quizá por la esperanza de sacudir el yugo del soberbio general porteño que apenas lo dejaba respirar, parece que se halagaba con esta combinación. Con el objeto, sin duda, de propiciar la persona de Alvear, se publicó en el diario oficial un artículo firmado «El enemigo de los hipócritas», en contraposición á otro, firmado «El enemigo de los tiranos», de que se hizo mención antes. En él se hacía la apología de la carrera pública de Alvear, y se sostenía que tenía derecho de regresar á la patria como cualquier otro ciudadano. A los pocos días, empezó á circular el rumor de que Alvear, que aun permanecía oculto en un buque mercante surto en la bahía, se hallaba en tierra. La alarma empezó á cundir de nuevo, y el Cabildo, Soler, los cívicos y los ciudadanos tomaron tal actitud, que Sarratea se vió obligado á dar un manifiesto sincerándose. «Se hace »correr la especie (decía), de que don Carlos Alvear »se ha desembarcado, y se halla en tierra con un con»sentimiento tácito mío. Me apresuro á deciros solem»nemente que es falso, y que cualesquiera que sean »mis sentimientos respecto de la suerte de aquel in»dividuo, jamás me permitiré traspasar las disposi»ciones superiores que en este respecto he recibido de »la Junta de Representantes, y mucho menos á obrar »en contradicción de la opinión general.»

Alvear, falto de conciencia política y de equilibrio moral, creía en la eficacia de los medios artificiales, sin ver más allá de los fines personales, y dejándose arrebatar por su imaginación fogosa, se persuadió que

por golpes puramente teatrales y sin vincularse á ningún interés general, podía improvisarse una situación, como se improvisa el argumento de una comedia de intriga. Inspirándose tal vez en las aventuras de Napoleón (que era su lectura favorita), se imaginó que podía remedar el regreso de la Isla de Elba, y sobre esta base concibió un plan, que si bien no carecía de audacia, probaba que el hombre no había aprendido nada en cinco años de proscripción. Sin más base de fuerza que 43 jefes y oficiales de su devoción, previnoles que al anochecer se reuniesen en la plaza del Retiro, armados de espadas y pistolas. A las 10 de la noche desembarcó en la plaza inmediata envuelto en una capa con su espada bajo el brazo, y pocos momentos después golpeaba la puerta del cuartel de Aguerridos. Hallábase ausente el coronel Rolón, jefe del cuerpo, y su segundo el comandante don Anacleto Martínez, ó sorprendido al decírsele que el gobierno estaba de acuerdo, ó simpatizando con Alvear, se puso á sus órdenes. Al mismo tiempo, una partida de conjurados prendía al general Soler en la misma casa del gobernador, y lo embarcaba en el acto juntamente con algunos jefes superiores de su partido. En seguida se hizo proclamar comandante general de armas, con lo cual se consideró dueño de la situación. En vez de aprovechar el tiempo y el primer entusiasmo de la tropa, para apoderarse militarmente de la ciudad, dando expansión al levantamiento, permaneció toda la noche encerrado en el cuartel sin tomar ninguna disposición militar. Al día siguiente, el movimiento estaba sofocado por sí mismo dentro de las cuatro paredes del Retiro, y Alvear estaba perdido. Su audacia dramática no correspondía á su inteligencia revolucionaria.

A las siete de la mañana del 26, se presentó á Sarratea una manifestación escrita, firmada por los parciales de Alvear, en que se pedía le fuera confiado el mando de las armas en lugar de Soler. Este fué todo el programa de la revolución. Aturdido Sarratea, se dirigió al Cabildo á las nueve de la mañana, y encon-

trando reunidos á los capitulares, los informó de todo lo ocurrido, y les manifestó que estaba dispuesto á hacer dimisión de su cargo, porque en vez de gobernar, él era gobernado. El Cabildo, que por un momento estuvo dispuesto á hacer otro tanto, en vez de admitir la renuncia, propuso á Sarratea que ambas autoridades hicieran causa común y corriesen la misma suerte.

Al mismo tiempo, una gran parte del pueblo acudía á la plaza, los tercios cívicos corrían á las armas, los vecinos ocupaban las azoteas en actitud hostil, resueltos todos á resistir á Alvear á todo trance. El antiguo odio del año XV volvía á renacer. Alentado el Cabildo por esta actitud decidida, pasó un oficio al gobernador, exigiendo la inmediata deposición de Alvear y su salida del territorio. Sarratea ordenó en consecuencia al comandante de Aguerridos que se apoderara de la persona del general revolucionario con la fuerza de su mando y lo pusiese á disposición del gobierno. Martínez contestó en términos equívocos, diciendo que Alvear se hallaba fuera de su cuartel, protegido, según creía, por algunas tropas. En efecto, Alvear, que comprendió que sólo á sangre y fuego podría penetrar á la ciudad, y que sintió que la misma fuerza que lo había aclamado por sorpresa, empezaba á flaquear, abandonó la peligrosa posición del cuartel, y se trasladó al Bajo del Retiro, con parte de los Aguerridos formados, y con su batallón sagrado de jefes y oficiales. Allí estableció su campamento y dirigió á Sarratea una nota, manifestándole haber desembarcado á invitación de lo principal del pueblo, apoyado por las tropas de línea y las legiones cívicas, que por su libre y espontánea voluntad le habían ofrecido el mando de las armas, que él deseaba transmitir á persona más digna para evitar el gran sacrificio á que lo impulsaba el voto universal.—El drama se iba convirtiendo en comedia.—El gobernador Sarratea le contestó en breves términos (á las cinco de la tarde), que había procedido con arbitrariedad tomando su nombre para apoderarse del mando de las

armas, y que el gobierno y el Cabildo habían resuelto, que saliese inmediatamente del país «sin dar lu»gar á que el infeliz pueblo pagara la imprudencia »de un solo hombre.»

A la misma hora se reunían en la plaza los tercios cívicos, los artilleros y los batallones de Granaderos y Argentinos, protestando con su presencia contra la insolencia de Alvear y pidiendo á gritos marchar contra el nuevo Catilina, como era generalmente llamado en aquella época.

En la mañana del 27, Alvear, considerándose perdido, emprendió su retirada. En vano pretendió arrastrar consigo á la tropa sublevada por sorpresa: los Aguerridos se negaron á seguirle. A este tiempo aparecían coronando las barrancas del Retiro las partidas de vanguardia del ejército del municipio. En tal conflicto, se interpuso entre Alvear y sus perseguidores, su antiguo amigo don José Miguel Carrera, al frente de su división de chilenos, quien oportunamente prevenido de lo que pasaba se había puesto en marcha desde la Chacarita, donde se hallaba acampado. Carrera había ofrecido al gobierno mantenerse neutral en la contienda, y á título de tal intervenía sin embargo en ella, bajo los auspicios de la autoridad de Ramírez, que aun se mantenía en el territorio de la provincia. Merced á esto, Alvear pudo ganar la campaña, seguido por el último resto de sus jefes y oficiales, fieles á su mala fortuna. Así terminó esta dramática aventura.

Alvear se refugió en el campo de los caudillos, para volver después bajo su bandera á reconquistar el gobierno de Buenos Aires, por medio de nuevas aventuras, que debían darle el mismo resultado. Ramírez interpuso su valimiento para que se le concediera amnistía. Para tratar este punto, el Cabildo celebró una reunión extraordinaria, con presencia del gobernador y asistencia de varios notables. La contestación fué una absoluta negativa y «exigir que inmediatamente »y sin demora alguna evacuasen las tropas federales »el territorio de la provincia, tomando el general So-

»ler las medidas conducentes para ponerlo á cubier»to.» El general Soler, desembarcado, se puso á la cabeza del ejército de Buenos Aires, lleno de ira contra los caudillos que tanto había halagado, y de desconfianza contra Sarratea, á quien atribuía connivencia con Alvear en los recientes sucesos. Al abrir su nueva campaña, ofició al coronel Vidal, que se mantenía siempre en San Nicolás, que era necesario «reunir y organizar fuerzas respetables contra los tunantes que habían dado la ley á Buenos Aires.» Esta comunicación fué interceptada por los federales, en circunstancias que emprendían su retirada: y la amistad entre Soler y los caudillos quedó rota para siempre.

Sarratea, obligado á seguir la corriente de la opinión de Buenos Aires, tuvo que ponerse en pugna abierta con los caudillos federales y con Carrera. A este último le decía, que «la hospitalidad lo ponía á »cubierto en algún modo de la protección que pres»taba á Alvear; y que por esto el gobierno se limi»taba á proponerle como huésped, que se retirase in»mediatamente con su fuerza y con su protegido á la »frontera, porque el pueblo no podía satisfacerse con »palabras sino con obras.» A Ramírez le oficiaba dos días después, que «era mortificante al pueblo y al »gobierno de Buenos Aires, no hallar más arbitrio pa»ra evitar todo motivo de rompimiento que el que las »tropas de su mando evacuasen el territorio de la pro»vincia,» exigiendo garantías para lo futuro respecto de la conducta de Alvear; y declaraba al mismo tiempo á éste, «reo de alta traición fuera de la protección de las leyes,» así como á los oficiales que lo acompañaban.

Bien habría querido Ramírez volver sobre sus pasos para reabrir la lucha y dominar de nuevo al gobierno, ya que no al pueblo de Buenos Aires; pero en pugna con Sarratea, con Soler, con la opinión porteña sublevada, se veía además obligado á efectuar su retirada, porque la actitud amenazante de Artigas en el Entre Ríos, le llamaba forzosamente á su pro-

vincia, y López se había replegado con anticipación á Santa Fe, asumiendo una actitud pacífica. En tal situación, el soberbio Supremo enterriano se limitó á prevenir á Sarratea: «Me parece muy expuesto, el »que el ejército de esa capital se avance á este pun»to (el Pilar), antes de ser desocupado por las tropas »de mi mando.» En seguida dirigió una proclama de despedida al «heroico pueblo de Buenos Aires», anunciando, con referencia á los portugueses, que iba á escarmentar á un enemigo orgulloso que intentaba ocupar el territorio de Entre Ríos, insolentado por los fratricidas, enemigos de todo género de libertad en el continente americano, acabando por recomendar á los ciudadanos nombrasen con libertad y conocimiento, al diputado que debía concurrir al Congreso federal de San Lorenzo, estipulado por el tratado del Pilar. En cuanto á Carrera, tuvo que replegarse bajo la protección de Ramírez, ante las fuerzas porteñas con que Soler se había puesto nuevamente en campaña.

Con la retirada de los federales, Sarratea quedó sin punto de apoyo para gobernar. Todos los partidos lo rechazaban, después de haberse servido de él, y Soler, en vez de apoyarlo, lo hostilizaba abiertamente. La opinión pública haciéndolo responsable de todas las humillaciones que los caudillos habían infligido á Buenos Aires, lo acusaban además de connivencia con Alvear, y de planes contrarios á los intereses de la causa americana. Estas vagas acusaciones se condensaron en un periódico que bajo el título de «El Año Veinte», salió á luz en aquellos días. Redactado por jóvenes estudiantes, que se habían afiliado á un nuevo partido, autonómico y unitario á la vez, reorganizado sobre la base del de los antiguos directoriales, este papel se constituyó en organo de los fueros de la provincia y de las aspiraciones del patriotismo, flagelando públicamente á Sarratea, con motivo del proceso á los congresales, y de los desmanes que había consentido á Ramírez y Carrera. Respecto de lo primero, le negaba el derecho de calificar por sí como delito de alta

traición, los actos de los representantes de la nación que sólo eran censurables por ella, y censuraba que se les hubiese impuesto anticipadamente una pena en el hecho de constituirlos en prisión, aun admitiendo su culpabilidad. En cuanto á lo segundo, se preguntaba «¿qué derecho autoriza á Carrera para tomar reclu»tas, levantar y formar un ejército en nuestro terri»torio?» Y él mismo se contestaba: «Ningún derecho, »sino la voluntad del gobernador, que hasta hoy no »ha dado satisfacción al público de haber proporcio»nado armas, dinero y pertrechos á Carrera. Su plan »es proteger á Alvear para que, colocado en Buenos »Aires, sea á su vez protector del otro en Chile, sien»do entretanto Buenos Aires quien sufrague los gas»tos de uno y otro por conducto de su señor gober»nador.»

Y levantando el tono hasta el diapasón de la amenaza, agregaba en otro artículo: «¿Qué quiere Carre»ra con fuerza armada en Buenos Aires? ¿Con qué »destino forma una recluta, cuya bandera no se sabe »de quién es en los contornos mismos de la capital? »¿Esto lo sabe el gobierno, y lo tolera? ¿Estará toda»vía Carrera bajo la protección de la ley? ¿Toda esa »fuerza que no obedece á nadie sino á él mismo, que »no lleva más destino sabido que el que le inducirá »su jefe, no amenaza todavía la libertad del país que »le sustenta? ¿Esos quinientos chilenos extraídos de »nuestros regimientos para robar las estancias veci»nas á la Chacarita donde se metieron, no han hecho ge»mir bastante con sus latrocinios á nuestros infelices »labradores?—¡Ah! no esperemos vernos contestados, »no abandonemos nuestra infeliz campaña en las ma»nos de un hombre cuyo corazón agita la venganza, »no nos constituyamos en instrumento de ella: aho»guémosla primero en el pecho mismo donde se ali»menta, para no ser sus víctimas. Ya vosotros tomas»teis las armas contra la desordenada ambición de »mandaros: dirigidlas también contra la venganza y »la intriga, y acabad de haceros respetar, dando un

»ejemplo de que existe todavía libre el pueblo ar»gentino.»

Estos artículos fueron la señal de la resurrección del espíritu público. Buenos Aires, transformada en provincia federal de hecho, aceptaba francamente su nueva situación; formaba un nuevo partido autonomista y nacionalista á la vez, con tendencia á rehabilitar á los patriotas perseguidos, que habían sostenido la revolución de Mayo; y preparado al trabajo y apercibido á la lucha, constituía un vigoroso particularismo provincial, que reaccionaba contra las tendencias disolventes del caudillaje, combinando la unidad en el régimen interno con la descentralización federal en el orden nacional. En esta evolución transformadora, Sarratea tenía que ser la víctima inmolatoria, como representante de la transición. Por otra parte, era el más débil y no podían perdonarle que en los pasados días de enervación, hubiese podido ser el candidato del miedo de todos. Los pueblos tienen estas cobardías, y en aquella ocasión el de Buenos Aires encontraba cómodo amnistiar á los directoriales que habían votado por la monarquía; aceptar á Soler, que se había anticipado á las exigencias de los vencedores, pactando con ellos en menoscabo de Buenos Aires, y castigar á Sarratea como á la criatura de Ramírez, ante el cual todos se habían inclinado, proscribiéndolo de la comunión porteña y afrentándolo ante la nación y ante la América.

Sarratea tenía bastante penetración para comprender su verdadera situación, y de antemano se declaraba vencido. Es curioso ver cómo, después de haber armado á Carrera contra Chile y contra el ejército de los Andes que iba á llevar la revolución argentina al Perú, se dirigía al mismo general en jefe de ese ejército, pintándole la situación del país y la suya como gobernante. «¡En qué embolismo de los demonios (de»cía), me han metido las circunstancias del tiempo! »Ayer domingo, se ha pasado sin revolución, y éste »es un fenómeno, porque nos hemos puesto en el pie »de que haya una cada quince días. Vea usted ¡qué

»hermosura! Yo no veo el momento de descargarme »de un peso que me oprime, que es el cargo éste, y »sólo me alimenta la esperanza de conseguirlo den»tro de un par de semanas á más tardar, en que de»ben nombrarse las autoridades propietarias que su»broguen á las actuales, que han ejercido hasta ahora »sus respectivos cargos interinamente. Si usted logra»se hacer pie firme en la costa del Perú, me animaría »á tentar la fortuna de la guerra dejando este me»ridiano.» En carta anterior le había dicho: «Es pre»ciso que el horizonte de los negocios fuese tan turbio »y borrascoso, para que el punto de honor obligue á »uno á hacerse el «Cordero pascual». ¡Qué estado! »¡qué desquicio! y ¡qué elementos de discordia! En»tretanto, aquí me tiene usted sin fuerzas físicas ni »morales, porque este cuerpo es un cascajo que se es»tá desguarneciendo por todos lados.»

Sin embargo de esta ostentación de impotencia, Sarratea estaba resuelto á jugar la última partida por medio de la presión moral sobre la opinión pública explotando el sentimiento de la paz, y remontar los resortes gubernativos bajo los auspicios de su reciente victoria. Su primera tentativa en tal sentido fué la acusación de los artículos del «Año Veinte» calificándolos de calumniosos por no haber probado el hecho de que se le acusaba en ellos, y pedir que la Junta protectora de la libertad de imprenta (que correspondía al jurado de calificación), así lo declarase, dejando á salvo su derecho para reclamar los daños y perjuicios ante los tribunales ordinarios por medio del juicio contradictorio. La Junta protectora, presidida por don Tomás Manuel Anchorena (antiguo secretario de Belgrano), dando por razón que su atribución estaba limitada á declarar de hecho, si había ó no crimen en los escritos acusados, decretó que «no »había lugar á la declaración solicitada por el gober»nador.» Este veredicto tuvo el aplauso de la opinión, ofendida por las imposiciones de los caudillos y los avances de Carrera, de que Sarratea había sido instrumento ó cómplice, y cuya evidencia estaba en todas

las conciencias. Sarratea soportó el golpe con serenidad; y con la flexibilidad que le era propia, publicó un escrito en que rendía homenaje á la libertad de la prensa, sometiéndose al fallo de la Junta, dando todo por terminado, pero sosteniendo teóricamente su derecho con argumentaciones jurídicamente inconsistentes, aun cuando como doctrina no carecían de fundamento.

Simultáneamente con este incidente, el gobernador Sarratea expedía un bando, convocando al pueblo á elecciones para el día 20 de abril, á fin de nombrar el diputado que debía concurrir al Congreso federal de San Lorenzo, con arreglo al tratado del Pilar y constituir la Junta de Representantes de la provincia, concurriendo á su formación el pueblo de la ciudad y de la campaña. El bando estaba calcado sobre una resolución de la misma Junta, que puede considerarse como el fundamento histórico del sistema representativo en la Provincia de Buenos Aires, y que ésta es la ocasión de examinar.

La Junta de Representantes, nacida del memorable bando del Cabildo de 12 de febrero, y de cuya creación hemos dado noticia, hallábase disuelta de hecho por falta de personal; y de derecho, no tenía existencia popular, por no estar representada en ella sino la ciudad. Sarratea que había sido uno de sus miembros, dejó vacante su puesto al aceptar el gobierno; don Juan José Passo, Echevarría y Aguirre se retiraron á causa de las acusaciones que contra ellos formularon los caudillos federales; don Tomás Manuel Anchorena y don Vicente López renunciaron por sus conexiones con la administración directorial; don Manuel Luis Oliden, estaba inhibido por incompatibilidad; de manera que la corporación no podía reunir los dos tercios de votos que su Constitución exigía para formar «quórum», aun respecto de los doce diputados electos por la ciudad de Buenos Aires, y aun computando las renuncias no aceptadas. Por otra parte, el bando que le había dado vida (de 12 de febrero) establecía como condición esencial, que debían elegirse 12 diputados

por la ciudad y otros tantos por la campaña. El imperio de las circunstancias pudo justificar el hecho de que la Junta funcionase con una representación incompleta; así es que, al proceder á nombrar gobernador á Sarratea, le impuso la calidad de interino, hasta tanto que la corporación se integrara. El bando de Sarratera era, pues, rigurosamente constitucional, y las disposiciones en él contenidas no hacían sino reproducir lo ya resuelto por la Junta de Representantes, bien que funcionando ésta en minoría por las causas que acaban de explicarse.

La Junta de Representantes, usando del derecho de los cuerpos que tienen vida propia, se había reunido en minoría el día 4 de marzo, á fin de proveer á su conservación y á su renovación como poder público. Las resoluciones que en tal ocasión dictó, tienen una alta importancia para la historia del derecho público argentino, y principalmente para la del sistema representativo en la Provincia de Buenos Aires, constituída autonómicamente como base y tipo de una nueva federación arreglada á derecho é implantada sobre la federación de hecho de los caudillos. En el orden nacional, se establecía por la primera de esas disposiciones, que se procediese á nueva elección en toda la provincia; que los 12 representantes de la ciudad fuesen subrogados en su totalidad, y que los que resultaren electos, unidos á los 12 de la campaña, procedieran al nombramiento del diputado que con arreglo al tratado del Pilar debía concurrir al Congreso de San Lorenzo, para deliberar respecto de los intereses comunes en unión con los diputados de las demás provincias federadas.

En el orden provincial, las disposiciones importaban una verdadera constitución trazada á grandes rasgos, y un nuevo sistema electoral que buscaba la verdad del sufragio popular. Declarábase, que sería atribución de la nueva Junta renovada é integrada: 1.° Establecer la forma de gobierno de la provincia, arreglando las ramas de su administración pública. 2.° Confirmar al gobernador y Cabildo existentes, y ele-

gir otros nuevos. 3.° Deliberar sobre la deuda pública nacional, ínterin se reuniese el congreso general de la federación. 4.° Dictar las leyes y reglamentos conducentes al progreso y felicidad de la provincia, y entender en los tratados ó negociaciones que ocurriesen con las provincias hermanas.

El sistema electoral, que complementaba esta Constitución tan concisa como comprensiva, lleva como ella, impreso el sello del republicanismo. Disponíase que el acto de votar se verificase en la forma acostumbrada, como se había practicado para la formación de la primera Junta. Al efecto, se nombraba una comisión encargada de recolectar los votos y hacer la convocatoria por edictos públicos; y para que nadie dejase de sufragar por ignorancia de ella, los alcaldes y tenientes de barrio tenían obligación de correr la noticia entre todos los vecinos. Cada ciudadano hábil, reconocido como tal por los alcaldes, podía votar por sólo tres candidatos, debiendo entregar su voto cerrado y firmado en la cubierta ante la misma Junta receptora y demás autoridades del distrito. Los que por omisión y sin legítimo impedimento dejasen de sufragar, «dando lugar (decía), á que prevalezca la vota»ción de otros complotados por el influjo de los aspi»rantes, serán notados de incivismo y sus nombres »publicados por la prensa,» formándose lista de los sufragantes y dándoles un certificado de haber cumplido con este deber cívico. Sólo podía votarse por personas del fuero común, es decir, personas que por su empleo ó profesión no tuviesen prerrogativas personales, «por los inconvenientes (se agregaba), que trae á »la causa pública, demasiado probados por la expe»riencia, la ingerencia de personas de otro fuero en »semejantes corporaciones, y sobre todo por ser in»compatible con el sistema federal.» Por último, «pa»ra que ni remotamente se pudiese sospechar que los »representantes en el ejercicio influían de algún mo»do en las elecciones, ni en las deliberaciones de la »Junta que había de ratificarlas,» suplicaban á los ciudadanos se excusasen de votar por ellos «para

»dar (concluían diciendo), un comprobante solemne »de la libertad con que han procedido, y de la deli- »cadeza que caracteriza al pueblo de Buenos Aires »cuando reprimiendo la influencia de los facciosos se »le deja obrar libremente.» Así se iba operando la transformación constitucional; así se iban elaborando las nuevas instituciones que suplantarían á las de la colonia, y que darían vida orgánica á la masa informe de la federación de hecho; así se iba formando el espíritu público nacional y provincial, y se echaban los cimientos del sistema representativo republicano, bosquejando la fábrica política de la democracia argentina en lo futuro.

Sarratea, al renovar estas resoluciones, estuvo bien inspirado. Dictadas en la víspera de la revolución de Balcarce, no habían podido producir su efecto. Comunicadas al gobierno el 22 de marzo, ellas fueron insertadas en el bando de Sarratea, á que nos referimos antes (6 de abril).

Siendo, como se ha dicho, adictos al partido directorial, casi todos los miembros de la Junta que debía ser subrogada, su renovación total debía halagar á Sarratea. Debiendo verificarse simultáneamente las elecciones en la ciudad y la campaña, creía tener un campo más vasto en que operar para obtener una mayoría gubernamental, que remontase los resortes gastados de su poder.

El gobernador Sarratea, al halagarse con estas esperanzas ilusorias, desconocía su verdadera situación, y no tomaba en cuenta los estallidos de la opinión pública del Municipio prevenida en su contra, ni las nuevas influencias que en el último tiempo se habían creado en la campaña. Hasta entonces, los campesinos de Buenos Aires no habían aparecido sino como milicianos sumisos en los ejércitos colecticios de la localidad. Por la primera vez iban á hacer su aparición en el campo de la política militante. Independientes por naturaleza, y pastores por ejercicio, estaban sin embargo adheridos al territorio por el sistema semifeudal que regía la propiedad rural. Así era que,

emancipados de toda autoridad por el medio en que vivían, estaban subordinados á la influencia de los grandes propietarios, de cuyas estancias eran peones, y que ejercían sobre ellos una autoridad patriarcal. Los Ramos Mexía, los Miguens, los Ezeiza, los Suárez, los Lastra y otros que dirigían personalmente sus estancias; los Terreros y los que como éstos explotaban la ganadería como patrones del agro porteño, eran las verdaderas influencias de la campaña. Entre todos estos grandes hacendados que gobernaban numerosas peonadas, en vastas extensiones de terreno pobladas de innumerables rebaños, señalábase un joven, que era á la vez comandante de un regimiento de milicias. Llamábase don Juan Manuel de Rosas. Dotado de la tosca y pesada hermosura del atleta rústico, jinete como un centauro, infatigable en el trabajo como el Hércules de los establos, original en sus métodos de explotación rural, dominador por temperamento con sus subordinados, á la vez que aparentemente moderado con sus amigos, frío en sus pasiones, con una locuacidad incipiente que reflejaba el profundo convencimiento de ideas propias mal digeridas, armado de una energía terca que reemplazaba el coraje personal que le faltaba, con extravagancias que acentuaban su personalidad, y un disimulo genial que lo hacían superior á inteligencias más elevadas que la suya, don Juan Manuel de Rosas era una especie de patriarca árabe, que ejercía ascendiente real, no sólo sobre su tribu de peones, sino también sobre la tribu de los estancieros circunvecinos, y por lo tanto, uno de los personajes más importantes de la campaña sur de Buenos Aires en aquella época. Destinado á ser con el tiempo el representante de los intereses de los grandes hacendados y el jefe miliciano de los campesinos que lo respetaban ó le temían, sobre cuyas bases fundaría una de las más bárbaras y poderosas tiranías de los tiempos modernos, Rosas era en aquella época un vínculo entre la civilización de la ciudad y la semibarbarie de la campaña, y en este sentido, una influencia al servicio del orden. Habíase ligado

con el general don Martín Rodríguez, á la sazón jefe de las fronteras del sur, y ambos unidos á los demás grandes hacendados que hemos señalado, constituían una verdadera potencia latente, que aun no se había revelado.

En cuanto á la ciudad, su actitud era más decidida y franca. El descontento público asumía el carácter de una verdadera insurrección. Ante esta actitud, Sarratea, privado del concurso de los caudillos federales para hacer presión, sin dominio moral sobre la ciudad de Buenos Aires, sin acción sobre la campaña, y sintiendo que le faltaba el punto de apoyo de Soler, con el cual había contado, volvió á comprender que era, según su misma expresión gráfica, «un cascajo viejo, que se desguarnecía por todos lados.» Para conjurar estas influencias maléficas de su autoridad, el caduco gobernador procuró atraerse algunas influencias militares, rodeadas por la aureola de la popularidad. Entre ellas cultivó principalmente la del coronel don Manuel Dorrego que acababa de regresar del destierro. lo rehabilitó en su grado, le hizo abonar sus sueldos, lo declaró víctima de un gobierno injusto y arbitrario; y Dorrego, agradecido, pareció prestarle su concurso, sin que esto modificase en lo mínimo su situación respecto del pueblo, ni le diese más autoridad real.

Sarratea sintió que el suelo se estremecía bajo sus plantas, y no pudiendo ocultar sus alarmas, prefirió capitular con la opinión hostil, abdicando de antemano. El día 10 de abril, expidió una proclama en la que decía al pueblo: «Se habla públicamente de un »nuevo trastorno. ¿Cuál es el fin razonable de los per»turbadores? La provincia va á reunirse dentro de »ocho días. ¿Por qué no esperar sus resoluciones? ¿Por »qué usurparle sus derechos? ¿Para qué inducir la »anarquía en este pueblo desgraciado?»

Sea cansancio ó impotencia, la verdad es que Sarratea se manifestó dispuesto á no tomar parte en la lucha electoral. A pesar de esto los ciudadanos no se manifestaban resueltos á acudir á los comicios. En vista de estos síntomas de enervación del espíritu pú-

blico, el Cabildo se consideró en el deber de estimular el patriotismo amortiguado, y en vísperas de la elección (17 de abril) expidió una elocuente proclama, recordando á todos que «el acto más importante de un »pueblo libre, es el ejercicio del sufragio, y que el »ciudadano que no cumple con este deber, da una »prueba de serle indiferente la autoridad que en su »representación los ha de mandar, así como los bene»ficios ó calamidades que pueden resultar de los ma»los gobiernos.» Clasificaba de «brutal y funesta» esta indiferencia, llamaba nuevamente al pueblo á las urnas, y terminaba diciendo: «Así evitaréis las manio»bras en las facciones; así podréis lisonjearos de una »obra pura, desnuda de miras particulares, y capaz »por lo mismo de llenar nuestras esperanzas. Así mos»traréis en todo su lleno el título de ciudadanos de »un pueblo libre.»

En medio de estas alarmas y de esta aparente indiferencia pública, revivía con más encono la antigua enemistad entre Sarratea y Soler, un tanto adormecida. El general, que, dueño del mando de las armas, trabajaba por su cuenta, no ocultaba en público el profundo desprecio que le inspiraba el gobernador, y se manifestaba dispuesto á romper abiertamente con él. El Cabildo, interponiéndose prudentemente entre estos dos poderes próximos á chocar, se dirigió oficialmente á Soler, haciendo presente la necesidad de mantener la armonía con el gobierno, al menos mientras no se disipasen los peligros que los rodeaban. El soberbio general pareció ceder á esta situación; pero el conflicto no tardó en renovarse.

Ya sea que Sarratea deseara asegurarse nuevamente el apoyo de los caudillos federales, para neutralizar las resistencias que en su contra se levantaban en Buenos Aires; ya que simplemente se propusiera cumplir con un Acuerdo de Cabildo al cual él mismo había concurrido, el hecho es que comisionó al camarista don Matías Oliden, cerca del gobierno de Entre Ríos, con el objeto ostensible de mediar entre él y el comandante don Gervasio Correa, que aun se mantenía en armas

en el territorio, sosteniendo la causa de la unión con Buenos Aires. Al efecto, fué provisto de las competentes credenciales é instrucciones, con oficios para los gobernadores federales, á la vez que para el jefe de la escuadrilla porteña surta en el Paraná, que Sarratea había puesto á disposición de Ramírez al enviarle por medio de ella el armamento estipulado por los tratados secretos del Pilar, y acuerdo posterior de Cabildo. Como se recordará, Oliden había sido el agente del Director Pueyrredón para la sublevación de Correa en Entre Ríos en 1818, y como se le suponía influencia sobre él, su misión aparecía justificada. No obstante esto, al pasar por el campamento de la Villa de Luján, Oliden fué detenido por Soler como sospechoso. A la exigencia de éste, de manifestarle el objeto de su misión, opuso que sus instrucciones eran cerradas y que él debía tener conocimiento de ellas. Soler, atropellando todo, interceptó la correspondencia. Oliden se quejó á Sarratea en una carta confidencial, renunciando su comisión. Sarratea publicó todos los documentos relativos á ella, juntamente con la carta de Oliden, «para manifestar la pureza de sus actos.» Cuando el opúsculo que los contenía llegó á manos de Soler, éste dirigió á Sarratea una carta insolente y amenazadora, que hizo publicar en hoja suelta y circuló por toda la provincia. Decíale en ella, que «creía »merecerle más estimación y confianza que la que dis»pensaba á sujetos que se avergonzaba tratase, y que »suponía que sólo por ser gobernador y tener á su »disposición la fuerza, daba á luz papeles como la »carta de Oliden.» Agregaba «que en su lugar se ma»nejaría con más decencia y agradecimiento que él, »y que no juzgaba motivada la misión, mucho más »cuando él estaba encargado de la seguridad, arreglo »y sostén de la campaña, y cuando por otra parte el »gobernador lo tenía desarmado.» Terminaba diciendo que «podía hacer lo que gustase, que él respondería» embozando su amenaza con palabras obscuras que significaban lo peor, por lo mismo que no tenían sentido.

Bajo los auspicios de estos escándalos, tuvo lugar el nombramiento de representantes del pueblo y la solemne instalación de la Junta, que dió á su vez origen á otros escándalos que vamos á reseñar.

La elección señalada para el día 20, tuvo lugar el 27. Su resultado fué una doble derrota para Sarratea. No sólo resultaron electos los hombres más notables del partido directorial, sino que ellos en gran parte pertenecían al número de los que él había perseguido con más saña, presentándolos al país como traidores. El país los absolvía y se los imponía. Sarratea sin darse por vencido, quiso luchar aún. Creyendo hacer presión como antes, con la influencia de los caudillos federales, opuso su veto á la elección de los diputados siguientes: don Tomás Anchorena, don Juan José Passo, don Vicente López y don Juan Pedro Aguirre, exigiendo su separación y que fuesen reemplazados por otros, en el interés de la tranquilidad pública y en nombre de los tratados del Pilar, por hallarse tres de ellos complicados en el proceso de alta traición, y uno de ellos por haber favorecido, según se decía, la fuga de Pueyrredón. Al mismo tiempo, y para corroborar que ningún sentimiento personal le movía, anunciaba, que apenas se instalara la Junta, presentaría su renuncia de gobernador. El Cabildo, ante el cual se interpuso el veto, repuso: «Tiene la »Junta de representantes por sus atribuciones las fa»cultades necesarias para entender en los gravísimos »asuntos que ocurran en la provincia y... reune esa »corporación el soberano poder del país. Los represen»tantes todos han sido obra del pueblo suficientemente »manifestada por sus sufragios, en cuyo caso no le »es dado al Cabildo poner las manos para destruir lo »que él ha hecho. Las facultades municipales no han »sido otras que las de convocar, recibir y contar los su»fragios.» De aquí se concluía, que era á la Junta de representantes, integrada con los diputados de la campaña, á la que únicamente competía entender en la cuestión.

El gobernador Sarratea insistió en sostener su dere-

cho al veto y la facultad del Cabildo para efectuar la separación y la substitución, y fundábase en que siendo «inhábiles», según el artículo 3.° de la Convención del Pilar los cuatro diputados tachados, «el »pueblo no pudo ni debió votar por ellos, ni por otro »alguno de los prohibidos; y por lo mismo, no se per»judica su libertad ni su sufragio con oponerse á que »usurpen un sufragio los incapaces de obtenerlo.» Repetía como lo había insinuado ya, que tenía jurisdicción para arrestar á los indicados, y no lo había hecho por moderación, y con tal motivo terminaba declarando: «Ya que esta conducta ha dado lugar á que se »extravíe la opinión del pueblo, que se abuse de su »candor, y se nos amenaza por cuarta vez con una »convulsión; para precaverla por mi parte y en uso »de la jurisdicción que me fundan los procesos que »tengo abiertos y de los compromisos con las provin»cias federadas... he mandado desde luego que sean »puestos en prisión, como debían estarlo ya los auto»res de tantos males como se han sufrido, para sensi»bilizar (evidenciar) la incapacidad que ha podido des»conocerse en sus personas... y no temo haber violado »el carácter que han usurpado.»

El Cabildo, que se sentía bien apoyado por el pueblo, no se intimidó por estas amenazas, ni retrocedió ante la evocación de los tratados del Pilar, tras de los cuales se proyectaba el fantasma de los caudillos federales, con cuyo terror pretendía Sarratea gobernar á Buenos Aires. Al grado á que había llegado la discusión, la situación era revolucionaria: el Cabildo lo comprendió así, y postergando la discusión teórica para otra oportunidad, contestó con un valiente «ultimátum», que puso en manos del gobernador por medio de una comisión de su seno. «La salud pública exige »(oficiaba el Cabildo á Sarratea) que los representan»tes de la provincia que se hallan aptos y existan ac»tualmente, se reciban de sus comisiones, y pasen lue»go á tomar conocimiento y deliberar sobre los graves »é importantes negocios del Estado, protestando á »V. S. los perjuicios que son consiguientes en una

»delicada expectación del pueblo que nos observa.» No dudaba que el gobernador estimase la medida como de primera importancia, y que en consecuencia impartiese «las órdenes más activas á fin de que en el »día quede reunida la augusta corporación de quien »espera el país remedio de tantos males que lo devo»ran, protestando de lo contrario toda responsabilidad »por su parte, y de obrar en su caso lo que crea más »conveniente.» Ante este «ultimátum», Sarratea creyó oir sonar la campana del Cabildo tocando á rebato, para que el pueblo acudiese á deponer al gobernador y se declaró vencido. «En este momento (contestó Sa»rratea) que son las doce y cuarto de la mañana, he »dispuesto para evitar la menor demora, que se cite »á los representantes hábiles de la provincia que se »hallan en esta ciudad para las diez del día de la ma»ñana (30 de abril) en la sala capitular,» y concluía reclamando la contestación de la nota que anteriormente había pasado con relación á la cuestión del veto.

El Cabildo, que con tanta energía y habilidad había procedido, no se dió por satisfecho con esta concesión, y exigió que en el mismo día (29 de abril) á las cuatro de la tarde se congregase á la Junta de representantes «porque juzgaba que la demora, aunque »tan corta, podía comprometer la tranquilidad pú»blica.» Sarratea, desmoralizado, contestó que la ausencia de algunos diputados hacía imposible la reunión, invocando con tal motivo «la dignidad del gobierno »y la de la Junta, comprometida por la informalidad »de tal precipitación.»

Alcanzada la victoria, el Cabildo se hizo cargo del último oficio de Sarratea, y le contestó: que en cuanto al «veto» y al arresto de los individuos tachados, la Junta de representantes resolvería, pero que declaraba desde luego, que «la parte sana é ilustrada del »pueblo no reconocía en él autoridad alguna judicial »y consideraba nulos los procesos formados.» Sarratea, repuesto del susto, al ver que la cuestión se ponía de nuevo en el terreno de la discusión, replicó

quejándose que se le disputara la facultad de juzgar por sus crímenes, á la administración depuesta del Directorio, desconociéndose los tratados hechos con tres provincias federales, y agregaba con altanera insolencia: que el Cabildo podía opinar como gustase; que él se consideraba con la facultad de «casar» un acto contrario á la ley; que las intrigas sólo podían adoptarse por quien aspiraba al mando por medios ilegítimos; que él para ser gobernador no necesitaba convulsiones, pues sin ellas estaba en posesión del mando.

Sarratea, al interponer su veto y formular su acusación, había contado con la mansedumbre de las cuatro víctimas por él elegidas. Aguirre era un vecino enérgico y honrado, pero mal preparado para el áspero combate de la vida pública. Passo era un talento superior, que juzgaba desde una grande altura las acusaciones de que era blanco y que no se dignaba defenderse de ellas. Don Vicente López, el autor inspirado de las valientes estrofas del Himno nacional, era un carácter manso, sin temple así para la lucha como para el sacrificio, empero guardase su credo en el fondo de su conciencia. Pero don Tomás Manuel Anchorena, era una personalidad irritable, armado de uñas y dientes, que se ponía en erección al menor contacto, y no estaba dispuesto en ningún caso á ser el «Cordero pascual», valiéndose de la expresión del mismo Sarratea.

Bajo el modesto título de «Excusación», don Tomás Manuel Anchorena presentó al Cabildo una renuncia del cargo de representante, fundándola en el veto interpuesto por el gobernador, bien que protestando «que la dignidad de la provincia había sido ultrajada y los derechos del pueblo violados por él.» Con tal motivo decía con el más implacable sarcasmo: «No sé de dónde nos ha salido un gobernador »de provincia, que habiendo jurado desempeñar fiel »y legalmente su empleo conforme á las leyes que ri»gen en el país, y no reuniendo en sí otra autoridad »ni funciones que las que corresponden á su título, »hace de gobernador, de magistrado ordinario, de jus-

»ticia, de juez de residencia, de legislador, atropella »todas las leyes judiciales, pone en prisiones á los »ciudadanos y los detiene en ellas largo tiempo, sin »hacerles saber la causa, y aun se extiende á decla»rar como delitos los hechos que se han ejecutado sin »faltar á la ley; en una palabra, se presenta con más »autoridad que el mismo Ser Supremo, al paso que »á todas horas se le oye propalar liberalidad, justi»cia, etc., aunque con la desgracia de que nadie le »cree, y de que son muy pocos los miserables que »afectan creerle.» Este no era sino el preludio del ataque. En seguida se lanza sobre él, examina la cuestión de hecho y de derecho con frases cortadas y vibrantes, que más parecen gritos estridentes de combate, que argumentaciones legales; sienta al acusador en el banco de los acusados, hace su biografía y su caricatura política; lo presenta como el primer promotor de los proyectos de monarquía en el Río de la Plata; le echa en cara sus peculados; lo desnuda de los méritos con que se vestía y lo entrega á la befa pública, apostrofándole de embustero con estas palabras: «Yo »bien advierto que S. S. no tendría tal vez embarazo »en decir, á voz en cuello, que había recibido la autori»dad del cielo ó de los pueblos, con la misma desfa»chatez con que dice haber procedido á formar la cau»sa que está siguiendo contra el Congreso, de acuerdo »con la Sala de representantes.» Levantando con ira la acusación de traidor á la causa de la república y de la independencia, toma virilmente la defensa de sus antiguos colegas perseguidos, sin hacerse solidario de sus errores, y prueba con documentos á Sarratea, que no había tenido el derecho de procesarlos; que había mentido al aseverar en el auto cabeza del proceso de alta traición, que procedía con autorización de la Junta de representantes. En comprobación de su desmentido, reproduce íntegro un documento secreto, relativo á la aprobación condicional de los tratados del Pilar. Por él se comprobaba que la Junta había aprobado condicionalmente el artículo 7.° de los tratados del Pilar, que sometía á juicio al Directorio y

á los congresales, pero sujetando el proceder á las reglas estrictas del derecho, sin atribuirse jurisdicción sobre los diputados de las demás provincias, y que limitando á una mera investigación lo relativo á los diputados de Buenos Aires, libraba á la deliberación de la representación provincial de acuerdo con los demás Cabildos federados, el procedimiento que en definitiva debería observarse. Sarratea pretendió en vano defenderse de estos tremendos golpes de maza: al ir á poner la firma en su última contestación, tuvo que huir despavorido, perseguido por la rechifla pública. Anchorena le asestó el último golpe por la espalda, lo tendió en el suelo y pisoteó su cadáver político y moral, escupiéndolo con vilipendio.

En el intervalo de esta acerba polémica, Sarratea había dejado de ser gobernador. El resultado de las elecciones lo había postrado, y su lucha con el Cabildo, herido de muerte. Las revelaciones de la primera excusación de Anchorena acabaron de desautorizarlo. La reunión de la nueva Junta de representantes fué la señal de su caída. Esta corporación, integrada con la mayoría de los diputados por la campaña, celebró su primera sesión preparatoria el 30 de abril, y haciendo uso del derecho que se le había negado, revisó y aprobó sus credenciales. El 1.° de mayo se instaló solemnemente, y se apoderó del poder legislativo con majestad y firmeza, ordenando al gobernador y demás autoridades pasasen al recinto de sus sesiones á prestarle el juramento de reconocimiento. En el mismo día celebró su primera sesión ordinaria, y resolvió pedir al gobernador las causas de los representantes contra los cuales había interpuesto el veto con prevención de no innovar en lo más leve su ulterior conocimiento, y expusiese las facultades con que se decía investido por la anterior Junta para proceder contra ellos. Sarratea contestó al día siguiente adjuntando las causas pedidas, pero esquivó pronunciarse respecto de la autorización expresa que tuviese para proceder como lo había hecho, invocando en términos genéricos la ley, y terminaba por decir: «Por último, el gobernador no

»hace estas reflexiones porque tenga interés en seguir »con las causas, ni sostener jurisdicción al intento, »pues su carácter padece demasiado con ellas; pero no »puede mirar con indiferencia que su conducta sea ta»chada ó reprobada; y que se acrimine en el concepto »de los pueblos la justificada imparcialidad con que »cree haber procedido.»

El gobernador, vencido y desarmado, presentó en el mismo día su renuncia; y la Junta la aceptó en el acto, nombrando para reemplazarle interinamente á su presidente don Ildefonso Ramos Mejía. En seguida hizo publicar por bando esta doble resolución firmando todos los diputados con excepción de los tachados. Inmediatamente se comunicó á Sarratea guardara arresto en su casa, pues la intención de la Junta era residenciarlo, envolviéndole en los procesos que él mismo había iniciado. Sarratea, envuelto mientras tanto en su polémica con Anchorena guardó por algunos días su arresto; pero, amedrentado por las amenazas que llegaban á sus oídos, se fugó en la madrugada del 6 de mayo, y pasó á ponerse bajo la protección de Ramírez en el Paraná.

El nombramiento de Ramos Mejía fué un acto de valor civil por parte de la Junta. Soler se había halagado con la esperanza de suceder á Sarratea; pero no contando con el apoyo de la opinión, ni con la suficiente fuerza material para oponerse, pareció resignarse, contando que, como jefe supremo de las armas, sería siempre el árbitro de la situación. No lo entendía así la Junta, y el conflicto entre el nuevo gobernador y el general de mar y tierra, no tardó en producirse.

El primer acto gubernativo de Ramos Mejía fué poner en libertad, de acuerdo con la Junta, á los congresales presos. En seguida fué reconocido nuevamente en su carácter diplomático el enviado de Chile don Miguel Zañartu, á quien Sarratea, había dado sus pasaportes con motivo del armamento de Carrera, contra el cual Zañartu había reclamado enérgicamente en nombre de su gobierno. Al mismo tiempo, se comunicó á las demás provincias argentinas la nueva for-

ma de gobierno que se daba la de Buenos Aires, de conformidad con la base federal estipulada en los tratados del Pilar, en circunstancias que las provincias de Santiago del Estero y San Juan anunciaban haber reasumido su soberanía federal, organizando á imitación de ella sus juntas de representantes, y que la de Salta comunicaba haber nombrado su diputado al Congreso federal. Todo tendía á la transformación en el orden de la federación.

En el orden interno, el nuevo gobierno tropezó en su primer paso con su soberbio general de mar y tierra, con el cual había procurado mantenerse en armonía. La Junta en uso de sus facultades, expidió un reglamento dando nueva organización á las milicias cívicas, desestimando un proyectó presentado por Soler, y redujo á éste al mando del ejército acantonado en Luján. El gobernador Ramos Mejía lo promulgó. Soler que se había imaginado que el mando de las armas en toda la provincia, era una propiedad exclusiva de su persona, reclamó de esta resolución, exigiendo que sus facultades y las del gobernador fuesen deslindadas en el orden militar. El gobernador consultó á la Junta y ésta le contestó: «Que aunque re»vestía el carácter de interino era con la calidad de »gobernador y «Capitán general», y con derecho á »nombrar el jefe que sea de su arbitrio, en el con»cepto que se inclinara á conservar justamente al bri»gadier don Miguel Estanislao Soler en el mando y »arreglo de las armas, del modo que lo juzgue con»veniente.»

Despechado Soler, reiteró por sexta vez la renuncia de su puesto, contando que no sería aceptada, en vista de los nuevos peligros de la situación de que luego nos ocuparemos. La Junta, que estaba dispuesta á contemporizar con él, pero no á ceder, nombró á Ramos Mejía gobernador propietario por el término de ocho meses, con la plenitud de las facultades anexas al cargo en lo político, económico y militar. A la vez, nombróle dos consejos, uno «consultivo» y otro «resolutivo», para que lo asistieran en sus funciones.

Por último, dictó, en forma de instrucciones, una verdadera constitución, deslindando las atribuciones de los tres poderes, reservándose expresamente las que eran propias del poder legislativo, limitando la esfera de acción del ejecutivo y proveyendo á la transmisión del mando en casos excepcionales.

Soler, más irritado al ver que se le cerraba el camino del gobierno y se limitaba su mando militar, reiteró su septima renuncia en términos agresivos; y quemando sus naves la hizo publicar por la prensa. Quejábase en ella por no habérsele continuado en la comandancia general de mar y tierra, desconociendo que el mando de las armas fuese atribución constitucional del gobernador; y de que se hubiesen organizado en la capital fuerzas que no se hallaban bajo su inmediata dependencia, y colocado á su cabeza jefes que eran acérrimos enemigos suyos, según decía, desconociéndose así sus servicios; por lo cual renunciaba no sólo su comisión de general en jefe, sino también su grado de brigadier general, y solicitaba pasaporte para países extranjeros. El gobernador, justamente ofendido, le contestó aceptando su renuncia, después de oir el dictamen de su consejo, y le significó «que la »provincia consideraba con razón tener en sí sujetos »capaces de desempeñar el cargo que á él se había con»fiado, sin comprometer su crédito ni la dignidad del »gobierno,» y nombró para sucederle al general don Martín Rodríguez, que era el candidato militar de la nueva situación.

Colocado Soler en el caso de entregar el mando ó rebelarse, hizo funcionar su antigua máquina del Cabildo de Luján, dando por su boca el grito de sedición. Los jefes de las milicias de caballería acantonadas en Luján, reunidos en número de veintiséis, subscribieron una petición al Cabildo de la Villa protestando contra «el escandaloso paso dado por el gobier»no despojando sin justa causa al general Soler de la »autoridad, que el pueblo y la provincia toda le había »confiado,» declarando «que era la voluntad general »de toda la campaña que se le repusiese en el mando

»de las armas como capitán general, y se le tuviese »y reconociese por gobernador, con existencia personal »en el centro y á la cabeza de su ejército.» El Cabildo de Luján, reunido en minoría, resolvió por sí y ante sí que, siendo sus votos los mismos del ejército, quedaba reconocido el general Soler como gobernador y así lo avisó á éste. El general, al aceptar implícitamente el nombramiento, contestó que «respecto á hallarse »existente y en sus funciones la Junta de represen»tantes, había determinado remitirle la representa»ción de los oficiales, y que desearía, «si fuese posible», »que se aguardase su resolución, sobre el reconoci»miento de gobernador y capitán general en su per»sona.» En consecuencia, y pasando por encima del gobernador, se dirigió á la Junta, adjuntándole la petición de los jefes y la resolución del Cabildo de Luján, pidiendo por su parte en términos secos «que á la mayor brevedad se resolviese lo más conveniente.» En el mismo día dirigió una proclama á los «ciudadanos» de la campaña, «jurando salvarlos ó perecer con ellos.» En seguida se dirigió al Cabildo de Buenos Aires y diputó cerca de él, al Auditor del ejército y al síndico procurador de Luján, solicitando su interposición para arribar á una transacción. Las comunicaciones de Soler estaban fechadas en el «Campo de la Libertad», nuevo nombre con que había bautizado su cuartel general.

El gobernador Ramos Mejía, que era un magistrado civil, que no contaba con más apoyo que el de la fuerza moral de la Junta de Representantes, presentó inmediatamente su renuncia. La Junta, sin aceptarla ni rechazarla, hizo como el Crucificado al probar la esponja empapada en vinagre, «no bebiendo y no bebió;» y dispuso que el gobernador «depositara el bas»tón» de mando en el Cabildo, y que el Alcalde del »Primer Voto avisase al general Soler que podía entrar »desde luego en la ciudad sin oposición alguna.» Al mismo tiempo se declaraba disuelta en el día (20 de junio). El Cabildo, al recibir el depósito del símbolo material del mando, se limitó á publicar el hecho por

bando. Este es el día famoso en los fastos de la anarquía del «año xx» que ha pasado á la historia con la denominación del «día de los tres gobernadores», que ninguno de los tres era gobernador de hecho ni de derecho.

El Cabildo dispuso que una diputación de su seno se acercara á la Junta de Representantes, suplicándole no se disolviera por los males que podían sobrevenir al país, y al mismo tiempo diputó á su síndico procurador don Luis Dorrego, para que anunciara á Soler, que podía entrar libremente á apoderarse del bastón de gobernador. Jamás un ambicioso apoyado en la fuerza bruta recibió una lección más severa.

En este mismo día (20 de junio) moría el general don Manuel Belgrano, después de catorce meses de una larga agonía.

El desgraciado general, después de las humillaciones sufridas á consecuencia del motín de Tucumán, se sentía morir presa de una profunda melancolía. Abandonado de todos y reducido á una estrecha pobreza, sólo le visitaban dos ó tres amigos, no más, quienes generosamente le adelantaron algunos fondos, para llenar sus más premiosas necesidades. Por las tardes, cuando su enfermedad se lo permitía, solía montar á caballo y recorrer triste y solo el campo de su antigua gloria, sombreado de laureles seculares y embalsamado por los naranjeros silvestres del vecino bosque. En una de esas tardes, le acompañaba uno de sus amigos, y volviéndose á él, le dijo: «Yo quería á »Tucumán como á la tierra de mi nacimiento; pero »han sido aquí tan ingratos conmigo, que he determi»nado irme á morir á Buenos Aires, pues mi enferme»dad se agrava cada día más.» En consecuencia de esta determinación, dirigióse al gobernador Araoz, solicitando la cantidad de dos mil pesos para los gastos de viaje. A los dos días se le contestó que el tesoro provincial se hallaba exhausto, por haber invertido todos sus recursos en gastos de guerra, y el Dr. Serrano, su antiguo amigo, autorizó este decreto como secretario del gobernador. Esta negativa afligió profun-

damente al general, quien dijo con tal motivo á don José Celedonio Balbín, que era uno de los dos amigos que lo visitaban en su desgracia: «Ya no podré ir á »morir á Buenos Aires; no tengo recurso alguno para »moverme. ¡He escrito al gobernador pidiéndole al»gún dinero y caballos para mi carruaje, y me ha ne»gado todo!» Balbín puso inmediatamente á su disposición la cantidad de 2.000 $ plata, que él aceptó agradecido, con cargo de devolución.

En los primeros días de febrero, el general se puso en marcha con destino á Buenos Aires. Acompañábale su médico de cabecera el Dr. Joseph Redhead, su capellán el P. Villegas y sus fieles ayudantes de campo, don Jerónimo Elguera y don Emilio Salvigni. Sus piernas estaban tan hinchadas, y su estado de postración era tal, que cuando llegaban á una posta, sus ayudantes le cargaban en hombros para bajarlo del carruaje y conducirle á la cama. En todo su camino no encontró la menor muestra de simpática hospitalidad. En el territorio de Córdoba, llegó á una casa al anochecer, donde después de ser colocado en su cama por brazos ajenos, pidió á su ayudante Elguera, llamase al maestro de posta. Este contestó con sarcástica insolencia: «Dígale usted al general Belgrano, »que si quiere hablar conmigo venga á mi cuarto, que »hay igual distancia.» Al tiempo de pasar por la ciudad de Córdoba, donde dominaba su antiguo subalterno Bustos, á quien tanto había distinguido, sus recursos se habían agotado. Dirigióse al gobernador interino don José Díaz, solicitando un corto auxilio en dinero para continuar su viaje, y éste se lo negó como lo había hecho el gobernador de Tucumán. El comerciante don Carlos del Signo le ofreció el óbolo de Belisario, enviándole 418 $ con los cuales el vencedor de Tucumán y Salta, pudo arrastrarse moribundo hasta su ciudad natal.

Belgrano llegó á Buenos Aires en el mes de marzo, y la encontró envuelta en la anarquía cuyas agitadas escenas hemos historiado ya. Débil y exánime, entró caminando por pies ajenos á la casa paterna, donde

medio siglo antes había nacido, y se acostó en su lecho de agonía. Desde entonces pasó sus días sentado en un sillón, y la noche en vigilia, incorporado en su cama, porque no podía acostarse del todo. Sus hermanos y los pocos amigos que le habían quedado, le rodeaban á todas horas del día y de la noche. A veces pedía que le dejasen solo y quedaba sumido en una honda meditación. Un día, después de uno de esos instantes de soledad voluntaria, sus amigos le encontraron pálido y con los ojos casi extintos. Al verlos pareció reanimarse, y dirigiéndose á su amigo don Manuel Antonio Castro, le dijo con triste gravedad: «Pen»saba en la eternidad á donde voy, y en la tierra que»rida que dejo. Espero que los buenos ciudadanos tra»bajarán en remediar sus desgracias.»

El gobernador Ramos Mejía, sabedor del estado de indigencia en que se encontraba el ilustre general, le envió un día por medio de un edecán de gobierno la cantidad de 300 $, con destino á los gastos de su curación, disculpándose de oficio por no poderle atender con más á causa de la pobreza del erario; pero asegurándole, que consideraba como uno de sus principales cuidados, el velar por su bienestar como justo premio debido á sus virtudes y servicios.

Belgrano contestó: «Doy á V. S. las gracias, bien »persuadido que el estado de las rentas no le permite »usar de la generosidad que me manifiesta, sin que »merezca tanto favor.» Pocos días antes de morir, solicitó que, á cuenta de sus haberes y por la parte que le correspondía en la existencia de azogues tomados en el Perú, se le atendiera con alguna cantidad mayor, á fin de poder pagar sus deudas. El gobernador Ramos Mejía hizo presente su solicitud á la Junta de representantes en los siguientes términos: «El go»bierno, penetrado de los servicios del general don »Manuel Belgrano é indigencia en que se halla en el »estado de su salud ruinosa, no obstante sus apuros en »las presentes circunstancias, tuvo por conveniente »socorrerle con 300 $, cerciorado que no se le había »prestado el menor auxilio. Mas ahora que solicita

»una cantidad excedente é imposible de satisfacerse »por falta de numerario, elevo á V. H. la presente »solicitud para que en su vista se sirva resolver lo »que estime de su justificación.» Esta solicitud no fué atendida por entonces. La posteridad debía decretarla.

Antes de cerrar sus ojos para siempre, tuvo la satisfacción de ver á su predilecto subalterno el coronel La Madrid, que tan noblemente se había conducido en la sublevación de Arequito. Lo abrazó, con los ojos llenos de lágrimas, y luego que se hubo serenado, abrió una gaveta de un escritorio que tenía á su espalda, y sacó de ella unos papeles. Eran unas memorias históricas de La Madrid, escritas por encargo de él en el Fraile Muerto, lugar donde un año antes había empezado su agonía. «Estos apuntes (le dijo), es»tán hechos muy á la ligera: es menester que los »recorra.» Habló en seguida de Tucumán, recordó algunos amigos y se despidió de él para no volver á verle más en la vida.

En vísperas de su muerte, recibió la visita de su amigo Balbín, que le había proporcionado en Tucumán los medios de trasladarse á Buenos Aires, sin recabar de él ningún documento que comprobase la deuda. En esos momentos se anunciaba la nueva invasión de los federales sobre la provincia de Buenos Aires. Después de algunos momentos de conversación, le dijo: «Mi situación es cruel: mi estado de salud me »impide montar á caballo para tomar parte en la de»fensa de Buenos Aires.» Siguióse un intervalo de silencio, y luego agregó: «Me hallo muy malo: duraré »muy pocos días. Espero la muerte sin temor, pero »llevo al sepulcro un sentimiento.» Interrogado por Balbín, le contestó con tristeza: «Muero tan pobre, »que no tengo con qué pagarle el dinero que usted »me prestó; pero no lo perderá. El gobierno me debe »algunos miles de pesos de mis sueldos, y luego que »el país se tranquilice se los pagarán á mi albacea, »quien queda encargado de satisfacer la deuda.»

El 25 de mayo (25 días antes de morir), había dic-

tado su testamento, «encomendando su alma á Dios, »que la formó de la nada, y su cuerpo á la tierra de »que fué formado,» según sus propias palabras. En tal ocasión declaró que no teniendo ningún heredero forzoso, ascendiente ni descendiente, instituía como tal á su hermano el canónigo don Domingo Estanislao Belgrano, á quien nombró patrono de las escuelas por él fundadas, legándole su retrato, con encargo secreto de que, pagadas todas sus deudas, aplicase todo el remanente de sus bienes en favor de una hija natural llamada Manuela Mónica, que de edad de poco más de un año había dejado en Tucumán recomendándole muy encarecidamente hiciera con ella las veces de padre y cuidara de darle la más esmerada educación.

El día antes de su muerte, pidió á su hermana Juana, que lo asistía con el amor de una madre, que le alcanzase su reloj de oro que tenía colgado á la cabecera de la cama. «Es todo cuanto tengo que dar á este hombre bueno y generoso,» dijo dirigiéndose á Redhead, quien lo recibió enternecido.

Luego empezó su agonía, que se anunció por el silencio, después de prepararse cristianamente, sin debilidad y sin orgullo como había vivido, á entregar su alma al Creador. Las últimas palabras que salieron de sus labios, fueron éstas: «¡Ay patria mía!»

A las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, expiró hidrópico el general Manuel Belgrano, á la edad de cincuenta años y diez y siete días. En ese mismo día, Buenos Aires, presa de la anarquía, contaba tres gobernadores á un mismo tiempo, según queda ya relatado.

La autopsia de su cuerpo fué hecha por su fiel amigo y médico de cabecera, el Dr. Redhead, que lo embalsamó piadosamente, diciendo al tiempo de practicar esta operación, que había encontrado su corazón más grande que el del común de los mortales, lo que, siendo materialmente cierto, era el efecto natural de su enfermedad originada por los dolores que lo afligieron.

Su cadáver fué sepultado en el atrio del convento de Santo Domingo, amortajado con el hábito del patriarca de la orden, según su última voluntad.

Su sepulcro fué cavado al pie de la pilastra derecha del arco central del frontispicio de la iglesia. Allí se colocó su féretro de pino, cubierto de paño negro, y se derramó encima de él una capa de cal, cerrándose la bóveda que debía guardar sus restos eternamente. Sobre él se colocó una losa de mármol encerrada en un marco de madera al nivel del suelo con este epitafio: «Aquí yace el general Belgrano».

Sus hermanos, algunos parientes y unos pocos amigos fieles á la desgracia, fueron los únicos que asistieron al entierro de uno de los más buenos y de los más grandes hombres de la historia argentina.

Sólo un periódico de Buenos Aires anunció su muerte, y sus funerales tuvieron lugar ocho días después en el mismo día y casi á la misma hora (28 de junio de 1820), en que el ejército de Buenos Aires era derrotado por los federales en la Cañada de la Cruz, según se verá después.

Así murió, así fué enterrado y así se hicieron los funerales del general Manuel Belgrano, en medio de la anarquía que devoraba á la República Argentina, y de la indiferencia pública, que por algún tiempo más continuó pisando la losa de su sepulcro, colocado bajo la planta de los que pasaban, sin sospechar que allí se encerraba la más pura y una de las más altas glorias de la patria independiente y libre, merced á sus esfuerzos y á sus largos trabajos.

El hombre, á cuyos últimos momentos hemos asistido, y cuya figura ha llenado las páginas de este libro por el espacio de treinta años, era, en vida, de regular estatura, de ojos grandes, de color azul sombrío, de cabello rubio y sedoso, de color muy blanco y algo sonrosado, cuya apariencia hacía recordar el tipo de las razas del norte de Europa, indicando un temperamento sanguíneo-linfático, vivificado por el flúido nervioso. Su fisonomía era bella y simpática, y el carácter que prevalecía en ella era el de una grave sere-

nidad. Su cabeza era grande y bien modelada, aunque sin esas proyecciones atrevidas y esas protuberancias revelantes del genio. Los retratos y los bustos que han popularizado su imagen, le representan ocupando la región craneana más de un tercio de la cabeza, que hace recordar el tipo de Bonaparte en su juventud; pero, si se examinan sus líneas fundamentales, sus planos suavizados y sus simétricas curvas, se percibe, que más bien que el receptáculo de una poderosa inteligencia, es el coronamiento de un cuerpo y de una alma bien equilibrada, en que se dilatan sus facultades morales. La nariz, que sustentaba el peso de la bóveda del cráneo, era prominente, fina y ligeramente aguileña, prolongándose su perfil en la dirección de la inclinación de la frente. La boca, amable y discreta, y la barba ligeramente saliente y acentuada por un pliegue, indicaba en su conjunto una voluntad tranquila, sin violencia y sin debilidad. Era escaso de barba, no usaba bigote, y llevaba la patilla corta á la inglesa, como se ve en los retratos de la última época de Wáshington, que era su modelo político.

Belgrano era de una contextura delicada, y su educación física no lo había preparado para los trabajos de la guerra. Estaba dotado, sin embargo, de una gran actividad corporal, que lo hacía sobreponerse á toda fatiga. Se le acompañaba con dificultad cuando caminaba á pie, pues su andar era tan rápido que casi alcanzaba la medida del paso gimnástico de los soldados. Sus maneras eran sumamente cultas, sin afectación; sus gestos y ademanes muy medidos, aun cuando reprendía á sus subalternos; su conversación, era amena y seria, y á veces algo pintoresca, aunque sin brillo y con poco caudal de ideas profundas; sus hábitos eran morigerados, siendo muy parco en su mesa, sencillo en el vestir, no usando ningún estimulante, leía y escribía mucho, dando apenas tres ó cuatro horas al sueño, velaba siempre durante la noche. Gustaba mucho de la sociedad de las señoras y solía decir, que algo de lo que sabía lo había aprendido de ellas; agregando, que el hombre que cultiva su trato

se hace amable y sensible, se acostumbra á ser delicado, y muestra tener nobles inclinaciones.

Durante los años XVII al XIX en que permaneció acantonâdo el ejército en Tucumán, vivió constantemente en el campamento de la ciudadela, sin ausentarse de él una sola noche, obligando á todos á dormir en sus cuarteles. Su alojamiento lo componían cinco habitaciones de techo de paja, construídas por los soldados, rodeadas de un pequeño jardín y de una huerta, como lo estaban las cuadras de la tropa, á la que obligaba á cultivar la tierra para sustentarse, á fin de no gravar el erario. Los muebles eran sencillísimos, y todos fabricados en la maestranza del ejército. Su cama era un catre pequeño de campaña, con un colchón muy delgado, que siempre permanecía doblado, salvo en las tres ó cuatro horas que dedicaba al descanso durante el día. Su almuerzo era un solo plato y su comida tres platos de que participaban sus edecanes. Por la mañana temprano recibía á su jefe de estado mayor el general Cruz, á quien impartía las órdenes del día. Después de almorzar despachaba su correspondencia, leía y en seguida se acostaba á descansar, y cuando se levantaba, el colchón volvía á doblarse hasta el día siguiente á la misma hora. Las horas que seguían á su frugal comida, las pasaba generalmente en su jardín, donde había hecho construir dos bancos rústicos. Allí solía recibir algunas raras visitas y entregarse á largas conversaciones. Estas eran sus únicas horas de solaz. Por la noche montaba á caballo y la pasaba toda ella en vigilancia, acompañado solamente de sus edecanes: recorría los cuarteles, patrullaba la ciudad y suburbios, y era inexorable cuando después del toque de silencio se encontraba á un individuo del ejército fuera de su puesto.

Su capellán, el P. Villegas, un fraile franciscano de Buenos Aires, era el que dirigía la administración doméstica de su casa militar, teniendo esto de común con el general San Martín, que hacía administrar sus escasos fondos por el suyo. Su economía respecto de su persona era tan austera como respecto de los gastos

públicos. Mensualmente tomaba de la tesorería del ejército 300 $ por cuenta de sus sueldos, pidiéndolos prestados cuando la caja estaba exhausta como sucedió con frecuencia, y entregaba la cantidad íntegra á su capellán, que á veces se veía en apuros para cubrir su modesto presupuesto.

Era sencillo en su vestido y en sus arreos militares, bien que sumamente aseado. Su uniforme habitual era una levita de paño azul con alamares de seda negra; gorra militar redonda, como se usaba entonces; pantalón azul sin franja, y en los últimos tiempos, botas de montar, á la inglesa. En los días clásicos, se presentaba de sombrero elástico, orlado por un rico galón de oro que le había regalado el general Iriarte al pasarse del ejército español, sin ningún otro relumbrón. La montura de su caballo tocaba en mezquindad en los primeros años de la revolución. A su regreso de Inglaterra, le agregó un mandil azul sin galón, que cubría toda la silla, y los demás arreos eran de mejor gusto y más cuidados. El único lujo que llevó en aquella época al ejército, fué una volanta inglesa de dos ruedas, que él manejaba en persona, con un solo caballo, y que fué el primer carruaje de este género que se vió en Tucumán. Muchas veces se le vió con las botas remendadas, y en el año XVII se encontró una vez sin camisas, teniendo que encargar á Buenos Aires dos piezas de Irlanda para remontar su guardarropa, cosa que le sucedió más de una vez al general San Martín, quien después de la victoria de Maipú, no tenía sino una casaca remendada.

Así era el hombre, cuya vida hemos seguido al través de la revolución de la independencia argentina, á cuyos últimos momentos asistimos, y cuyo retrato físico acabamos de bosquejar.

En los capítulos siguientes, asistiremos á su apoteosis y á su resurrección histórica, y entonces formularemos el juicio definitivo de la posteridad á su respecto.

CAPITUL XLV

El Año XX.—La Pacificación

1820

Continúa la narración histórica.—Soler gobernador.—Circunstancias en que este hecho tiene lugar.—Nueva invasión de los federales contra Buenos Aires.—Batalla de la Cañada de la Cruz.—Caída de Soler.—El Cabildo inicia negociaciones de paz.—Pagola dictador militar, sus diferencias con el Cabildo y su deposición.—Dorrego nombrado gobernador.—Plan político de la nueva invasión federal.—Alvear se hace nombrar gobernador por una Junta de campaña.—Nuevo aspecto de la situación.—Ruptura de las negociaciones de paz.—Mérito que contrae Dorrego en esta ocasión.—La defensa de Buenos Aires se organisa.—Sitio de Buenos Aires por los federales, y operaciones de los sitiados.—Correspondencia entre Dorrego y López, y del Cabildo con Alvear y la Junta de campaña.—Los sitiados toman la ofensiva y rompen la línea sitiadora.—Nuevas tentativas de paz sin efecto.—Retirada de los federales.—Carrera vuelve sobre la ciudad y se retira.—Ultimátum del Cabildo.—Circular del Cabildo á las provincias.—Opinión de San Martín sobre la situación.—Ruptura de Artigas y Ramírez.—Dorrego en campaña con el ejército de Buenos Aires.—Alvear y Carrera se fortifican en San Nicolás de los Arroyos.—Operación sobre el Pergamino y acción de San Nicolás.—Negociaciones de paz, otra vez malogradas, entre Dorrego y López.—Batalla de Pavón.—Campaña de Dorrego en Santa Fe.—López sorprende á Obando en el Pergamino.—La expedición libertadora del Bajo Perú al mando de San Martín, zarpa de Valparaíso.—Derrota de Dorrego en el Gamonal y su retirada.—López se manifiesta dispuesto á la paz.—Efectos que produce el contraste del Gamonal en Buenos Aires.—Retrospecto histórico.—Don Martín Rodríguez es nombrado gobernador.—Manifiesto pacífico de la Junta de Buenos Aires á las provincias.—Revolución de 1° de Octubre.—Combate del 5 de Octubre en las calles de Buenos Aires.—Actitud de Dorrego en esta emergencia.—Ultimo estallido de la anarquía del año XX.—Caída de Dorrego y sus causas.—Pacificación de Buenos Aires.—Prospecto de pacificación de la República.

Volvamos á continuar la narración histórica que dejamos pendiente el 20 de junio, en que acaeció la muerte de Belgrano, que ha pasado á la historia con la denominación de «día de los tres gobernadores». Como se recordará, el Cabildo había diputado á su sín-

dico procurador don Luis Dorrego, con el objeto de anunciar á Soler, que podía entrar libremente á apoderarse del bastón de gobernador, dando así una lección severa á su ambición.

Al día siguiente (21 de junio) el Síndico oficiaba al Cabildo desde el puente de Márquez, haber recibido orden de esperar al general Soler en aquel punto. Poco después se presentaba allí el soberbio dictador militar con látigo en mano, vestido de chaquetilla de cuartel, y dirigía la siguiente nota al Cabildo: «Sin »embargo que se me avisa estar todo llano para en»trar sin oposición al mando del gobierno de la pro»vincia, no debo verificarlo, ínterin los diputados que »representan ese pueblo no expresen «libremente» la »voluntad de sus representados, extrañando mucho »que la Junta se haya disuelto intempestivamente, »como si el general Soler procurase violentar la vo»luntad de ese digno pueblo, en lo que se ofende suma»mente su honor, pudiendo así comunicarlo sin per»der de vista los intereses y felicidad general.» Por esta vez, la Junta y el Cabildo tuvo que beber. ¡La insolencia estaba á la altura de la lección! Reunido el Cabildo con algunos representantes en minoría («en el número posible» dice el documento), contestaron «haber convenido y acordado» el nombramiento de gobernador en la persona del general Soler.

El gobernador así electo, contestó desde San José de Flores, donde esperaba el resultado de su intimación: «Impuesto de haber acordado libremente la Jun»ta á presencia del Cabildo, nombrarme gobernador y »capitán general de la provincia, «en conformidad de »los sentimientos de los ciudadanos» de la campaña, »al día siguiente (23 de junio), de 10 á 11 de la ma»ñana iré á prestar el juramento de ley.» El 23 de junio á la hora indicada, se presentó el general á la Sala Capitular, siempre látigo en mano y vestido con la chaquetilla que usaba en el campamento. Se recibió del gobierno, con menos ceremonias que las que la ordenanza exige para relevar una guardia de prevención. Incontinenti, mandó pregonar el bando de toma de

posesión por todas las calles de la ciudad, por medio de su misma escolta de caballería á son de trompetas marciales.

Apenas recibido del mando, Soler pasó un oficio al Cabildo, anunciando que salía á campaña y depositaba el gobierno político en los alcaldes y Síndico Procurador del Municipio, colectivamente. El Cabildo contestó en el acto, que no era posible separar de su seno á tres de sus más importantes miembros; agregando, que convenía que el Ayuntamiento se mantuviese alejado de los negocios del gobierno, para mediar oportunamente en los casos que lo exigiera la salud pública, como lo había hecho antes. En vista de esta negativa, Soler nombró á Dorrego, comandante de armas de la ciudad, y dispuso que diariamente se le remitiese el despacho de gobierno á su campamento, por medio de un posta. ¡Como se ve, todo se resolvía á la baqueta! En seguida proclamó al pueblo en términos breves y triviales, diciendo que «el ejército era la vanguardia del pueblo.» Por último, expidió su primer auto gubernativo (que fué también el único), disponiendo por bando la reunión de los oficiales sueltos y la suspensión del pago de diezmos, ordenando y mandando al mismo tiempo, que «todos los diputados »del Congreso desde su instalación en Tucumán, se le »presentasen en su campamento de Luján en el tér»mino de 48 horas, con apercibimiento que de no ha»cerlo se procedería contra sus personas y bienes, apli»cándoles las penas correspondientes á su inobedien»cia.» Este bárbaro decreto, sobre diezmos, oficiales, sueldos y congresales, se complementaba declarando, que «para cortar las perversas intenciones de los mal»vados que procuraban hacer odiosa la administra»ción, sembrando la discordia, se procedería al casti»go de ellos, constando por pruebas regulares ha»berse producido contra sus operaciones de un mo»do «indecoroso y destructor», para ser ejemplarmen»te castigados.» En seguida se puso en campaña para contrarrestar una nueva invasión federal que amenazaba á Buenos Aires.

Las circunstancias en que Soler se apoderó del mando, no podían ser más apuradas. El enemigo pisaba ya el territorio porteño, y la guerra civil iba á recomenzar con mayor encono. La provincia, invadida, se hallaba política y militarmente desorganizada; el descontento y la desconfianza era general; el espíritu público estaba decaído, el valor militar enervado, y no se veía ni siquiera una cabeza capaz de dirigir la resistencia, retemplando la opinión. Veamos cómo se había producido esta situación, cuya responsabilidad asumía el general Soler.

Los caudillos federales se habían retirado no del todo satisfechos del resultado de su campaña, por más que el éxito la hubiese coronado. Triunfantes por las armas, por la diplomacia y por la imposición de su sistema político, no habían podido domar el espíritu cívico de la provincia vencida, ni apoderarse de sus recursos, ni imponerle un gobierno personal, ni inhabilitarla para reaccionar en lo futuro, como Artigas lo aconsejaba. Al fin habían tenido que evacuar el territorio ante la intimación de los vencidos, en abierta hostilidad con el gobernador impuesto por ellos, y en pugna con el general Soler en el cual creyeron encontrar un instrumento, contentándose con llevarse algunas armas y retener en su poder la escuadrilla de Buenos Aires que condujo más tarde al Paraná los últimos auxilios bélicos que habían exigido después de la restauración de Sarratea.

Las tentativas para elevar al gobierno de Buenos Aires al general Alvear—eliminando á Soler, con el cual rompieron, y prescindiendo de Sarratea, que ya les era inútil,—respondían á esas aspiraciones no satisfechas. El malogro de estas tentativas vino á ahondar más la división entre Buenos Aires y los caudillos. Refugiado Alvear en el territorio de Santa Fe, bajo la protección de los federales, se ocupó activamente en promover una nueva guerra que le abriese el camino del poder. Al efecto, y para darse un punto de apoyo, procuró seducir la guarnición de San Nicolás de los Arroyos, ofreciendo el apoyo de López, Ramírez

y Carrera, á fin de dar en tierra con la administración de Sarratea y destruir la influencia de Soler. El coronel don Celestino Vidal, jefe del punto, denunció los trabajos subversivos de Alvear, después de tener una conferencia con él, al norte del Arroyo del Medio.

El gobierno, en vista de la inmineneia de una nueva invasión, desguarneció poco después aquella plaza y reconcentró en la capital el batallón de Cazadores que la defendía, el cual pasó á formar parte del ejército de Soler en Luján, dejando así desamparada la línea del Arroyo del Medio.

Ramírez, llamado urgentemente al Entre Ríos por la actitud amenazante de Artigas, según se explicó ya, había repasado al oriente del Paraná con todos sus entrerrianos y puéstose inmediatamente en campaña, derrotando en varios encuentros al caudillo oriental. Era la lucha final entre dos ambiciosos en que al fin el poder de Ramírez prevalecería; pero, por el momento, hallábase éste inhabilitado para tomar parte activa en una nueva guerra contra Buenos Aires, Mientras tanto, López había licenciado sus milicias al repasar el Arroyo del Medio, y se mantenía á la expectativa de los sucesos, observando con desconfianza la agitación y las evoluciones de los partidos de Buenos Aires. Alvear y Carrera fomentaban esta mala disposición; le hacían entender que Buenos Aires no estaba dispuesto á cumplir con los tratados del Pilar, y que los había roto al no enviar su diputado al Congreso de San Lorenzo dentro del término estipulado, llamando muy principalmente su atención suspicaz, sobre el hecho de que Soler reforzaba su ejército, á la vez que los Directoriales volvían á apoderarse de las primeras posiciones políticas.

La caída de Sarratea, la reaparición de los hombres del partido Directorial en el gobierno, y sobre todo, el estado de anarquía en que se encontró Buenos Aires á consecuencia del antagonismo provocado por Soler, decidieron á López á tentar por segunda vez á la aventura de imponer á Alvear como gobernador.

Este, por su parte, le presentó documentos, según los cuales contaba con un gran partido en la ciudad y campaña, el cual se pronunciaría en su favor, así que las fuerzas santafecinas volviesen á atravesar el Arroyo del Medio. Con estos propósitos y sobre estas bases, la nueva invasión sobre Buenos Aires quedó decidida.

Sobre la base de sus Dragones, que eran como 400, López formó una división santafecina, agregando algunas partidas de montoneros y una horda de indios del Chaco, hasta completar un total de 700 hombres. Incorporósele don José Miguel Carrera con su división llamada de «Los chilenos», fuerte de más de 400 hombres, y el general Alvear con 54 jefes y oficiales proscriptos y como 100 milicianos dispersos de Buenos Aires. A la cabeza de este ejército heterogéneo que escasamente alcanzaba á 1.300 hombres, López se puso en marcha sobre Buenos Aires á mediados de junio, y atravesó el Arroyo del Medio, casi al mismo tiempo que Soler se apoderaba del gobierno.

El ejército con que el gobernador Soler se puso en campaña, pasaba de 2.000 hombres. Componíanlo en el arma de infantería, el batallón de Cazadores, los restos del de Aguerridos y algunas compañías del segundo tercio cívico con 4 piezas de artillería. La base de la caballería la formaba el regimiento de Dragones, que era la escolta del general, los Blandengues y los Colorados de las Conchas, á que se agregaron algunos escuadrones de milicias mal armadas y peor disciplinadas, de los partidos de Matanza, Chascomús, Magdalena y Ranchos.

Desde Morón, ofició Soler al Cabildo el 26, que Alvear y Carrera, á la cabeza como de 600 hombres, se hallaban á inmediaciones de San Antonio de Areco, desde la tarde del día anterior, y que López con el resto seguía á retaguardia, por lo cual, y aprovechando sus buenas caballadas se ponía inmediatamente en marcha á fin de tomar al enemigo dividido «si lograba que lo esperasen y le presentasen acción.» En consecuencia, Soler activó sus operaciones, dejó el batallón de Cazadores atrincherado en la Villa de

Luján, y con el resto marchó resueltamente en busca de los invasores.

El 28 de junio por la mañana, ambos ejércitos estaban á la vista, divididos por la cañada de Cruz, hondo repliegue del terreno de la pampa, por donde corren las aguas pluviales de poniente á oriente, formando en su centro una especie de arroyuelo, que desborda con las lluvias hasta ponerse á nado, y que generalmente presenta la apariencia de una vega. El suelo es húmedo y pantanoso, de modo que, aun en tiempo de seca, su acceso es peligroso. Domínanla, de una y otra parte, pronunciados ribanos, formando una especie de valle, bajo cuya verde alfombra se ocultan los tremedales, que en algunos parajes pueden sepultar caballos y jinetes.

Al norte de la Cañada estaba situado el ejército federal, y al sur de ella el de Buenos Aires. El ejército federal se había reforzado con algunos voluntarios, y con un escuadrón de milicias pasado en San Antonio de Areco; pero no estaba todo él reunido, á consecuencia de haber destacado una división de 300 hombres, creyendo que Soler lo esperaba en Luján. Mientras operaban su reconcentración, los federales tendieron una fuerte línea de guerrillas, cubriendo todo su frente. Soler, que con la esperanza de tomar al enemigo dividido, había precipitado sus marchas, tampoco estaba reconcentrado. Sin duda por esta causa y para ganar tiempo, el general porteño mandó una diputación al campo enemigo, ofreciendo la paz en términos generales. López contestó que estaba pronto á arreglarla bajo justas condiciones. En tales circunstancias y cuando los enviados de Soler se retiraban, las guerrillas de los federales, vigorosamente atacadas por la vanguardia de Buenos Aires, al mando del coronel Pagola, se replegaban á su campamento. Reconvenido Pagola por los enviados, declaró ignorar que hubiese suspensión de armas; pero que se abstendría de toda hostilidad, esperando nuevas órdenes de su general. Con esto, las guerrillas volvieron á tomar sus anteriores puestos, divididas por la Cañada de la Cruz.

Al mediodía, ambos ejércitos habían reconcentrado todas sus fuerzas destacadas ó rezagadas. Soler dispuso entonces su línea en tres gruesas divisiones. A la derecha colocó los Blandengues y los Colorados, con algunos escuadrones de milicias apoyados con alguna infantería y una pieza de artillería, bajo las órdenes del coronel Pagola, el mismo que hemos visto mandando el batallón número 9 en la batalla de Sipe-Sipe. Al centro se colocaron los Dragones de Buenos Aires con 200 milicianos, apoyados por una pequeña reserva, bajo el inmediato mando de Soler. A la izquierda, donde la Cañada era más pantanosa, se situó el general don Domingo French, jefe de estado mayor del ejército porteño, con algunas milicias de caballería y las compañías del segundo tercio cívico. Entre las divisiones de la izquierda y del centro, se situaron las tres piezas de artillería restantes.

López, por su parte, situó la división de chilenos sobre su izquierda, haciendo frente á la de Pagola. Al centro se estableció con los Dragones de Santa Fe, cubriéndose con la legión de proscriptos mandada por Alvear, y á retaguardia sus indios del Chaco. A su derecha formaron las milicias de Santa Fe y un destacamento de chilenos.

La batalla se inició cargando la derecha porteña. Al primer empuje, pareció ceder la izquierda enemiga, pero reaccionando inmediatamente los chilenos, hicieron volver caras por dos veces á los milicianos de Pagola, quien con el resto de su fuerza veterana procuró organizar una persecución contra los dispersos. En aquel momento, Soler se puso personalmente á la cabeza del centro, y mandó llevar la carga, ordenando á su artillería que rompiese el fuego para apoyar su avance, y á French, que siguiera su movimiento atravesando la Cañada. Soler, con los Dragones de Buenos Aires y 200 milicianos salvó el obstáculo en columna, y antes de desplegar su línea en la margen opuesta, chocó con la legión de proscriptos de Alvear, la que hizo frente por dos veces consecutivas á la terrible carga, viéndose al fin obligada á replegarse des-

hecha sobre su reserva. Entonces aparecieron dando alaridos, los afamados Dragones de Santa Fe, mandados por López en persona. Los Dragones de Buenos Aires hicieron una descarga casi á quema ropa; pero acometidos sable en mano, fueron envueltos en pocos minutos y se pusieron en desordenada fuga.

La división de French, que al intentar atravesar la Cañada en apoyo de Soler, se había empantanado, fué tomada prisionera sin disparar un tiro. La división de Pagola, debilitada por la huída de sus milicianos y descubierto su flanco izquierdo por la derrota del centro, se puso en retirada por el camino del Pilar con dirección á la capital, reuniendo en su tránsito algunos dispersos, mientras el grueso de los derrotados tomaba la dirección de la Villa de Luján activamente perseguidos por los vencedores, que no daban cuartel.

Tal fué la batalla de la Cañada de la Cruz, ganada como la de Cepeda por los federales con casi la mitad menos de fuerza. Ambas tienen de común su ninguna importancia militar, su trascendencia política, su corta duración, y en que en una y otra se salvó una respetable columna que sirvió de base á una nueva resistencia, como se verá después. Las pérdidas del ejército porteño fueron mayores en esta jornada. Más de 200 muertos, otros tantos prisioneros, tres piezas de artillería, y el batallón de Cazadores fuerte de más de 300 plazas que se perdió en Luján, tales fueron los trofeos del vencedor.

Soler, que al salir derrotado del campo de batalla había tomado el camino de la Villa de Luján, perseguido de cerca por los federales, no pudo penetrar á la plaza como era su intento, para sacar de allí el batallón de Cazadores, el cual tuvo que capitular más tarde. En consecuencia, siguió su retirada hasta el puente de Márquez, desde donde ofició al Cabildo anunciándole, á la vez que su derrota, su decisión de reorganizar el ejército en aquel punto.

Al día siguiente (30 de junio) oficiaba nuevamente dándolo todo por perdido, en estos términos: «Aunque »pudiese hacerse un segundo esfuerzo reuniendo mi-

»licias de caballería y parte de la del ejército, será »á mi juicio infructuoso, para poder batir á unos ene»migos engreídos y que los supongo bien montados. »En este caso, me aconseja la prudencia invite á V. E. »arbitre un medio, que á mí no se me ocurre (sic) »para evitar el desastre de ese benemérito pueblo, si »se acercan semejantes malvados, en la firme inteli»gencia que en la milicia de campaña ya es impractica»ble la reunión.» A renglón seguido decía, contradiciéndose á sí mismo, que impartía órdenes para reunir las milicias de campaña á fin de proteger la ciudad; pedía refuerzos para proteger su retirada hasta ella; decía que iba á dejar la caballería de línea cubriendo la línea del Río de las Conchas, y acababa por dar muertos á muchos de sus compañeros de armas que aun vivían, disculpándose por haber dado una batalla «con tropas reclutas y mal aperadas», olvidando sin duda, que había oficiado antes al mismo Cabildo, que dudaba que el enemigo se atreviese á esperarle. Sin esperar contestación á este segundo oficio, el general Soler abandonado por sus soldados y desobedecido por sus jefes, se dirigió de incógnito á las inmediaciones de la ciudad.

El Cabildo, noticioso de la presencia de Soler en la ciudad, envió una diputación á su casa, con el objeto de averiguar si se hallaba en ella el gobernador de la Provincia, y supo con sorpresa que se había embarcado en un lanchón con dirección á la Colonia, recibiendo poco después una comunicación suya en que hacía dimisión del mando, pidiendo pasaporte para países extranjeros. Este fué el epitafio político del general Soler, escrito por él mismo: «Al ausentarme de »mi patria (decía en su renuncia) nada temo más que »la nota de frágil; pero, comparada con la de ambicio»so por mando en que podría incurrir, he elegido la »primera; porque mi permanencia en la Provincia »traería tal vez males incalculables que yo deseo se»parar de mis conciudadanos... Este paso es el único »que me ha presentado la prudencia para no ver re-

»petidos los excesos de horror con que se han señalado »las jornadas de cinco meses á esta parte.»

La derrota de la Cañada de la Cruz había dejado á la Provincia de Buenos Aires, vencida y desarmada: la ausencia del gobernador Soler la dejó en completa acefalía. Empero, del extremo mal nació el remedio. Las fuerzas conservadoras de la sociedad, reaccionaron vigorosamente bajo el imperio de la necesidad y del peligro, y hombres y cosas fueron arrastrados por la corriente del espíritu público, concurriendo al resultado las acciones más opuestas, según va á verse.

Al ponerse Soler en campaña, había nombrado comandante militar de la ciudad al coronel Dorrego. Este jefe por su animosidad contra los miembros del partido directorial, que volvían á figurar; por sus recientes conexiones con Sarratea, y por su ligereza genial, había sido uno de los promotores de la nueva invasión de los federales, según se explicó anteriormente. Sin embargo, nada en su conducta indica que tuviese el propósito de traicionar la confianza depositada en él. Por el contrario, desde aquel momento, todas sus medidas tendieron á dar organización regular á las milicias cívicas, levantar el espíritu público y estar prevenido para el caso de un revés que todos presentían.

La noticia del desastre de la Cañada de la Cruz, llegó á la capital en la madrugada del 29 de junio. Dorrego lo anunció pocas horas después en una proclama sencilla y varonil, declarando, que «jamás la Provincia había sido invadida con mayor injusticia»; protestando contra el entronizamiento del partido de Pueyrredón que se daba por pretexto para ello, y llamando al pueblo á las armas.

El Cabildo invitó á su vez al pueblo á tomar las armas contra los invasores; y al recibir el primer parte de Soler datado en el puente de Márquez, le contestó inmediatamente, que había resuelto despachar cerca de los jefes federales una comisión pacificadora compuesta de los capitulares don Juan Norberto Dolz y don Luis Dorrego, del camarista doctor

Manuel Antonio Castro y el ciudadano don Ambrosio Lezica, con el objeto de evitar la efusión de sangre. Las instrucciones de que fué provista esta comisión se reducían: 1.° A pedir una suspensión de hostilidades. 2.° Que los enemigos no pasaran adelante, bajo la promesa de atender á su subsistencia. 3.° Que se dejara al pueblo de la Provincia en libertad de elegir su representación, nombrándose entretanto un gobernador provisorio. 4.° Que se publicase una amnistía general.

Antes de que se conociera el resultado de esta comisión, el gobernador Soler se ausentaba del país del modo que ya se ha dicho. El Cabildo entonces reasumió interinamente el mando, y nombró comandante de armas al general don Marcos Balcarce, en reemplazo de Dorrego. Al mismo tiempo llamó al pueblo por tercera vez á las armas para sostener la negociación iniciada. Pocas horas después, expedía otra proclama anunciando que la diputación del Cabildo había sido recibida por el gobernador de Santa Fe con manifestaciones y seguridades de una paz inalterable, sobre la base de detener sus marchas en Santos Lugares, protestando que, muy lejos de traer la guerra al digno pueblo de Buenos Aires, su ánimo era proteger la libertad de la Provincia, á fin de que procediese cuanto antes por medio de sus electores, al nombramiento de su gobierno.

El 1.° de julio regresó la comisión capitular, con la contestación escrita de López, aceptando la abertura de paz, refiriéndose á lo que verbalmente le había manifestado. Las contraposiciones del gobernador de Santa Fe se reducían á pedir que se nombrase un gobernador con quien entenderse, con tal que no fuera Soler. En consecuencia, el Cabildo acordó que se citaran inmediatamente á los vecinos por medio de los alcaldes de barrio, á efecto de nombrar tres electores por cuartel, que reunidos nombrasen gobernador.

En el mismo día, el Cabildo despachó una nueva comisión cerca de López, compuesta del regidor don Ventura Zavaleta y el síndico don Luis Dorrego, por

tadores de un oficio, en que se le anunciaba haber reasumido el mando por renuncia de Soler, manifestándole á la vez, que «seguía obrando con actividad, »de conformidad con sus sentimientos, aun cuando se »hallase en circunstancias distintas, y trabajando en »calmar una parte considerable del pueblo que estaba »conmovido, lo que esperaba conseguir.»

«Las circunstancias distintas» á que se refería el Cabildo eran, que la situación se había hecho ingobernable para él, y que la guerra iba de nuevo á encenderse. El coronel Pagola, que había salvado su columna del campo de la derrota según se explicó antes, al anuncio de que el Cabildo intentaba abrir negociaciones, tomó sobre sí interceptar sus comunicaciones con la comisión pacificadora, y haciendo circular en sus filas la voz de traición, se puso en marcha hacia la capital con el ánimo decidido de organizar la resistencia. Era Pagola un hombre de cortos alcances, pero de genio terco, que por lo mismo marchaba ciegamente á su objeto dentro del horizonte limitado de sus facultades, atropellando brutalmente todas las formas, haciéndose respetar de sus subordinados y temer de todos, por el imperio de una voluntad sin equilibrio.

Así fué que, desoyendo las insinuaciones del Cabildo, se presentó en la ciudad el día 30 de junio á la cabeza de una columna de las tres armas, fuerte de cerca de 600 hombres, cubiertos aún con el polvo de la derrota. Esta resolución fué salvadora. El espíritu de la población estaba como paralizado.

El Cabildo, halagado con esperanzas de paz, nada había hecho en el sentido de organizar la resistencia. Dorrego se había retirado aparentemente de la acción, y Balcarce no pudo ni aun siquiera reunir los cuerpos cívicos. Los vencedores avanzaban á marchas forzadas, con el objeto de circunvalar la ciudad y de imponerle un gobierno de su elección.

En tal situación, la aparición de Pagola vino á cambiar súbitamente la escena. A caballo y con ceño adusto penetró por la calle de la Victoria (hoy Florida), al

frente de sus soldados, batiendo cajas y sonando trompetas, en medio del pánico general de la población, que apenas se atrevía á asomarse á las puertas y ventanas. Así llegó hasta la plaza de la Victoria, donde se hizo proclamar comandante general y ocupó en seguida la Fortaleza sin resistencia, mandando cubrir sus baluartes, encender las mechas de los cañones, y encerrar la caballada en los fosos, constituyéndose de hecho en dictador militar. A las oraciones del mismo día, hizo batir generala por las calles y expidió un bando tremendo, llamando al pueblo á las armas, bajo pena de la vida. Nadie acudió al llamamiento. Al día siguiente volvió á repetir la convocatoria, previniendo que sería la última y decisiva, y que se aplicaría la pena á los desobedientes «lo uno (decía en su »bando), por ser causa vuestra, y lo otro porque mi »sangre derramada y la de tanto ciudadano así lo »exigen.»

El comandante de armas, don Marcos Balcarce, bajo la intimación de Pagola, hizo renuncia de su puesto, por «las trabas (son sus palabras), que se le presentaban.» El Cabildo resolvió nombrar á Dorrego en substitución de Balcarce; pero, amedrentado ante la actitud de Pagola, llamó á éste á su seno para explorar su voluntad. Pagola contestó que por su parte no oponía dificultad, pero que dudaba que su tropa quisiera reconocerle. En vista de esto, Dorrego se excusó de aceptar el mando, y el Cabildo nombró al coronel Pagola, comandante interino de armas.

El Cabildo bajo la presión de Pagola, y Pagola desconfiando del Cabildo, no podían entenderse. Llamado como comandante de armas á tomar parte en las deliberaciones capitulares, se negó á ello, calificando á sus miembros de traidores. Cuando al fin se prestó á acudir al reiterado llamamiento, fué á la cabeza de una turba desordenada, gritando descompasadamente, que «con dificultad había podido contener á los que le seguían, resueltos á degollar á los cabildantes.» Invitado nuevamente á tomar conocimiento de las proposiciones de paz de los federales, de que fué portadora la

segunda comisión, exigió que una diputación fuese á buscarle á la Fortaleza y se presentó con una escolta de caballería de 25 hombres, que echando pie á tierra á las puertas de las Casas Consistoriales, atropellaron su guardia y penetraron hasta la misma sala de sesiones, donde permanecieron formados, coartando la libertad de las deliberaciones.

En medio de estas contradicciones, el Cabildo procuraba llevar adelante el nombramiento de la Junta de electores, que debía nombrar el gobierno provisorio, de acuerdo con lo convenido con López. El día 2 se practicó la elección, que recayó en doce ciudadanos notables, que fueron convocados para el día siguiente á fin de llenar su cometido. Al mismo tiempo las tropas federales, alarmadas por las medidas de Pagola, avanzaban sobre la ciudad, con intento de ocupar en los suburbios la posición de los corrales de Miserere. Noticioso de esto el Cabildo, se apresuró á notificar á López, que consideraría tal acto como un quebrantamiento de lo convenido (que era no avanzar de Santos Lugares); y que, de realizarlo, le hacía responsable de sus consecuencias bajo la más seria y formal protesta.

Al día siguiente (3 de julio), reunióse la Junta electoral de la Sala Capitular con el objeto de nombrar gobernador, «para preservar al pueblo de la anarquía en que podía ser envuelto,» según las palabras del acta. Sabedor Pagola de lo que se trataba, se trasladó inmediatamente al Cabildo, y con tono iracundo, manifestó que se oponía á la elección de gobernador. Para salvar, al menos en la forma, el decoro de la corporación, se levantó una acta que firmó el mismo Pagola, y en la cual se hizo constar, que el comandante general de armas «no garantía la libertad de las deliberaciones de la Junta electoral,» no obstante prestarse á ello el Cabildo, haciéndole responsable de las consecuencias. Incontinenti, la Junta electoral formuló una protesta, declarando que no teniendo «li»bertad ni seguridad, suspendía por el momento el

»ejercicio de sus funciones á fin de evitar mayores »males.»

Trabada así la lucha entre el Cabildo y el comandante general de armas, Pagola tenía naturalmente que caer. Encerrado éste en la Fortaleza, sin contacto con la opinión; sin cabeza para organizar una resistencia militar, y sin vistas políticas para buscar una solución, el pueblo llegó á considerarlo como un insensato insolente, y las mismas fuerzas que le obedecían por temor, empezaron á desmoralizarse. Aprovechándose de estas disposiciones, el Cabildo, de acuerdo con Dorrego, enarboló en la torre la bandera de alarma y de conflicto, destituyendo á Pagola y nombrando á Dorrego comandante militar de la plaza, y convocó al pueblo á reunirse en torno de su autoridad.

La Madrid, llegado pocos días antes á Buenos Aires, y que había sido nombrado por Pagola, jefe de un cuerpo de voluntarios de caballería, fué llamado por el Cabildo, para ponerse al frente del ejército del Municipio. Dorrego, dueño ya de los cuerpos cívicos acuartelados, y con inteligencias entre los jefes y oficiales encerrados en la Fortaleza, apoyó esta resolución del Cabildo. Al mismo tiempo acudían á la plaza el general don Martín Rodríguez y el comandante don Juan Manuel Rosas, al frente de algunas milicias de la campaña, y se ponían de acuerdo con Dorrego y La Madrid. El pueblo, que hasta entonces se había manifestado indiferente ó remiso para tomar las armas, á pesar de los bandos amenazadores de Pagola, acudió en tropel á la plaza. Bajo la dirección inteligente de Dorrego, que se eclipsaba aparentemente ante la personalidad de La Madrid, fueron ocupadas las posiciones militares que dominaban la Fortaleza, y pocas horas después Pagola, abandonado por su tropa, resignaba el mando con tanta sombría frialdad, como ardor había mostrado en los cuatro días de su dictadura para sostener su precaria autoridad. Al día siguiente (4 de julio), Dorrego era nombrado por la Junta electoral, gobernador interino «de la ciudad», hasta tanto

que, en consorcio de legítimos electores de los partidos de campaña, se procediese al nombramiento del gobernador permanente. Ya era tiempo de que la ciudad tomara una actitud decidida, y de que un plan político presidiera á su resistencia. Las tropas federales la circundaban, y nuevos hechos que complicaban la situación, surgían en la campaña.

La victoria de la Cañada de la Cruz, dió al ejército federal el dominio de toda la campaña norte de Buenos Aires, desde el Arroyo del Medio hasta el Río de las Conchas. López con sus santafecinos y los chilenos, estableció su cuartel general en el puente de Márquez el día 29 de junio. Alvear, siguiendo la tradición de Soler, eligió la Villa de Luján por centro de sus maniobras. Allí, sobre la base del batallón de Cazadores rendido, y de su legión de proscriptos, alcanzó á reunir una división como de 800 hombres de infantería y caballería porteña, allegando algunos escuadrones de las milicias circunvecinas. De este modo, el ejército federal llegó á contar más de 2.000 hombres de las tres armas en sus filas.

Alvear, gobernado como siempre por su imaginación y por su ambición personal, creía más en la eficacia de la intriga que en la lógica de los sucesos, y no tenía más objetivo que el poder. Era el mismo hombre del año XIII y del año XV, á quien la proscripción y la experiencia nada habían enseñado. Sus tres entradas á Buenos Aires en el curso del año XX, que quedan ya relatadas, habían mostrado que, con toda su audacia y todo su talento, el hombre político no excedía la medida de un héroe teatral. La cuarta entrada, bajo los auspicios de la victoria y en unión con los montoneros, pudo colocarle al menos á la altura de Coriolano sobre los muros de Roma. Pero impaciente y sin alcance político, no dió tiempo á que la victoria madurase sus frutos, y á que los sucesos le llamaran á ocupar el lugar que ellos le designaren. Cualquiera otro hombre de mediano juicio y con un poco de previsión, habría comprendido que, dada la disolución en que quedó la Provincia de Buenos Aires,

después de la derrota de la Cañada de la Cruz, el orden natural de los sucesos prometía mucho más que los medios artificiales. Herida de pánico la población, acéfala la Provincia, sin ejército para resistir; entregada la capital á la insolencia de un dictador militar de hecho, acaudillando una tropa amotinada contra sus autoridades civiles; iniciadas las negociaciones de paz por el mismo Cabildo de Buenos Aires, sobre la base de procederes á nuevo nombramiento de gobernador; recusados los electores de la ciudad y campaña, sin excluir la posibilidad de que el mismo Alvear fuese el electo, pudo llegar un momento en que éste hubiese sido el hombre de la situación por medio de una transacción.

Alvear, con su genial imprudencia y su ambición sin escrúpulos, dió á los sucesos otro giro. Como el plan político de los invasores se reducía á imponer á Alvear como gobernador, á fin de que éste á su vez auxiliara á Carrera con todos los recursos de Buenos Aires, para llevar la guerra á Chile contra San Martín y O'Higgins, los intereses de estos dos hombres eran homogéneos, y sus cabezas como políticos estaban á un mismo nivel. En consecuencia, después del triunfo de la Cañada de la Cruz, ambos no se ocuparon de otra cosa, sino de realizar su programa por el camino más corto. Al efecto, aconsejaron á López que convocara una Junta rural de representantes por la campaña, sujeta á sus armas, á fin de que ella procediese á la elección de un gobernador de la Provincia que fuese su emanación. López dió su autorización á Alvear para proceder en tal sentido, y éste despachó partidas á los pueblos más inmediatos, ordenando á sus alcaldes pedáneos, que en el término de 24 horas le enviasen un diputado, ó en su defecto un vecino cualquiera, designado por ellos, ni más ni menos que si pidiera reses de auxilio para comer.

Los diputados de la Junta electoral así convocados y electos, reunidos á otros que se atribuyeron á sí mismos el mandato, se instalaron en la Villa de Luján el día 1.° de julio, bajo los auspicios del ejército

federal y de la protección de López (según lo declararon en el Acta de instalación), tres días después de la batalla. Componíanla nueve diputados en representación de los distritos del Pergamino, Arrecifes, Baradero, San Antonio de Areco, Exaltación de la Cruz, Villa de Luján, Salto, Fortín de Areco y San Nicolás de los Arroyos, y se reunieron en el Cabildo de la mencionada Villa, nombrando por su presidente á don José Lino Echevarría y por secretario á don Cayetano Escola. En el mismo día, y acto continuo, procedieron á nombrar gobernador á don Carlos Alvear, levantándole la proscripción y declarándolo salvador de la patria.

Los primeros comisionados de paz del Cabildo, después de conferenciar con López y recabar de él las contraposiciones de que ya se ha dado noticia, se encontraron con Alvear en el puente de Márquez. El nuevo gobernador de la campaña se acercó á ellos con insolencia, y en presencia de Carrera les dijo: «Una »vez me han depuesto ustedes del gobierno; pero no »volverán á hacerlo otra vez, porque, si lo intentaren, »colgaré de la horca á la mitad de Buenos Aires.» Los comisionados—que en el domingo de Pascua de Resurrección de 1815, habían visto amanecer el cadáver de Ubeda ahorcado durante la noche, de orden personal de Alvear, por el solo hecho de haber murmurado de él en el café,—se dieron por notificados, y regresaron en el mismo día á la ciudad, portadores de estas alarmantes nuevas.

La situación, sin alterarse en el fondo, cambió de aspecto. En realidad, las esperanzas de paz con que se halagaba el Cabildo, eran ilusorias. López, al conceder una suspensión de armas, al solo efecto de que el Municipio de la capital nombrase un gobierno con quien tratar, bajo la presión de un ejército vencedor acampado á cuatro leguas de la ciudad, se reservaba el derecho de aceptar ó rechazar al que fuere ó no de su agrado impidiendo mientras tanto que la población se armase. En tal camino, el Cabildo á menos de estar dispuesto á llegar á las últimas concesiones (como

parece indudable que lo estuvo), no podía esperar racionalmente que los enemigos le concediesen la victoria juntamente con la paz, cuando de antemano se desarmaba, y la población se hallaba bajo el pánico de la derrota y la amenaza de sus soldados amotinados en su seno. Así, la actitud respectiva de Alvear y Pagola, tuvo de bueno, que vino á definir netamente la situación. La de Pagola, aunque turbulenta y brutal, comprometió al pueblo en la resistencia á todo trance, cuya bandera no se había atrevido á enarbolar el Cabildo. La de Alvear, comprometía desde luego á López á sostener lo que en definitiva buscaba como resultado de su triunfo, y que esperaba obtener por medio de una negociación. Los sucesos eran más poderosos que los hombres.

No obstante esto, el Cabildo despachó en la mañana del mismo día (1.° de julio) la segunda comisión pacificadora, de que se ha dado ya noticia, con el objeto de significar á López, que aun cuando «las circunstancias eran distintas», las negociaciones continuaban. Esta comisión, no encontró á López en Santos Lugares (á donde había trasladado su cuartel general), y regresó el 2 á las cuatro de la tarde, noticiando haberse encontrado allí con Carrera, quien le había dicho en tono sarcástico al saber que la ciudad pensaba defenderse: «Buenos Aires, no ha oído todavía á mis muchachos tocar el clarín de saqueo.» Desde aquel momento, nadie pensó por una y otra parte sino en apercibirse á la pelea. Al día siguiente (3 de julio), el ejército federal circundaba la ciudad de Buenos Aires en son de guerra, y amenazaba ocupar los suburbios. En el mismo día era depuesto Pagola por el Cabildo; y el 4, la Junta electoral nombraba á Dorrego gobernador de Buenos Aires, del modo que queda explicado.

Dorrego fué el hombre de las circunstancias. Alma generosa, animada de una chispa del fuego sagrado, en medio de sus geniales extravíos; soldado valeroso, y militar inteligente, aunque general mediocre; tribuno popular y caudillo populachero; escritor, ora-

dor y político ardiente, aunque sin elevación ni brillo; dotado de esa energía y de esa flexibilidad nativa que sabía emplear alternativamente con suma felicidad, Dorrego tenía algo de la fisonomía de los generales ilustres de las antiguas repúblicas griegas, con quienes fué comparado en aquella época, cuando se le apellidó el «Joven Temístocles», por haber salvado á la Atenas del Plata de los bárbaros. Por los mismos medios y con iguales títulos que ellos, hubo de levantarse transitoriamente á la altura del grande hombre, aun cuando después cayese en la vulgaridad por falta de equilibrio moral, rehabilitándose al fin ante la historia por su trágica muerte.

Bajo la hábil y activa dirección de Dorrego, el Municipio cambió de aspecto. El espíritu público se reanimó. Los cívicos corrieron con entusiasmo á ocupar sus puestos de combate. Los vecinos subieron armados á las azoteas. La tropa de línea se moralizó. El Cabildo entró de lleno en una política de resistencia, rompiendo toda negociación. A las 24 horas Buenos Aires contaba con cerca de 6.000 defensores dentro de su recinto.

La línea de defensa de la ciudad se estableció desde Monserrat hasta la plaza del Parque por el oeste, ligada por el norte con la posición del Retiro y manteniendo expeditas sus comunicaciones por el sur con la campaña. En la plaza de Monserrat se situó el primer tercio cívico; en la de Lorea el segundo, y en el Parque el tercero, estableciéndose cantones intermedios. En el Retiro se acuarteló la tropa de línea. La caballería, bajo la inmediata dirección de Dorrego, recorría los suburbios. Don Martín Rodríguez, con el coronel La Madrid y el comandante don Juan Manuel Rosas se ponían en campaña con el objeto de sublevar todo el sur de la Provincia, estableciendo su campo volante en el Monte Chingolo, á seis leguas de la ciudad.

El día 5, la ciudad era invencible. Cuando poco después se presentó el enemigo que había contado dominarla sin disparar un tiro, sus primeras guerrillas

fueron rechazadas á balazos, dejando en poder de los de la plaza algunos muertos y prisioneros. Dorrego expidió con tal motivo su primer «Boletín». «Los pa»triotas (decía en él), decididos á conservar su digni»dad, defender sus fortunas, y asegurar sus personas »y las de sus mujeres é hijas, que injustamente son »atacados por esa gavilla de vándalos y asesinos, que »roban y talan el suelo que pisan, asesinan hombres »desarmados, violan mujeres y no dejan con vida ni »aun á los niños inocentes como lo han ejecutado en »la Villa de Luján; esos patriotas han empezado hoy »á escarmentar á los infames traidores de tantos crí»menes. El entusiasmo corre como un fuego eléctrico, »y muy pronto verá esa gavilla de bandidos cuánto le »cuesta su atrevida y temeraria empresa de envolver »en sangre un país inocente, por la ambición de que»rerlo mandar con Alvear.»

Alvear mientras tanto, persistía en su empeño de imponerse como gobernador, asumiendo la actitud de protector y reivindicador de los derechos políticos de los habitantes de la campaña. La teoría que él sostenía era, que así como la ciudad se había arrogado la facultad de nombrar por sí sola gobernadores de la Provincia, la campaña como parte integrante de ella, tenía por lo menos igual derecho para influir en sus destinos, como lo había hecho. Así empezaba la lucha social y política entre la ciudad y la campaña. El Cabildo, sin provocar una discusión de principios, contestó á la nota de la Junta electoral de campaña en que se le comunicó el nombramiento singular de la Villa de Luján: «Es absolutamente inverificable la »admisión de don Carlos Alvear para gobernador, »por resistirlo, no una facción ni un partido de So»ler ú otras personas, sino todo el pueblo que se »ha alarmado y puesto sobre las armas con el ma»yor entusiasmo por el odio que en distintas épocas »ha manifestado contra su persona, estando por lo »mismo resuelto á todo sacrificio antes que reconocer»lo por su jefe.»

La Junta de los llamados representantes de campa-

ña, que en el intervalo se había trasladado á Santos Lugares, siguiendo los pasos de Alvear «como la comitiva de su servidumbre», según la expresión de un historiador, reclamó de la resolución del Cabildo de Buenos Aires, haciendo con tal motivo en estilo hinchado la apología de su héroe, á quien llamaba «hijo promogénito de Marte»; y propuso «por último, por »vía de conciliación, que se reuniera un Congreso de »diputados de la ciudad y campaña á fin de nombrar »un gobernador propietario, permaneciendo mientras »tanto el ejército federal sitiando la capital.»

Alvear á su vez se dirigía al Cabildo protestando en el mismo sentido. «Buenos Aires en las últimas con»vulsiones (le decía), ha hecho sus variaciones en la »administración, sin contar con nuestra campaña. Es»ta ha querido hoy que aquél tenga una parte muy »principal, como integrante de la Provincia. V. S. se »empeña en que la población de la ciudad (único dis»trito de su jurisdicción), nombre su gobernador in»terino, y los representantes de la campaña que lo »han nombrado ya, están comprometidos á sostener »el suyo. ¿Qué autoridad tiene V. E. para negar su »consentimiento á este acto legítimo? ¿Qué privile»gio logra el pueblo de Buenos Aires que no disfrutan »los demás?»

La contestación á estas argucias fué dada por Dorrego en un oficio dirigido á López, protestando contra los asesinatos y depredaciones de las fuerzas sitiadoras, en que denunciaba las hostilidades como violatorias de los tratados del Pilar, y negaba al gobernador de Santa Fe el derecho de erigirse en juez del pueblo y en protector de las aspiraciones de Alvear, asegurándole que éste no mandaría en Buenos Aires mientras existiera en él un solo habitante que conociera su dignidad y sus derechos. Terminaba conjurándole y aun rogándole, que desistiese de su injusta hostilidad y pusieron coto á los desórdenes, pues de no hacerlo retirándose inmediatamente con sus tropas del territorio de la Provincia, él lo compelería á hacerlo. El Cabildo apoyó esta enérgica ac-

titud, expidiendo una proclama en que denunciaba las violencias cometidas por las tropas federales en la campaña y en las inmediaciones de la ciudad.

El enemigo que circunvalaba la ciudad tenía establecida su línea del modo siguiente: En Santos Lugares se había situado López con sus santafecinos, formando la extrema izquierda, y dominando los pueblos de la costa hasta el arroyo de Maldonado. En Morón se habían reconcentrado las divisiones de Alvear y Carrera, con el batallón de Cazadores rendido en Luján, acuartelado en el pueblo. Las vanguardias de ambas fuerzas ocupaban los puestos de San José de Flores y la Chacarita de los Colegiales, á dos leguas de la ciudad, y sus avanzadas se extendían desde la Recoleta hasta la altura de Monserrat, sin atreverse á prolongarse sobre su derecha por temor de las fuerzas de la ciudad que á la par de ellas batían la campaña. En tal situación, apenas un cuarto de círculo de la plaza se hallaba embestido, mientras los sitiadores con un ejército superior al frente, no podían comprometerse en operaciones parciales sin descubrir su derecha y entregar su retaguardia. Complicaba esta precaria situación, la circunstancia de que Dorrego al frente de una gruesa columna de caballería de la plaza recorría el exterior de su línea, manteniendo francas por su izquierda las comunicaciones con las fuerzas que en la campaña operaban bajo las órdenes de Martín Rodríguez, La Madrid y Rosas. En tales condiciones el sitio era insostenible.

No obstante estas ventajas, Dorrego obraba con prudencia manteniéndose á la estricta defensiva, mientras el enemigo hacía otro tanto. Dorrego meditaba darles un golpe mortal, y en tal sentido tomaba sus medidas. Noticioso por los pasados que diariamente se presentaban á la plaza, de la posición que ocupaban las fuerzas de Morón, y sobre todo, del descontento que reinaba en el batallón de Cazadores, concibió el atrevido proyecto de rescatar este cuerpo, única base de infantería con que contaban los sitiadores, y nervio del poder militar de Alvear.

Los sitiadores, comprendiendo lo peligroso de su posición avanzada sobre la plaza, se retiraron de los suburbios en la noche del 6 y se reconcentraron en Morón y Santos Lugares. Las avanzadas de la plaza alcanzaron hasta San José de Flores el día 7, mientras que las milicias del sur de la campaña se aglomeraban en el Monte Chingolo á fin de combinar operaciones. El día 8, á las dos de la tarde, el gobernador Dorrego en persona, salió de la plaza al frente de otra fuerte columna de caballería, anunciando que iba á hacer una operación decisiva. Al mismo tiempo, el tercer tercio cívico avanzaba su posición para proteger este movimiento, apoyándolo en reserva el primero y segundo tercio. A las 9 de la noche del mismo día, regresó Dorrego sin haber conseguido su objeto, que era proteger la pasada del batallón de Cazadores. Tres horas después, sin embargo, el batallón entraba en triunfo á la ciudad. Va á verse cómo.

Mientras Dorrego se movía en dirección á Morón, Alvear y Carrera se movían sobre el Monte Chingolo en busca de don Martín Rodríguez, dejando el batallón de Cazadores en aquel punto. Las avanzadas de Rodríguez, á cargo de don Juan Manuel Rosas, dieron aviso de este movimiento, y en consecuencia, en las primeras horas de la noche del 8, resolvió aquél abandonar la posición del Monte Chingolo, dejando sus fogones encendidos á fin de burlar al enemigo. En seguida púsose en marcha con dirección á la ciudad, y á las 10 de la noche se hallaba al norte del puente de Barracas al frente de una columna de caballería como de 800 hombres, en circunstancias que Dorrego regresaba de su malograda expedición. Puestos en comunicación Dorrego y Rodríguez, se dispuso que La Madrid á la cabeza de 300 hombres, protegido por el cuerpo de caballería de Quinteros al mando del coronel Suárez, avanzara hasta Morón por entre las quintas á fin de realizar la operación postergada. A las 12 de la noche, La Madrid se ponía en marcha y al amanecer del día 9 estaba sobre Morón, donde sorprendió un destacamento de caballería, que custodiaba una caballada.

El batallón de Cazadores, encabezado por sus jefes y oficiales, se pronunció inmediatamente por Buenos Aires, y á las 12 de la noche del mismo día entraba á la ciudad entre vítores y salvas de artillería, haciéndoles los honores las tropas de la guarnición formadas en carrera desde los suburbios hasta la plaza de la Victoria.

Este golpe decidía de la campaña. Tres días después (el 12 de julio) el ejército federal se ponía en retirada con dirección al Arroyo del Medio. Hacía quince días que había tenido lugar la estruendosa derrota de la Cañada de la Cruz, y el cerco de la ciudad había durado una semana. Al cumplirse los quince días, Buenos Aires estaba triunfante, sin perder un hombre y casi sin disparar un tiro. Es la guerra más feliz y más incruenta en los anales de las luchas civiles de la República Argentina, y su laurel cívico corresponde al gobernador Dorrego que la dirigió, con tanta decisión como habilidad y prudencia.

Al día siguiente (13 de julio), el gobernador, de acuerdo con el Cabildo, despachaba una comisión compuesta de los doctores Castro y Cossio, con el objeto de hacer proposiciones pacíficas al gobernador López, sobre estas bases: 1.° Desocupación del territorio de la Provincia por el ejército federal, y entrega de prisioneros, artillería y armas tomadas por él en la Cañada de la Cruz. 2.° Reunión de un Congreso de las Provincias, en el punto que ellas designaran. 3.° Compromiso por parte de López de separar su causa de la de Alvear. El «Boletín» al dar noticia de estas proposiciones, declaraba que, de no ser aceptadas, ellas le serían impuestas al enemigo en su propio territorio.

López en retirada contestó, que había manifestado con franqueza sus sentimientos á sus diputados, manifestando que estaba dispuesto á toda clase de sacrificios por el bien de la Nación, sin faltar á sus deberes y sin abandonar á los pueblos que habían solicitado su auxilio. Este lenguaje equívoco mostraba, que el gobernador de Santa Fe se inclinaba á la paz con Buenos Aires y que no estaba distante de separar

su causa de la de Alvear, por quien se consideraba engañado y cuya impopularidad había palpado. Pero Alvear y Carrera, no estaban dispuestos á desistir de su empresa; y resolvieron mantenerse á todo trance en el territorio de Buenos Aires, conservando el primero el título de gobernador que se había hecho conferir por la Junta campesina, que le seguía mezclada con su comitiva. Puestos ambos de acuerdo, Carrera se separó de López en la Villa de Luján, en dirección hacia el este, haciendo un falso amago sobre la ciudad; y después de cometer algunos desórdenes en los pueblos inmediatos de San Fernando y San Isidro, atravesó el Río de las Conchas, tomando por último el camino de la costa con dirección á San Nicolás de los Arroyos. En su tránsito arrebató las caballadas, é incorporó por la fuerza á sus filas á los hombres que encontraba, asolándolo todo. La reaparición de Carrera á las inmediaciones, produjo gran alarma en la ciudad, creyóse por un momento en Buenos Aires, que el ejército federal volvía á restablecer el sitio. El ejército del Municipio, invencible en sus trincheras, no se hallaba aún habilitado para tomar la ofensiva, y corrió de nuevo á ocupar sus puestos de defensa, previniéndose que la señal de alarma sería tres cañonazos disparados en la Fortaleza. De este modo, los Carrerinos, según las palabras de un historiador, se retiraban de los suburbios de Buenos Aires como los soldados de Aníbal de los muros de Roma después de Traximeno, arrojando piedras de vilipendio por encima de sus trincheras.

El 28 de junio reuniéronse Alvear y Carrera en San Nicolás de los Arroyos. El gobernador López con sus santafecinos, repasó al norte del Arroyo del Medio, y estableció su campamento en el Arroyo de Pavón, licenciando sus milicias. Alvear estableció en San Nicolás la sede de su nominal gobierno, hizo fortificar la plaza, guarneciéndola con los restos de su división, y los chilenos se acamparon á sus alrededores á lo largo de la costa del Paraná entre la población y el Arroyo del Medio. En seguida, ambos caudillos se entregaron á una ciega confianza, esperanzados en que muy pronto

volverían á abrir una campaña contra Buenos Aires en unión con López y Ramírez; y uno en pos de otro pasaron al campamento de López con el objeto de comunicarle sus planes.

Levantado el sitio de Buenos Aires, el Cabildo recibió una extensa nota, sin fecha, de los representantes de la Villa de Luján, especie de manifiesto, en que se formulaban nuevas proposiciones de arreglo, sobre la base de la representación de los pueblos de campaña, sin tomar en cuenta su población. La contestación del Cabildo fué, que «mientras el ejército federal no »desocupase la Provincia, y la dejase en plena liber»tad para elegir su representación y gobierno, el Ca»bildo no podía entrar en tratados, ni reconocer auto»ridad que no emanase de este origen, reservándose su »libre y soberana acción en el arreglo de sus negocios.»

Al mismo tiempo de hacer esta intimación, el Cabildo se dirigió á las Provincias Argentinas, con una manifestación de su política, sobre la base de los tratados del Pilar, invitándolas en consecuencia por medio de los Cabildos al nombramiento de representantes, á fin de que, reunidas todas en Congreso, tratasen de fijar la suerte del país, restableciendo el orden y restituyendo á la Nación el honor y la respetabilidad que los últimos acontecimientos habían deslustrado.

Es digno de notarse, que simultáneamente con estos sucesos, Ramírez proclamaba sus tropas en el Entre Ríos, calificando á Artigas de «tirano», anunciando, que después de vencer á éste, iba en protección de la provincia de Corrientes; y el general San Martín, próximo á emprender su expedición sobre el Perú, se dirigía á las Provincias Unidas, deplorando la anarquía que las devoraba y se pronunciaba contra el sistema federal de gobierno. «Habéis trabajado un precipicio »con vuestras propias manos (decía este último), y »acostumbrados á su vista, ninguna sensación de ho»rror es capaz de deteneros. El genio del mal os ha »inspirado el delirio de la federación: esta palabra es»tá llena de muerte, y no significa sino ruina y de»vastación. Pensar establecer el gobierno federativo en

»un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías »locales, escaso de saber y de experiencia en los nego»cios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente »á los gastos del gobierno general, fuera de los que »demande la lista civil de cada Estado, es un plan »cuyos peligros no permiten infatuarse, ni aun con el »placer efímero que causan siempre las ilusiones de »la novedad.»

En medio de todo esto, la revolución argentina, una vez asegurada su independencia nacional, perseguía la solución de sus obscuros problemas de organización interna, perseverando en la federación de hecho que procuraba revestir en las formas del derecho, mientras San Martín iba á afianzar la independencia del Continente Americano, en alianza con Chile y al frente del último ejército argentino salvado por él de la anarquía.

De conformidad con sus declaraciones y de acuerdo con la política trazada, Dorrego se puso en campaña el 18 de julio, al frente de un ejército de las tres armas, fuerte como de 1.500 hombres, haciéndose preceder en su marcha por las divisiones al mando del general don Martín Rodríguez, y quedó de gobernador substituto el general don Marcos Balcarce. Al mismo tiempo, el general don José Rondeau al frente de una división, tomaba el camino de la costa del Paraná, con el objeto de cooperar á las operaciones del ejército del gobernador. Las fuerzas de Dorrego y Rodríguez se reconcentraron en la Villa de Luján, formando un total de 1.800 á 2.000 hombres, en circunstancias que el ejército federal se hallaba detenido al sur del río de Areco á consecuencia de una gran creciente. Dorrego, que con un ejército bisoño consideraba sin duda peligroso forzar el combate á su enemigo que acababa de triunfar en dos batallas con la mitad de las fuerzas que Buenos Aires le había opuesto en ellas, prefirió dejarle seguir tranquilamente su retirada, la cual se efectuó, según queda explicado, repasando López el Arroyo del Medio con las tropas de Santa Fe, y diri-

giéndose Alvear y Carrera con sus fuerzas á San Nicolás de los Arroyos.

Desde la altura de Arrecifes, Dorrego hizo avanzar por su izquierda una división de milicias al mando del sargento mayor don José Obando, santafecino, decidido por la causa de Buenos Aires y enemigo irreconciliable de López. Esta operación, dió por resultado apoderarse de los pueblos del Salto y Pergamino, rescatar la mayor parte de los prisioneros de la Cañada de la Cruz que se hallaban en el último punto, dominar la línea del Arroyo del Medio, y distraer la atención del enemigo amagando una invasión sobre la provincia limítrofe. En esta situación, Dorrego resolvió emprender un movimiento decisivo sobre el enemigo, sorprendiendo las fuerzas atrincheradas en San Nicolás.

A las 12 de la noche del 1.° de agosto, el ejército porteño levantó sigilosamente su campo, y en la madrugada del día siguiente se hallaba sobre las chacras de San Nicolás, donde fué tomado un grueso trozo de las caballadas del enemigo.

Alarmados los de la plaza por los tiros de los caballerizos, acudieron en desorden á ocupar sus puestos, replegándose á las trincheras los Carrerinos que se hallaban fuera de ellas, en circunstancias que Dorrego se presentaba sobre el pueblo al frente de tres columnas de ataque. Trabáronse inmediatamente algunas guerrillas en los suburbios, y rechazadas las de la plaza, se dió inmediatamente el asalto, ocupando los Porteños fácilmente la posición á eso de las diez de la mañana, á pesar de haber sido rechazada una de las columnas. El enemigo apenas tuvo tiempo para disparar un cañonazo, quedando toda la guarnición muerta ó prisionera.

El resultado de esta brillante jornada fué la total desocupación de la Provincia de Buenos Aires por los federales, quedando en poder del vencedor cinco piezas de artillería y gran cantidad de armamento y municiones, 50 prisioneros desde la clase de general á subteniente y como 400 de tropa, rescatándose 54 prisioneros de la Cañada de la Cruz, tomándose como 3.000

caballos, quedando en el campo 62 muertos y algunos heridos, contándose entre los vencidos los diputados de la Junta de campaña de Alvear. Las pérdidas de los asaltantes apenas alcanzaron á 7 muertos y 42 heridos. Este triunfo fué deshonrado por el saqueo á que se entregó una parte de los vencedores; no alcanzando á borrar esta mancha la acción caballeresca de Dorrego al enviar al campo enemigo con una escolta, á la bella esposa de don José Miguel Carrera, que á la sazón se encontraba en la plaza, y que durante el asalto se había refugiado en la iglesia con las demás familias.

Aislado política y militarmente el gobernador López por este golpe, y sin acción en uno ú otro sentido sobre Buenos Aires; privado del contingente carrerino, del cual apenas se salvaron 100 hombres; no pudiendo contar con la protección de Ramírez, ni podido entenderse con Bustos en el sentido de la guerra; pensó seriamente en la paz, á la cual siempre se había manifestado inclinado. El primer paso que dió en este sentido, fué decidir el destierro del general Alvear, á quien obligó poco después á salir aguas abajo embarcado en una canoa con destino á la Banda Oriental, dando por razón ostensible ser el responsable del desastre de San Nicolás.

Tres días después del suceso de San Nicolás, López se dirigió confidencialmente á Dorrego, invitándole á una entrevista, con el objeto de iniciar negociaciones de paz. En el mismo día (5 de agosto) que López hacía esta abertura, el Cabildo de Buenos Aires se dirigía al Cabildo de Santa Fe por medio de una extensa nota, en que recordaba los antecedentes del tratado del Pilar, las agresiones que posteriormente habían tenido lugar, terminando por exigir la deposición del gobernador López y su castigo por medio de un juicio público á la vez que la inmediata entrega de Alvear y Carrera, calificando á los tres de «bandidos y asesinos» lo que equivalía á un «ultimátum» de guerra.

Bajo estos auspicios tuvo lugar la conferencia de los dos gobernadores el día 6 á las diez de la mañana, en un

punto medio entre ambos campos. Dorrego, con su locuacidad habitual, habló largamente y manifestó, que salvo la exigencia relativa á la persona de López, que no se atrevió á formular, estaba dispuesto á imponer la ley del vencedor, haciendo principalmente cuestión de la entrega de Alvear y Carera. López se limitó á escucharle con su sorna acostumbrada, y recibió de manos de Dorrego un apunte por escrito de sus proposiciones, diciendo por último que al día siguiente contestaría. Su contestación fué proponer un simple armisticio retirándose ambos ejércitos á retaguardia de las posiciones que ocupaban por «la imposibilidad (de»cía) de concluir una paz sólida y estable entre los »jefes que se hallan á la cabeza de una fuerza arma»da.» Dorrego aceptó el armisticio por sólo tres días y con el Arroyo del Medio por línea divisoria, condiciones que López aceptó de oficio el día 8, allanándose á que se nombraran negociadores por una y otra parte. Designóse por parte de Buenos Aires al general don Martín Rodríguez, y por parte de Santa Fe, don Cosme Maciel, secretario de López.

Desde luego pudo comprenderse, que ni uno ni otro estaba sinceramente dispuesto á la paz. Dorrego quería imponerla, y prefería en todo caso la guerra que halagaba sus ambiciones. López, que deseaba un arreglo y tenía la conciencia de su poder, no quería aparecer como cediendo á las exigencias del vencedor, con el abandono de sus compañeros de causa. Así es que, después de estériles conferencias y en la víspera de cumplirse el término del armisticio, el diputado por Santa Fe presentó una serie de proposiciones, que respondían á las anteriores intimaciones del Cabildo de Buenos Aires, exigiendo el cumplimiento de los tratados públicos y secretos del Pilar, nuevas indemnizaciones por gastos de guerra, reconocimiento de la justicia de Santa Fe en la última invasión, restitución de los chilenos prisioneros en San Nicolás y avalúo de los perjuicios causados á Santa Fe desde el principio de la guerra. Las negociaciones quedaron en consecuencia rotas.

Dorrego, en previsión de una ruptura, se había corrido á lo largo de la costa del Arroyo del Medio, y situádose con su ejército en los campos de Acebedo, á una jornada del campamento de López establecido al norte del arroyo Pavón. López por su parte, viendo que ya no le era posible ganar más tiempo, había reunido apresuradamente algunas milicias, y tenía á la sazón en su campo poco más de 500 hombres, avanzando sus partidas sobre la izquierda de los porteños al romperse las hostilidades. En la madrugada del 12 de agosto, Dorrego levantó su campo á la cabeza como de 1.500 hombres de caballería y de infantería montada. En el mismo día, el campamento de López fué atacado. Después de hora y media de movimientos y escaramuzas, Dorrego salvó el obstáculo del arroyo, decidió la batalla con una sola carga, dispersándose toda la fuerza santafecina, que fué perseguida hasta el Carcarañá, dejando en el campo como 25 muertos y en poder del vencedor otros tantos prisioneros, con la sola pérdida de tres muertos y diez heridos. Esta fácil victoria fué fatal á Dorrego.

A los tres días de su derrota (el 14 de agosto), López volvía á hacer nuevas aberturas de paz. Dorrego le contestó insistiendo en su reclamo respecto de Carrera, sin hacer mención de Alvear, caído en desgracia, y rechazó «in limine» las anteriores proposiciones de Maciel, que habían motivado la ruptura de hostilidades. López, irritado, arrojó el oficio de Dorrego sobre una mesa, y mandó llamar inmediatamente á Carrera que se hallaba en Coronda, á fin de que lo contestase. La réplica se redujo á manifestar que deseaba una paz firme; pero que, para ajustarla, era indispensable que el ejército porteño repasara el Arroyo del Medio, nombrándose por ambas partes una comisión autorizada, que concluyese pacíficamente una obra que á todos interesaba. Dorrego vió, ó quiso ver en esto, una nueva provocación de guerra, y declaró que era de necesidad continuarla por parte de Buenos Aires hasta reducir á la impotencia á Santa Fe.

El ejército porteño procuró mantenerse en el terri-

torio invadido, haciendo en él grandes arreos de ganados; pero antes de terminar el mes de agosto se vió obligado á replegarse á la línea del Arroyo del Medio con sus cabalgaduras inutilizadas. El general don Martín Rodríguez y el comandante don Juan Manuel Rosas, invitaron al gobernador para que diera por terminada la campaña y firmase la paz con Santa Fe; pero habiendo sido desatendidas sus indicaciones, se retiraron del ejército al frente de su división de milicias, cuyo licenciamiento obtuvieron. Dorrego quedó al frente de poco más de 900 hombres, de los cuales como 200 situados en el Pergamino á órdenes de Obando, y ofició al Cabildo, que estaba dispuesto «á abrir »nuevamente la campaña, sin perjuicio de oir nuevas »proposiciones de paz.» El Cabildo le contestó: que para prevenir cualquier desastre le enviaba 300 cívicos de refuerzo á las órdenes del coronel don Blas José Pico, en vez de los 100 que él había pedido.

Por este mismo tiempo (el 20 de agosto) zarpaba del puerto de Valparaíso la expedición libertadora del Perú, compuesta de 2.000 argentinos y 2.000 chilenos bajo las órdenes del general San Martín. El héroe argentino, antes de lanzarse á su atrevida empresa, se había dirigido á sus compatriotas, diciéndoles: «Os »dejo con el profundo sentimiento que causa la pers»pectiva de vuestras desgracias: vosotros me habéis »acriminado aún de no haber contribuído á aumen»tarlas, porque éste habría sido el resultado, si yo »hubiera tomado una parte activa en la guerra contra »los federalistas: mi ejército era el único que conser»vaba su moral,' y lo exponía á perderlo, abriendo una »campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis »tropas contra el orden. En tal caso, era preciso re»nunciar á la empresa de libertar al Perú, y suponien»do que la suerte de las armas me hubiera sido favo»rable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar »la victoria con los mismos vencidos. No, el general »San Martín jamás derramará la sangre de sus compa»triotas, y sólo desenvainará la espada contra los ene»migos de la independencia de la América del Sur.»

En la víspera de embarcarse se dirigió al Cabildo de Buenos Aires, «como al representante del pueblo más digno de la historia de Sud América» (son sus palabras), haciendo ardientes votos por la felicidad de la patria, y asegurando, que en el momento en que se erigiese la autoridad central de las Provincias Unidas, el ejército de los Andes quedaría subordinado á su autoridad.

Mientras tanto, la guerra civil seguía su curso en las Provincias Unidas. López, después de su dispersión en Pavón, había llamado á sí todas sus milicias y algunos indios de la frontera del Chaco, respondiendo todos con decisión á su llamamiento. A la cabeza de más de 1.000 hombres atravesó al sur del Carcarañá, en circunstancias en que Dorrego se replegaba sobre el Arroyo del Medio. Sabedor López de la posición que ocupaba Obando, se corrió por su derecha, y consiguió sorprenderlo, y batirlo completamente en el Pergamino, retirándose en seguida al Gamonal (nacientes de Pavón) arreando en represalia gran cantidad de ganado.

Noticioso Dorrego de la derrota de Obando, en circunstancias que recibía 900 caballos de refresco, se puso inmediatamente en marcha sobre López á la cabeza de una columna ligera de caballería como de 600 hombres, compuesta de los Dragones, los Colorados de las Conchas y los Quinteros, llevando por divisa de combate una banda blanca cruzada por encima del hombro, y por toda artillería un cañón volante. El 2 de septiembre se encontraron en el Gamonal ambas fuerzas. Los santafecinos en número de más de 1.000 hombres, estaban formados en línea con el caballo ensillado y pie á tierra. Inmediatamente se desplegaron guerrillas por una y otra parte, á que se siguió el avance paralelo de una línea sobre otra en aire de carga. Desde el primer momento, el ejército porteño se vió desbordado por ambos costados, y flanqueado simultáneamente por derecha é izquierda, fué completamente derrotado, dejando en poder del enemigo más de 100 prisioneros, y en el campo de batalla y de la

persecución como 320 cadáveres, salvándose apenas 200 hombres. López, dice él mismo, que detuvo su caballo por no presenciar una matanza que no podía evitar. En seguida puso en libertad á todos los milicianos prisioneros y mandó fusilar al comandante santafecino don Tomás Bernal por haber dado suelta á los oficiales porteños que se encontraban en el mismo caso.

Dorrego, acompañado de algunos oficiales bien montados, repasó el mismo día el Arroyo del Medio en mangas de camisa, animoso y de buen humor, como de costumbre. A todos los dispersos que encontraba en su tránsito, los licenciaba, á fin de ocultar su total destrucción. Al día siguiente ofició al Cabildo desde la posta de Magallanes, participando su derrota, á la vez que las medidas que tomaba para repararla. En la imposibilidad de sostener la línea del Arroyo del Medio, se replegó al interior, dejando bien fortificado y guarnecido á San Nicolás. En San Antonio de Areco, se reunió con el coronel Pico, que anticipadamente había salido á su encuentro á la cabeza de 300 cívicos de la ciudad. Allí estableció su cuartel general, y antes de terminar el mes de septiembre se hallaba al frente de un ejército de 1.400 hombres, regularmente provistos de cabalgaduras, con el cual se proponía reabrir sus operaciones.

López, dueño de la línea del Arroyo del Medio, se contentó con establecerse sobre la frontera, hacer algunas arreadas de ganado y dirigir al Cabildo de Buenos Aires una nota conminatoria y pacífica á la vez. En ella le insinuaba, que el gobernador Dorrego era el único obstáculo á la paz entre ambas provincias. «Aunque los Temístocles se sucedan (decía López en »estilo irónico y terrible á la vez), verá V. E. repetir»se los días de luto. La provincia de Santa Fe ya no »tiene que perder. Nos han privado de nuestras casas, »porque las han quemado: de nuestras propiedades, »porque las han robado: de nuestras familias, porque »las han muerto. Existen solamente campos solitarios »por donde transitan los vengadores de tales ofensas,

»para renovar diariamente sus juramentos.» La nota terminaba con esta abertura pacífica: «Amo á mi pa»tria y aspiro á su dicha. Si V. E. está animado de »iguales sentimientos, si quiere que cese la guerra, de»póngase toda pretensión injusta... y conseguiremos »una paz propia de hermanos, digna de americanos, y »que prometa un porvenir lisonjero á todos los pueblos »comprometidos por nuestras disensiones.»

Esta nota, en medio de sus declamaciones, estaba bien calculada para producir su efecto en el sentido de una transacción. Dorrego, empeñándose en continuar la guerra después de su victoria de Pavón, se había privado del concurso eficiente de una gran parte de las fuerzas militares de la Provincia, como ya se ha visto. Obstinándose en sostenerla á todo trance, después de la derrota del Gamonal, que lo había desacreditado ante la opinión, se presentaba como el único obstáculo á la pacificación, que era á la vez que una necesidad imperiosa, una alta conveniencia pública. La guerra había terminado en realidad, y ni Buenos Aires ni Santa Fe, deseaban continuarla, ni podían prometerse nada de su prolongación. Por el contrario, un arreglo con Santa Fe, restableciendo las relaciones de buena vecindad, rompía la liga de los caudillos, aislaba á Ramírez en el Entre Ríos, daba tiempo á Buenos Aires para repararse de sus quebrantos, organizarse sólidamente como provincia, entenderse con las provincias del interior y concurrir á la obra de la reorganización nacional bajo mejores auspicios que los de la guerra. A esta política prudente y patriótica, respondía el partido civil de antiguos directoriales y jóvenes liberales unidos, el cual, resuelto á sacrificar á Dorrego en el interés de la paz, tenía por candidato de gobernador al general don Martín Rodríguez, quien contaba con el apoyo decidido del comandante don Juan Manuel Rosas en la campaña.

La pueril impaciencia de Dorrego por asegurarse en el gobierno, á que sus servicios lo hacían merecedor, contribuyó tanto como su última derrota á allanar el camino del poder á los partidarios de Rodríguez. In-

mediatamente después de la acción de San Nicolás, Dorrego se dirigió de oficio al gobernador substituto don Marcos Balcarce, disponiendo que, en virtud de hallarse la Provincia en plena libertad para elegir gobernador propietario, se convocara en el término de 24 horas á los representantes que debían nombrarlo. En consecuencia, el Cabildo convocó al pueblo á elecciones, declarando que los representantes deberían ocuparse de las materias de interés general, y especialmente del nombramiento de diputados al Congreso general; y dispuso que la elección se hiciese en la forma acostumbrada, sufragando cada ciudadano por tres candidatos, entregando su voto cerrado, con tacha de incivismo al que no concurriera á cumplir con este deber.

El 3 de agosto se verificó el escrutinio, y resultaron electos casi en su totalidad, los mismos que habían compuesto las anteriores Juntas representativas, conocidos todos ellos como antiguos afiliados al partido directorial. Precisamente en esos momentos abría Dorrego su nueva campaña sobre Santa Fe, y esto obstó á su reunión. Después de la derrota del Gamonal, el gobernador substituto Balcarce se dirigió de nuevo al Cabildo, haciendo presente que «ocurrencias »de mayor gravedad exigían imperiosamente se reunie»se en el instante el supremo poder de la Provincia.» El 8 de septiembre se instaló la Junta, presente los dos tercios de representantes por la ciudad y campaña, asumiendo el supremo poder legislativo de la Provincia, y ordenó que en consecuencia le prestasen las autoridades juramento de obediencia, debiendo verificarlo el gobernador en campaña ante el juez territorial más inmediato, tomándolo á su vez al ejército. Esta legislatura así instalada, fué la piedra fundamental de la reorganización de la Provincia sobre la base del sistema federal, y el modelo que imitaron las demás provincias argentinas al organizarse interiormente y renovar el compromiso de constituirse en Nación independiente y libre.

El 26 de septiembre fué nombrado el general don

Martín Rodríguez gobernador interino de la Provincia. En el mismo día, la Junta se dirigió al pueblo, renovando el primer decreto del Congreso de Tucumán, parafraseando su preámbulo en los siguientes términos: «Fin á las alteraciones y á la anarquía, y »principio al orden; reconocimiento, obediencia y respeto á la autoridad representativa y primera de la »Provincia y sus determinaciones.» En seguida, declaraba que impondría «á los perturbadores del orden, »hasta la pena de muerte», terminando con estas significativas palabras: «No hay clase ni persona residente en el territorio de la Provincia, exenta de la observancia y comprehensión de este decreto.»

Dos días después se dirigía á las provincias hermanas manifestándoles: «Las Provincias Unidas tienen en»tre sí relaciones tan antiguas y tan íntimas, que to»da separación entre ellas es precisamente violenta, »y no puede estar en la esfera de sus deseos esenciales. »Estamos de acuerdo sobre el primer remedio de nues»tros males. Dar una cabeza común á estos miembros »hoy separados, formar un centro común depositario »de la confianza general de todos los pueblos: reunir »los fragmentos en que hoy se halla descompuesta »nuestra máquina política, reorganizarla en términos »que sea capaz de dar impulso á sus resortes, y recu»perar la gran rotación correspondiente á su destino: »tal es la importancia, tales los objetos del Congreso »Nacional que hoy se anhelan por esta Provincia de »concierto con sus hermanas.» De conformidad con con estas manifestaciones, anunciaba que iba á enviar sus diputados al Congreso convocado en Córdoba, á fin de que se resolviera á pluralidad de votos, el lugar en que debía establecerse su residencia. El manifiesto terminaba con estas hermosas palabras: «Tocamos ya »el término de nuestros gloriosos trabajos. Esta es la »señal que nos da la Providencia para los últimos sa»crificios. Ibamos á perdernos cerca del puerto en la »noche tenebrosa que nos han formado los desgracia»dos sucesos del presente año; pero ella hace nacer »sobre el horizonte dos grandes astros que van á disi-

»par estas tinieblas, que nos hacen conocer el verdade-
»ro rumbo, y alientan nuestras abatidas esperanzas.
»Tales son, el reconocimiento de nuestra independencia
»por el sabio gabinete de Wáshington, y la brillante
»expedición sobre los opresores de Lima. Si por medio
»de una conducta sabia y vigorosa sabemos aprovechar
»los influjos de uno y otro acontecimiento, habrá sido
»corto el intervalo de nuestros horrores, él se perderá
»de vista de la historia, que sólo celebrará los gran-
»des esfuerzos con que habremos recobrado el cívico
»camino de la independencia nacional.»

La nueva situación que bajo estos auspicios se inauguraba, tenía empero que vencer poderosas resistencias antes de consolidarse. Los partidarios del ex gobernador Dorrego, á cuyo frente estaba la mayoría del Cabildo, se complotaron con los círculos personales de Soler y Sarratea, y contando con gran parte de los tercios cívicos y algunas tropas de línea, propalaron que el nuevo orden de cosas importaba una restauración directorial. Con estos elementos y esta bandera, se organizó una conspiración, que estalló estrepitosamente á los cinco días de haber tomado posesión del mando el general Rodríguez.

En la noche del 1.° de octubre, después del toque de silencio, el coronel Pagola, que era el hombre de acción del movimiento, sublevó al batallón Fijo que estaba acuartelado en el Retiro, y unido al segundo tercio cívico y parte del tercero que tenían las armas en sus casas, se posesionó de la plaza á los gritos de «¡ Abajo la facción !» Las tropas que sostenían la autoridad—que eran los batallones de Aguerridos y Cazadores, unidos á algunos piquetes del primer tercio, —fueron desalojadas á balazos de las posesiones que ocupaban en la plaza, dispersándose una parte y rindiéndose el resto, después de un tiroteo, de que resultaron algunos muertos y heridos.

Al amanecer el día 2, el gobernador Rodríguez había abandonado la ciudad acompañado de algunos amigos, y el coronel Pagola á la cabeza de cerca de 1.500 hombres era dueño de ella. A esa hora (cuatro de la ma-

ñana), fué llamado por el Cabildo y nombrado jefe de las armas, el general don Hilarión de la Quintana, que era el figurón con que se contaba para dar carácter político al movimiento, relegando al segundo término á Pagola, cuyo carácter violento inspiraba recelo á los capitulares.

Triunfante el movimiento, reunióse una parte del Cabildo en las Casas Consistoriales, y mandó tocar la campana capitular que convocaba al pueblo, haciendo enarbolar en su torre la bandera de alarma, que era la señal de reunión de los cívicos que se hallaban bajo sus inmediatas órdenes. Pocos momentos después, la sala de sesiones del Cabildo era invadida por una multitud, que exigía á gritos la anulación del nombramiento de don Martín Rodríguez, «por pertenecer no»toriamente á la facción destruída del Congreso y del »Directorio, enemigo de la libertad de los pueblos y »de los patriotas; y que se procediera á la creación »de un nuevo gobierno, que sofocase para siempre las »aspiraciones de los facciosos.» Los cabildantes presentes que no pasaban de cinco, reasumieron el mando, revocaron el nombramiento hecho en Rodríguez, declarando retrovertidos á los habitantes de la ciudad, los poderes de sus doce representantes que le habían prestado su voto, convocando sin embargo á éstos con exclusión de los de la campaña. A la vez, se dispuso que en el siguiente día se celebrase en la iglesia de San Ignacio un solemne Cabildo abierto, con el objeto de nombrar gobernador, al cual debían concurrir «sin excusa ni pretexto todos los ciudadanos, tenien»do entendido que los que no lo hicieran movidos del »solo interés de la patria, serían conducidos por la »fuerza al sitio designado, donde con entera libertad »podrían hablar, discutir y sufragar.» Tal fué el famoso bando que dió su fórmula á la revolución de de 1.° de Octubre.

El 3, á las nueve de la mañana, empezó á reunirse el pueblo en el templo de San Ignacio, bajo la presidencia del alcalde de primer voto don Juan Norberto Dolz, uno de los promotores del movimiento. La parte

más notable del vecindario no acudió al llamado, no faltando sin embargo algunos hombres animosos que se presentaron en actitud de protesta. La Asamblea degeneró muy luego en un tumulto, y dió lugar á accidentes cómicos y lances personales, que aconsejaron al presidente proponer su disolución, como en efecto se acordó, levantándose previamente una breve acta de la sesión. Por ella se dispuso, remitir el nombramiento de gobernador á la votación de los vecinos en sus respectivos cuarteles, encomendando la operación á los alcaldes de barrios y sus tenientes, asociados á dos vecinos honrados. Al mismo tiempo que la Asamblea se disolvía tumultuosamente, se tocaba alarma en la plaza.

El gobernador Rodríguez, después de abandonar la Fortaleza en la noche del 1.° de octubre se situó al sur de la ciudad, á pocas leguas de distancia. Allí se le reunieron sus numerosos parciales de la ciudad y las milicias de los alrededores. Al día siguiente se le incorporaron dos regimientos de campesinos del sur, vestidos de colorado, á las órdenes del comandante don Juan Manuel Rosas. El día 3, estableció su cuartel general en Barracas, á la cabeza de un ejército como de 1.800 hombres; adelantó sus partidas hasta los suburbios, y se cambiaron los primeros tiros. En tales circunstancias se pronunciaron en su favor algunos cantones avanzados y se le pasaron varios grupos de tropa armada. Esto era lo que había producido la alarma al tiempo de disolverse la Asamblea popular.

Los revolucionarios, sintiéndose débiles en el vasto perímetro de la defensa que habían abrazado, se reconcentraron á la plaza de la Victoria, en cuyas bocacalles establecieron artillería, enfilando las avenidas del sur, y ocuparon las azoteas de su circuito, estableciendo dos fuertes cantones en la prolongación de las calles de Reconquista (hoy Defensa) y de la Universidad (hoy Bolívar), dentro del macizo de las manzanas que con aquéllas se ligaban, el uno frente al Colegio y el otro frente á San Francisco. En tales posi-

ciones pasaron los beligerantes el resto del día 3, empeñándose hasta muy entrada la noche algunas guerrillas, de que resultaron varios muertos y heridos por una y otra parte.

El día 4, el general Rodríguez tomó posiciones en el centro de la ciudad, embistiéndola por el sur y el oeste, y estableció sus dos principales columnas de ataque como á tres cuadras de la plaza, amagando las dos calles antes indicadas, Reconquista y Universidad. Estos movimientos fueron precedidos de un oficio, dirigido á la Junta de representantes, en que le prevenía que se hallaba con un ejército á las orillas de la ciudad, protestando que no era un gobernador prófugo, sino un magistrado que obraba como tal, dispuesto á contener la anarquía y sostener el orden. En tal concepto invitaba á la Junta á reasumir la representación suprema que le correspondía, y á oir libremente las reclamaciones que se le hiciesen, declarando que se sometería á sus deliberaciones; pero advertía á la vez, que «desconocería toda innovación ó reforma que emanase de otros conductos,» refiriéndose al Cabildo y á las Asambleas revolucionarias que bajo sus auspicios se habían convocado.

El Cabildo, que desde el primer momento se había dirigido á Dorrego requiriendo el apoyo de su ejército, y que en el día anterior (3 de octubre) le había duplicado el aviso urgiendo su marcha, aceptó la abertura de paz con el objeto de ganar tiempo, á la vez que intimidado por la actitud decidida de Rodríguez. En consecuencia, convocó á la sala capitular á siete miembros de la Junta de representantes, únicos que pudieron encontrarse, y se acordó diputarle una comisión compuesta de dos representantes y un cabildante, á efecto de arribar á una transacción pacífica, después de oir á los jefes principales del movimiento, Quintana y Pagola, que declararon estar dispuestos á obedecer lo que el Cabildo ordenara. El gobernador Rodríguez contestó á las siete de la noche diciendo, que no conocía más autoridad soberana que la de la Junta, y que en acatamiento á ella, se prestaba á lo

que resolviese, previniendo, sin embargo, que sólo podría esperar hasta las 12 de la noche, pues su gente estaba llena de ardor y le sería muy difícil contenerla. A la una de la noche se retiró la Junta al convento de las Capuchinas (iglesia de San Juan) para deliberar con libertad, constituyéndose en sesión extraordinaria. A las tres de la mañana del día 5, la Junta se había expedido, declarando que se ratificaba el nombramiento de gobernador en la persona del general Rodríguez, concediendo una franca amnistía por los sucesos ocurridos desde el 1.° de octubre, y ordenando que las tropas de la plaza se retirasen á sus respectivos cuarteles, con encargo al gobernador á quien todas debían obediencia, del fiel cumplimiento de todo lo dispuesto.

Comunicada esta resolución poco antes de amanecer, á las tropas revolucionarias que ocupaban la plaza, los cívicos excitados por Pagola, manifestaron á grandes gritos, que reconocerían cualquier otro gobernador nombrado por el pueblo, con tal que no fuese militar. En tales circunstancias, se anunció que Rodríguez avanzaba con sus fuerzas, resuelto á hacer cumplir las resoluciones de la Junta. Los cívicos del segundo tercio acudieron instantáneamente á ocupar sus puestos, y á las 12 del día se rompió con ardor el fuego por una y otra parte.

El general Rodríguez, posesionándose de las torres del Colegio y de San Francisco, desalojó las tropas de la plaza que defendían sus cantones fronterizos, y penetró por las azoteas de la manzana situada entre las calles de la Universidad y la Reconquista, hasta dominar con sus fuegos la plaza de la Victoria, haciendo retirar á los artilleros que servían el cañón situado en la bocacalle de la Universidad. Pocos momentos después, los Colorados de Rosas cargaban á gran galope por esta calle, al mismo tiempo que el general Rodríguez á la cabeza de poco más de 300 hombres penetraba á la plaza por la calle de la Reconquista, donde había quedado el último cañón de los revolucionarios, defendido por 60 hombres. Trabóse

en seguida un reñido y confuso combate, quedando los asaltantes dueño de la plaza, y tendidos en el campo como 150 entre muertos y heridos. No se dió ni un «muera» ni un «viva», después del combate; no se cometió ningún desorden; no tuvo lugar ninguna venganza, las tropas del gobierno, especialmente las que mandaba Rosas, se distinguieron por su severa disciplina, al punto de rehusar cuanto los vecinos les ofrecían, no aceptando sino agua pura. El vencedor se mostró firme y moderado, limitándose á las medidas de rigor indispensable para el restablecimiento del orden público. Los tercios cívicos quedaron desde entonces sometidos al gobierno y se mandó al Cabildo bajar de su torre el asta-bandera por medio de la cual convocaba á la milicia municipal en su carácter de Cabildo brigadier. Tal fué el último estallido de la anarquía del año XX.

Apenas apaciguada la tormenta (el 7 de octubre), circuló el rumor de que Dorrego á la cabeza de su ejército avanzaba sobre la capital. A las 12 de la noche, la Fortaleza hizo la señal de alarma con tres cañonazos. Inmeditamente, el pueblo armado corrió á las azoteas de la plaza, dispuesto á sostener el orden social, triunfante el 5 de octubre. La actitud de Dorrego antes y después de la revolución, daba lugar á serios recelos, y nadie dudaba de que su intento fuera renovar la lucha. No había contestado á los oficios anunciándole el nombramiento de Rodríguez; al estallar el movimiento, sus fautores habían anunciado que contaban con su adhesión; muchos de sus amigos políticos habían tomado parte en él, siendo señalado como su candidato para gobernador; y después del triunfo del 5, nada se sabía de las disposiciones en que se encontrara su ejército acantonado en Areco en número de más de 1.200 hombres.

Empero que la revolución de 1.° de octubre, fuese propicia á la influencia política de Dorrego, no puede decirse que ella respondiera á su restauración en el poder. Sin duda que tal era la aspiración de una parte del Cabildo revolucionario y de sus partidarios que

se comprometieron en el movimiento; pero el verdadero candidato de sus principales jefes y del segundo tercio cívico, era el general Soler, á la sazón aislado en la Colonia. Es de presumir que Dorrego no ignorase los trabajos que sus amigos hacían en tal sentido, y aun cuando faltan documentos auténticos para comprobarlo, es indudable que la revolución le era simpática por sus tendencias, á la vez que halagaba sus ambiciones defraudadas. Así fué, que el primer cuidado del Cabildo en la mañana del 2 de octubre, fué comunicar á Dorrego su reasunción del mando, á consecuencia de la deposición de Rodríguez. Dorrego recibió esta comunicación al día siguiente. Inmediatamente convocó á los jefes principales del ejército, y de acuerdo con ellos hizo reconocer al Cabildo gobernador, poniéndose á sus órdenes con todo su ejército. Hasta entonces, los directores del movimiento, que tenían en mira la candidatura de Soler, no habían considerado necesaria la intervención activa de Dorrego; pero el día 4, cuando el general Rodríguez estrechó con su ejército á la ciudad, todos volvieron sus ojos hacia él.

Fué entonces que el Cabildo le dirigió un oficio (4 de octubre), ordenándole que sin pérdida de tiempo acudiese en protección de la ciudad, atacada según se le decía por gruesas partidas de caballería de la campaña. Esta comunicación llegó tarde á manos de Dorrego, cuando ya todo estaba concluído. El 5, á las tres de la tarde, recibía Dorrego la orden, y dos horas después, casi en el mismo instante en que la revolución era vencida en Buenos Aires, se ponía en movimiento. Sus marchas fueron tan rápidas, que el día 7 muy temprano, se hallaba sobre la Villa de Luján, según queda dicho.

En la tarde del mismo día, fué instruído por el mayor don Angel Pacheco, del desenlace de la revolución, y en consecuencia, resolvió detenerse allí, pidiendo órdenes á la Junta de representantes. Al mismo tiempo, el Cabildo (á la sazón compuesto de los que no habían tomado parte en el movimiento), le ofi-

ciaba ordenándole suspendiese su marcha y le increpaba por haber abandonado su puesto al frente del enemigo, y dejado descubierta la frontera de la Provincia.

En el mismo sentido le contestó la Junta de representantes con fecha 8 al desaprobar su proceder en términos que revelaban sus secretas alarmas, no del todo disipadas, ordenándole hiciera reconocer como gobernador al general Rodríguez, y manifestando su extrañeza de que no lo hubiese hecho en su oportunidad. Dorrego contestó con fecha 10 quedar impuesto de todo, y al día siguiente reiteró su comunicación diciendo, que en consecuencia suspendía su marcha. Con esto cesaron las alarmas, y poco después se publicaban en la «Gaceta» oficial los oficios de Dorrego, haciendo reconocer al gobernador Rodríguez, por segunda vez.

A pesar de todo esto, su personalidad política y militar era incompatible con la nueva situación, y desde entonces quedó separado de todo mando, siendo posteriormente confinado por medida de precaución, aunque se le guardaron las consideraciones debidas á su mérito.

Pacificado Buenos Aires y consolidado el gobierno de Rodríguez, éste contrajo toda su atención á regularizar sus relaciones con las demás provincias argentinas, sobre la base de la paz y de la unión. En este sentido se habían ya iniciado trabajos con los gobiernos del interior, especialmente con Salta y Córdoba y el estado de las demás provincias, en general simpáticas á la nueva situación de Buenos Aires, prometía que la pacificación se hiciese muy luego extensiva á toda la República.

CAPITULO XLVI

La Reorganización

1820-1821

Continúa la narración histórica.—Ruptura entre Artigas y Ramírez.—Guerra entre ambos caudillos.—Triunfo de Ramírez.—Sus proyectos de engrandecimiento.—Relaciones entre Córdoba y Buenos Aires.—Estado general de la República.—Situación de las provincias del norte.—Santiago del Estero provincia federal.—Bosquejo del futuro.—Mediación de Córdoba y Salta.—Paz y alianza entre Buenos Aires y Santa Fe.—Disolución de la liga de los caudillos del litoral.—Movimiento reorganizador.—Catástrofe del Salto.—Campaña contra los indios.—Llegada de una comisión regia de Fernando VII, proponiendo la paz.—Contestación de la Junta de Representantes á la comisión.—Fin del año XX.—Amenaza de una nueva guerra civil.—Correspondencia entre el gobierno de Buenos Aires y el de Entre Ríos.—Ramírez declara la guerra á Buenos Aires.—Ruptura entre López y Ramírez.—El Congreso empieza á reunirse en Córdoba.—Carrera invade las provincias de Córdoba y San Luis.—Primera campaña de Carrera en el interior.—Ramírez invade Santa Fe, obtiene ventajas y es derrotado en Coronda.—Mérito de López en esta campaña.—Operaciones de la escuadrilla de Buenos Aires en el Paraná.—Reunión de Ramírez y Carrera, y sus operaciones en Córdoba.—Derrota y muerte de Ramírez.—Pacificación del litoral.—Incorporación de la Banda Oriental al Brasil y Portugal.—Fin de Carrera.—Muerte de Güemes.—Ultimas invasiones de los realistas á Salta.—Afianzamiento de la independencia argentina.—Entrada del ejército argentino-chileno á Lima.—Triunfo de la independencia americana.—Sinopsis de la revolución argentina.—Bosquejo de su organización política.—Inauguración del sistema representativo en Buenos Aires.

Coincidió con los sucesos relatados al fin del capítulo anterior, la terminación de la encarnizada guerra entre Ramírez y Artigas, de la cual hemos hecho mención incidentalmente, y en la que ambos contendores se disputaban la supremacía del caudillaje del litoral. Como se recordará, Artigas derrotado por los portugueses y desobedecido por los suyos, había abandonado el territorio oriental, y refugiádose en Corrientes, estableciendo su campamento general en Curuzú

Cuatiá, en el punto denominado Abalos. Desde allí procuró influir en la política argentina, y abrió nuevas relaciones en Córdoba, considerando á López y Ramírez como subalternos suyos. Los tratados del Pilar, que tuvieron lugar poco después, le alarmaron, y desde entonces empezó á prepararse á la eventualidad de romper con Ramírez. Al efecto, formó un ejército con los contingentes de Misiones y Corrientes, sobre la base de las fuerzas que le habían acompañado desde la Banda Oriental. Alarmado á su vez Ramírez, se apresuró á trasladarse al Entre Ríos, inmediatamente después de la última asonada de Alvear en el Retiro, que queda ya narrada. Artigas, hizo amargos reproches á Ramírez sobre sus procederes. Ramírez por su parte le contestó negándole todo derecho á inmiscuirse en el gobierno de territorios que tenían autoridades naturales, refiriendo al Congreso Argentino que debía reunirse, la solución de las cuestiones nacionales pendientes, y acusó directamente á Artigas de haber obstado á su reunión. De este modo fué como el caudillaje argentino rompió con el caudillaje oriental que, derrotado en su propio territorio por las armas extranjeras, pretendía imponer la ley al occidente del Paraná, subordinando á la ambición de un mandón sin propósitos patrióticos, la suerte de una nación.

Dijimos antes, que al tiempo de llegar Ramírez á Entre Ríos, las montoneras del país que sostenían la unión con Buenos Aires, se habían reconcentrado sobre el Uruguay á órdenes de don Gervasio Correa y del hermano de Hereñú, obteniendo un triunfo sobre don Ricardo López Jordán. Atacado allí por Ramírez, Correa capituló en el Arroyo de la China, según queda ya explicado, y desde entonces Correa tomó servicio bajo la bandera del caudillo entrerriano. Ramírez se replegó al Paraná, y Correa se situó con una división en el Arroyo Grande, en observación de Artigas. Este dispuso que el indio Sití, comandante general de Misiones y sucesor de Andresito, invadiese el Entre Ríos al frente de 1.500 misioneros. Correa fué derrotado en

el Arroyo Grande, y de este modo quedaron rotas las hostilidades entre los dos ambiciosos caudillos.

En los primeros días del mes de junio, Artigas penetró por el occidente del río Gualeguay, á la cabeza de 2.000 á 2.500 hombres, inclusa la fuerza de Sití, que se le incorporó en la marcha. Ramírez salió á su encuentro como con 500 á 600 hombres de caballería, cuya base la componían 400 Dragones bien disciplinados. El 13 de junio de 1820, se encontraron ambos beligerantes en las Guachas (costa de Gualeguay). Ramírez quedó deshecho, bien que obteniendo algunas ventajas parciales, y se replegó al Clé con sus restos. Artigas no quedó mejor parado; pero oportunamente reforzado por una división de 800 correntinos, que al mando del comandante La Palma, habían invadido por la costa del Paraná, marchó sobre la Bajada al frente como de 2.000 hombres. Ramírez esperó á su competidor á inmediaciones de la Bajada al frente de 500 á 600 hombres de caballería y un batallón de 200 infantes. El 24 de junio se encontraron otra vez los ejércitos, y Artigas fué completamente derrotado. Ramírez marchó poco después en persecución de Artigas, y á marchas forzadas consiguió batir al comandante López Chico (el 17 de julio) que al frente de 200 hombres cubría la retirada, en la costa del Gualeguay. A los pocos días (el 22 de julio) derrotaba en las puntas del Yuqueri, otra fuerza de 300 hombres, al mando del indio Perú Cutí, uno de los principales tenientes de Artigas. En Mandisoví, fué deshecho otro de los tenientes de Artigas, el indio Matías Abacú, y Ramírez penetró al territorio de Corrientes. El comandante general de Misiones, Sití, se sometió á Ramírez, y Misiones quedó agregado como departamento á la provincia de Entre Ríos. En las Tunas, sobre la costa norte del Mocoretá, fué derrotado otra vez López Chico, que se hallaba allí al frente de 400 hombres. Artigas, que se encontraba inmediato, se puso en retirada sosteniendo fuertes guerrillas; pero á poco andar empezó á desorganizarse su fuerza y se puso en precipitada fuga. El campamento de Abalos quedó con todo su par-

que en poder del vencedor. Ramírez se dirigió entonces á la Esquina, á donde había hecho subir su escuadrilla, llevando embarcada su infantería, y dispuso que Artigas fuera activamente perseguido.

Artigas, sin darse por vencido, procuró reaccionar, y se dirigió á las Misiones con el objeto de someter á Sití. Este, al frente de 600 hombres, se sostuvo en un reducto artillado con cuatro piezas, en el punto denominado el Cambay. Artigas le puso sitio, y estaba ocupado en esto, cuando repentinamente fué atacado por la espalda por una división de Ramírez al mando del comandante Piris. Completamente derrotado, emprendió su fuga remontando la corriente del Miriñay, siempre perseguido de cerca. Encerrado en Candelaria, sobre la costa del Alto Paraná, se vió obligado á atravesar el río y á pedir al Dictador Francia un asilo en el Paraguay, quien le dió por alojamiento la celda de un convento de frailes, confinándole poco después á un lugar apartado, donde quedó para siempre enterrado en vida. Así terminó su carrera el famoso caudillo oriental que había llenado una década en la historia del Río de la Plata, del modo que queda historiado y juzgado en este libro.

Ramírez, dueño de todo el teritorio situado entre los ríos Paraná y Uruguay, tomó posesión de Corrientes, y se proclamó jefe supremo de las tres provincias, á que dió la denominación de República del Entre Ríos. En Corrientes se apoderó de la escuadrilla de Artigas, mandada por el famoso Campbell, la que unida á la de Buenos Aires que le había llevado el armamento pactado por los tratados del Pilar y convenios posteriores, le dió el dominio absoluto de las aguas del Paraná desde Punta Gorda ó Diamante hasta la embocadura del río Paraguay. Ensoberbecido con sus triunfos, pensó seriamente en llevar la guerra al Paraguay, y al efecto empezó á organizar un ejército expedicionario, escribiendo al gobernador López en el sentido de pedirle su cooperación, contando hacerse por este medio, árbitro de los destinos de la República Argentina. Tales eran los planes que ocupaban al

caudillo entrerriano, al tiempo de ser vencido el motín de Octubre en Buenos Aires.

La provincia de Santa Fe, en guerra con Buenos Aires, se mantenía mientras tanto á la expectativa, limitando sus hostilidades á una que otra incursión vandálica sobre las fronteras. López, siguiendo su sistema gauchi-político de equilibrio, después de haber manifestado públicamente que era Dorrego el único obstáculo á la paz, se mostraba dispuesto á una transacción con el gobierno de Rodríguez. Por este medio se proponía asegurarse en su gobierno, sacrificando á su aliado Carrera que ya era para él un estorbo, y obtener á la vez algunos recursos de Buenos Aires; emanciparse á la dominación de Ramírez y aliarse con Bustos, que hacía tiempo lo trabajaba en el sentido de separar su causa de la de los caudillos del litoral.

La cuestión pendiente entre Buenos Aires y Santa Fe, en sus relaciones con las provincias del interior, no era simplemente una cuestión política y militar: era principalmente una cuestión económica. Siendo Santa Fe la puerta precisa del comercio del litoral con el interior de la República, el estado de guerra había paralizado el tráfico, y las provincias mediterráneas se hallaban literalmente bloqueadas. Sin rentas, sin comercio, sin salida para sus frutos, produciendo escasamente lo necesario para vivir y careciendo de los objetos más indispensables de consumo, un arreglo que removiera el obstáculo, era anhelado por todos, y era una conveniencia y una necesidad para la existencia de los mismos gobiernos. En este sentido, todas las simpatías estaban de parte de Buenos Aires, poseedora de la única aduana nacional, y único centro de riqueza del cual pudieran esperarse algunos beneficios.

Bustos, bien aconsejado por su egoísmo, y fiel á su plan político de no hacer causa común con los caudillos del litoral, había cultivado anticipadamente las buenas relaciones con Buenos Aires. Puesto de acuerdo con San Martín y O'Higgins, según queda dicho, no vaciló en pronunciarse oficialmente contra Carre-

ra, ofreciendo cooperar á la destrucción de las fuerzas de este caudillo, á quien calificaba de «invasor del orden y enemigo de la causa de la América.» El oficio en que tales conceptos se vertían, contenía estas significativas palabras: «tengo el placer de que mis primi»tivas medidas coinciden en todo con los deseos y mi»ras de ese gobierno, á quien aseguro que en este pun»to, y en cuanto diga relación á la causa común y her»mandad de provincias, me tendrá inalterablemente »adicto.» Aprovechando á la vez la oportunidad de contestar una comunicación del gobernador Dorrego, á quien se adjuntaba el boletín de la acción en San Nicolás, le felicitó por el triunfo en nombre del pueblo de Córdoba, calificando de injusta la invasión contra «la benemérita Provincia de Buenos Aires.»

El gobernador Rodríguez, con motivo del Manifiesto de la Junta á las provincias hermanas, les dirigió una circular en que explanaba sus conceptos. En la enderezada á Bustos, se recalcaban los que se relacionaban con la cuestión económica y la guerra con Santa Fe. «La indigna y escandalosa guerra que el »pueblo y el gobierno de Santa Fe ha encendido nue»vamente... desolada la campaña, interceptado el co»mercio, salteadas las propiedades de los traficantes, »obstruídas las fuentes de ingreso con que Buenos »Aires podrá auxiliar la defensa general, no es á él »solo sino á todo el país, á quien hostilizan estos en»carnizados enemigos del sosiego público. Un formal »requerimiento de parte de los gobiernos, protestando »los perjuicios y males de la patria, y haciendo causa »común contra los que estorban los nobles designios de »los pueblos, ¿cómo no había de imponer al gobierna»dor López, y obligarle á cesar su guerra de ladrones »y saqueo?» Esto se decía en la víspera de la revolución de Octubre.

La circular del gobierno de Buenos Aires se cruzó en el camino con dos oficios de un mismo tenor, que Bustos dirigía á los gobiernos de Santa Fe y de Buenos Aires, ofreciendo su mediación en su cuestión interprovincial, previa sanción de la Junta de represen-

tantes de Córdoba. Invocando los sentimientos de fraternidad, condenaba la guerra como estéril para el bien y dañosa á la prosperidad general, señalando la necesidad y conveniencia de poner término á la anarquía por medio de un Congreso Nacional, el gobernador de Córdoba terminaba diciendo: «La obra de tan»tos años y tantos sacrificios, la grande obra de Sud »América, no es posible verla por más tiempo redu»cida al triste resultado de vivir sin patria, sin sis»tema político, sin comercio, y por todo fruto, for»zada á renunciar á todas las ventajas de la vida »social.»

El gobernador Bustos era en aquella época la figura más expectable en las provincias argentinas del interior, no obstante su complicidad en el motín de Arequito, y lo estéril de su gobierno personal. Su alejamiento de los caudillos del litoral, su circunspección hija de la nulidad, su iniciativa á fin de reunir un Congreso Nacional, sus relaciones patrióticas con San Martín y O'Higgins, el prestigio y la fuerza que le daban el apoyo de un ejército veterano, habían agrupado en torno suyo á todas las provincias mediterráneas de la República. Las tres provincias de Cuyo, independientes administrativamente, pero confederadas en lo político, se habían prestado á concurrir al Congreso por él convocado, y hacían causa común en oposición á las miras de don José Miguel Carrera. La Rioja, independizada de Córdoba con su beneplácito, obraba en el mismo sentido, empezando á figurar en ella como su caudillo el sargento mayor don Juan Facundo Quiroga que más tarde debía ser apellidado «el tigre de los Llanos». Tucumán, constituído en república federal, nombraba presidente de ella á su gobernador Araoz, uniformando su política con la de Bustos. Güemes, árbitro de Salta y de Jujuy, había estrechado su alianza con Bustos, y auxiliado por éste con algunas tropas según se explicó antes, formaba un ejército con el objeto de cooperar por el Alto Perú á la expedición de San Martín sobre Lima, á la vez que procuraba subordinar á su influencia personal todo el norte de la

república, centralizando así en sus manos sus fuerzas militares y sus intereses políticos.

Como se ve, el movimiento segregatista operaba simultáneamente una doble evolución, que se complicaba á su vez con un tercer movimiento de los caudillos federales. Las antiguas intendencias del virreinato y de la república unitaria, se descomponían en provincias federales y rompían el vínculo político que las ligaba á un gobierno general, pero reconociéndose siempre parte integrante de una nación indisoluble. A su vez, las tenencias de gobierno de estas intendencias, se descomponían en provincias soberanas, que se emancipaban de su metrópoli local. Santa Fe, se independizaba de Buenos Aires, La Rioja de Córdoba, y Cuyo se descomponía en tres provincias federales, que atraídas por afinidades recíprocas, formaban un grupo parcial. Los caudillos, que fomentaban este espíritu de disgregación federal, negaban á las partes el derecho que se atribuían como jefes provinciales, y aun aspiraban á ensanchar sus límites, subordinando á su influencia política y militar las provincias limítrofes para sujetarlas á otro despótico régimen unitario. Tal fué la política de Artigas hasta caer vencido. Tal era la política de Ramírez vencedor de Artigas, que se consideraba con derecho á mandar absolutamente en Entre Ríos, Corrientes, Misiones y Santa Fe. Tal era la política del gobernador Araoz, pretendiendo sujetar á su dominación las jurisdicciones subalternas de Catamarca y Santiago del Estero, tenencias de gobierno de la intendencia de Tucumán, y tal la de Güemes al reaccionar contra la política de Araoz, teniendo en mira ensanchar su círculo de acción y de poder.

Con este propósito, fomentó Güemes la segregación de las jurisdicciones de Catamarca y Santiago de la intendencia de Tucumán, predispuestas por el espíritu de la época y los instintos de las razas, á constituirse en provincias independientes. Catamarca, con más territorio y Santiago con más población que Tucumán, se consideraban humilladas de su dependencia y aspiraban á la autonomía, considerándose capaces de go-

bernarse á sí mismas. Los trabajos de Araoz en el sentido de constituir la república de Tucumán, contribuyeron á precipitar la disgregación. Para dar forma legal á su proyectada república, dispuso que concurriesen dos diputados por cada una de las tres jurisdicciones en que se dividía la intendencia, y que reunidos en Congreso, formaran su Constitución. Reuniéronse únicamente los diputados de Tucumán y Catamarca, no concurriendo los de Santiago á consecuencia de la resistencia de sus habitantes, fomentada por un Cabildo decididamente hostil á la hegemonía tucumana.

El gobernador Araoz, para vencer las resistencias de Santiago del Estero, envió al mayor don Felipe Heredia al frente de un destacamento de 100 Dragones de línea, con el pretexto de escoltar al general Belgrano, en su tránsito á Buenos Aires. Bajo la protección de 50 hombres de estas fuerzas que quedaron allí de guarnición permanente, se operó una reacción en Santiago y el Cabildo fué reemplazado por otro más favorable á los intereses tucumanos. Los descontentos solicitaron el auxilio del comandante general de fronteras don Felipe Ibarra, oficial que había militado en los ejércitos de la independencia, quien de acuerdo con Güemes, marchó sobre la ciudad al frente de las fuerzas que tenía á sus órdenes. Sabedor el Cabildo tucumanista de esta novedad, llamó al pueblo á las armas (el 30 de marzo de 1820), y ofició á Ibarra por dos veces consecutivas, con orden de suspender sus marchas, haciéndolo responsable de las consecuencias. Ibarra contestó: que «no pudiendo ser insensible á »los clamores del pueblo que lo llamaba, iba en su »auxilio.» En el mismo día se posesionó de la ciudad, después de un ligero combate de que resultaron algunos muertos y heridos, é inmediatamente, fué nombrado Ibarra teniente gobernador de Santiago por el pueblo reunido en Cabildo abierto.

A pesar de esto, Santiago no se declaró abiertamente desligado de la dependencia de su capital provincial. Ocho días después ordenó que se nombraran los diputados que debían concurrir al Congreso provincial

de Tucumán. Pero habiéndose hecho sentir en Catamarca un movimiento análogo, el gobernador Araoz alarmado, expidió un manifiesto, declarando rebeldes á los que en tal sentido trabajaban. «El orden jerárquico »(decía en él) ha subordinado á estos pueblos limítro»fes á la provincia de mi mando. Desertar esta subor»dinación política, es trastornar ese orden gradual, á »que la misma asociación los sujeta. Esta capital (Tu»cumán) está penetrada del más vivo dolor al conside»rarlos en el borde del pavoroso caos que los van á »precipitar cavilosas pueblados.» Este manifiesto sublevó en masa á Santiago, quien contestó en un contramanifiesto, levantando la bandera de la insurrección. «Por el orden jerárquico (decían los de Santiago) Tu»cumán dependía de la capital de Buenos Aires: sin »embargo, se ha declarado independiente, con la arro»gancia de hacerlo á toda costa. ¿Qué privilegio exclu»sivo tiene Tucumán para declararse libre é indepen»diente, que no lo tiene Santiago y Catamarca? ¿Qué »mano pródiga confirió á los habitantes de Tucumán »la gracia particular de volver á su natural libertad, »que tan mezquina se manifestó con respecto á la de »Santiago y Catamarca? ¿Después de la disolución del »Congreso, que los pueblos reasumieron su soberanía, »en qué base y dónde, Tucumán y Santiago celebraron »contratos para asociarse, y establecer el orden gene»ral, que somete al uno á la potestad del otro? Entre»tanto que Tucumán, Santiago y Catamarca, no acuer»den tratados que unan estos dos extremos—obediencia »y libertad,—será Santiago tan libre y soberano co»mo Tucumán y Catamarca; y por consiguiente se »personarán por sí sin el auxilio dativo á la participa»ción de la forma que prescriba el Congreso gene»ral.»

Consecuente con estos propósitos, fué convocada una Junta electoral, representativa de las comunidades de la jurisdicción, con el carácter revolucionario de legislativa y constituyente, la cual declaró el 7 de abril de 1820, la independencia provincial de Santiago del Estero, como «uno de los territorios unidos de la con-

federación del Río de la Plata.» Declaró á la vez no reconocer «otra soberanía ni superioridad sino la del »Congreso que se reuniese para organizar la federación »nacional»; ordenando que se nombrase una Junta que dictara la Constitución local, «según el sistema »provincial de los Estados Unidos de la Amé»rica del Norte», y nombrando á Ibarra gobernador de la Provincia. Esta proclamación fué acompañada por otro manifiesto, en el cual se destacan estos conceptos: «Antes de la publicación del manifiesto del »gobierno de Tucumán, había declarado aquella pro»vincia libre é independiente, sin dignarse consultar »á nuestros hermanos de Catamarca ni con nosotros, »considerándonos como vasallos de la capital en que él »manda. Hasta aquí habíamos obedecido sus órdenes, »no porque considerábamos su autoridad como consti»tucional, pues no habíamos contribuído con nuestros »votos á su elección, sino porque pensábamos que no »se debía hacer división de provincia, en un momento »en que pueblos hermanos eran agitados por convul»siones políticas; pero que además de los agravios re»cibidos, nuestra Municipalidad y nuestro teniente »gobernador no han recibido contestación á varios ofi»cios; pues nuestra tranquilidad y seguridad están »diariamente amenazadas; convencidos de la urgente »necesidad de restablecer la tranquilidad de los espíri»tus, por una medida digna de una población de se»senta mil almas libres, cuyo voto inequívoco es formar »de esta jurisdicción uno de los territorios ó coestados »de la república federal del Río de la Plata; ciertos »que no hay un argumento empleado por el gobierno »de San Miguel de Tucumán, para substraerse al go»bierno directorial de Buenos Aires, que con más fuer»te razón, no podamos ampliarlo nosotros para subs»traernos á la autoridad del gobierno de Tucumán. »Estamos convencidos del principio sagrado, que entre »hombres libres, no hay autoridad legítima sino la »que dimana de los votos libres de los ciudadanos.»

De este modo era como, las Provincias Argentinas, envueltas en la anarquía, arrastradas por las irre-

sistibles corrientes de la disgregación, aspirando á la independencia á la vez que á la unión nacional, bosquejaban la futura federación argentina, inoculándose los gérmenes del bien y del mal, en los buenos principios de gobierno que proclamaban, y en los caudillos armados de la fuerza á los cuales se entregaban á discreción, constituyéndolos por el hecho en mandones absolutos y vitalicios.

En tales circunstancias, de acuerdo con Güemes que había ofrecido sus buenos oficios, y contando además con la adhesión de Santiago del Estero que buscó inmediatamente su apoyo, fué que Bustos interpuso su mediación en la guerra entre Buenos Aires y Santa Fe, nombrando sus diputados al efecto. El gobernador Rodríguez, una vez dominado el motín de 1.° de Octubre, se puso en campaña al frente de un ejército (el 27 de octubre), para resolver la cuestión con Santa Fe, ya por la paz, ya por las armas. Desde su cuartel general en San Nicolás, contestó á Bustos aceptando su mediación, con la competente autorización de la Junta de representantes. Allí conferenció con los diputados de Córdoba y Salta, después de haber éstos obtenido el asentimiento de López y oído sus protestas pacíficas y sus quejas. Sobre esta base se iniciaron las negociaciones entre las dos provincias limítrofes.

Por su parte, el gobernador López, escribió confidencialmente al general Rodríguez en un sentido amigable; y para dar una muestra de sus buenas disposiciones, se puso en completo pie de paz, licenciando sus milicias. El 10 de noviembre se acercó á la frontara del Arroyo del Medio, y le dirigió una carta invitándole á una conferencia á fin de poner el sello á una «reconciliación estable, y salir del estado de anar»quía, que atraía sobre la República el desprecio de »cuantos la observaban, y la privaba del reconocimien»to de la independencia por las demás naciones.»

La conferencia de los dos gobernadores tuvo lugar el día 11 en la estancia de Inzaurralde. En ella quedó moralmente ajustada la paz, librando á la discusión

de los respectivos comisionados, reunidos con los mediadores, el arreglo de los puntos pendientes. De éstos, sólo dos presentaban alguna dificultad, á saber: el abandono de Carrera por parte de López, y los auxilios que por parte de Buenos Aires debían darse á Santa Fe. La primera cuestión era simplemente de forma, resistiéndose López á entregar á su aliado, de cuya conducta se constituía responsable. La segunda era cuestión de cantidad, pero envolvía además otra de decoro, como se verá luego.

Abiertas las conferencias diplomáticas en la estancia de Benegas sobre el Arroyo del Medio, y no obteniendo López todo lo que deseaba en cuanto á auxilios, ellas se prolongaban indefinidamente. Por último, los comisionados de una y otra parte, ajustaron por vía de preliminar un armisticio de veinte días, al término del cual debía quedar sancionado el tratado, y en caso contrario, quedar rotas las hostilidades. Era la misma propuesta que antes de Pavón, López había hecho á Dorrego, y que éste había rechazado con indignación. Rodríguez la rechazó con igual energía, y la declaró inadmisible, agregando que ella era un aviso de prepararse á obrar militarmente para obtener por las armas lo que no se quería fuera el resultado de un ajuste amistoso. Formulando á su vez una proposición categórica, concedió dos días de plazo, pasados los cuales se entenderían rotas las hostilidades, si no se arribaba á un acuerdo formal. «Si se quiere la paz (decía), »si se busca de buena fe, una hora, un solo instante »sobra para sancionarla. Estos son mis sentimientos y »los del ejército que comando, y si éstos no son los »de aquéllos que presiden á los destinos de Santa Fe, »bien pronto sabrán á qué precio tan costoso deben »adquirirla.»

López, comprendiendo lo peligroso de su posición, colocado entre las fuerzas de Buenos Aires y de Córdoba, se apresuró á reanudar personalmente las negociaciones, diciendo que sus comisionados á causa de hablar demasiado, no hacían nada. En una nueva entrevista que inmediatamente tuvo lugar entre ambos go-

bernadores, todo quedó definitivamente arreglado, ajustándose una verdadera alianza política y militar entre Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe por la que se comprometieron las partes contratantes á «remover en »su territorio todos los obstáculos que pudieran ha»cer infructuosa la paz.» Esto importaba, además, la entrega de Carrera y una ruptura con Ramírez por parte de López. Pero aun quedaba un punto difícil por arreglar. López exigía, que por vía de indemnización ó de auxilio, se le entregara la cantidad de veinticinco mil cabezas de ganado. El gobernador Rodríguez se negaba á acceder á esta exigencia, no sólo por las escaseces de su erario sino porque consideraba que era una condición deprimente de la paz, que no podía figurar en un tratado público ni secreto. Al fin se convino en que, el ganado se suministraría por una subscripción que promovería entre los hacendados de la Provincia de Buenos Aires el comandante don Juan Manuel de Rosas, quien lo contraería como compromiso espontáneo, firmando al efecto un documento particular, de cuyo cumplimiento se constituiría garante la Comisión Mediadora. Allanados estos puntos, fué fácil arreglar el tratado definitivo, que se firmó el 24 de noviembre, comprometiéndose ambas partes contratantes á mantenerse en paz en el estado en que se encontraban, hasta la instalación de un Congreso Nacional, al cual debían concurrir con sus diputados en el término de dos meses, señalando la ciudad de Córdoba como punto de reunión.

Mientras López trataba con Buenos Aires, don José Miguel Carrera trataba con los indios pampas á fin de asegurarse una retirada. Hallábase acampado al norte del Rosario, á la cabeza de 120 hombres, último resto de su antigua división de chilenos, deshecha en la acción de San Nicolás. El 26 de noviembre, dos días después de firmada la paz, Carrera guiado por algunos indios baqueanos, se dirigía á Melincué y se internaba en el desierto, buscando el anhelado camino de Chile. López, que se había comprometido á desarmar á Carrera, dejándole sin embargo tiempo para po-

nerse en salvo, se manifestó muy sorprendido por su fuga, y mandó un cuerpo de tropas en su persecución, lo que participó á Rodríguez en su calidad de aliado, para prevenir una sorpresa.

Al mismo tiempo de firmarse la paz con Santa Fe, el Cabildo de Buenos Aires recibía comunicaciones del general San Martín, en que participaba su desembarco triunfal en las costas del Perú al frente del ejército argentino-chileno, anunciando que pronto enarbolaría en Lima el pabellón de la patria. Con tal motivo incitaba á la corporación á que se dirigía, á interponer sus respetos, á fin de que cesara la discordia en las provincias argentinas y se constituyesen en cuerpo de nación. El Cabildo se dirigió á la Junta de representantes, indicando la conveniencia de proclamar á los demás Cabildos argentinos en tal sentido y circulaba tan plausible noticia.

Era así cómo todos los elementos que constituían la sociabilidad argentina, tendían á la reorganización política, obedeciendo á las leyes de la gravitación, á la vez que las fuerzas disolventes se neutralizaban. Ramírez decapitaba el caudillaje y derribaba á Artigas en nombre de la autonomía de las Provincias Argentinas, llamándole tirano. López se emancipaba de la dominación de Ramírez, y hacía la paz con Buenos Aires, proclamando la necesidad de la unión y quedaba así disuelta la liga de los caudillos del litoral. Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires se aliaban, garantiéndose recíprocamente su situación, y se ponían al frente de la obra de la reorganización constitucional. Las demás provincias seguían este movimiento, uniformando su política con la de Buenos Aires, y se daban á imitación suya formas regulares de gobierno, que entrañaban los gérmenes de su constitución. A excepción de Corrientes y Misiones subyugadas por Ramírez, y de Jujuy que aun formaba parte integrante de Salta, pero de la cual no tardaría en separarse, todas las provincias que debían constituir en lo futuro la Nación Argentina, habían reasumido su autonomía, y se gobernaban por un sistema federal de hecho,

reconociéndose todas partes integrantes de una asociación indisoluble, destinada á vivir en los tiempos. Los ejércitos triunfantes en la extremidad de la América meridional, cuya independencia aseguraban á la vez de la de su patria, se enviaban palabras de gloria y de aliento, y las incitaban á constituirse en cuerpo de nación, precisamente en los mismos momentos en que esta evolución se iniciaba en la República Argentina por acciones y reacciones propias, concurriendo á la obra de la reorganización hasta las mismas fuerzas que habían operado la disolución política y social.

Triunfante así la causa que Buenos Aires había sostenido durante el año XX en medio de continuos reveses, dolorosas convulsiones y esfuerzos supremos, el gobernador Rodríguez disolvió su ejército y se retiró á la capital. No bien hubo reasumido el mando, cuando un grito de horror, de maldición y de venganza se hizo oir al norte de la Provincia. Don José Miguel Carrera, con sus 120 aventureros, unido á los indios salvajes de la Pampa, había invadido la frontera por aquella parte; apoderádose del pueblo del Salto; saqueado su población, incendiándolo después; violado á sus mujeres en el recinto de la iglesia donde se habían refugiado, y llevádose como trescientas cautivas con sus hijos en brazos, dejando tras sí la desolación y el espanto. Esto sucedía el 2 de diciembre de 1820. El 4 de diciembre, el gobernador Rodríguez fulminó una tremenda proclama, en nombre de la humanidad ultrajada, cuyo justiciero fallo ha sido confirmado por la historia. «José Miguel Carrera (decía), ese hombre depravado, »ese genio del mal, esa furia abortada por el infierno »mismo, él es el autor de tamaños desastres. Bárbaro, »cien veces más bárbaro y felino que los salvajes errantes del sur, á quienes se ha asociado... Yo marcho, »compatriotas, en busca de ese portento de iniquidad. »Jefes, oficiales y soldados, ayudadme; habitantes de »la campaña afligidos, yo parto á socorreros, auxiliadme. Honorables representantes de esta heroica pero »desgraciada provincia, permitidme desatender unos

»deberes, por cumplir otros más urgentes. Yo juro al »Dios que adoro, perseguir ese tigre y vengar á la re»ligión que ha profanado, á la patria que ha ofen»dido, á la naturaleza que ha ultrajado con sus crí»menes.»

No habiendo dado resultado la persecución emprendida contra Carrera y sus aliados, por haberse éste retirado con tiempo á las pampas llevándose su botín de guerra, el gobernador Rodríguez decidió llevar una expedición formal sobre las tolderías de los indios, con el objeto de ensanchar y asegurar la frontera. A este fin reunió un ejército de más de 2.000 hombres, y se puso en campaña, penetrando al desierto por la frontera del sur.

Simultáneamente con estos sucesos (el 4 de diciembre), se presentó en el puerto de Buenos Aires el bergantín de guerra español Aquiles, conduciendo á su bordo una comisión regia, que propuso en nombre de Fernando VII como monarca constitucional de las Españas, abrir negociaciones para poner término á «las »diferencias existentes entre individuos de una misma »familia,» pidiendo garantías para desembarcar. La Junta de representantes contestó que no podía oir proposiciones, sino sobre la base preliminar del reconocimiento de la independencia argentina, que sus provincias reunidas en Congreso habían establecido, y de «cuyo sagrado compromiso ante el Eterno y ante las »naciones del globo no podían separarse un punto, sin »renunciar á sus más altos é incontestables derechos.» Al día siguiente (7 de diciembre), el bergantín Aquiles se hizo á la vela, y desapareció en el horizonte á las dos horas, como un símbolo de la dominación española sobre las Américas, que se perdía de vista para siempre.

Así terminó el año XX, inaugurado bajo tan desconsoladores auspicios, en que la causa de la América parecía perdida y las Provincias Unidas disueltas política y socialmente; y que se cerraba con el triunfo de los ejércitos argentinos en la extremidad de la América meridional, con la paz y la unión de las Pro-

vincias Argentinas, y en que una sola de sus provincias contestaba al rey de España, que no admitía proposiciones de paz sino sobre la base del reconocimiento de la independencia argentina.

El año de 1821 se inauguró bajo auspicios no menos sombríos que los del año XX, diseñándose una nueva guerra civil en su horizonte tempestuoso.

Triunfante Ramírez de Artigas, recibió una nota del gobernador Rodríguez participándole su nombramiento. El soberbio caudillo contestó con una nota sarcástica y amenazadora, que en el fondo importaba un «ultimátum» encapotado, si no una declaración de guerra. Al mismo tiempo dirigía una circular á las provincias en que concitaba el odio y las desconfianzas contra el gobierno de Buenos Aires, invitándolas á una liga contra él, bajo el pretexto de que no declaraba la guerra á los portugueses. El objeto de estas maniobras era centralizar en sus manos todo el poder militar de la República, hacerse nombrar general en jefe del ejército que se formara para expulsar á los portugueses de la Banda Oriental, y constituirse así en árbitro de los destinos de la Nación, obstando á la reunión de un Congreso.

El gobierno de Buenos Aires contestó en términos dignos la nota de Ramírez, y levantando los cargos que en ella y en la circular se le hacían, insistió en la reunión de un Congreso Nacional que resolviese sobre la paz ó la guerra. «Entonces (decía), es que podremos »con suceso arrojar de nuestro suelo á los extranjeros, »que sólo pudieron ocuparlo aprovechándose de nues»tras disensiones. Pero si lejos de formar un cuerpo »de nación, y hacer causa común contra toda nación »extraña, se preparan guerras y agresiones contra es»ta provincia, ¿qué ha de hacer sino apelar á la sagra»da ley de su conservación y de su propia defensa? En»tonces no responderá el inválido de la sangre ameri»cana que se vierta.» Juntamente con esta contestación, se enviaba un comisionado á Ramírez con el objeto de agotar los medios pacíficos, y se dirigía una con-

tracircular á las provincias explicando su política y sus propósitos patrióticos. Todas las provincias, exceptuando las subyugadas por Ramírez, se pronunciaron en el sentido de Buenos Aires, y adhirieron á su política, ofreciéndole su cooperación con votos por el mantenimiento de la paz.

Despechado Ramírez y mal aconsejado por los emigrados porteños, que después de los tumultos de Octubre se habían refugiado en su territorio, abandonó la idea de expedicionar sobre el Paraguay y se decidió á dirigir sus armas contra Buenos Aires, reconcentrando al efecto en la Bajada del Paraná sus fuerzas navales y terrestres. Intimó á López que se uniera á él en esta empresa ó por lo menos que le concediese paso franco por su territorio; pero el gobernador de Santa Fe, fiel á los tratados de paz que había firmado, se negó á ello, y comunicó todo al gobierno de Buenos Aires en su calidad de aliado, apercibiéndose por su parte á la lucha. De este modo la guerra quedó declarada de hecho.

Esta repentina mutación de escena se operó durante los tres primeros meses del año de 1821. El gobernador Rodríguez, que había sido desgraciado en su campaña contra los indios, fué llamado urgentemente á hacer frente á estas emergencias y reasumió el mando el 31 de enero. En los primeros días de marzo expidió su primer proclama de guerra, con el anuncio que el jefe de Entre Ríos se ponía en marcha contra Buenos Aires; la que reiteró á mediados del mismo, asegurando que el invasor sería escarmentado.

Ramírez dirigió á su vez dos proclamas, una á los habitantes de Santa Fe, que terminaba diciendo: ¡«Marchemos!» y otra á Buenos Aires y su campaña que empezaba con estas palabras: «El gran pueblo »duerme: marcho por tercera vez á recordarlo. Habi»tantes de Buenos Aires, á vosotros dirijo tan justa »reconvención. Romped las cadenas del sistema ex»clusivo.»

López á su vez proclamó á su provincia, rompió

abiertamente con Ramírez, haciendo una manifestación de su política. Decía en ella: que obtenido el resultado de que cada provincia se gobernase federalmente, no había motivo para encender de nuevo la guerra intestina, por satisfacer únicamente la ambición del que pretendía suplantar al directorio destruído. «Es preciso discernir (agregaba) de tiempos »para concordar nuestras decisiones para el fin: debe»mos en el día desunirnos de Ramírez como supremo, »hasta hacerlo abrazar los deberes, que repugnaron »los aspirantes gobiernos de Buenos Aires, pues él »sigue las mismas huellas cubiertas de sangre, violen»cias y tiranías.»

Estas proclamas y manifiestos, precursores de la guerra, eran acompañados de medidas militares que dictaba activamente el gobierno de Buenos Aires. Habiéndose hecho sentir la banda de don José Miguel Carrera á inmediaciones de Melincué, López lo prevenía al gobernador Bustos, quien inmediatamente se ponía en campaña con las fuerzas de Córdoba, levantándose en armas al mismo tiempo las provincias de San Luis, Mendoza, San Juan y La Rioja. López era auxiliado con armas y dinero, y organizaba un ejército en la ciudad de Santa Fe, cubriendo á la vez el punto del Rosario. Buenos Aires ponía en campaña dos ejércitos, uno de vanguardia á órdenes del coronel La Madrid, y otro de reserva que debía mandar el gobernador Rodríguez en persona. Se organizaba una escuadrilla compuesta de 3 bergantines, 1 goleta, 1 cuter y 4 lanchones, cuyo mando se confiaba al coronel don José Matías Zapiola. Se declaraban bloqueados los puertos del Entre Ríos y se arbitraban recursos extraordinarios para sufragar los gastos de la guerra.

Por su parte, Ramírez se movía de Corrientes en marzo, después de remontar su ejército con los contingentes de los pueblos conquistados, arreando 20.000 caballos, 70.000 cabezas de ganado vacuno, llevándose los ornamentos y campanas de las iglesias y apropiándose todos los dineros y alhajas que arrancó por la

violencia. El 4 de abril hizo su entrada en la Bajada, después de haber fusilado bárbaramente en Goya, sin forma alguna de juicio, al mayor don Gervasio Correa, cuyos servicios en favor de la unión con Buenos Aires han sido relatados anteriormente. Estableció baterías en Punta Gorda (hoy Diamante); reunió en la Bajada un ejército como de 2.000 hombres y concentró en su puerto una escuadrilla compuesta de un bergantín (el Belén), tres goletas y algunas lanchas armadas en guerra, mandadas por un aventurero llamado Monteverde, el mismo que le había entregado los buques de Buenos Aires que condujeron á Entre Ríos el armamento pactado por los tratados del Pilar.

En estos preparativos se pasaron los meses de enero á marzo. Mientras tanto, los diputados al Congreso Nacional seguían reunidos en Córdoba, habiendo acudido á él los de Buenos Aires. Faltaban los diputados de Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca que se hallaban envueltas en una guerra civil, á consecuencia de la independencia que había proclamado la provincia de Santiago, á que aspiraba igualmente Catamarca en alianza con Güemes. Los diputados reunidos en Córdoba acordaron mediar en esta contienda; pero antes de que este paso produjese sus benéficos efectos, la guerra civil se había encendido en toda la República.

Don José Miguel Carrera, después de una larga peregrinación por la pampa desierta, buscando siempre un camino que lo condujera á Chile, se decidió á invitar á las provincias del centro, á la cabeza de una división como de 400 hombres entre indios salvajes y cristianos. En los primeros días de marzo fué señalada su presencia sobre la frontera de Córdoba en su punto de contacto con la de San Luis. Esta invasión coincidió con la sublevación de algunas montoneras en la provincia de Córdoba, que respondían á cuestiones locales. Bustos se puso inmediatamente en campaña al frente de una división de más de 400 hombres de caballería, dejando de gobernador delegado al comandante don Francisco Bedoya, á quien ya conoce-

mos, y se situó en la extremidad austral de la sierra de Córdoba en el punto denominado las Achiras. En esta posición cubría la frontera de la Provincia, á la vez que protegía á las provincias de Cuyo, obrando en combinación con una división de 500 puntanos, que á las órdenes del gobernador de San Luis, don José Santos Ortiz, se había situado á 40 leguas al sur sobre las márgenes del Río Quinto. Carrera se corrió á lo largo de la frontera de Córdoba, dejó á Bustos sobre su derecha, y penetrando á San Luis por San José del Morro (extremidad austral de la sierra de Córdoba por la parte de San Luis), se interpuso entre las fuerzas de Bustos y de Ortiz, colocándose á diez leguas á retaguardia de éste. Desde allí, tomó el camino carretero, se dirigió con rumbo al occidente, buscando el camino de la cordillera. El 8 de marzo estableció su campamento en el Chajá, ondulación de la pampa, rodeada de altas lomas, que forman una especie de valle. Bustos, que se había movido de las Achiras en busca de su incorporación con Ortiz, se encontró inopinadamente con Carrera el 9 al mediodía, y fué vergonzosamente derrotado, dejando en poder del enemigo como 50 prisioneros y desbandándosele toda su división casi sin pelear.

El vencedor, revolvió inmediatamente sobre Ortiz, que había descendido por la margen izquierda del Río Quinto en busca de los invasores y el 11 de marzo, en el lugar llamado Las Pulgas (hoy Mercedes), lo batió completamente, tomándole como 70 prisioneros y ultimó á toda la infantería puntana que en número como de 100 hombres se negó á rendirse y murió peleando formada en cuadro en torno de un añoso algarrobo, con su valeroso comandante don Luis Videla á su cabeza. Pocos días después, Carrera ocupaba triunfante la ciudad de San Luis, donde remontaba su columna, ya engrosada con los prisioneros tomados en los dos encuentros anteriores. Allí le alcanzó una comunicación de Ramírez en que le anunciaba su próxima invasión á Buenos Aires, llamándole á tomar parte en la empresa. El caudillo chileno, volviendo en-

tonces sobre sus pasos, se dirigió hacia el naciente, internóse en la provincia de Córdoba, y al finalizar el mes de abril se hallaba como con 800 hombres en la Villa de la Concepción, sobre la margen derecha del Río 4.° Mientras tanto, Bustos después de su derrota había organizado una nueva división más fuerte que la anterior; habíase reunido con las fuerzas de Mendoza al mando del coronel don León Domínguez, al mismo tiempo que la división de San Luis reorganizada y los contingentes de San Juan y La Rioja, convergían en el mismo sentido.

Carrera, circundado de fuerzas superiores, descendió la corriente del Río 4.° y se aproximó al Río 3° asolando á su paso las fronteras de Córdoba. Desde la Esquina de Lobatón se adelantó hacia el litoral con el objeto de tomar lenguas de Ramírez, y habiendo sabido en Melincué que éste aun no había atravesado el Paraná, revolvió sobre Córdoba, con el ánimo de atacar á Bustos, pero éste se puso en retirada, limitándose á una estricta defensiva y ocupó sucesivamente puntos atrincherados, entregando al enemigo el dominio de la campaña. Engrosado Carrera con algunas fuerzas montoneras de la sierra, puso sitio á Córdoba. El gobernador delegado don Francisco Bedoya, se atrincheró en la ciudad, y á los pocos días obligó á los sitiadores á ponerse en retirada, y á Carrera, á tomar de nuevo el camino del litoral en busca de su aliado Ramírez.

Tal era el estado del interior de la República al tiempo de iniciar Ramírez su nueva campaña contra Buenos Aires.

La posición de Ramírez en la margen oriental del Paraná, teniendo al frente una escuadrilla más fuerte que la suya, que dominaba el río, y con tres ejércitos que le esperaban á la banda opuesta, le ofrecía pocas probabilidades de éxito en una invasión. Felizmente para él, los vientos contrarios habían retardado la subida de la escuadrilla de Buenos Aires, que habiendo salido del puerto el 17 de abril, aun permanecía en San Nicolás en los primeros días de mayo. Aprove-

chándose de esta circunstancia, concibió un atrevido plan de campaña, que en medio de su incoherencia revela los instintos del genio. Dispuso que 200 hombres atravesaran á nado el Paraná desde Punta Gorda, donde había establecido su campamento, y se posesionaron de Coronda en la margen fronteriza, apoderándose de las caballadas que López tenía allí. Conseguido este golpe, se lanzó á la invasión en los primeros días de mayo con una columna de 1.000 hombres de caballería, dejando orden á su infantería, que inmediatamente ocupase la ciudad de Santa Fe. Sin perder tiempo, marchó sobre La Madrid, que á la cabeza de 1.500 hombres le salió al encuentro, y lo batió completamente, el 8 de mayo, obligándolo á replegarse en derrota sobre el Arroyo del Medio. López destacó al comandante don Juan Luis Orrego en protección de La Madrid, á la cabeza de 200 Dragones santafecinos. Ramírez contramarchó sobre Orrego y lo alcanzó en el Carrizal de Medina, donde lo dispersó y acuchilló por largo trecho. Replegóse en seguida sobre Coronda, en cuyo puerto tenía sus transportes fluviales, con la mira de interceptar las comunicaciones entre López y Buenos Aires y esperar el resultado de la operación de su infantería sobre Santa Fe.

En la madrugada del 13 de mayo se presentó en el puerto de Santa Fe la escuadrilla entrerriana mandada por Monteverde, llevando á su bordo 700 á 800 infantes bajo el inmediato mando del comandante don Lucio Mansilla, dirigiendo en jefe la expedición el comandante don Romualdo García. López había hecho atrincherar la ciudad, y establecido una batería defendiendo el puerto en el lugar llamado Boca de la Laguna. Después de cambiar algunos cañonazos con la escuadrilla, la batería fué fácilmente tomada, flanqueándola; y la infantería entrerriana, operó su desembarco sin resistencia. Resistida la intimación de rendición que se hizo á la ciudad, convencidos de la dificultad de apoderarse de ella á viva fuerza, ignorantes de la situación de Ramírez, con el recelo de ser interceptados por la escuadrilla de Buenos Aires que con

buen viento remontaba el río, los expedicionarios obedeciendo á las insinuaciones de Mansilla, se reembarcaron en la misma noche y abandonaron á su suerte al supremo entrerriano, á la sazón colocado entre dos ejércitos, cada uno de los cuales era más numeroso que el suyo.

Reforzado La Madrid, atravesó el Carcarañá á la cabeza de un nuevo ejército de 1.500 hombres, perfectamente montado y pertrechado, destinado fatalmente á la misma suerte que el que anteriormente se le había confiado. Este general, faltando á sus instrucciones, en vez de buscar su incorporación con López, que se facilitaba con la reconcentración de Ramírez sobre la costa de Coronda, pretendió maniobrar por su cuenta y marchó, cubierto por los bosques de la costa del Paraná, á fin de colocarse á retaguardia del enemigo, con la pretensión de cerrarle la retirada por el Río. Sin más combinación, y sin esperar la contestación de López, de quien dependía y á quien había comunicado su plan, La Madrid se lanzó sobre el campo de Ramírez en la mañana del 24 de mayo. El caudillo entrerriano, prevenido oportunamente, salió á su encuentro á la cabeza de 700 hombres formados en seis columnas paralelas, lo cargó bizarramente, le tomó el flanco y la retaguardia, y en pocos minutos lo hizo pedazos, apoderándose de todo su armamento de reserva y caballadas, y hasta del dinero que llevaba (30.000 pesos) para auxiliar al ejército de Santa Fe.

Don Estanislao López salvó la situación. Incorporado á 300 dispersos del derrotado ejército de La Madrid, que le llevó el coronel don Domingo Arévalo, se halló á la cabeza de una columna como de 1.000 hombres. Sin desalentarse por los anteriores contrastes, escribió al gobernador Rodríguez: «De esta pretendi»da gloria, creo que no gustará mucho tiempo el am»bicioso supremo. Aun cuando el resultado contra to»da esperanza me fuera adverso, le aseguro que el en»trerriano quedará impotente para cualesquiera ope»raciones activas.» Al día siguiente (el 26 de mayo)

á las tres de la tarde, avanzó López sobre Ramírez, y dejando el grueso de su fuerza oculto en un bajo, hizo adelantar una parte de ella, provocándolo á la pelea. El caudillo entrerriano, confiado en la victoria, se comprometió imprudentemente en un terreno que no conocía, y que su contrario había estudiado de antemano, calculando hasta las ventajas de la hora. Sus primeras cargas fueron felices y triunfó fácilmente de la vanguardia santafecina, que sucesivamente reforzada, tuvo que ceder el terreno, teniendo lugar algunos entreveros. Poco antes de ponerse el sol, la línea entrerriana cayó en la emboscada de López. Roto el centro de ella y desorganizado casi todo el resto por lo desordenado de la persecución, sobrevino la noche, y no pudiendo ligar las alas sus movimientos en la obscuridad, su derrota se pronunció. Ramírez, sin perder la cabeza, reunió como 400 hombres y al frente de ellos se dirigió al interior del país, buscando la incorporación con la banda de don José Miguel Carrera, de cuya presencia en la campaña de Córdoba tenía ya noticia. Acompañábanle en su fuga, su secretario el fraile apóstata Monterroso, que antes lo había sido de Artigas; el comandante don Anacleto Medida, uno de sus primeros jefes de caballería; y su querida, una joven y bella amazona, á quien el pueblo llamaba doña Delfina, que en medio de la derrota galopaba gallardamente á su lado, vestida con una casaquilla colorada galoneada de oro y un sombrerillo á la chamberga emplumado de rojo y negro.

En el mismo día en que López triunfaba de Ramírez, la escuadrilla de Buenos Aires, demorada por calmas y vientos del norte, llegaba á la boca inferior del Colastiné, después de haber forzado las baterías de Punta Gorda, con sólo la pérdida de una lancha de la capitana. El coronel Zapiola que la mandaba, se situó allí con los buques mayores, y dispuso que el teniente don Leonardo Rosales con una división de 4 lanchones remontara el riacho y cubriese su boca superior, con orden de interceptar las comunicaciones fluviales por aquella parte. Monteverde, que con la

escuadrilla entrerriana compuesta de 1 bergantín, 2 goletas y 3 lanchones artillados descendía el río, se encontró con Rosales el 27 de mayo frente á la boca superior del Colastiné. Allí se trabó el combate. Después de más de una hora de pelea, Rosales quedó vencedor, con apresamiento de una goleta y dos lanchones, hiriendo mortalmente en persona á Monteverde de un chuzazo en el abordaje, quien quedó con sólo siete hombres sanos de los 25 que tripulaban su embarcación.

La guerra del litoral por agua y por tierra, había terminado. Volvamos ahora á Ramírez y á Carrera. Dejamos á este último en la marcha hacia el litoral, en circunstancias que levantaba el sitio de Córdoba, casi al mismo tiempo que Ramírez era derrotado en Coronda. Ambos caudillos se reunieron sobre la margen izquierda del Río Tercero el día 7 de junio: Carrera como con 700 hombres, y Ramírez con poco más de 300. Unidos, marcharon sobre Bustos, á quien suponían atrincherado en las puntas del Sauce; pero éste hacía tres días había abandonado esta posición siguiendo la corriente del Tercero, y situádose en la Cruz Alta, buscando el contacto con las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fe, y allí se atrincheró mientras tanto con una división de 300 infantes, como 200 caballos y 4 cañones de campaña. Atacado en tal situación el 16 de junio por las fuerzas de Carrera y Ramírez, que hicieron al efecto echar pie á tierra á su caballería, se defendió enérgicamente, causándoles gran mortandad y obligándolos á ponerse en retirada hacia el Fraile Muerto. En este punto, los dos caudillos mal avenidos, se separaron para siempre, tomando direcciones opuestas: el uno buscando el camino de Chile por Cuyo; el otro buscando el camino del Entre Ríos al través de la provincia de Córdoba. Por uno y otro, debían encontrar ambos la derrota y la muerte.

Unidas en la Cruz Alta las divisiones de Bustos, La Madrid y López, se acordó que los dos primeros en número como de 900 hombres, perseguirían á Carrera, y que la última, fuerte de más de 400 hombres,

perseguiría á Ramírez que con 200 hombres se había internado á la provincia de Córdoba, amenazando al parecer su capital. El animoso gobernador substituto de Córdoba don Francisco Bedoya, salió de la ciudad y se situó en los Ranchos con una división ligera. Ramírez se inclinó al pie de la sierra, y reforzado allí con algunas montoneras, encontróse á la cabeza de una banda como de 400 hombres. Reforzado Bedoya con 150 Dragones de Santa Fe al mando de Orrego, siguió en su persecución sin darle descanso y lo obligó á abandonar las escabrosidades de la sierra y á emprender su retirada en dirección al norte, buscando una salida por el Chaco ó un refugio en Santiago del Estero. El 10 de julio, á las 7 de la mañana, fué alcanzado Ramírez en San Francisco, á inmediación del Río Seco, y completamente destrozado, se puso en precipitada fuga, acompañado de su querida doña Delfina, y de cinco ó seis soldados que no le abandonaron en aquel trance. Una partida santafecina lo seguía de cerca, y consiguió apoderarse de doña Delfina, á la que despojaron de su casaquilla y su sombrero. A los gritos que daba su querida, volvió cara el caudillo al frente de dos de sus soldados, y consiguió rescatarla; pero al mismo tiempo que ella se ponía en salvo, un pistoletazo le atravesó el corazón. Se abrazó del pescuezo del caballo, que asustado tomó el galope, y á poca distancia cayó muerto, con la cabeza envuelta en su poncho colorado. Así murió este famoso caudillo, al cual no pueden negarse los instintos del genio guerrero, y cierta amplitud de ideas políticas, en que el patriotismo y las selváticas tendencias democráticas se subordinaban á una estéril ambición personal. En sus venas corría sangre indígena, y su fisonomía lo revelaba. Era de baja estatura, pero de una constitución hercúlea. Tenía una cabeza muy abultada, que imponía; ojos negros y penetrantes; manos gruesas, cortas y cuadradas como las garras de un león.

Por instancia de los santafecinos, la cabeza de Ramírez fué remitida á López como un trofeo y un presente. Este al recibirla escribió al gobernador Rodrí-

guez: «La heroica Santa Fe, ayudada por el Alto y »aliadas provincias, ha cortado en guerra franca la ca»beza del Holofernes americano.» En seguida, envolviéndola en un cuero de carnero, la despachó á Santa Fe, con orden de que se colocara en la iglesia Matriz, encerrada en una jaula de hierro.

La destrucción de Ramírez decidió de la suerte de la república del Entre Ríos. Esta provincia y la de Corrientes, se sublevaron poco después contra los delegados del muerto caudillo, reasumieron su autonomía, unificando su política con la de Buenos Aires, y de este modo agregaron á la Nación dos nuevos estados federales, libres de caudillos omnipotentes.

Esta pacificación del litoral argentino, coincidió con otro hecho de grave trascendencia, de cuyos antecedentes nos hemos ocupado extensamente en este libro. El rey don Juan VI, después de reconocer públicamente ante el gobierno de Buenos Aires la independencia argentina, comunicóle á la vez, que había resuelto convocar un Congreso en la Banda Oriental, que libre y popularmente elegido, decidiera de su propia suerte, sin sombra de coacción ni sugestión, incorporándose al reino del Brasil ó cualquier otro Estado, incluso á la Nación Argentina, según fuere su voluntad. Reunido el Congreso oriental en Montevideo, resolvió por unanimidad bajo la presión de las armas portuguesas, el día 31 de julio de 1821, desligarse de la comunión argentina é incorporarse al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves, bajo la denominación constitucional de Estado Cisplatino, asignándole por límites el Uruguay y el Plata. Este acto que precedió á la declaratoria de la independencia del Brasil en el año siguiente, preparó la guerra que más tarde estalló entre el nuevo Imperio y la República Argentina, la cual, después de contribuir á la independencia de la Amérca del Sur, revindicó el territorio conquistado, que agregó al sistema republicano del nuevo mundo, cumpliendo así su doble misión libertadora y democrática.

A la vez que se desenvolvían en el litoral argenti-

no los sucesos á que nos hemos referido, don José Miguel Carrera terminaba su peregrinación en Cuyo. Este desgraciado caudillo, después de separarse de Ramírez, se había dirigido al occidente y establecido su campamento á inmediaciones del Río IV, y ocupado las puntas de la sierra de Córdoba, amenazando á San Luis. El coronel don Bruno Morón, nombrado jefe de las tropas de las tres provincias de Cuyo, salió á su encuentro al frente de una división de 800 mendocinos, puntanos y sanjuaninos; tomando resueltamente la ofensiva, movióse al efecto de su campamento de los Barranquitos, situado al naciente de la sierra de Córdoba. La campaña se inició por un golpe feliz sobre la retaguardia enemiga, en el punto llamado San Bernardo, matándole 20 hombres, tomando 3 prisioneros y apoderándose de su convoy, en el cual se rescató una de las más bellas cautivas del Salto, que comprada por Carrera á un indio le acompañaba en sus peregrinaciones. Pocos días después se encontraban ambos ejércitos en medio de una densa neblina. El de Carrera era inferior en número, pues apenas constaba de 700 hombres; mientras que el de Morón, á la sazón reforzado con una división de sanjuaninos al mando del coronel C. Ventura Quiroga, pasaba de 1.000 hombres. Al vislumbrarse las dos líneas en medio de la niebla que envolvía al campo, sonaron las cajas y los clarines, y marcharon en batalla la una contra la otra; pero á distancia como de cincuenta pasos, hicieron alto las dos. El general Morón, que era un militar entendido y valiente, y que comprendió que el triunfo dependía del impulso, se adelantó con espada en mano repitiendo la voz de carga y dió el ejemplo á sus soldados. Nadie le siguió. Su caballo, que era un tordillo fogoso, herrado de las cuatro patas, resbaló entre ambas líneas sobre el césped húmedo, arrastrándole en su caída. A este tiempo cargaban los carrerinos, y ultimaron al general cuyano, tendido en el suelo. Siguióse una encarnizada y sangrienta pelea cuerpo á cuerpo, en que al fin la victoria se decidió por Ca-

rrera. Esta fué para él la última sonrisa de la fortuna.

Abierto así el camino de Cuyo, Carrera se apoderó por segunda vez de San Luis, donde estableció un gobierno de su devoción. Circundado allí por las fuerzas de Córdoba y La Rioja, que amagaban su retaguardia y su flanco, resolvió dirigirse á Mendoza, sorprender sus avanzadas y apoderarse de San Juan, y remontándose de cabalgaduras en este último punto, emprendió su marcha hacia Chile por la cordillera. Esta fué su última expedición. La división mendocina al mando de un arriero, conocido con el nombre de Albín Gutiérrez, famoso desde entonces, lo derrotó completamente en su travesía; los últimos soldados con que pudo salvar del campo de batalla, lo entregaron al gobierno de Mendoza, donde sometido á un consejo de guerra, fué fusilado en el mismo lugar donde lo habían sido sus dos hermanos pocos años antes, y enterrado con ellos en el mismo sepulcro.

En medio de estas convulsiones de la anarquía, moría Güemes á manos de los españoles. Este heroico caudillo, después de la retirada del ejército de Belgrano en 1819, había quedado solo, cubriendo la frontera de Salta, contra todo el ejército realista que ocupaba el Alto Perú. En mayo de 1820, fué invadida por la séptima vez la provincia de Salta por un ejército compuesto de 6 batallones, 7 escuadrones y 4 piezas de artillería, formando un total de cerca de 4.000 hombres á órdenes de Ramírez Orozco, mandando sus divisiones los generales Canterac y Olañeta, los coroneles Valdez, Gamarra, Vigil, Marquiegui y otros de no menos nombradía. El 24 de mayo se posesionaron los realistas de la ciudad de Jujuy y el 31 entraron á la de Salta adelantando por vanagloria sus descubiertas hasta el Río Pasaje, de donde retrocedieron precipitadamente á sus reservas.

La resistencia popular, si no tan eficaz como en las anteriores invasiones, no fué menos tenaz ni menos gloriosa, no obstante que la desorganización había penetrado en las filas de Güemes. Las guerrillas dispu-

taron el terreno palmo á palmo desde la frontera hasta Salta, atacando con audacia las columnas enemigas que se desprendían del grueso de sus fuerzas, con fortuna varia en los combates. Los españoles no fueron dueños sino del terreno que ocupaban con las armas, y después de un mes de permanencia, tuvieron que replegarse bajo el fuego de las guerrillas salteñas á sus posiciones de Tupiza (el 30 de junio de 1820), á consecuencia de los anuncios de la expedición de San Martín sobre Lima, que á la sazón se aprestaba en Chile. Al anunciar este rechazo, Güemes decía al Cabildo: «Sin embargo de no haber sido oportunamente »auxiliados, hemos conseguido, aunque á costa del ex»terminio de nuestra provincia, el escarmiento de los »tiranos.»

Apenas evacuado el territorio de Salta por los realistas (el 5 de julio), Güemes promovió la idea de la reunión de un Congreso en Catamarca, en vista de haberse frustrado la formación del de Santa Fe y Córdoba limitando sus atribuciones á objetos puramente militares, á fin de organizar un ejército expedicionario, que penetrando al Alto Perú, concurriese á las operaciones de San Martín sobre Lima. El estado de desorganización del país y la guerra civil que estalló poco después en las provincias del norte, obstaron á la realización de este pensamiento.

Fué entonces cuando Bustos, puesto de acuerdo con Güemes, y según las indicaciones de San Martín y O'Higgins desde Chile, le auxilió para tal objeto con la división de caballería de línea (Húsares y Dragones) á que nos hemos referido antes. A la llegada de estas fuerzas á las provincias del norte, estalló la guerra entre Tucumán y Santiago del Estero, cuyas causas han sido explicadas en este mismo capítulo. El gobernador Araoz se negó á auxiliar á Güemes, receloso de que volviera contra él los recursos que le proporcionase, y la guerra estalló entre Tucumán y Salta. Güemes, en combinación con Ibarra y Heredia, hizo invadir la provincia de Tucumán, permaneciendo él á la expectativa en la frontera de la suya. El ejército

tucumano, mandado por Abraham González y contando en sus filas algunos salteños emigrados, entre ellos el famoso guerrillero don Manuel Eduardo Arias, triunfó completamente de las fuerzas combinadas de Güemes, el día 3 de abril de 1821, á inmediaciones de la ciudad de Tucumán.

Mientras Güemes volvía la espalda al enemigo exterior, perdiéndose en la guerra civil, éste acechaba la ocasión de volver sobre Salta. Después de la invasión de San Martín al Bajo Perú, una gran parte del ejército del Alto Perú había acudido á contrarrestarla, quedando Olañeta como general en jefe sobre la frontera con un ejército de 2.000 hombres. Noticioso de lo que ocurría en Salta, resolvió llevar sobre ella la octava invasión, imaginándose que iba á hacer un simple paseo militar. En consecuencia, poniéndose al frente de una columna ligera de infantería y caballería, penetró por la quebrada de Humahuaca, y á mediados de abril, presentóse frente á Jujuy su vanguardia fuerte como de 300 hombres. Mandábala el salteño don Guillermo Marquiegui, cuñado de Olañeta, á quien ya conocemos, el cual, en combinación con algunos paisanos suyos enemigos de Güemes, creyó que con esta sola fuerza podría apoderarse de toda la provincia. A la noticia de esta nueva invasión salió de Salta el gobernador substituto don José Ignacio Gorriti, delegando el mando en el Cabildo. Como no era hombre de guerra, todos creyeron no tardaría en regresar derrotado, y sus enemigos se burlaron públicamente de él. Mientas tanto, Gorriti, reuniendo una división como de 600 jinetes, se dirigió rápidamente sobre Jujuy, y en la boca de la quebrada sorprendió á la vanguardia de Olañeta, rodeándola completamente. Al cabo de dos días de asedio, y de repetidos combates parciales, en que la ventaja quedó casi siempre por los gauchos, la columna enemiga se vió obligada á rendirse á discreción, con armas y bagajes, quedando en poder del vencedor 4 jefes, 12 oficiales y como 200 prisioneros, y entre ellos el mismo Marquiegui. Esta es la jornada que ha pasado á la historia con la denomina-

ción de «El día grande de Jujuy». Este contraste, obligó á Olañeta á replegarse nuevamente á sus posiciones.

La noticia de este triunfo llegó á Salta, casi al mismo tiempo que la de una segunda derrota de las fuerzas de Güemes en Tucumán. Esta guerra, que era sumamente impopular, había sublevado contra él á todas las clases ilustradas de su provincia, que odiaban su despotismo personal, precisamente porque era sostenido por la plebe que lo aclamaba como á su caudillo y su profeta. Creyendo propicia la oportunidad para sacudir su yugo, el Cabildo de Salta convocó al pueblo á son de campana el 24 de mayo de 1821, y después de leer un Manifiesto contra el caudillo, que se mandó «archivar para constancia hasta la más re»mota posteridad de la execrable conducta del gober»nante,» se pronunció popularmente su deposición. En seguida se armaron para sostener su determinación, pronunciándose con entusiasmo todo el vecindario de la ciudad, y se adhirieron al movimiento algunos escuadrones de Güemes, con sus comandantes á la cabeza. Comunicada esta resolución á Güemes, declaró que no la obedecía, y con los restos de sus tropas derrotadas en la campaña de Tucumán, se presentó frente á Salta el día 30 de mayo. El vecindario se formó en batalla en el campo de Castañares, colocando en las alas los escuadrones de Gauchos. Bastó que éstos oyesen la voz gangosa de su general que se les acercaba sin temor, para que todos se le pasaran en el acto al grito de «¡Viva Güemes!» El centro se dispersó por sí mismo, sin ser atacado. Sobre la marcha entró Güemes al pueblo; concedió á sus soldados el saqueo de algunas casas de comercio de los revolucionarios, y éste fué el único acto de venganza que ejerció, perdonando paternalmente así á los que se le presentaron, como á los que tomó prisioneros.

Muchos de los comprometidos en esta revolución huyeron á asilarse en el campamento de Olañeta, y le pintaron la situación de Salta como desesperada, asegurándole que sus habitantes preferirían el dominio es-

pañol al de Güemes. Despechado Olañeta por su anterior contraste, halagado con la esperanza de agregar la provincia de Salta á sus dominios militares, y deseoso de rescatar á su cuñado prisionero, se decidió á emprender la novena invasión sobre la frontera norte de la República Argentina, que debía ser la última.

Güemes había establecido su campamento á una legua de distancia de Salta. En la mañana del 7 de junio (ocho días después de su victoria), le dieron parte, que al amanecer de ese día se había notado como un reflejo de fusiles sobre las serranías de Leser y Yacones, que comunican con la quebrada del Toro, y de las cuales puede descenderse por un áspero despeñadero á poca distancia de la ciudad. Como estas fragosidades raras veces eran pisadas por la planta humana y como se consideraba imposible que por allí transitara tropa armada, el caudillo no dió importancia á este aviso, descuidando la vigilancia por aquella parte. Al anochecer, Güemes entró á la ciudad con una escolta de 50 hombres, y se alojó en la casa de su ninfa Ejeria, su hermana la bella doña Magdalena, la cual distaba pocas cuadras de la plaza principal.

Era cerca de la media noche. La escolta estaba formada con el caballo de la rienda, á la puerta de la casa. El velaba con su secretario y escribientes, ocupado en reorganizar su máquina de guerra y de gobierno personal, casi desmontada por los embates de sus enemigos interiores. Había despachado uno de sus ayudantes con una misión, el cual tenía que atravesar la plaza para desempeñarla. A este tiempo se oyeron algunos tiros en esa dirección. El ayudante, al llegar á la plaza, había sido detenido por un enérgico «¿quién vive?» y á su contestación «¡La patria!» recibió una descarga casi á quema ropa. Güemes, que tenía su caballo ensillado en el patio de la casa, montó rápidamente, y creyendo que fuese algún movimiento de sus enemigos internos, se dirigió al galope al lugar del fuego.

La noche era obscura. A media cuadra de la plaza,

fué requerido por un «¿quién vive?» y á su contestación «¡La patria!» recibió otra descarga más nutrida que la anterior. Al huir por una calle lateral, una partida que venía en sentido opuesto, le hizo una tercera descarga, y lo hirió por la espalda, en momentos en que él echado sobre el pescuezo de su caballo presentaba á las balas enemigas toda la parte posterior de su cuerpo. Aunque gravemente herido, no perdió la silla, y así abrazado de su caballo, salió al campo de la Cruz por la calle de Florida, al norte, de donde fué conducido al campamento de sus fuerzas, situadas en el Chamical á cuatro leguas al sudeste de Salta.

He aquí lo qué había sucedido. El general Olañeta, simulando una retirada desde las posiciones fronterizas que ocupaba, había confiado á su teniente, el coronel don José María Valdez (conocido por «El Barbarucho») una división de 400 á 500 hombres, con orden de dirigirse por el camino del Despoblado y descender por las fragosas cuestas de Leser y Yacones, á fin de atacar á Güemes en el centro de su poder. Luego que esta división hubo emprendido su marcha, Olañeta volvió sobre sus pasos, y á la cabeza de 1.000 hombres penetró sigilosamente por la quebrada de Humahuaca. Mientras tanto, El Barbarucho, guiado por indios prácticos del terreno y acompañado por algunos emigrados salteños, cruzaba la altiplanicie del Despoblado, se emboscaba el día 7 de junio en la escabrosa sierra de los Yacones, donde el reflejo de sus fusiles hubo de traicionarlo, y en la noche de ndía al valle, arrastrándose por un despeñadero que lo condujo como á dos leguas de la ciudad de Salta á la que entró sin ser sentido, posesionándose en silencio de la plaza principal. Fué entonces cuando el ayudante de Güemes recibió la primera descarga, y sucesivamente las otras dos disparadas sobre el famoso caudillo, la última de las cuales lo hirió mortalmente. Cerca del lugar donde fué herido Güemes, quedó estampada en una losa, la señal de una herradura que, según su tradición,

era una de las últimas pisadas de su caballo en las calles de su ciudad natal.

Valdez se atrincheró en la plaza, y en esta actitud se mantuvo á la defensiva á la espera de la incorporación de Olañeta, según lo convenido. El general realista, que había llegado á Jujuy, donde aguardaba el resultado de la operación de su teniente, se puso luego en marcha y á los pocos días entró á Salta con el resto de su ejército, reuniendo allí un total de 1.500 hombres. Olañeta envió parlamentarios á Güemes, haciéndole ofrecimientos, á condición de someterse. La conferencia se verificó en el lugar llamado La Higuera, en medio de un bosque sombrío de cebiles, donde el caudillo patriota expiraba. La contestación de éste fué llamar á su jefe de estado mayor el coronel Wit, y ordenarle delante de los parlamentarios, que marchase inmediatamente con sus fuerzas á poner sitio á la capital. El 17 de junio murió Güemes en el bosque de la Cruz, en el punto denominado La Higuera, á la sombra de un cebil colorado, y al día siguiente fué sepultado en la capilla del chamical (hoy San Francisco). Al mismo tiempo el país en masa se levantaba nuevamente contra los invasores, obedeciendo la última orden del muerto caudillo.

El general realista procuró popularizarse en el país, con el intento de asegurar en él su dominación. Al efecto celebró un armisticio con el Cabildo de Salta (el 14 de junio de 1821) con el compromiso de evacuar la jurisdicción hasta Pumamarca al norte de Jujuy, dejando al pueblo en plena libertad para elegir un gobernador y nombrar diputados que celebrasen un tratado; mantener mientras tanto la paz y el libre tráfico; canjear los prisioneros, y publicarse un armisticio; gobernándose el territorio por sus popias instituciones, sin que el general vencedor pudiera expedir órdenes ni establecer contribuciones desde la indicada línea de Pumamarca al sur, ni hostilizar á los pueblos situados más arriba de la quebrada de Humahuaca.

Mientras tanto, el coronel Jorge Enrique Wit, cum-

pliendo las últimas órdenes á la par que las últimas voluntades de su jefe, había puesto sitio á Salta, ocupando el Portezuelo Grande y el Portezuelo Chico, y situado su vanguardia sobre el punto de San Bernardo, á cinco cuadras de la plaza, quedando así rotas las hostilidades entre el pueblo y el invasor. Era Wit un antiguo oficial de Napoleón, que había militado en el ejército de Belgrano como capitán de Dragones y que al regreso de éstos al norte con Heredia, pasó á servir con Güemes, mereciendo su confianza. A pesar de ser extranjero, se había hecho tan popular entre los gauchos, que á la muerte de Güemes, todos lo reconocieron por su jefe. A él cupo la gloria de rechazar la novena y última invasión de las armas realistas á Salta en 1821. Desde entonces, ninguna planta española volvió á pisar el suelo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuya independencia territorial, asegurada para siempre, fué sellada con la sangre de Güemes.

El mismo día en que el caudillo Ramírez era derrotado y muerto; al mismo tiempo que Carrera huía buscando el sepulcro de sus hermanos, y que los campesinos de Salta se levantaban en masa obedeciendo la orden de Güemes moribundo, el general San Martín (el 10 de julio 1821), entraba triunfante en Lima; y Bolívar, vencedor al norte del Ecuador, venía al encuentro del libertador argentino al frente de las armas de Colombia, para sellar la independencia del nuevo mundo, ya irrevocablemente asegurada con la ocupación del Bajo Perú.

Aquí termina la historia de la independencia de la República Argentina. Si ella fué la precursora en el orden cronológico, fué la primera en dar la señal de la gran insurrección que emancipó á las colonias hispanoamericanas de su metrópoli. Conquistó su independencia por sus propios esfuerzos y sin auxilio extraño, peleó 11 años consecutivos; expulsó á los enemigos de su territorio y apoderándose de sus plazas fuertes ó venciendo las escuadras en las aguas, rechazó triun-

fantemente por tierra nueve invasiones realistas que intentaron subyugarla. Su revolución es la única que no fué vencida, cuando todas las demás lo fueron desde Chile hasta Méjico. Devorada por la anarquía luchó con ella brazo á brazo, y llevó á la vez sus armas libertadoras al Paraguay, á la Banda Oriental, á Chile, al Alto y Bajo Perú, y sus banderas llegaron victoriosas hasta la línea del Ecuador, concurriendo á la independencia de Colombia. Simultáneamente operó su revolución interna; y al completar su evolución dentro de sus propios elementos orgánicos, las Provincias Unidas del Río de la Plata, en paz y reorganizadas—según el plan de una federación embrionaria, que debía ser la norma de su Constitución en lo futuro,—habían diseñado su mapa político, trazando con la espada de la independencia la línea inviolable de sus fronteras exteriores. Sólo faltaba que Jujuy emancipada de Salta (como lo fué poco después), reasumiera su autonomía federal, y señalase en su horizonte la XIV estrella de esta nueva constelación nacional.

Vencido el poder español, dominado el desorden, constituída de hecho según sus instintos y reorganizada en sus elementos orgánicos la República Argentina, que en medio de la anarquía había contribuído á afianzar la independencia propia y extraña, iba á iniciar una nueva propaganda de principios que, como sus armas, recorrerían toda la extensión de la América del Sur.

Buenos Aires fué el iniciador y el heraldo de esta nueva propaganda pacificadora. Esta provincia, variando su primitivo plan de organización, renunció á la imposible tarea de unir políticamente la Nación por medio de Congresos revolucionarios, y gobiernos ó dictaduras irresponsables, que se habían mostrado impotentes para constituir ó unificar el país. Reconcentrándose dentro de sus propios elementos orgánicos, puso en práctica la fecunda idea de crear el tipo de un Estado federal, arreglado á un plan constitucional, que sirviese de modelo á las demás provincias en lo

uturo. Esta iniciativa tuvo lugar bajo la administración del general don Martín Rodríguez.

El gobernador Rodríguez llamó á su consejo para realizar la obra de la reorganización, primeramente á don Bernardino Rivadavia y luego á don Manuel José García. Estos dos estadistas la llevaron á buen término, con la cooperación de los mismos hombres que habían preparado y sostenido la revolución, afianzando la independencia y restableciendo el orden. Ellos inauguraron el sistema representativo en Buenos Aires, y rompiendo con las tradiciones coloniales, echaron los fundamentos de un verdadero gobierno republicano, que respondiese á la libertad y al progreso. Creóse el Poder Legislativo limitado y renovable sobre la base del sufragio universal y directo. Se determinaron las atribuciones del Ejecutivo, marcando su duración y haciéndolo responsable. Se fundaron instituciones de crédito, se promovió la inmigración y la educación popular, se organizó por la primera vez la renta y el presupuesto, se cultivaron las ciencias y las artes, proclamóse la amnistía absoluta, y se dió á la opinión pública su participación en el gobierno, haciéndose extensiva la reforma á todas las instituciones políticas y sociales. De este modo se consolidó el núcleo de la nacionalidad argentina, creando el tipo de un estado federal republicano, y haciendo posible su organización en lo futuro, al través de las dolorosas pruebas que aun tenía que vencer en el desenvolvimiento de su revolución interna.

CAPITULO XLVII

EPÍLOGO

La Apoteosis y la estatua

1821-1873

Funerales de Belgrano.—Honores póstumos.—Banquete fúnebre á su memoria.—Alegoría de su inmortalidad.—Erección de su estatua ecuestre.—Discursos en tal ocasión.—Juicio histórico sobre Belgrano.

Bajo los auspicios del triunfo de la independencia argentina, precursor de la independencia americana, y del nuevo orden de cosas inaugurado en las Provincias Unidas por la federación de hecho y por la organización republicana de Buenos Aires, uno de los primeros actos de la legislatura fué decretar los honores fúnebres á la memoria del general don Manuel Belgrano.

Al rayar el día del 29 de julio de 1821, la Fortaleza hizo la primera señal con un cañonazo, que sucesivamente se fué repitiendo de cuarto en cuarto de hora en señal de duelo, hasta ponerse el sol. Durante este tiempo, todas las puertas permanecieron cerradas, suspendiéndose las diversiones públicas. A las diez y media de la mañana el ejército formó en la plaza con cajas y banderas enlutadas. A esa misma hora acudieron á la Catedral todas las cruces de las parroquias, seguidas por el pueblo en masa y se dió principio á las exequias en honor del gran patriota, con asistencia del gobierno, de todas las corporaciones, y de los representantes de Chile, Estados Unidos y Portugal. En seguida el doctor don José Valentín Gómez, pronunció su elogio fúnebre en uno de los discursos más elocuentes que hasta entonces se hubiese hecho oir en el púl-

pito de la iglesia argentina. Fray Cayetano Rodríguez, con más unción y más penetrado del carácter cívico de su héroe, complementó este elogio, comparando la fama á un perfume que trasciende y ocupa los espacios del tiempo, y lleva hasta los más remotos la fragancia de las virtudes que, como las de Belgrano, marcan la vida de los héroes y son la herencia de la posteridad.

Los poetas argentinos, don Vicente López, Lafinur, Luca, Fray Cayetano Rodríguez, y otros, entonaron á su memoria inspirados cantos, algunos de los cuales han quedado como páginas brillantes de la literatura nacional.

En la tarde, como en los antiguos funerales de Grecia y Roma, se reunieron todos los compañeros del muerto durante la revolución, en torno de la mesa de un banquete fúnebre. El salón del festín estaba tapizado de banderas, y el retrato de Belgrano, coronado de laurel, ocupaba el testero; al entrar los invitados se hizo oir la música triste y solemne de un himno compuesto al efecto, y todos entonaron la antífona, evocando los manes del héroe, y pidiéndole su protección para la patria.

Llega, oh grande Belgrano
Llega, oh sombra sublime,
Del luto nos redime,
Del llanto y del dolor.

Don Bernardino Rivadavia, al derramar sobre las flores del festín la primera copa en honor del gran patriota, invitó á los concurrentes á organizar una subscripción popular con el objeto de fundar una ciudad que llevara su nombre. Su antiguo amigo y compañero de la campaña del Paraguay, el español liberal, don José Mila de la Roca, al asociarse á la fúnebre libación, se desmayó en brazos de sus amigos, derramando tiernas lágrimas.

A los pocos días el pueblo se congregaba en el teatro, y la orquesta hacía oir el himno del banquete conmemorativo. En seguida se descubría la sombra de

Belgrano en el templo de la inmortalidad, y su cabeza era coronada por la mano de los dioses del mundo antiguo, asociando así todos los tiempos y todos los cultos á su apoteosis.

Nada faltó á la apoteosis del general Belgrano, sino la unión definitiva de la República Argentina, independiente, libre y constituída con arreglo al programa patriótico á que había consagrado su vida.

Cincuenta y dos años después, el 24 de septiembre de 1873, en el sextuagésimo aniversario de la batalla de Tucumán, la República Argentina, independiente, libre, unida y constituída, inauguraba en la plaza del 25 de Mayo de Buenos Aires, la estatua ecuestre del general don Manuel Belgrano, costeada por una subscripción nacional; un pueblo inmenso llenaba el recinto de la plaza, y el elevado pedestal del monumento estaba cubierto por una montaña de flores y coronas. Al descorrerse el velo, una gran aclamación, un «¡Viva!» al que nunca había muerto en la memoria de los argentinos y vivirá en los tiempos, pobló los aires, consagrando así la inmortalidad, al legar su imagen á los venideros.

El presidente de la República, enarbolando en su brazo la vieja bandera del ejército de los Andes, con que el general San Martín había atravesado las cordilleras y el Pacífico libertando á Chile y al Perú, saludaba la estatua, y mostrando la bandera de bronce que la efigie del héroe llevaba en su mano derecha, decía al pueblo: «Todos los capitanes pueden ser re»presentados como en esta estatua tremolando la en»seña que arrastra las huestes á la victoria. En el caso »presente, el artista ha conmemorado un hecho único »en la historia, y es la invención de la bandera con »que esa nueva nación surgió de la nada colonial, con»duciéndola el mismo inventor como portaestandarte. »Nuestro signo como recién reconocido por todos los »pueblos de la tierra ahora y para siempre, es esa »bandera, ya sea que nuestras huestes treparan los »Andes con San Martín, ya sea que surcaran ambos »océanos con Brown, ya sea en fin, que los tiempos

»tranquilos que ella presagió, se cobije á su sombra »la inmigración de nuevos arribantes, trayendo las »Bellas Artes, la Industria y el Comercio.»

El autor de este libro, al pronunciar el juicio de la posteridad en presencia del monumento dijo: que con legítimo orgullo y con la humildad republicana, podía asegurarse que jamás una gloria más pura ni más modesta se había modelado en el bronce de la inmortalidad.

«La guerra, agregó, fué un simple accidente en la »laboriosa carrera del precursor de nuestra indepen»dencia y del fundador de nuestras primeras escue»las públicas, que á la vez dió su enseña á la revo»lución y la legó laureada á la posteridad. Aceptó la »lucha como la tarea impuesta al jornalero, y la cum»plió con fortaleza, con abnegación y con humildad, »así en la victoria como en la derrota, sin retroceder »ante el sacrificio y sin buscar ni pedir para sí la co»rona del triunfador.

»El general Belgrano es una de aquellas figuras his»tóricas que, lo mismo que con una bandera ó una »espada, podría ser representada con la pluma del »escritor ó con el libro de la ley en la mano ó ben»diciendo con ambas la cabeza de un niño deletrean»do en una cartilla; porque fué hombre de acción y »hombre de pensamiento, y porque á la vez que com»batió por su creencia, derramó á lo largo del surco »de la vida la semilla fecunda de la instrucción y la »virtud.

»No era un general del genio de San Martín, ni »un economista del alcance de Vieytes, ni un juris»consulto de la ciencia de Castro, ni un tribuno de »la elocuencia de Castelli, ni un escritor del temple »de Monteagudo, ni un pensador de la profundidad »de Moreno, ni un político de la talla de Rivadavia, »sus contemporáneos, sus compañeros y sus amigos de »la época de la revolución; pero fué todo eso en la me»dida de sus facultades, en medio de una época memo»rable, con una alma grande y pura, un carácter ele»vado y sencillo; y por eso es uno de nuestros grandes

»hombres en el pasado y en el presente, como lo será »en los tiempos venideros.

»Su grandeza, principalmente cívica y moral, no es »el resultado de la superioridad del genio sobre el nivel »común, ni está exclusivamente vinculada á los gran»des hechos políticos y militares en que fué modesto »actor.

»Ella consiste en el conjunto armónico de sus altas »cualidades morales que no pretendían sobreponerse »á la razón pública; en el equilibrio del alma, que no »se dejó arrebatar por el orgullo ni avasallar por el »egoísmo; en la autoridad con que mandaba y en la »humildad con que obedeció; en que fué el represen»tante de las generosas aspiraciones al bien de todos »los tiempos, y en que lo sirvió en el nombre y en in»terés de todos, prolongando así su acción en la pos»teridad; en que fué humilde y perseverantemen»te, apóstol, combatiente y jornalero, y regó con »su sudor el campo de la labor humana, en los com»bates, en los consejos del gobierno, en las páginas »del periodismo y hasta en el tosco banco de la es»cuela primaria, muriendo en la obscuridad y en la »pobreza.

»Este es el tipo ideal del héroe modesto de las de»mocracias, que no deslumbra como un meteoro; pero »que brilla como un astro apacible en el horizonte de »la patria, como brillan los nombres de Wáshington, »de Guillermo Tell, de Guillermo de Orange, de Hamp»den, de Lincoln, que no fueron grandes genios, y que »en nombre y en representación de los buenos y de los »humildes de todos los tiempos y todos los países, han »sido aclamados grandes, con el aplauso de la concien»cia humana y de la moral universal.»

El orador al formular este juicio histórico en presencia de la estatua, la saludó diciendo: «General Bel»grano, en nombre de los presentes que te aclaman »en este momento desde el Plata hasta los Andes, en »nombre de los venideros que se inclinarán con respe»to y simpatía ante tu noble imagen, yo, tu humilde »historiador y uno de tus hijos agradecidos, te saludo

»grande y padre de la patria, como precursor de nues»tra independencia, numen de libertad, genio de bien, »modelo de virtudes cívicas; vencedor de Tucumán, »Salta y las Piedras; vencido en Vilcapugio y Ayo»huma; que vivirás en la memoria y el corazón de los »hombres, mientras la bandera argentina no sea una »nube que se lleve el viento, y mientras el nombre de »nuestra patria pronunciado por millones de ciudada»nos libres, haga estremecer las fibras de tu bronce.»

De él puede decirse lo que de Hampden: «Fué gran»de sin pretenderlo, y encontró la gloria sin buscarla »en el camino del deber.»

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO TOMO

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

APR 12 1933

APR 26 1933

OCT 6 1933

APR 27 1934

FEB 17 1935

Feb. 25

Mar 11, 1935

APR 8 1936

Oct 23, 1936

SEP 22 1941M

10/15

24Oct'62MV

REC'D LD

OCT 18 1962

LD 21-50m-1,'33

YB 29914

362410

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY